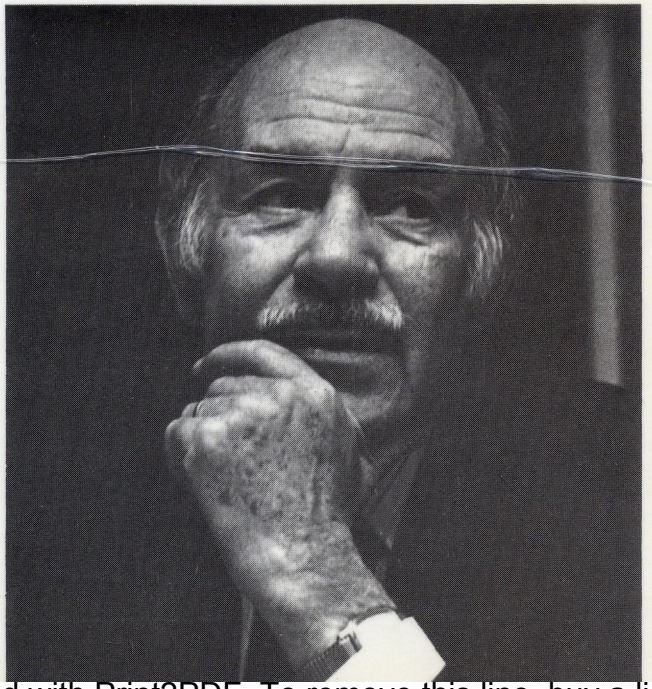
colección

PERIODISMO CULTURAL

En estado de gracia

Conversaciones con Edmundo Valadés

MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ DE ARMAS



EN ESTADO DE GRACIA
CONVERSACIONES CON EDMUNDO VALADÉS

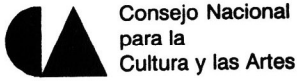
Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

En estado de gracia

Conversaciones con Edmundo Valadés

Miguel Ángel Sánchez de Armas



Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

En estado de gracia
Conversaciones con Edmundo Valadés
D.R. © Miguel Ángel Sánchez de Armas
Colección: Periodismo Cultural
Primera edición: 1997

Diseño de la colección:
Gráfica, Creatividad y Diseño, S.A. de C.V.

Fotografía de portada:
Pedro Valtierra

Fotografía de contraportada:
Ulises Castellanos

Cuidado de la edición:
Omar Raúl Martínez

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de la Unidad de Comunicación Social
Avenida Revolución 1877, San Ángel, C.P. 01000, D.F.

ISBN 968-29-8271-5
ISBN 968-29-9341-5

Impreso y hecho en México/*Printed and made in Mexico*

Para Adriana

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

ÍNDICE

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

«A la música, al piano, a los discos,
al güisqui, a la comprensión, a la amistad
generosa, a la extraordinaria y excepcional
calidad humana del maestro Edmundo Valadés,
de esa singular raza de seres
humanos que ennoblecen a la tierra.»

José Sabre Marroquín

(En imaginaria y merecida correspondencia *postmortem*)

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

PRESENTACIÓN

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

VIDAS PARALELAS

Omar Raúl Martínez

La estampa es una calle del barrio viejo de la Ciudad de México. A las afueras de un mesón, avanzada la madrugada, los ojos de Edmundo Valadés se iluminan. Se aproxima. Deja caer su mano velluda en el hombro de Miguel Angel Sánchez de Armas y le dice en un ronco susurro: «No cuestiones los caminos de la amistad, son tan misteriosos como los del amor. Ahí han estado desde siempre, y si en nuestro destino está transitarlos, a ellos llegamos inevitable, dichosamente...».

Aquel otoño Edmundo tenía sesenta y tres años y Miguel Ángel veintinueve. Y desde entonces ambos recorrieron ese trayecto fraternal sin agenda ni programa, acompasado por intereses y afinidades como el periodismo y la literatura. Les divertía el paralelismo de sus vidas: reporteros, beneficiarios de grandes maestros, alejados de familia, amigos de los amigos, admiradores enamorados y enamoradores de la mujer, devotos cultivadores de la tertulia, acompañantes de su soledad, juerguistas consumados...

Y desde entonces comenzó a germinar la escritura de *En estado de gracia*.

***

Edmundo Valadés era el escritor, el periodista, el divulgador literario, el hombre magnánimo en cuyo interior guardaba la dicha de tres generaciones: la del infante ataviado de inocencia y curiosidad,

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

la del joven lleno de arrojo y entusiasmo por vivir y enamorarse, y la del adulto prendido de la madurez y la humildad que da la experiencia. La sabiduría de esas tres edades se engarzaba felizmente en la persona del —como lo considerábamos muchos— maestro Valadés.

***

Desde la adolescencia, don Edmundo se dejó seducir por la irresistible emoción de la *talacha* periodística, aunque de manera irregular. Luego de desempeñar varios oficios —vendedor, maestro, cobrador—, en 1937, con veintidós años henchidos de inquietud, ingresó a la entonces recién nacida revista *Hoy*, primero como secretario y después como jefe de redacción. En ese semanario, brillantemente dirigido por Regino Hernández Llergo —a tal grado que, para algunos, revolucionó el periodismo mexicano—, el joven Edmundo escribió sin firmar sobre toros, cine y libros. Como reportero, su trabajo más comentado a principios de los años cuarenta y memorable hasta hoy, es sin duda el que narra su incursión en la selva de Oaxaca y Puebla con el afán de hallar los restos del «Cuatro Vientos», el avión que realizó el primer vuelo transoceánico desde España.

Ya en 1939, junto con su amigo Horacio Quiñones —y el apoyo económico de don Regino— había fundado la revista *El Cuento* como una forma de compartir el gusto por la lectura de relatos cortos. De esa suerte, Valadés canalizaba dos vocaciones muy arraigadas en él: la literatura y el periodismo. Y desde entonces jamás abandonaría su viva alternancia.

A lo largo de poco más de cincuenta años en el ámbito periodístico, recorrió variedad de cargos, quehaceres y medios. De *Hoy* se trasladó a la revista *Así*, de la cual egresó para dirigir *Celuloide*, publicación especializada en cine. Más tarde ingresó a *Novedades*, donde fue cabecero, reportero, columnista y editorialista, así como director editorial. Ahí mismo dio ideas para sacar a la luz el suplemento *México en la cultura*.

Posteriormente fungió como jefe de redacción de *Diario del Aire*, primer noticiario radiofónico en transmitirse a través de una red de emisoras contando con su propio equipo de reporteros. En los albores de la televisión, tuvo a su cargo lo que puede considerarse el primer programa cultural en TV: *Invitación a la cultura*, donde convocaba a escritores e intelectuales para conversar sobre determinadas novedades editoriales. Fue presidente de la Asociación Mexicana de Periodistas de Radio y Televisión, así como de Periodistas Cinematográficos de México.

Durante los sexenios lopezmateísta y diazordacista, sus pasos profesionales se encaminaron al quehacer informativo y de análisis en la Presidencia de la República. Pero nunca desistió de su profunda inquietud literaria. Tanto así que en 1964, siendo aún funcionario, hizo renacer *El Cuento*, que había fundado casi veinticinco años antes y se había extinguido poco después. A partir de entonces, la revista *El Cuento* se convertiría en uno de los foros hispanoamericanos más prominentes del cuento universal, y el nombre de Edmundo Valadés como artífice y maestro de ese género cobraría mayor resonancia.

Como pocos, don Edmundo matrimonió sus dos pasiones de manera natural: acercar al público sus goces literarios por intermedio de prensa, radio y televisión. Nada extraño resulta entonces que en sus huellas profesionales se descubran evidentes afanes de estimular, recrear, desmenuzar, restituir, analizar o debatir diversas aristas de la creación, en particular la de las letras literarias.

En *Novedades*, *El Día*, *Unomásuno*, *Excélsior*, así como en las revistas *Vida literaria*, *Cultura Norte* y, por supuesto, *El Cuento*, Edmundo Valadés dejó parte importante de su obra como promotor cultural y periodista sin par. En 1981 se hizo acreedor al Premio Nacional de Periodismo por la revista *El Cuento*, en el renglón de divulgación cultural; y un año después recibió el Premio Rosario Castellanos del Club de Periodistas de México por la sección cultural de *Excélsior*, que Valadés coordinó de 1980 a 1983 y donde publicó la columna «Excerpta», que luego compilaría en un libro.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

En sus últimos siete años de vida, además de dirigir amorosa y dedicadamente *El Cuento*, también condujo los destinos de la revista *Cultura Norte*, que editaba el Programa Cultural de las Fronteras, desde donde pudo alentar a los jóvenes creadores de esa región del país.

***

A mediados del verano de 1985, Miguel Ángel propuso a Edmundo iniciar una serie de conversaciones con miras a publicar un libro sobre la vida de este singular periodista, difusor literario y escritor. Valadés, sin embargo, respondía con evasivas aterciopeladas, se salía por la tangente, se escabullía como pez enjabonado. Tal vez por humildad o por dudar de las habilidades de su joven amigo, se resistía a semejante proyecto. Sánchez de Armas, entonces, decidió atrapar sus palabras con una grabadora clandestina que ponía a trabajar durante las comidas que él convocaba en su casa o en la del escritor.

Todo iba viento en popa hasta que un día el *entrevistador enmascarado* se embebió en la plática y olvidó cambiar el casete. Valadés escuchó el ruido del aparato y dijo con expresión que anidaba cierta angustia:

—¡¿Estás grabando?!

—Sí...

— ...

—¿?

—Está bien...

Miguel Ángel respiró tranquilo y siguieron. Aunque al principio —recuerda Sánchez de Armas en una bitácora de esos encuentros— la grabadora le provocaba a Edmundo «terror... y pudores históricos», poco a poco se fue soltando: ayudaba el güisqui con soda, la pasión valadesiana por la tertulia y la amistad que lo unía con su interlocutor y —cuando tenían oportunidad de asistir— con sus también queridos amigos Sabás Huesca, Javier González Rubio y Vicky Bello.

Tales encuentros devinieron en deliciosas conversaciones en donde el maestro relataba sus andanzas por el continente de las letras periodísticas y la república literaria; por sus senderos vivenciales; atizados de búsquedas, amigos, mujeres, inseguridades, amor, lecturas; por su mundo interno, preñado de esperanzas, frustraciones, proyectos, remembranzas; por caminos sembrados de todo lo imaginable y lo increíble y lo fantástico y lo simplemente absurdo.

En estado de gracia constituye una transcripción parcial de aquellas charlas en donde el lector puede zambullirse en los resquicios existenciales —a veces bordando luces de la intimidad— de don Edmundo. Al leerlo, escuchamos vivas palabras dibujándose su retrato en nuestra imaginación: «Valadés —escribió Miguel Ángel hace doce años en su referida bitácora— es calvo, y se deja largo el cabello de los lados y de la nuca. Viste correctamente con coquetería, según Elena Poniatowska, y tiene un toque vanidoso, pero la mar de simpático y dueño de una gran generosidad. Prefiere los colores oscuros. Cuando no usa corbata, abotona la camisa hasta el cuello. Sus manos son grandes y expresivas, igual que su boca. Tiene un gesto agradable, voz melódica y conversación que puede llegar a ser hipnotizante.

«Muchas son las cosas que me gustan de él, pero entre ellas sobresale la maravilla de que un hombre de setenta años pueda conservar tanta frescura. Pues Edmundo en ocasiones asemeja un adolescente. Vive en él intensamente la capacidad de asombro, la ingenuidad, y la fuerza viva que aún le permite enamorarse como hombre joven que es».

***

Huérfano de madre desde temprana edad, Valadés abrigó su soledad con deleitables lecturas infantiles. Y naturalmente fue aflorando su inclinación hacia diversos segmentos de la literatura: el teatro, la poesía, la novela y finalmente el cuento. Su juventud

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

significó una etapa de búsqueda creativa, que definió sólo al ir madurando y arribar al género cuentístico.

Con el transcurso del tiempo y la viveza de su pluma, cristalizaría una obra, si bien breve para algunos, de una notable profundidad literaria y calidad estilística.

Quizás por la inseguridad que mucho lo agobió, o por su afición a la juerga, o por la imposibilidad de dedicarse de tiempo completo a la creación literaria, o por una autocrítica implacable, Edmundo publicó su primer libro hasta los cuarenta años. En 1955 reunió varios de sus cuentos para editarlos bajo el título de uno de ellos que es un clásico de la cuentística nacional: *La muerte tiene permiso*, cuya triunfal irrupción en el cuadro de las letras mexicanas lo estimularía a desplegar su vena narrativa.

Seis años después, sería uno de los primeros escritores en proponerse rescatar y recrear literariamente el habla popular al aparecer *Antípoda* (1961), al que le añadiría varios relatos más para luego titularlo *Las dualidades funestas* (1966).

Después se sumiría en un silencio creativo que se prolongó catorce años. No es sino hasta en 1980 que publica otra obra literaria: *Sólo los sueños y los deseos son inmortales, Palomita*, sobre la que Augusto Roa Bastos dijo: «...es realmente uno de esos libros que se meten un poco como a empujones, por su carga de explosiva verdad, bajo la piel del lector».

En los años siguientes –salvo la publicación de ensayos y columnas sobre asuntos literarios, desperdigadas minificciones y el cuento «Un misterio en el aire»– Valadés luchó consigo mismo por sacar nuevos fulgores narrativos de su mundo interior. Se sufría casi inédito. Asumía afligido su infidelidad a la literatura. Varios proyectos aguardaban en el tintero, entre ellos una novela. «Literariamente –escribió alguna vez–, me agobian conflictos laberínticos. Vivo y sufro dentro de mí un libro pospuesto, del que no he sabido organizar su visión. [...] Me siento nostálgico del libro que no he traducido. En mi interior sigo viendo encarcelado a un escritor cuyas potencias posibles no he podido desplegar como yo quisiera».

No obstante, sí se daba tiempo y estímulo para la lectura y la reflexión, y en el género ensayístico abordó dos temas que lo seducían apasionadamente: la vida y obra de Marcel Proust, y la literatura de la Revolución Mexicana. Así, impelido por ese gusto, escribió *La Revolución y las letras* (1960) y *Por caminos de Proust* (1974).

Aunado a ello, jamás decayó su entusiasmo por la búsqueda, la selección y los talleres de cuento. Desde inicios de 1939, año de la primera época de *El Cuento*, don Edmundo empieza a internarse en el gusto por ese género literario, gozo que no se ve interrumpido ni cuando la revista de la imaginación deja de aparecer en diciembre de 1939 –cuando apenas habían salido cinco números– por el encarecimiento del papel debido a la Segunda Guerra Mundial. A la postre, ese deleite lo encauzaría a erigirse en el más activo promotor, difusor y antologador de la cuentística clásica y moderna en México y, para muchos, de Hispanoamérica.

De esta suerte, al comenzar la segunda época de la revista *El Cuento* en 1964, también se daba a luz a la antología más completa del cuento contemporáneo. Tal afán se coronó con la idea del maestro de preparar compilaciones temáticas horneadas con su propia intuición, placer y sapiencia: *El libro de la imaginación* (1970), *Los grandes cuentos del siglo XX* (1979), *Los cuentos de* El Cuento (1981), *23 Cuentos de la Revolución Mexicana* (1985), *Con los tiernos infantes terribles* (1988), *La picardía amorosa* (1988), *Ingenios del humorismo* (1988), *Amor, amor y más amor* (1989), *Los infiernos terrestres* (1989) y *Cuentos inolvidables* I y II.

La obra de la que más se enorgullecía Edmundo Valadés era, por supuesto, *El Cuento*, que representaría una singular brújula para los noveles escritores en su ansiedad por lecturas escogidas y crítica autorizada. No pocos escritores hoy conocidos resaltan los frutos que les proporcionó ese foro literario y a la vez taller de cuento.

«Muchos –explicó cierta vez Agustín Monsreal– conocemos y admiramos esta publicación única en su género; muchos hemos aprendido a su sombra los primeros pasos en el ejercicio literario; muchos hemos descubierto en sus páginas esos mundos mágicos

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

que se nos enredan en el alma para siempre; muchos, simplemente, hemos disfrutado sus juegos de imaginación y sus prestancias, la hemos gozado en forma natural y espontánea, sin pretender ir más allá, como a un amor eventual que cada vez depara a nuestros sentidos un nuevo entusiasmo, un asombro nuevo.»

***

«¡Más valen amigos que credenciales!», sentencia realmente convencido. Por algo lo dice. Miguel Ángel Sánchez de Armas es de esos hombres que busca hacer un rito fraterno de los lazos amistosos. Casi siempre él convoca a sus amigos o a quienes quiere que lo sean, y prepara el encuentro cual cita de amor, pues en ese trayecto seduce a sus convidados. Así debió ser con Valadés, con quien desde aquel grato convite compartió vinos, banquetes, momentos, palabras y afectos hasta los últimos de sus días en un hospital, entre instantes de lucidez y eternidades de ausencia, a fines de noviembre de 1994.

La ricura con que se lee *En estado de gracia* radica justamente en la íntima naturalidad vertida por Edmundo gracias a la empatía e intereses afines con su interlocutor, pero sobre todo gracias al derrumbamiento de un muro: el de la edad. Treinta y cuatro años de diferencia nunca significaron dique alguno para su amistoso engarce. Y ello se hace patente en el tono de la conversación. Vale la pena subrayar que en sentido estricto no se trata de una *entrevista*, sino de una *conversación libre* y a ratos dispersa pero, por ello mismo, con la frescura del momento.

Y en ese camino se dibuja un delicioso álbum de semblanzas sobre la vida de Valadés: sus trazos infantiles, sus aventuras de joven, sus teclazos periodísticos, sus destellos amorosos, sus construcciones cuentísticas, sus goces literarios, sus reflexiones existenciales... Sánchez de Armas logra un retrato —quizás el más completo sobre este singular escritor y periodista— fiel al espíritu del propio Edmundo. En otras palabras: pese a las iniciales resis-

tencias, supo hacer brotar nostalgias y esperanzas, aflicciones y alegrías, senderos y laberintos: interioridades que sólo pudo haber estimulado su salida un amigo como Miguel Ángel, quien para ello debió seguramente avivarle el verbo, la risa y el placer tertuliano poniéndolo *En estado de gracia*.

Para aderezar y redondear el libro, su autor reproduce varios textos periodísticos, apuntes sobre temas literarios, y esbozos narrativos —algunos ya conocidos y otros inéditos— escritos en diferentes épocas por el propio Edmundo y gracias a los cuales es posible internarse aún más en los múltiples espejos de su personalidad.

El lector tiene en sus manos una obra que sólo se explica por los misteriosos caminos de la amistad. Y por recorrerlos, Valadés nos cuenta los itinerarios de su cuento... o de su vida, que es lo mismo.

México, D.F, mayo de 1997.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

A LOS LECTORES:

Al revisar la transcripción de mis conversaciones con Edmundo, vi que muchos nombres poco dirían a las nuevas generaciones, inclusive de periodistas. De ahí la profusión de notas al pie. Varias fueron mis fuentes, pero en particular quedo en deuda con el *Diccionario Enciclopédico de México*, de mi querido amigo Humberto Musacchio. Todas las citas sin referencia fueron tomadas de sus páginas.

El autor

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

CONVERSACIONES

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

Carta de Xavier Villaurrutia

Quise iniciar el libro con esta carta de Xavier Villaurrutia[1] *a Edmundo Valadés. Con fuerza y cariño, con agudeza y sensibilidad que recuerdan al Rilke de* Cartas a un joven poeta, *Villaurrutia nos da un retrato nítido de aquel joven que conoció en la Secundaria Siete. En 1934, a los diecinueve años, Edmundo escribió al poeta pidiéndole consejo para «obtener la mágica fórmula» con objeto de decidir qué propósitos literarios debían normar su literatura: si el juego de la inteligencia; si como expresión de juvenil nacionalismo o como obligada al servicio de causas universales. Todas sus preguntas habían sido «planteadas en ingenuo y superficial esbozo, dándole el tratamiento de vos, por lo que me regaña cordialmente disgustado y que, sin embargo, le permitieron adentrarse en las verdaderas preocupaciones que no llegué a expresarle —la necesidad de conocerme, de definirme intelectualmente, de saber*

[3] Xavier Villaurrutia. Nació y murió en el Distrito Federal (1903-1950). Poeta y dramaturgo. Dirigió con Salvador Novo la revista *Ulises* (1928). Fue cofundador del grupo teatral «Ulises» (1928), colaborador de la revista *Contemporáneos* (1928-31), estudiante de teatro de la Universidad de Yale (1935-36), becario por la Fundación Rockefeller; profesor de la UNAM y jefe de la sección de teatro del departamento de Bellas Artes. Guionista con Fernando de Fuentes, de *Vámonos con Pancho Villa* (1934); con Rafael F. Muñoz, de *Cinco fueron escogidos* (1942); y con Mauricio Magdaleno, de *La mujer de todos* (1946). Autor de varios guiones cinematográficos, entre ellos, *Distinto amanecer* (1943), y *La dama del alba* (1949). Traductor de André Gide, William Blake, Anton Chejov, Jules Romains y Lenormand. Autor de varios libros de poesía, entre los que destacan: *Reflejos* (1926), *Dos nocturnos* (1931), *Nocturnos* (1931), *Nocturno de los ángeles* (1936), *Nocturno mar* (1937), *Nostalgia de la muerte* (1938), *Textos y pretextos* (1949).

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

si era capaz y tenía talento literario– y a las que él respondió con la bella lección, con la sabia y valiente invitación, valedera para todos los jóvenes y viva en esta carta que rescaté de papeles que creía definitivamente extraviados».[2]

[2] Valadés publicó este recuerdo en julio de 1952 en el suplemento *México en la Cultura*, de *Novedades*, bajo el título «Carta a un joven».

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

Estimado amigo:

No me gusta el tono de su carta. El uso de expresiones rebuscadas –que sólo se emplean para dirigirse a los tiranos– me molestó al grado de que estuvo usted a punto de quedarse sin respuesta. He acabado por ver en ello la muestra de su ingenuidad y esto le ha salvado a usted. Pero piense, en todo caso, que una mayor sencillez le habría asegurado más pronto y mejor confianza.

Me confía sus dudas, sus temores acerca de la actividad literaria que ha empezado usted a emprender. Me interroga acerca de los caminos que debe seguir en un momento en que yo creo advertir una de esas crisis de adolescencia o de primera juventud, que serán cada vez más frecuentes y siempre menos peligrosas de lo que usted pudiera pensar. Si sus dudas fueran más claras, si sus temores estuvieran más abiertamente dibujados, si sus interrogaciones fueran más precisas, yo correspondería en la misma moneda, con afirmaciones claras, con signos de confianza más delineados y con respuestas más precisas. Pero la claridad de una respuesta y también su eficacia depende de la claridad de la pregunta. Por eso mi carta tendrá, sin duda, el aspecto de esas respuestas que damos a preguntas que no hemos entendido bien o que hemos oído pensando más acá o más allá de donde debiéramos.

El grupo en el que usted me cuenta y en el que yo mismo me incluyo se formó casi involuntariamente, por afinidades secretas y por diferencias más que por semejanzas. «Grupo sin grupo» le llamé la primera vez que comprendí que nuestras complicidades privadas, nuestras desemejanzas corteses, nuestras intenciones, diver-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

sas en el recorrido pero unidas en el objeto de nuestra ambición, tenían que trascender al público, como sucedió en efecto. «Grupo de soledades» se le ha llamado después, pensando en lo mismo. Un grupo que no lo es. Unas soledades que se juntan. Medite usted en el significado de estas denominaciones hechas sin programa alguno de política literaria y como a pesar nuestro. ¿Qué es lo que ata a estas soledades? ¿Qué es lo que agrupa un momento a unos cuantos seres para separarlos enseguida? Desde luego la semejanza de nuestras edades, de nuestros gustos más generales, de nuestra cultura preservada en momentos en que nadie cree necesitarla para nutrir sus íntimas vetas. Además, nuestro deseo tácito de no hacer trampas, de apresurarnos lentamente, de no caer en el éxito fácil, de no cambiar nuestra personal inquietud por un plato de comodidades, de falsa autoridad, de auténtica fortuna.

Ahora se preguntará usted: ¿qué es lo que desata a estas soledades juntas y disuelve a este grupo? Nada más sencillo que hallar una respuesta: la personalidad de cada uno. El vecino respeta la mía y yo la del vecino. La libertad es entonces, aunque pueda parecer mentira, el lazo que al mismo tiempo nos une y nos separa. Pero esta libertad es lo único que nos ayuda a respirar abiertamente en un clima en el que juntos estamos satisfechos, tanto como si estuviéramos separados.

En nada se parece un poema de Gorostiza a otro de Gilberto Owen. En nada una página de Cuesta a una página mía. Y, no obstante, un lazo imperceptible —ese lazo imperceptible que usted ha advertido— las une. Sin quererlo, sin pretenderlo, pero sin rechazarlo ni negarlo, se ha formado, más en la mente de los escritores que nos preceden o nos siguen que en la realidad misma, un grupo, una generación. El hecho de que se nos considere unidos nos viene, pues, de fuera. Ni un programa, ni un manifiesto que provoquen esta idea hemos formulado. Pero puesto que la idea existe, la aceptamos y seguimos juntando nuestras soledades en revistas, en teatros, en obras, y hasta en lo que usted llama *nuestra influencia*.

Y puesto que me habla de nuestra influencia, le diré que yo también la advierto en muchos espíritus jóvenes y, como usted dice, en algunos maduros o que lo parecían. En usted mismo, en la actitud que revela al escribirme, está presente. Hay en su carta, por debajo de la exagerada modestia con que está redactada, un deseo de aclarar un problema hasta el fin, una avidez de conocerse, un deseo de buscar los caminos de la salvación de su espíritu por medio de la actitud crítica, en que reconozco nuestra descendencia. Porque eso, la actitud crítica, es lo que aparta a nuestro grupo de los grupos vecinos. Esta actitud preside, como una diosa invisible, nuestras obras, nuestras acciones, nuestras conversaciones y, por si esto fuera poco, nuestros silencios. Esta actitud es la que ha hecho posible que la poesía de nuestro país sea una antes de nosotros y otra ahora, con nosotros. Más interior, más consciente, más difícil ahora, porque se opone a la superficial de los modernistas, a la involuntaria de los románticos, a la fácil de los cancionistas. Y no sólo la poesía... Pero ya habrá usted pensado que yo no respondo, al menos directamente, a sus particulares e imprecisas cuestiones. Y, sin embargo, creo que para contestarle no tengo otro recurso que este de rodear los temas que a usted parecen desvelarle.

La crítica y la curiosidad han sido nuestros dióscuros; al menos, han sido los míos. Bajo la constelación de estos hijos gemelos de Leda transcurre la vida de mi espíritu. Ya *Ulises*, la revista que dirigimos Salvador Novo y yo, lo revelaba públicamente: revista de curiosidad y crítica. La curiosidad abre ventanas, establece corrientes de aire, hace volver los ojos hacia perspectivas indefinidas, invita al descubrimiento y a la conquista de increíbles Floridas. La crítica pone orden en el caos, limita, dibuja, precisa, aclara la sed y, si no la sacia, enseña a vivir con ella en el alma. Si usted piensa, por curiosidad y con crítica, en los epígrafes que aparecen al frente de cada número de nuestra revista, hallará la única doctrina de ésta y la de los jóvenes que navegamos en ella, a la deriva, encontrando pasos de mar en el mar que es de todos, perdiéndonos para

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

volver a encontrarnos. «Es necesario perderse para volver a encontrarse», dice Fenelón. Y, pensando en la salvación del alma, San Juan escribe: «De cierto que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios».

¿Tendré que citar de memoria la frase de San Mateo que aprendí en André Gide acerca de la salvación de la vida? «Aquel que quisiera salvarla, la perderá –dice el evangelista–, y sólo el que la pierda la hará verdaderamente viva». Releyendo una página de Chesterton, encuentro algo que es, en esencia, idéntico pero que se acomoda mejor a la crisis del espíritu en que usted parece hallarse: «En las horas críticas, sólo salvará su cabeza el que la haya perdido». ¿Ha perdido usted la suya? Mi enhorabuena. Piérdala en los libros y en los autores, en los mares de la reflexión y de la duda, en la pasión del conocimiento, en la fiebre del deseo y en la prueba de fuego de las influencias, que, si su cabeza merece salvarse, saldrá de esos mares, buzo de sí misma, verdaderamente viva.

Otros seres hay que esperan salvarse cerrando los ojos, procurando ignorar todo lo que pueden –según ellos– dañarlos. Se diría que no salen a la calle para no mojarse o para no mojar el paraguas de su alma. Vírgenes prudentes, maduran antes de crecer y, a menudo, no crecen. Temen las influencias y ese mismo temor los lleva a caer en las más enrarecidas, en las únicas que no son alimento del espíritu. Odian la curiosidad, la universalidad, la aventura, el viaje del espíritu. Echan raíces antes de tener troncos y ramas que sostener. Hablan de la riqueza de su suelo y de su patrimonio, que pretenden salvar conservándolos... Entre ellos no podrá usted contarnos. Y si alguno de los artistas que forman, involuntariamente, nuestro grupo de soledades ha sentido la necesidad momentánea de abogar, ante los espíritus más jóvenes, por la prudencia y la inmovilidad, oponiéndolas a la curiosidad y al viaje del espíritu, es porque la libertad entre nosotros es tan grande que no excluye las traiciones y porque en estas traiciones se pierde la cabeza que sólo así habrá de salvarse.

Creo haber satisfecho su deseo. Me perdonará la forma indirecta y velada de hacerlo, pensando en que sus preguntas no eran menos indirectas y veladas.

Créame su atento amigo.

Xavier Villaurrutia

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

El Callejón de los Triquis

«Un día, cuando tenía 103 años, su corazón simplemente dijo ¡ya! y dejó de latir».

E.V.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

En donde se recuperan algunas imágenes de la casa paterna en Guaymas y de la madre perdida, el recuerdo de una temporada en Mocorito, la primera novia, el encuentro con la poesía y la muerte de su padre a los 103 años de edad.

En el fondo yo me siento un desarraigado. Perdí a mi madre siendo muy chico. Ello me empujó, no sé exactamente si en busca de la madre o en busca de la mujer que restituyera todo eso que ahora me doy cuenta que para un niño es vital, carajo. El amor de la madre es importantísimo... es decir, cuando se da una buena relación, porque hay madres cabronas y posesivas. Sí, yo me doy cuenta que me lancé en busca de una mujer, en busca de una ternura, caray

Pero respecto a Guaymas... Bueno, si yo hubiera vivido en Guaymas por lo menos hasta ser joven... porque en el norte de México la relación humana es más libre de los prejuicios que se dan en el centro. Se ve y se vive la vida de una manera muy diferente; la convivencia se da de una manera más fácil, más sencilla, más abierta. Y bueno, me planteo eso porque caí en una familia cerrada en el centro de México...

Creo que el más importante recuerdo de esos años es el de mi madre, y con un profundo deseo de restituirla. Se llamaba Inés Mendoza. La imagen de su rostro definitivamente se me perdió. Sí recuerdo su vestido —un vestido blanco, como decía López Velarde, «desde el cuello hasta el huesito»[1], e instantes de convivencia con

[1] «Suave Patria»: *Te amo no cual mito sino por tu verdad de pan bendito como a niña que asoma por la reja con la blusa corrida hasta la oreja y la falda bajada hasta el huesito.*

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

ella. Una ocasión me llevó a una placita a la vuelta donde había una iglesia: me veo en el parque sentado en una banca con ella, que me compró de esos *tronadores* que se arrojan al piso y explotan. Es un recuerdo arbitrario. ¿Por qué recuerdo esto? No lo sé. También recuerdo que me tiene amarrado con una soga a su máquina de coser porque seguramente yo era callejero. Asimismo, me veo en el patio saltándome la barda. Supongo que mi madre mandó a la sirvienta del otro lado y la imagen es que estoy a caballo en el muro, con mi madre de un lado y la sirvienta del otro. Guardo muchos recuerdos así, y de mi padre también, claro. De ella y de él. De mi padre los tengo más precisos porque seguí viéndolo. Me veo en un carnaval en donde unas personas disfrazadas, que seguramente me querían, me llevan en un camioncito abierto —incluso recuperé una fotografía de ese momento—, y recuerdo que me dio miedo, quizá mi primer miedo, porque nos empezamos a ir muy lejos y sentí susto y empecé a llorar y a demandar que me regresaran, y me regresaron, claro, a casa. Cuando en la iglesia había bautizos y al salir se arrojaba el *bolo*, me veo con otros niños en la tierra, escarbando para recoger los centavos. Y luego, mi primera experiencia, digamos, sexual —yo tendría cuatro o cinco años—: éramos una parvada de niños y el sacristán nos ofrecía dinero para que nos bajáramos los pantalones, para vernos. Yo hasta después de mucho tiempo comprendí lo que implicaba. Nosotros lo hacíamos con la mayor inocencia, para que nos diera una moneda. El sacristán era un pervertido: imagínate, tratando de ver el sexo de niños de cuatro o cinco años.

Esas imágenes infantiles ¿después se recuperan en tus cuentos?

No, no siempre. Particularmente del sacristán pervertido hay una restitución, pero creo que es el único caso. En otros cuentos sí hay restituciones, pero yo de adolescente, de joven.

¿Eras un niño lleno de miedos?

No, no. Curiosamente, los miedos los adquirí aquí en la ciudad, porque entré a otro espacio, un ámbito familiar muy rígido. Pienso que —ignoro si también en el sur porque allá no he vivido— la gente del norte tiene otro estilo, es más liberal, más solidaria y más tolerante. Tiene un espacio mejor para hermosas relaciones afectivas. Lo ves en las costumbres, en las formas de ser de los norteños. Cuando regreso a ciudades como Torreón, Mexicali, Matamoros, veo la enorme diferencia. Es decir, en la capital sientes claramente cómo estás solo y cuando vas al norte percibes un extraordinario cambio. Quizá pase en otros lugares de provincia, no lo sé.

¿Hay imágenes de esa época en Guaymas que para ti sean fundamentales?

Sí. Son como chispazos, pero muy claros. Tendría yo tres, cuatro, cinco años. Se me quedaron ciertos recuerdos imborrables que quisiera restituir. Cuando alguien regresa a su terruño, se convierte en un extraño. Incluso fue lo que me inspiró un cuento que se llama así, «El extraño», basado en mi experiencia de todo aquello que sentí al regresar después de los cuarenta años, siendo un hombre maduro. Fui a mi primera casa ubicada en el Callejón de los Triquis, para tratar de recapturar el mundo de mi primera infancia. Aquella casa era típica, muy modesta; tenía un pequeño espacio de entrada con dos cuartos laterales —las recámaras o el comedor—, y al fondo se veía un patio, con gallinas, árboles y una barda.

¿Cómo era el callejón?

Desembocaba en una calle cerrada —del resto no me acuerdo—: un callejón. En aquel regreso, al llegar encontré a una señora sentada en una poltrona, vestida de blanco, quien me dijo al verme: «Usted es Edmundo Valadés». «Sí», le respondí. Entonces ella me dijo que toda su vida había vivido ahí y que se acordaba de mí, de

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

niño en un velocípedo. No restituí la que era mi casa. Sí, en cambio, pude restituir una casa de dos pisos en la esquina que yo creo es el más hermoso edificio de Guaymas, desgraciadamente sin que se le cuide, sin que se le preserve como pasa en este país en que todas esas cosas llenas de tradición se pierden; es una casa que abarca de esquina a esquina, con un gran señorío, con una gran nobleza. Me impresionó, realmente. Y de niño no me di cuenta, me acordaba de la parte que yo podía ver desde el callejón. En fin, pues todo eso me hizo sentir el desarraigo, que es muy doloroso.

¿La señora de la poltrona era de quien estaba enamorado tu papá?

Sí, mi papá estuvo enamorado de ella. Y ya en confianza me hizo pasar a su casa y me confió: «Le voy a enseñar algo», y trajo un par de viejos papeles que eran dos cartas de amor que le había mandado mi padre cuando yo era pequeño. Ella creía que mi padre había muerto, y cuando supo que aún vivía me pidió mi palabra de hombre y de caballero para que no le dijera nada. ¡Fíjate qué cosas! Ella me contó que era la hija única, soltera, del matrimonio de una sonorense y un francés que había ido a trabajar al estado luego de haber egresado de un politécnico de su país. Mi padre después se prendó de ella. Sin conocerla, sin previo aviso, le mandó una encendida declaración de amor. Ella era muy chiquilla: «Usted sabe cómo eran las costumbres de ese tiempo, me dio miedo, me dio susto, no entendí lo que pasaba». Parece que en la primera carta mi padre le demandaba una respuesta que ella no le dio y la segunda carta, muy de acuerdo con ciertas maneras de la época, es la del hombre que no recibe respuesta y entonces dice «aquí terminamos», o algo así, tan curioso, algo que nunca empezó, pues nunca intercambiaron una palabra ni nada. Esto fue, claro, después de que mi papá había enviudado.

Piensa en los capitalinos que guardaron su relación con sus lugares de origen, y que si regresan a su pueblo todo mundo los conoce: sus amigas, las que fueron sus novias... Es decir, se restituyen.

¡Cómo envidio eso! ¡Cómo quisiera yo regresar ahora a Guaymas, haber mantenido ese lazo, y conocer a las muchachas, a las señoras, a los amigos, a todos! Voy a decir una cacofonía: un trance transitorio, digamos. Estás en la ciudad pero tienes tus ligas. En cambio, cuando yo regresé a Guaymas, era un extraño total, un desconocido. Pero de la infancia se te quedan... chispazos, ¿verdad?

En esos años tuviste impresiones que después se hicieron textos. Un día pasabas frente al establecimiento de un...

...doctor, que estaba poniendo una lavativa. Sí, fíjate, puede que eso por lo insólito...

¿Cómo fue?

Bueno, había un doctor y allá por el calor no tienen tanta precaución de cerrar las puertas. Yo vi a un señor bocabajo y el doctor que le ponía la lavativa. Ese momento está grabado así nada más. Luego otro que también me angustia mucho: mi padre enviudó y creo que habré sido un niño agradable, pues por lo que recuerdo me conocían todos los del barrio, seguramente se condolían, sabían que yo era huérfano, que estaba solo. Mi padre se iba a trabajar, y un día me salgo a dar la vuelta rumbo a una tienda y me encuentro con un automóvil —que no eran comunes entonces— sin techo, con una familia. Arriba estaban un señor que manejaba, una señora y unas niñas. Entonces el hombre empezó a persuadirme de que me fuera con ellos. Me proponía: «Súbete, vámonos». No sé qué pretendían, pero obviamente era llevarme con ellos. Y mi reacción infantil al oír eso fue no irme, claro... Pero ahora pienso: ¿Y si me hubiera ido? No habría vuelto a ver a mi padre ni sé cuál habría sido mi vida. La vida, sobre todo en las primeras edades, depende a veces de algo así tan imprevisto como que unas personas lleguen en un carro, vean a un niño y le propongan que se vaya con ellos.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

He tratado de precisar la edad en que vine a México y no estoy seguro, pero debo haber tenido seis años porque entre mis recuerdos está un desfile en Insurgentes, al cumplirse el centenario de la proclamación de la Independencia, que encabezaba Álvaro Obregón en un carruaje abierto. Quiere decir que estaba en México en 1921, a los seis años, pues nací en 1915. Se me confunde un poco la memoria. Creo que cuando llegué a la Ciudad de México, mis tías vivían en Mixcoac, que entonces estaba fuera de la ciudad; luego se fueron a vivir a la colonia Roma —una zona en donde se congregó mucha gente provinciana que llegó a la capital a raíz de la Revolución: porque en las migraciones humanas, por razón lógica, la gente se va a vivir cerca de sus parientes y amigos—. Recuerdo que en casa comentaban que ahí vivía el licenciado Canales que era del norte, y tal y tal gente; es decir, trataban de integrarse un poco o un mucho a una comunidad donde no fueran totalmente extraños.

Tu llegada a la Ciudad de México a tan temprana edad, ¿te marcó como escritor? ¿Habrías sido un escritor diferente si hubieras permanecido en Guaymas?

Creo que sí. A lo mejor no habría sido escritor. Quizá hubiera sido marino, porque sobre todo en la infancia se fijan cosas que van a perdurar toda la vida. Consciente o inconscientemente nuestras relaciones, nuestras experiencias de esa primera etapa deciden en mucho nuestro destino. Entonces lógicamente si me hubiera quedado en Guaymas, en otro medio, con otras costumbres, con otra gente, obviamente habría sido distinto al que soy. No habría podido ser el mismo. Yo me acuerdo... me iba al muelle, me iba al mar, era amigo de los marineros, me subía a los barcos, conocía al doctor, al tendero... era mi mundo. Ahora, la duda: ¿Tu destino está prefijado? Digamos, ¿yo hubiera sido escritor de cualquier manera en ese otro medio? Realmente no lo sé.

El problema de la ciudad es el del desarraigo. Todavía cuando yo llegué a México, la ciudad era pequeña, vivías en una colonia y se conocían los vecinos, iban a la misma iglesia, a la misma escuela, había mayor convivencia. La colonia era como un pequeño pueblo: había más comunicación y todos se conocían. Era *tu* pueblo. Los que vivían en Santa María eran de Santa María y se conocían; familias que habían vivido en una u otra zona durante tiempos enormes. Por ejemplo Baltazar Dromundo[2], que vivió por la fuente del Salto del Agua, tiene un libro que se llama *Mi barrio de San Miguel* en donde restituye a los personajes de su barrio, de su pueblo. En cambio hoy en la Ciudad de México somos totalmente extraños. Creo que uno de los factores que nos pesan es que no tenemos arraigo en un sitio de la ciudad. Tenemos posesión de una casa, que es nuestra privacía, pero no pasa de ahí. No tenemos nada que ver con el barrio: nos es ajeno, extraño. Nos es ajena y extraña la ciudad. Ésa es una de las cosas más terribles que ha perdido la Ciudad de México..

¿Y tu familia?

Mi padre murió hace dos semanas aquí en la Ciudad de México. No avisamos. Felizmente murió de la mejor manera, sin sufrir, a los 103 años. En un momento el corazón de plano le dijo *ya*: se paró. No tuvo que padecer hospitales, vida artificial, nada. Murió

[2] Baltazar Dromundo Chorné. Nació en Parral, Chihuahua, y murió en el Distrito Federal (1906-1987). Licenciado en Derecho por la Universidad Nacional de México, casa de estudios donde participó destacadamente en la lucha por la autonomía en 1929, sobre la cual escribió un libro. Profesor de diversas materias en instituciones de enseñanza media y superior. Fue agente del Ministerio Público, secretario particular del gobernador de Durango (1936-40), diputado y funcionario del Departamento del Distrito Federal. Autor de *Negra Caiyu. Poemas y romances* (1932), *Emiliano Zapata* (biografía, 1936), *Elogio a la lealtad* (ensayo, 1935), *Lenin* (ensayo), *Vida de Simón Bolívar* (1935), *Villa y la Adelita. Romance en prosa* (1936) y *Romances* (1937).

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

sereno, sin dolor, en la madrugada. El día anterior comió sus tres comidas. Lo enterramos el sábado antepasado[3].

Lo veía poco, fui muy inconstante. Tuve una corazonada y lo fui a visitar tres días antes de que muriera. Y lo único que me pudo decir fue preguntarme cómo estaba yo. Aguantó mucho. Todavía a los 100 años tenía fresca su memoria, platicaba —oía con dificultad, pero estaba consciente de todo—, aunque ya no quería caminar ni levantarse. Tuvo la suerte de que llegó ahí una criadita de siete años y, hasta la fecha, fue su ángel de la guarda. Le dedicó las veinticuatro horas del día. Lo quería mucho, lo apapachaba, lo regañaba, lo hacía andar, lo hacía hablar, lo cambiaba, lo bañaba, llamaba al médico, lo vestía, lo hacía caminar unos pasitos. Era la que sabía comunicarse con él, así es de que, bueno, siquiera eso me conforta. No tuvo ninguna enfermedad larga, agónica. Tuvo padecimientos propios de sus años, de la edad; se quebró la cadera y le soldó, ya grande, a los noventa años. Era muy sano. Comía de todo. Nos invitaba en Navidad a comer a mi suegra y a Adriana: romeritos con tortas de camarón, bacalao, y él comía de todo, de todo. Por lo menos pudo gozar de la buena mesa. Un día le pregunté: «Bueno papá, ¿a qué edad dejaste de fumar?» Y me dice: «Mira, cuando tenía sesenta y tantos años, trabajaba en Pensiones, y un amigo y yo hicimos la promesa de no volver a fumar ni a beber. Yo cumplí mi promesa... mi amigo ya murió». Era cuando yo mismo tenía sesenta y tantos años. Y dije: «Ah caramba, si dejo de fumar estoy a tiempo».

Mi padre fue muy amigo de Adolfo de la Huerta, por él se vino a la Ciudad de México. Conoció a Álvaro Obregón y a Plutarco Elías Calles, porque fue periodista en Guaymas en plena Revolución. Periodista y poeta, buen poeta, pero dejó de escribir. Tengo algunos versos sueltos de él. El escritor Porfirio Martínez Peñaloza recogió uno en un libro. Su obra periodística está perdida, caray. Está en

[3] A mediados de 1985.

periódicos de Hermosillo. Yo nunca he intentado ir a la hemeroteca a rescatarla.

¿Fue tu ejemplo para dedicarte al periodismo?

No me hice periodista por él, nos viene de familia, porque mi abuelo paterno, Adrián Valadés, publicaba el semanario *Baja California* en La Paz; hizo una historia de Baja California e imprimió un librito de versos y un pequeño volumen sobre leyendas y sucedidos de Baja California. Luego mi papá se vino a México —lo mandaron a estudiar a principios de siglo—, pero entró en la bohemia con Diego Rivera y con el escultor Olaguíbel[4]. Me contó muchas cosas, sobre todo cómo la mamá le pegaba a Diego, que era tremendo; un domingo lo invitó a pintar a unos andurriales y los agarró un aguacero. Buscaron dónde guarecerse en un lugar donde había de beber y se emborracharon. Entonces mi papá tuvo que llevar a Diego con la mamá —que lo esperaba con un garrote para darle una paliza—. Me contaba: «El mejor discurso que yo hice fue para persuadir a la mamá de Diego para que no le pegara».

Sabía mucho del idioma: era un buen gramático. Incluso publicó un par de libritos sobre reglas y sobre el idioma —no precisamente gramática—, uno que se llama *Gazapos...* (y no sé qué).

[4] Juan Olaguíbel Rosenzweig. Nació y murió en el Distrito Federal (1889-1971). Escultor. Estudió en la Academia de San Carlos. El presidente Venustiano Carranza le otorgó una beca para continuar su aprendizaje en Europa. Interrumpió su viaje en Estados Unidos, donde vivió un tiempo, y sólo hacia el final de su estancia volvió a estudiar, auspiciado por el cantante Enrico Caruso. Viajó por Europa y al regresar a México fue apoyado por José Vasconcelos, entonces secretario de Educación Pública. Algunas de sus esculturas más importantes son: *La flechadora* (conocida popularmente como *La Diana Cazadora*), la Fuente de Petróleos y la estatua del general Pedro María Anaya, en el Distrito Federal; *El Pípila*, en Guanajuato; el *Morelos* del Palacio de Cortés, en Cuernavaca; un *Díaz Mirón*, en el puerto de Veracruz; y un *Juárez*, en Nuevo Laredo, Tamaulipas. También ejecutó esculturas en Estados Unidos, Italia, Suiza y Venezuela.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Luego fue corrector de pruebas en la revista *Hoy*, donde escribían José Vasconcelos y Luis Cabrera, y les enmendaba la plana. Cuando le reclamaban, él les alegaba: «Es que según la Real Academia esa palabra está mal utilizada.» Era muy estricto. Su nombre completo era Adrián O. (Odilón) Valadés. Nombre rarísimo. Nunca lo usó. Su segundo apellido... no me acuerdo... Nació en La Paz en 1882.

¿Y tu abuelo el que vivía en La Paz?

Adrián Valadés. No sé su segundo apellido. Por lo que respecta a mi abuela materna, sólo recuerdo que su apellido era Cobos. Nacida en Chihuahua.

¿Y la segunda esposa de tu papá cómo se llamaba?

Concepción... Ah, caray, no sé...

¿Tienes otras referencias de la historia de Baja California que publicó tu abuelo?

La escribió no sé si a fines del siglo pasado o a principios de éste. Él era de Mazatlán y se avecindó en La Paz. Fue secretario de la alcaldía, publicó su periódico, estuvo con las fuerzas de Porfirio Díaz cuando la invasión francesa. Se ve que empezó a escribir una historia de la participación del cuerpo que comandaba Porfirio Díaz y lo que llegó a escribir está publicado en la revista de historia que fundó Cosío Villegas, *Historia Mexicana*; creo que en el número veinte salió la primera parte donde cuenta con mucha crudeza cómo fue la vida de los soldados republicanos durante la invasión francesa. Le gustaba la historia. Cuando estuvo en La Paz, viajó por todo el territorio, revisó los archivos municipales y escribió una prolija historia de Baja California, región a la que amó. La historia de mi abuelo abarca desde la fundación del estado hasta el porfirismo.

Miguel León Portilla, que se ha interesado mucho en Baja California, supo del texto y le interesó una parte sobre la que había poca documentación, que es de 1850 a 1880, y consideró que el trabajo de mi abuelo llenaba grandes lagunas. Entonces él llegó a un acuerdo con mi papá y la publicó en la UNAM en 1974. Pero la historia íntegra sigue inédita todavía.

¿A qué se dedicaba tu papá?

Como él vivió en Guaymas durante la Revolución, conocía y convivió con Obregón y Calles, pero particularmente hizo una relación muy amistosa con Adolfo De la Huerta. Cuando De la Huerta fue secretario de Hacienda en el gobierno de Obregón, mi padre le debe haber escrito y él lo trajo a México para darle trabajo en lo que era entonces la Oficina de Monumentos Coloniales, o algo así, lo que hoy es el Instituto de Antropología. Y me acuerdo que en casa hablaban con pena de la honradez de mi padre, porque él tenía un puesto clave, en donde podía expedir permisos, y se ve que le habían hecho proposiciones de dinero a cambio de que permitiera no sé, que derribaran una casa o alguna cosa así, chueca. Y claro, él era de una rectitud absoluta y no aceptaba, y en casa se lamentaban de que no hubiera aceptado y hecho dinero. Supuestamente era una casa muy «moral», nos decían que había que ser honrados, etcétera. Es la dualidad de gran parte de las familias mexicanas, donde las normas éticas o morales que imponen a los niños no son más que formas, no son realmente una convicción profunda.

Cuando llegamos a México, mi padre con su esposa y una hija se fueron a vivir a una casa, y yo me quedé, o él me dejó, con sus hermanas en la calle de Puebla. Tiempo después, cuando yo tenía unos catorce años, el esposo de una hermana de él, Manuel Helenes Gaxiola, un sinaloense de Mocorito, contrajo la tuberculosis y quiso morir en su terruño y fue mi primera experiencia de volver a provincia unos meses —en 1929, exactamente.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Mocorito entonces era todavía una ciudad importante, con mucha tradición. Un hermano de mi tío, Ignacio, si mal no recuerdo, tenía una gran biblioteca, que fue la primera biblioteca a la que yo tuve acceso. Este tío me prestaba libros y leí a todos los poetas románticos: Gutiérrez Nájera, Manuel M. Flores, Díaz Mirón, y ¡claro!, me sentí poeta y me puse a hacer versos, ¿no? Fue una experiencia interesante. Además, entonces en Mocorito —no sé si todavía perdure esa tradición curiosa— la población femenina era tan superior en número a la masculina que los hombres tenían el derecho aceptado en la convivencia social de tener novia de primera, novia de segunda, e incluso novia de tercera, aunque generalmente las novias de tercera eran para robárselas; cualquier día corría la noticia en el pueblo: «El Manuel se llevó a la Eloísa». Luego ya reaparecían. No pasaba nada con el muchacho, él seguía teniendo su relación con la novia de primera, con la novia de segunda. Cuando las muchachas de segunda hacían una fiesta, las de primera iban por fuera de la casa donde era la fiesta a ver por las ventanas a sus novios bailando con sus novias de segunda. Ahí conocí la tambora, que para mí es maravillosa, porque me restituye esa época de cuando a veces a las doce del día, un grupo de amigos, borrachos, cayéndose, iban por las calles polvosas del pueblo con la tambora detrás toque y toque a llevar *gallo* a las casas de las novias. Y mujeres muy lindas, de un estilo muy agradable, muy franco. Y yo tuve, claro, mi novia de primera y mi novia de segunda...

¿Y de tercera?

No, no llegué a tener. Desgraciadamente no.

¿Recuerdas los nombres de las chicas?

Sí, mi novia de primera era la *Tichi* López, hija de la señora Alejandra López quien —según supe después— fue quien inspiró el vals *Alejandra*. La *Tichi*, era una chiquilla muy linda.

Cuando fui a Mocorito yo tenía alrededor de catorce años. Dos hermanas de mi tío Manuel, doña Isabelita y doña Manuelita, tenían la escuela local. Enfrente estaba la peluquería de don Chon Quezada, padre de un muchacho que se llamaba Sacramento, de quien tomé el nombre del personaje de «La muerte tiene permiso». La peluquería, como en todos lados, era el sitio de la tertulia; los notables del pueblo ahí iban, y yo me colaba porque enfrente estaba la escuela y había una ventana desde donde yo podía ver a la *Tichi*. Así era ese noviazgo, de verse. Yo he restituido algo de eso en un cuento que se llama «No como al soñar», donde ella aparece con su propio nombre. La *Tichi* es Beatriz, si mal no recuerdo. Y mi novia de segunda se llamaba —qué raro que se me vaya el nombre, siempre me acuerdo—... Bueno. Recuerdo que cuando murió mi tío, al día siguiente ella pasó frente a la casa con medias negras, sin decir nada, pero era un mensaje de solidaridad. Y tenía lindas piernas, me acuerdo, podía ya apreciarlas entonces. Tendría doce, once años igual que la *Tichi*. El hermano de la *Tichi* me daba un pavor inmenso porque era un señor de aspecto tejano, con pistola. Para tomarme el pelo, mis amigos me decían: «Ya lo sabe y te va a matar». Y cuando en la calle yo lo veía venir, corría despavorido para otro lado.

Los reyes eran los agentes viajeros. Llegaba uno y le organizaban inmediatamente un baile las muchachas de primera, y algunos, claro, se casaron. Eran unas costumbres muy diferentes, sobre todo para mí, que provenía de un medio cerrado, rígido, católico.

¡Y las palabras! En mi casa no se podían decir malas palabras; y con los veracruzanos, los sinaloenses son los más mal hablados. Cuando llegué hasta les reclamaba: «No digan esas palabras». Las muchachas y los muchachos usaban todo el vocabulario tranquilamente.

Tengo un cuento ubicado en Mocorito, y es bastante real, porque un día iba caminando y frente a la tienda de un chino estaba un tipo borracho. Empezó a insultar a todo mundo. Llegó un policía, sacó una pistola y lo acribilló. Lo vi morirse. ¡Me produjo *un*

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

miedo...! ¡Imagínate, para mí, que salía del cascarón! Corrí volando, con el corazón que se me salía, rumbo a la casa donde estaba mi prima, donde se reunían las muchachas de primera, y llegué a decirles que acababa de ver matar a un hombre, haciéndoles sentir mi miedo. Me acuerdo que mi prima me dijo: «Miedoso, que te asustas de eso que viste». Porque también la muerte, ese tipo de violencia en Sinaloa, es muy vieja. Que mataran a un hombre, pues... Y ese es el cuento.

EL ATEPOCATE

«Era más feo que pegarle a Dios
por la espalda en Semana Santa».
Dicho popular.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

En donde recuerda lo desgraciada que hizo a su familia su inclinación a las letras, se duele de haberse creído un joven feo, habla de su vida estudiantil y el abandono de la escuela, y narra una singular y jamás vista aventura sucedida en Monterrey, entre otras sabrosas anécdotas.

Cuando llegamos a México, vivíamos en la calle de Puebla. Si mal no recuerdo, en el 245, en una de las pocas casas que no han derrumbado. Tenía sótano, era muy húmeda y había muchos lugares para jugar. Ahí hacíamos todas nuestras travesuras de niños. Había cerca gente del rumbo de donde nosotros éramos, de Sinaloa o Sonora. Un tío, Juan Jacobo Valadés, casado con la señora María Urrea, de Sinaloa, vivía en la esquina de Insurgentes y Puebla. Tenía una posición económica y social relevante, y daba grandes fiestas, muy famosas en los años veinte, con la gente más conocida del mundo social y político de Sonora y Sinaloa, como Obregón, el general Serrano, posiblemente Calles, y muchos otros. Era una especie de *pent-house*. A los niños nos dejaban ir en la mañana, cuando hacían los preparativos para la comida, el arreglo de los licores, y escuchaba uno comentar que asistirían Fulano, Zutano y Mengano. Había una familia Ortiz que vivía en una casona muy bella enfrente del «Nuevo Japón», en donde los domingos nos reuníamos después de la corrida de toros —porque entonces la plaza de toros estaba cerca—. Todos los taurófilos se iban por Oaxaca, como en una peregrinación, hasta la confluencia de Insurgentes. Era el tiempo en que todo niño que no sobrepasara en estatura el límite de una raya, entraba gratis. Así se formaba una genera-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

ción de taurófilos[1]. Íbamos; si rebasábamos un poco, medio nos agachábamos. Me tocó ver a toreros muy famosos de esa época: Marcial Lalanda, *Chicuelo*, los niños *Bienvenida*, y a los mexicanos Heriberto García y Pepe Ortiz. Tendría yo más o menos diez años. Me hice taurófilo y ya de hombre joven, por ahí de fines de los treinta, principio de los cuarenta, no faltaba a las corridas, cuando hubo esa pléyade de grandes toreros: Armillita, Solórzano, *El Soldado*, Balderas, Pepe Gorráez. Me tocó ver una de las más maravillosas faenas que se han dado en el toreo, con el novillero Osorno, a quien un domingo le salió un toro prodigioso, ¡inolvidable!, *Mañico*, de embestida muy clara, ¡de largo se arrancaba! Y Osorno entendió al toro. Fue la gran inspiración de su vida. Lo esperaba a pie firme en el mero centro del ruedo, aguantando, templándolo. Hizo una faena de locura, cualquier aficionado la recuerda como una de las grandes faenas que se han hecho. Pero *Mañico mató* al torero ese domingo. Lo mató porque fue tan grandiosa la faena que, claro, lo repitieron al domingo siguiente. Todo mundo fue a la plaza: los que habían visto la maravilla, a volver a verla; los que no la habían visto, a conocerla. Pero ese día los toros no funcionaron. Osorno no estuvo como la vez anterior. Y ahí *murió*. Es el caso dramático de un torero que hace una de las más grandes faenas en la historia y por no haberla podido repetir, se acabó. Terminó de peón. Aún conservo chispazos de aquella tarde: veo al toro que se arranca de la barrera, Osorno en el centro del ruedo, sin moverse, de plano mandando al toro que se iba muy lejos pero regresaba y volvía a retornar, hasta que ya lo concentraba en corto. Una faena prodigiosa.

Era entonces la Plaza de la Condesa, donde ahora está el Palacio de Hierro, por Durango y Medellín. Era una plaza familiar, entre todos era un saludadero, todo mundo se conocía. Además estaba el famosísimo restorán «Sonora-Sinaloa» y una serie de cervecerías

[1] La costumbre persiste, pero los empresarios no la anuncian, y el niño no tiene derecho a asiento dentro de la plaza.

adonde acudían los políticos de entonces. Yo iba con unos primos mayores —mi papá no fue aficionado—. Luego estando en *Hoy*, iba con don Regino Hernández Llergo, mi maestro, el que me hizo a mí y a tantos periodistas —él en una época, incluso, fue director de una revista que se llamó *El Universal Taurino*—. Teníamos pase con derecho a barrera de primera fila.

En aquel tiempo taurino perdí una nota periodística. Trabajaba con Gregorio Ortega en la revista *Así* cuando la revelación de Silverio, *El Faraón*. En toda la ciudad no se comentaba más que de él. Todo mundo iba a verlo. José Clemente Orozco quiso conocer al fenómeno y se lo comunicó a Ortega —el estudio del pintor estaba cerca de las oficinas de la revista, por el Monumento a la Revolución—. Entonces Ortega me comisionó para llevar al Maestro y fuimos a la barrera de primera fila una tarde en que Silverio hizo una de sus grandes faenas con un toro de nombre *Cocotero*. Le pregunté al maestro: «Bueno, ¿qué opina usted del matador?» Orozco sólo me dijo: «¡Tiene magia!» Después de salir me invitó a una cervecería cercana donde charlamos dos horas, pero después mi memoria omitió totalmente de qué platicamos, qué pensé yo de él... perdí la nota. Me duele mucho. Esto fue en los años cuarenta. Era una época en que todas esas celebridades estaban cerca de uno.

Me acuerdo cuando Diego empezó a hacer los murales de Palacio Nacional. Fui con mi gran amigo Horacio Quiñones, y lo vimos trepado en los andamios, con sus zapatotes, un saco grande de caqui, y Horacio me dice: «Caray, fíjate lo que estamos viendo. Cuando pasen muchos años y tengamos a nuestros hijos, les podremos decir que nosotros vimos a Diego Rivera cuando estaba pintando esos murales tan famosos».

¿Por qué no continuaste estudiando después de la secundaria? ¿No eran tiempos de hacer una carrera en las letras?

No, mira... Yo empecé con mucho entusiasmo en la Secundaria Siete. Me gustaba el estudio, pasé mi primer año con puros dieces;

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

pero mi familia, aparte de que estaba en una situación económica estrecha, confundía la escritura con la bohemia, pensaba que ser escritor implicaba ser borracho, drogadicto, que viviría en el despiporre. Era una desgracia que alguien de la familia saliera poeta o escritor. Ellos pensaban que el mejor patrimonio que podía dejársele a un muchacho de familia de clase media no pudiente era que aprendiera a trabajar lo más pronto posible. Y respecto a las carreras liberales y humanísticas, entonces de eso ni hablar, eran posibilidades para gente con dinero. De tal suerte que me desalentaron, no me ayudaron. Mis logros del primer año no los hicieron pensar que yo pude haber sido un buen estudiante. Me faltó apoyo, me faltó comprensión, me faltó estímulo... me desalenté y me dediqué al billar en lugar de ir a clases, con un grupo de amigos quizás en las mismas circunstancias. Y pues no pasé la secundaria. Llegué a tercero pero debiendo materias, y ya de ahí empecé a trabajar.

¿Cómo fue tu vida de estudiante?

¿A qué edad se entra a la secundaria? Entonces había muchos muchachos —yo tenía quince— de diecisiete, de veinticinco, y la SEP creó la Secundaria Siete para muchachos que rebasaban la edad escolar. Claro, fue interesante porque llegué después de la primaria a un mundo en donde había jóvenes que habían viajado, que habían vivido. Una escuela muy inquieta fue la Siete, de la que salió gente que ha tenido o tuvo importancia en la política, como Rodolfo Echeverría; en el arte como alguien que fue un compositor famoso, otro que fue gobernador de Guerrero, en fin, con maestros muy buenos, estupendos; ahí estuvieron Beteta y el licenciado Romandía Ferreira. Rafael Ramos Pedrueza —uno de los primeros comunistas mexicanos que fueron a la URSS— daba historia de México. Recuerdo que en sus clases nos contaba, con gran admiración, que había escuchado a Trotsky en la Plaza Roja. En fin, una serie de maestros de distintas ideologías, muy interesantes. Otra de las

cosas que también me duelen es que la Siete estaba junto a la Escuela Nacional Preparatoria —en San Ildefonso y El Carmen—, y yo pude haber ingresado a la preparatoria de esa época que —por lo que he leído y por toda la gente que egresó de ella— fue uno de los centros docentes de más tradición, donde en mucho se forjaron las generaciones que han dirigido a México o que han brillado en todos los campos: el arte, la literatura, la ciencia, la política. Ahí estuvieron Octavio Paz, Renato Leduc, Pepe Alvarado... es infinita la lista y por lo que yo he leído de sus recuerdos de la preparatoria, había maestros extraordinarios: Caso, Lombardo, Vasconcelos, Erasmo Castellanos Quinto, es decir, un hervidero de inquietud. Yo creo que esa etapa de la Nacional Preparatoria es importantísima en el México moderno. Ahí, Paz, Ramírez y Ramírez, López Malo, Salvador Toscano, fundaron dos revistas: una que se llamó *Barandal,* por los barandales de la preparatoria —Moreno Sánchez, que fue de esa generación, tiene un hermoso rancho por Toluca que se llama «Los Barandales», en memoria de aquel tiempo[2]—; luego publicaron *Cuadernos del Valle de México*. Renato se hizo poeta ahí en la prepa. Su famoso poema detonante «El Prometeo sifilítico» perduró por tradición oral.

En fin, es otra de las cosas que me duele mucho: no haber ingresado a la prepa habiendo estado piel a piel en tercero de secundaria. Además, no haber participado en *esa* generación, porque yo realmente no soy de una generación definida. Como escritor no pertenecí a ningún grupo, a ninguna generación, lo que hubiera sido bueno para mí, seguramente, porque —a pesar de que hay generaciones cerradas— cómo alimenta un grupo de jóvenes escritores o poetas que se asocian, que fundan su revista, que comparten lecturas, descubren autores, discuten sus problemas éticos, religiosos, filosóficos, políticos. Todo eso yo me lo perdí, desgraciadamente, como todos los que no tuvimos la suerte de pasar por esas aulas. Claro, entre la Siete y la prepa hubo siempre pugnas y

[2] Hoy sede de una fundación organizada por la familia en memoria del político.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

había muchas *broncas*. Recuerdo —esto debe haber sido en 1933— que cuando Carlos Madrazo era el presidente de la sociedad de alumnos de la preparatoria, tuvimos un enfrentamiento los de la Siete con los de la prepa: una batalla campal en grande, a ladrillazos. Llegaron los bomberos. En todos los diarios de esa época la cabeza de ocho fue de esa gresca. Y como no había sido la primera, se decidió trasladar la escuela a donde aún perdura: en la calle 5 de Febrero.

En el Barrio Universitario...

Era todavía un México... imagínate, frente a la escuela pasaba el último tren de mulitas que hubo en la ciudad, con un cochero de aire porfirista, con grandes bigotes. Te imaginas qué desgracia para ese pobre tipo cuando abrían la Siete exactamente por donde él pasaba. ¡Y bueno, las tropelías que cometimos con ese tren de mulitas!: poner cohetes en las vías y otras maldades. Ahí se acabó el último tren de mulitas. También, por aquellos años —a principios de los treinta, por 1932— en el teatro Esperanza Iris se organizó un maratón de baile de veinticuatro horas —imitación de una moda surgida en Estados Unidos, pues en esa época todo lo de ese país comenzaba a influirnos—. El diario *La Prensa*, en una actitud moralista, muy de la época, comenzó una campaña terrible contra aquello que «atentaba contra nuestras costumbres y nuestras tradiciones», y nosotros, influidos por lo que leíamos en el diario, lo tomamos como una «causa sagrada» y decidimos acabar con lo que atentaba contra «lo nuestro». Y un día salimos en masa, llegamos al Teatro Iris al mediodía, entramos, y acabamos con el maratón. Ahí Federico Barrera Fuentes[3] —otro de los compañeros de la Siete— me acuerdo que desde las plateas, mientras las pobres parejas exhaustas competían, lanzó un discurso incendiario. Habló de España, de nuestra tradición, de todo eso

[3] Político y periodista.

que se acababa. No me olvido del fuego y de la ira de ese muchacho, motivado por lo que el periódico publicaba. Así se acabó el maratón.

Otra cosa terrible: a la vuelta, en El Carmen, estaba la escuela «Miguel Lerdo de Tejada»[4]. Y empezábamos en la Siete a echar cohetes, a suspender clases, y nos íbamos a la «Lerdo de Tejada» a que sacaran a las muchachas ¡y las tenían que sacar! Y en fin, éramos muy *billareros* todos los estudiantes de ese rumbo en donde estaban la Siete, la de Derecho, la prepa, la de Medicina en Santo Domingo, la ESIME que estaba en la otra parte de Isabel la Católica. En fin, era el núcleo estudiantil de entonces —no existía aún Ciudad Universitaria—, así es que continuamente se armaban grescas en ese barrio —en donde estaba el famosísimo «Café de Alfonso», en Argentina— y además había una serie de billares muy concurridos por nosotros. Entonces usábamos chaleco, porque era muy importante, y los chalecos los dejábamos en prenda por la cuenta en los billares... Conocíamos a todos los *coimes*[5].

¿Qué te llevó al billar?

Lo que te digo: me desalenté, y en ese juego me hice de un grupo de amigos. Era un vicio. Además, te soy franco —no sé si moleste a quienes les gusta el billar—, pero me parece el juego más tonto, más aburrido, más... No sé cómo perdí mi secundaria

[4] La Escuela Secundaria Técnica Comercial para Mujeres número 1 «Miguel Lerdo de Tejada» funcionó hasta los años setenta en un gran edificio ubicado en la esquina de Guatemala y El Carmen. Tenía tres turnos y seguramente no hubo joven de las escuelas de la vecindad que no tuviera por lo menos una novia de «la Lerdo». Era frecuente escenario de grescas entre estudiantes.

[5] Mozos de billar. Los hubo famosos en los salones del barrio universitario. Además de chalecos, recibían libros, suéteres y algún reloj de pulso para garantizar el pago del tiempo; además, eran los depositarios de las apuestas. Por cierto, las tortas de los billares competían en preparación y sabrosura con las de las cantinas, y eran más baratas.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

por el billar ¿verdad? Cómo nos pudo provocar tal pasión. Bueno, eran los escapes lógicos.[6]

Pero déjame decirte esto: a pesar de todo lo que te cuento del relajo, a muchos de nosotros nos dolía México. Pensábamos —eso lo tengo muy claro— que el principal problema del país era la corrupción. Desde entonces la idea generalizada era que los gobernantes eran unos ladrones; había desconfianza; no había credibilidad; había una serie de grandes caciques: los Osorno en Querétaro, Garrido Canabal en Tabasco... en cada estado había un gran cacicazgo, y nosotros teníamos conciencia de ello, lo que quiere decir que los jóvenes, a pesar de la desconfianza que provocábamos —porque sacábamos a las muchachas de la escuela, armábamos bronca, jugábamos quizá excesivamente—, en el fondo nos preocupábamos y nos interesábamos por México.

Por eso pienso que contra lo que uno pueda creer y dude, en los jóvenes hay una inquietud importante respecto a cosas fundamentales de su circunstancia y de su país. Tal vez no en todos, pero siempre hay un núcleo que sí tiene conciencia, en donde surge la ambición de luchar por su patria, de hacer política con miras a corregir las cosas. Claro, ocurre que el sistema es tan poderoso que ese deseo de renovación, ese relevo, digamos, de sangre fresca, es absorbido, condicionado, pervertido, comprado. En la juventud

[6] La tradición del billar era una de las características del barrio universitario. En 1965, por ejemplo, cuando había sólo siete planteles de la ENP, «la prepa ocho», en el lenguaje cifrado de los jóvenes, era un famoso salón de billar en las calles de Argentina. Había además lugares que ofrecían algún rincón oscuro para besarse con las novias de «la Lerdo» o del «Remington»: el *mezzanine* del restaurante «Goya» en Guatemala, y el segundo piso de la nevería «La Princesa» en Argentina, en donde se podía ordenar, por un peso, una coca para dos. Muchos universitarios de aquel tiempo se tomaron la primera copa en la cantina «El Seminario» en la esquina de Guatemala y Seminario, o en «El Nivel», en Moneda, lugar donde tuvo su origen el grupo de *Los Nivelungos*, comandado por el escritor y epigramista Francisco Liguori, entonces maestro de literatura en la prepa dos.

siempre hay un fermento decisivo para un país. Si ahora vemos la situación del país tan difícil, cuando uno piensa en las posibles salidas, no están más que en los jóvenes. De ellos depende. Es una desgracia que una parte de la generación mayor, en lugar de aprovechar y encauzar todo ese potencial en beneficio del país, fundamentalmente se sirva de él. Y bueno, si hablamos de la prepa pues con más razón. Imagínate, eran jóvenes con más conciencia, con mayor cultura, con maestros sabios, notables, que los estimulaban. Por eso insisto: de la prepa salió una generación que tuvo que ver mucho con México. Hubo muchos, desgraciadamente, que se condicionaron; pero también hubo otros que aportaron cosas importantes. Quizá si viéramos el saldo de lo que ha logrado México, se debe a esas generaciones.

De este círculo de los billares ¿hubo alguien más que destacara en las letras?

Bueno, mira, yo tuve dos grupos de amigos: el de, digamos, «los vagos» que les gustaba el relajo, el billar, ir con las muchachas, ir al *dancing*, al cine, todas esas cosas; y simultáneamente otro con inclinaciones literarias, con el deseo de ser escritores o políticos, con la idea de lograr una posición importante al servicio del país. Nos reuníamos para discutir libros, autores, historia, filosofía y nos acercamos a escritores como Martín Luis Guzmán[7], de quien nos dolió

[7] Martín Luis Guzmán Franco. (1887-1976). Político, escritor y periodista. Originario de Chihuahua. Se trasladó a la capital del país y entró a trabajar en la redacción de *El Imparcial* (1908). Al año siguiente interrumpió sus estudios de derecho al ser designado canciller del consulado en Phoenix, Arizona. En 1911 regresó a México. Formó parte de El Ateneo de la Juventud. En 1913 obtuvo el título de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Cuando ocurrió el cuartelazo huertista, renunció a su cargo que tenía en Obras Públicas y fundó *El Honor Nacional*, periódico de oposición. En noviembre del mismo año se unió a los carrancistas y luego pasó a las fuerzas de Villa, de quien fue asesor político y en 1914 representante ante Carranza, quien lo hizo detener y ordenó su destierro. Liberado por los convencionistas, recibió el grado de coronel y

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

mucho, sobre todo uno de sus libros, terrible, que me imagino que tendría ahora más validez que nunca: *La querella de México*, que es la expresión del revolucionario que se lanza a la batalla con la esperanza de transformar al país y que —cuenta Martín Luis Guzmán— en la realidad ve cómo los advenedizos, los ladrones, son los que llegan al poder y se instaura la corrupción. La misma historia de este país, desgraciadamente, que se repite indefinidamente quizá con la breve etapa de los liberales, ¿verdad?, pero en todo lo demás... Bueno, es un testimonio desencantado de Martín Luis Guzmán. Recuerdo cómo nos dolió ese libro. Pero en fin, nos interesaba acercarnos al país con el deseo de encontrar soluciones, con el deseo de ser importantes para poder influir en bien de México.

¿Ese grupo estaba organizado como un ateneo?

fue nombrado secretario de la Universidad y director de la Biblioteca Nacional. A la derrota de la Convención se exilió en España, donde publicó *La querella de México* (1915) y colaboró en periódicos de ese país. Viajó luego a Estados Unidos, donde escribió su segundo libro, *A orillas del Hudson* (1920). Fue profesor de literatura en la Universidad de Minnesota y dirigió *El Gráfico*, periódico de Nueva York que se editaba en castellano. Regresó a México en 1920 y se encargó de la sección editorial de *El Heraldo de México*. Fue secretario particular de Alberto J. Pani, titular de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y fundó el vespertino *El Mundo* (1922). Diputado federal por el Partido Cooperativista Nacional (1922-24). Opositor de Alvaro Obregón, debió exiliarse nuevamente en 1922. Vivió de 1925 a 1936 en España, donde publicó *El águila y la serpiente* (1928), *La sombra del caudillo* (1929), *Aventuras democráticas* (1931), *Mina el mozo, héroes de Navarra* (1932), *Filadelfia, paraíso de conspiradores y otras historias noveladas* y *Piratas y corsarios*. Durante la segunda República adoptó la nacionalidad española, fue uno de los secretarios de Manuel Azaña y ocupó la dirección de los diarios *El Sol* y *La Voz*. Volvió a México en 1936, año en que apareció su libro *Memorias de Pancho Villa*. Asociado con Rafael Jiménez Siles, en 1939 fundó la empresa editora Ediapsa. En 1940 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua y en 1942 fundó la revista *Tiempo*. En 1959 fue nombrado presidente de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuito, cargo que ejerció de manera vitalicia. Senador de la República (1970-76).

Era una pequeña capilla, con reglas para aceptar a nuevos integrantes. Constituiamos un grupo secreto que se había propuesto la conquista del poder en México[8]. Para ello tenían que realizar una serie de tareas. A mí me dieron ingreso al grupo. Estaban Horacio Quiñones, quien murió hace poco, indudablemente el más cercano de mis amigos de juventud; Luis Noyola Vázquez, escritor, poeta, ensayista, autor de un libro muy importante sobre López Velarde; Humberto Olguín, quien apuntaba como un estupendo líder universitario y tuvo capacidad para haber sido una figura —el destino no cuaja siempre—; y un oaxaqueño, Filiberto Fentanes. A ese grupo ingresó el poeta Ramón Gálvez. Nos reuníamos en casa de Quiñones todos los sábados hasta el amanecer, y hablábamos de todo: de literatura, de política, de religión, de Marx, de la situación de México. Hablábamos por ejemplo de la corrupción y Humberto, que era muy cabrón, decía: «lo que necesita el país es que colguemos a todos los ladrones, que los fusilemos». Pero a Quiñones, a Noyola y a mí fundamentalmente nos atraía la literatura.

Hicimos la promesa de encontrarnos en la puerta del Palacio de Bellas Artes el día último de 1950 para hacer un recuento de nuestras vidas, y ver si habíamos cumplido con nuestros propósitos. Y si alguno de nosotros hubiera muerto, la cita era en su tumba, en donde haríamos una cena con un cubierto para el muerto. Bueno, lo más curioso de esto es que yo fui el único que cumplió con la cita. Andaba de parranda con el *Che* Lautaro González Porcell[9], y me acordé. Fui a Bellas Artes, pero ninguno de los otros se presentó.

¿Cómo los conociste?

En la escuela. Yo estaba en la Siete, pero ellos eran de la Secundaria Cinco. Recuerdo que a Quiñones lo conocí llevando bajo el brazo

[8] El lector no dejará de advertir las diferencias con otros grupos de estudiantes que también se propusieron conquistar el poder... y lo lograron.

[9] De él se habla en el capítulo «Yo periodista».

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

un libro que fue sagrado para la generación del 29: el *Shaska Yegulev* de Andreyev[10]. Ese libro lo leyeron López Mateos[11], Moreno Sánchez[12],

[10] Leónidas Nikolaievich Andreyev (1871-1919) nació en la ciudad de Orel, en la ribera del río Oka, de donde también fue originario Turgueniev. Estudió leyes en las universidades de Moscú y San Petersburgo, pero la pobreza lo llevó a convertirse en reportero de un diario moscovita. Alrededor de 1900 Máximo Gorki reseñó algunos de sus cuentos en forma entusiasta y estimuló la carrera literaria de Andreyev. Hasta su muerte fue uno de los escritores más prolíficos de Rusia. Entre sus obras más conocidas: *La carcajada roja, Los siete colgados, El pequeño ángel y otros cuentos. (Enciclopedia Microsoft «Encarta», Pequeño Larousse Ilustrado.)*

[11] Adolfo López Mateos. Nació en Atizapán de Zaragoza, Estado de México y murió en el Distrito Federal (1910-1969). Licenciado en derecho por la UNAM. Secretario particular del gobernador del Estado de México (1928). Fue orador de la campaña presidencial de José Vasconcelos (1929) y, tras la derrota de éste, vivió un tiempo en Guatemala. Miembro del consejo de redacción de la revista *Ruta* (1938-39). Profesor de la Escuela Nacional de Maestros y del Instituto Científico y Literario de Toluca, que dirigió entre 1944 y 1946. Fue secretario particular del presidente del PNR y secretario general del mismo partido en el Distrito Federal. Elegido senador suplente por el Estado de México (1946-1952), ocupó como propietario el escaño debido al retiro de Isidro Febela. Jefe de la campaña presidencial de Adolfo Ruiz Cortines (1951-52), secretario de Trabajo y Previsión Social (del 1 de diciembre de 1952 al 18 de noviembre de 1964) y Presidente de la República (del 1 de diciembre de 1958 al 30 de noviembre de 1964). En 1965, Gustavo Díaz Ordaz lo designó presidente del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos, cargo que desempeñó hasta el año siguiente en que un aneurisma lo hizo entrar en coma, estado en el que se mantuvo durante sus tres últimos años de vida.

[12] Manuel Moreno Sánchez. Nació en Aguascalientes, Ags. (1908). Licenciado en derecho por la UNAM (1932) donde fue profesor, así como en las universidades Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y Autónoma de San Luis Potosí. Participó en la huelga que dio la autonomía a la Universidad Nacional y en la campaña vasconcelista (1929). Ha sido magistrado del Tribunal Supremo de Justicia de Michoacán (1933-34), director de la ENAP (1936) y secretario del Instituto de Investigaciones Estéticas (1936-38) de la UNAM; así como magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal (1940-43). Miembro del Partido de la Revolución Mexicana y después del PRI, fue diputado federal (1943-46), secretario ejecutivo de la Junta de Administración de la Propiedad Extranjera (1946-49), director del Sistema de Transporte Eléctricos del DF (1949-

Ramírez y Ramírez[13], toda la generación vasconcelista. Shaska Yegulev fue el héroe que ellos hubieran querido encarnar. El tipo que renuncia a todo para irse a pelear en contra del zarismo. De ese libro lo que más me impresionó fue que Shaska Yegulev, cuando decide renunciar a todo e irse, recibe una carta de su amada y

52), director jurídico del Banco Nacional de Crédito Agrícola y Ganadero (1953-57), senador de la República elegido para el periodo 1958-1964 y presidente de la Gran Comisión del Senado (1958-64). Desempeñó misiones diplomáticas en Venezuela (1959), Italia (1960) y otros paises. En 1982 figuró como candidato a la Presidencia de la República por el Partido Socialdemócrata. Colaboró en *Barandal* (1932), *Siempre!* y *Unomasuno*, diario en el que fungió como coordinador editorial (1977-78). Autor de *Notas desde Abraham Angel* (1930), *Imperialismo y derecho internacional* (1932), *Política ejidal* (1961), *Crisis política de México* (1970) y *México 1968-72, crisis y estructura* (1973).

[13] Enrique Ramírez y Ramírez. Nació en la Ciudad de México y murió en Cocoyoc, Morelos (1915-1980). Ingresó en 1932 al Partido Comunista Mexicano. Fue auxiliar y secretario político de Vicente Lombardo Toledano (1935-55), miembro fundador de la Confederación de Trabajadores de México (1936) y dirigente de la sección de periodistas del Sindicato Industrial de Trabajadores de las Artes Gráficas. Cofundador y miembro de la dirección de Juventudes Socialistas Unificadas de México (1937). Primer secretario de organización de la Central Unica de la Juventud (1939), convertida meses después en Confederación de Jóvenes Mexicanos (1939). En 1943 fue expulsado del PCM. Intervino como representante de la Universidad Obrera de México en la Mesa Redonda de los Marxistas. Fue secretario general del Centro Mexicano de Estudios Ricardo Flores Magón. Cofundador del Partido Popular (1947-58). En 1964 se incorporó al PRI, en el que fue asesor del Comité Ejecutivo Nacional (1967-70), profesor del Instituto de Capacitación Política (1971), miembro del consejo consultivo del IEPES y de la comisión nacional de ideología (1972), así como presidente de la octava comisión para la elaboración del Plan Básico de Gobierno (1975). Dos veces diputado federal (1964-1967 y 1976-1979). Periodista desde 1929, fundó *Cuadernos del Valle de México* con Octavio Paz, Salvador Toscano, José Alvarado y Rafael López Malo. Colaborador de *Taller Poético, Futuro, Cultura Moderna, ABC, La Prensa* y *Diario de México*. Fue editorialista de *El Popular* (1938-46), y director fundador de *El Día* (1962-80). Empleó los seudónimos de Carlos Hierro y, con otros periodistas de *El Día*, el de Martín Mora. Escribió poesía que permanece inédita. Autor de *Apuntes sobre la situación del movimiento revolucionario* (1957) y *Periodismo y política* (1982).

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

tiene la fuerza de voluntad de no abrirla y no leerla, para no modificar su actitud de irse a la lucha, para que nada se interponga en el camino de su destino. Yo decía: «Caray, no es posible». La generación del veintinueve quizá deseó ser como Shaska Yegulev: lanzarse a la revolución con su caudillo Vasconcelos. Fue su verdadero anhelo, lo que hubieran querido como destino. Un libro, me imagino, hoy bastante olvidado u omitido. Esa colección que se llamó Espasa Calpe —unos libritos pequeños—, nos acercó a muchos escritores, pero sobre todo nos acercó a los rusos, entre ellos Andreyev, quien tiene cosas admirables. Yo he publicado un relato de él, en *El Cuento*. Cosas formidables. Gracias a Horacio conocí a ese autor. Yo creí que Horacio iba a ser un genio, porque sabía muchas cosas y había leído mucho, a muchísimos autores.

¿Qué clase de joven eras en ese tiempo? Además de tu inclinación por la lectura, ¿ya se te había revelado el amor?

Se me reveló desde pequeña edad. Posiblemente, como fui huérfano de madre, como carecí de esa ternura, de ese amor, que me imagino todo niño necesita, entonces yo creaba grandes amores con niñas con las que nunca crucé palabra. Me paseaba por donde vivían. Recuerdo que en casa de los Ortiz —en la planta alta vivían ellos y en la baja unos parientes de Baja California— jugábamos un juego muy curioso: todos se encerraban en un cuarto y quedaba uno afuera. Entraba y si pillaba a una muchacha, le tenía que dar un beso. Había una chica, la *Mila* Ortiz, que era mi pasión. Cuando me tocaba a mí yo la buscaba a ella para recibir ese beso que era... ¡era lo más maravilloso!

Entre mis parientes de aquella casa había una tía que era un personaje extraordinario y que me introdujo al teatro. Incluso yo debí haber sido autor teatral. Allá por los treinta, el famosísimo actor español Julio Taboada y su esposa, la actriz Aurora Walker, formaron un grupo con actores —que después fueron muy reconocidos cuando apareció la televisión— y alquilaron un teatro en

Santa María la Ribera donde todas las noches ponían una obra distinta.

Mi tía, una señora extraña que leía a Vargas Vila[14], que siempre estaba con la cabeza envuelta en una gran toalla y nos pagaba un peso porque le rascáramos las plantas de los pies, y que acabó en el manicomio, empezó a ir todas las noches al teatro. Así es que yo bebí todo el teatro español de la época: Benavente, los hermanos Quintero, Unamuno, en fin. Inconscientemente, pero recibí todo el teatro dramático. Una obra que me impresionó mucho fue *Los intereses creados* de Jacinto Benavente. Y pues no sé, si yo ya tenía el gusanillo de ser escritor, pues debió haber desembocado tal vez en el teatro, ¿no? Debí haber tenido en ese entonces quince años, pues para entonces había retornado de Mocorito.

¿La primaria la terminaste en México?

Sí. También en eso padecí el desarraigo, porque mi familia fue muy migratoria, así es que casi cada año lo cursé en una escuela distinta. Estuve primero en Mixcoac, donde aprendí las primeras letras. Luego nos mudamos a la calle de Puebla; hasta donde recuerdo entré primero al Colegio Mexicano, que estaba en la antes Plaza de Miravalle. Después mi familia se cambió y el segundo o tercer año lo hice en la «Benito Juárez», famosa escuela. Más tarde cursé el cuarto año en la escuela «Horacio Mann», que está en la Avenida Chapultepec y Abraham González, frente al mercado Juárez; luego se volvió a cambiar mi familia y entré a quinto año a la «Alberta U. Correa». Así es que ni siquiera tuve el arraigo de hacer toda la primaria en una sola escuela y de hacer amigos. Es decir, fueron amigos en un lado, que dejé de ver, y luego otros y otros y otros. Por eso no tengo amigos de esa etapa infantil en la

[14] José María Vargas Vila, periodista, novelista y crítico colombiano (1860-1932) que escribió relatos de gran popularidad: *Aura o las violetas, Flor de fango, Ibis, Las rosas de la tarde*, entre otras. *Gran diccionario enciclopédico visual.*

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

cual se establecen relaciones y amistades que generalmente duran toda la vida. También padecí una especie de desarraigo dentro de la Ciudad de México.

Cuando estudiaba la secundaria, un grupo creo que de preparatorianos, fundó la «Unión de Estudiantes pro Obrero y Campesino». Era una época en que no había la saturación escolar de hoy; generalmente las escuelas nada más trabajaban el turno matutino y si acaso el vespertino. A esos muchachos con ideas sociales de ayudar a los obreros y a los campesinos, se les ocurrió proponerle a la SEP un plan precioso: ceder locales de primarias en la noche para crear escuelas pro obrero y campesino en que los maestros serían estudiantes, que la SEP validara los certificados y diera como pago un abono de transporte para los tranvías —casi siempre el problema de los estudiantes sin recursos era el pasaje—. Yo ingresé a esa asociación y llegué a ser director de la escuela nocturna «Vladimiro Maiakovsky» en la escuela «Horacio Mann», la misma donde yo cursé el cuarto año. La directora de la mañana nos reprochaba que hubiéramos escogido el nombre de un poeta ruso en lugar del de un personaje mexicano. Iban las sirvientas, los jardineros, los plomeros: gente mayor que tenía quizá la primera oportunidad que se abrió en México para obtener la instrucción primaria. Hubo muchas escuelas así. No recuerdo por qué se disolvió ese proyecto, pero he pensado que si el entonces secretario de Educación[15]

[15] Era Narciso Bassols. Nació en Tenango del Valle, Estado de México y murió en el Distrito Federal (1897-1959). Abogado. Perteneció al grupo preparatoriano de los Siete Sabios. Secretario general del gobierno del Estado de México con el gobernador Carlos Riva Palacio (1925-27). Autor del proyecto, posteriormente aprobado por el Congreso, de Ley de Dotaciones y Restituciones de Tierras y Aguas, más conocida como la Ley Agraria, reglamentaria del artículo 27 constitucional (1927). Director de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de México (1929), donde instituyó los reconocimientos trimestrales que dieron lugar a una protesta estudiantil, misma que desembocó en el movimiento que obtuvo la autonomía para esa casa de estudios. Fue encargado de la liquidación de los antiguos bancos de emisión, cuando el Banco de México asumió en exclusiva esa función (1930-31). Secretario de Educación con los

se hubiera dado cuenta de la proyección que eso pudo tener, pues habría completado lo que fue parcial. Porque fueron, no sé, cinco o seis escuelas las que tuvimos, y además tomamos muy en serio nuestro papel, aunque nos improvisamos de maestros.

¿Quién fue el motor de ese grupo?

Creo que Elí de Gortari[16] fue uno de los promotores. No recuerdo quiénes fueron los presidentes, sólo algunos compañeros: Mario

presidentes Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez, dio impulso a la enseñanza rural y reformó los planes de estudio, originándose una intensa y persistente campaña de los sectores de derecha, lo que motivó que dejara la SEP para convertirse en secretario de Gobernación, cargo en el que sólo duró cinco meses, pues renunció para no verse obligado a firmar el decreto que permitía el funcionamiento de casas de juegos en la capital (mayo-septiembre 1934). En el sexenio de Cárdenas fue embajador en Londres y ante la Sociedad de Naciones, donde defendió a los pueblos agredidos por la intervención de las potencias fascistas. A su regreso a México fundó la Editorial Revolucionaria que publicó obras de avanzada en el campo de las ciencias sociales. Ministro de México en Francia desde fines de 1938. En 1940, después de rechazar un ministerio en la Suprema Corte de Justicia, ofrecido por Avila Camacho, inició la publicación del semanario *Combate*, órgano de la recién fundada Liga de Acción Política que él mismo encabezaba. Participó en 1957 en los trabajos de fundación del Partido Popular, del cual fue vicepresidente durante dos años. Asesor del presidente Ruiz Cortines, renunció por su desacuerdo con la devaluación monetaria de 1954. Perteneció a diversos organismos internacionales contra el armamentismo. En 1964 se publicaron sus *Obras*, con textos de presentación de Jesús Silva Herzog, padre, Alonso Aguilar Monteverde y Manuel Meza Andraca.

[16] Elí de Gortari de Gortari. (1918-1991). Ingeniero municipal y sanitario (1942) y doctor en filosofía por la UNAM (1955), donde fue director interino del Instituto de Investigaciones Filosóficas (1963) y profesor desde 1948 e investigador titular a partir de 1954. Ocupó la rectoría de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en 1961. Durante su gestión, elevó el nivel académico de esa casa de estudios. En febrero de 1963, el gobierno de la entidad, con apoyo federal, se sumó de modo abierto a la ofensiva de los sectores antiuniversitarios y aceleradamente hizo aprobar una nueva Ley Orgánica, la que rechazó De Gortari y originó su renuncia. En los años siguientes defendió tenazmente a

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Saavedra, hoy economista; los hermanos Vélez, uno de los cuales era poeta; Noyola Vázquez, Quiñones y otros. Poco después de que ingresé en el proyecto, por alguna razón que no supe o que olvidé, se terminó esa posibilidad, se canceló.

¿Tenías lecturas sistemáticas o como cayeran?

Yo he sido un desordenado. Como carecí de disciplina, de guías, de la prepa... leía mucho pero sin orden ni concierto, todo entreverado, lo que me seducía, o porque me gustaba tal autor.

¿Dejaste la secundaria para trabajar, o ya durante la secundaria trabajabas?

Hice los tres primeros años. Quedé a deber materias de tercero. Cuando cambiaron la Siete a 5 de Febrero, se perdió todo el encanto que tenía en San Pedro y San Pablo, con murales de Orozco, de Montenegro y otros pintores; además en mi casa decidieron que me pusiera a trabajar. Había una relación con el jefe de Hacienda de Xochimilco, me recomendaron y entré. Ése fue mi primer trabajo, «agente fiscal cobrador ejecutor», con setenta pesos al mes de sueldo. Tomaba el «rápido México-Xochimilco», que salía al cuarto para las ocho para llegar al cuarto para las nueve que era la hora de entrada y firmar, porque si se iba el «rápido» llegaba tarde. Tuve la experiencia de convivir con la gente de Xochimilco, con un garrote, porque yo andaba por esos andurriales llenos de perros, a veces tratando personas malencaradas pues las iba a embargar. Luego

los estudiantes de varias universidades, sometidos al ataque de grupos locales y del gobierno federal de Gustavo Díaz Ordaz. Participó en el movimiento de 1968, por lo que fue encarcelado. Permaneció en prisión hasta 1971, cuando el Poder Ejecutivo se desistió de formular cargos en su contra. Escribió, entre otros libros, *Introducción a la lógica dialéctica* (1956), *Lógica general* (1965), *Ensayos filosóficos sobre la ciencia moderna* (1969), *Elementos de lógica matemática* y *Silabario de palabrejas* (1988).

me fui a Monterrey con un amigo. Estuve ahí y en Matamoros un par de años ejerciendo toda clase de oficios extraños.

¿Por qué te fuiste?

Por crisis de juventud. Estaba un poco perdido, inseguro, sin saber qué iba a ser de mi vida, producto de mi ambiente, de mi falta de capacidad para enfrentar la vida; realmente tenía mucho miedo. Me escapé de casa porque había caído en depresiones horribles, incluso llegué a pensar en el suicidio. Esas cosas que me imagino son bastante generalizadas en todo joven con problemas. Pero como uno de joven tiene salidas, tiene defensas, pues un amigo y yo nos fuimos de aventura prácticamente.

¿Y por qué a Monterrey; había una razón en particular?

Sí, porque pensamos que en la industriosa Monterrey era fácil conseguir trabajo. Íbamos dispuestos a hacerle de lo que fuera, y había muchas fábricas... pero nos dimos cuenta de que no era tan sencillo. Fue una experiencia a la que le debo mucho porque yo, el hijo de familia de clase media, de círculo cerrado, me tuve que enfrentar solo a la vida, a resolver las cosas con mi amigo.

¿Quién era?

Ya murió, se llamaba Fernando Ruiz Camaño. Realmente de quien yo era amigo era de su hermano Enrique, porque hicimos el quinto y el sexto año juntos. Él tenía sus propias razones para irse: trabajó en una tienda en Veracruz, donde había tenido amoríos con una chica, por lo que lo andaban amenazando y tuvo que correr. Y así un día decidimos irnos. Conseguimos para el pasaje y nos fuimos. Él era dos años mayor que yo. Esto fue en 1933, más o menos debo haber tenido unos dieciocho años. Además en Monterrey estaba mi amigo Horacio Quiñones —ésa fue

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

también otra razón—, y representaba la posibilidad de tener un cierto apoyo. Y bueno, pues le hicimos de todo: fui detective en una tienda; con unos rusos vendía cremas de esas de fabricación casera —iba en mi bicicleta a vendérselas a las sirvientas— en abonos de veinticinco centavos a la semana, y cobraba con tarjetas. Me pagaban un peso diario, comida y albergue en una bolsa de dormir. Los rusos esos tomaban té, hablaban en su idioma y parecía que se peleaban.

Después mi amigo se hizo ruletero. Y Horacio, cuyo tío era el secretario de Educación en Tamaulipas, me consiguió una chamba de maestro en Matamoros. Entonces —bueno, fue larguísimo lo que me sucedió, como para escribirlo—, tuve que irme de «trampa» en un tren, una experiencia inenarrable a esa edad: esperar en la noche la locomotora enorme y treparme a los vagones...

Bueno, luego empezó una historia fabulosa porque mi amigo se quedó en Monterrey de ruletero —que allá les dicen «carrera»— y una noche, o alguna vez, de pasajero se subió un tipo que simpatizó con mi amigo y lo tomó bajo su protección. Éste era un piloto aviador que había ideado una manera muy curiosa de sacar dinero: contaba que en la revolución cristera de Jalisco habían contratado su avión para que transportara una serie de barras de oro. El cuento era que como no le habían pagado se había cobrado a «lo chino» con una barra de oro que había enterrado en la carretera a Laredo, en el kilómetro tal, a tantos pasos, detrás de un árbol, y ahí la tenía. Entonces engatuzó a mi amigo como su ayudante. Y aquél, ingenuo, joven, creía en él como en Dios. Así empezó a escribirme a Matamoros diciéndome: «Vente, que nos vamos a hacer ricos», porque Charly Arizmendi, el tipo ése, le había ofrecido que cuando vendieran la barra de oro compartiría el dinero. Regresé a Monterrey y encontré a mi amigo eufórico. Me presentó con Charly. Había llevado a mi amigo a su casa y me dio albergue a mí también. Y bueno, mi amigo vivió aventuras muy especiales, una de ellas cuando se interesaron en la búsqueda unos *gángsters* estadunidenses, quienes vinieron a Monterrey, se fueron en carro

a buscar el oro —querían ver la barra— y Charly le dio instrucciones: «¡Después usted la entierra en otro lado!» Imagínate todas esas cosas.

¿La barra existía realmente?

Bueno, sucede que yo, que no estaba bajo la influencia del piloto, empecé a dudar. Hasta que un día le dije a Fernando: «Yo no creo en esto. Me regreso a México». Y retorné. Pasó el tiempo. Un día a las doce de la noche tocan a la casa y era Fernando. Me dice: «Aquí traigo la barra». Llevaba una maleta. Entonces me dijo: «Bueno, pues también yo empecé a dudar; como yo sabía donde estaba la barra, fui y la saqué y me la traje. Vamos a ver si es de oro, y bueno —ingenuamente—... le devolvemos a Charly su parte y nos quedamos con un pedazo». Fuimos con un amigo que estudiaba química —*El Narizón* Miranda, de Mazatlán—. También le caímos en la noche. Él tenía un pequeño laboratorio y le echó unos ácidos, y dijo: «Bueno, oro no es, pero parece que puede ser plata», que de todos modos representaba mucho dinero. La mandamos a un lugar especializado y nos dijeron que era hierro electrolítico. ¡Pero lo que es la fascinación! Yo me acuerdo que Fernando me decía: «¡Yo lo he visto! ¡Hasta brilla, el oro!» Y era una barra pintada de negro. Una barra normal. Y ahí terminó la historia. Pero vivimos muchas cosas en ese viaje. Dormimos en las bancas de la Plaza Zaragoza y en otras plazas de Monterrey; pasamos días sin comer... fue para mí una gran experiencia porque con todas esas limitaciones, con toda esa inseguridad, con todo ese miedo a la vida, pues el estar a solas te ayuda por lo menos a enfrentar las cosas. Yo creo que eso me salvó... no sé de qué.

¿Hubo amores en ese viaje?

No, porque yo me había ido enamorado de una chica en la Ciudad de México; tenía relación por carta... bueno, amoríos, pero era

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

tan tímido entonces —¡pobre de la gente tímida, de lo que se pierde!—. En Matamoros había una chica muy linda que siempre pasaba frente a la escuela. Pudo haber sido no sé, mi novia, pero mi timidez tan enorme... Ella... A veces en la plaza nos veíamos y me sonreía... Me daba chance, pero yo hecho un tarugo, un pobre tímido, carajo. No, no tuve realmente. Es curioso... era por el amor a mi novia de México...

Le escribías...

Sí. Cartas de amor. Esperaba con ansias al cartero. Es... pienso en eso, en lo que me perdí, caray... por tímido.

Alguna vez comentaste sobre cómo un joven y hermoso adolescente puede ser tímido y perderse de tantas cosas...

Fíjate, es curioso: en mi casa, entre tantos complejos que me metieron, uno fue el que yo era feo. De joven tuve la idea de que yo era un tipo mal parecido —eso también me afectó mucho—. Bueno, pues cuando estuve en Matamoros yo vivía en la casa de una maestra que nos alquilaba el cuarto a otro muchacho y a mí, y les daba de comer a otras personas. Y un día nos tomaron una foto, ahí en el patio. Regresé a México y pasaron años. Un día encuentro esa foto, y veo a un hermoso muchacho de diecinueve años, con pelo... de veras, hermoso muchacho. Y digo: «¡Carajo, cómo no supe cómo era yo!» Todo esto parece estúpido, ¿no?, pero es curioso cómo en el medio familiar te pueden influir. Incluso me acuerdo que me decían *Atepocate*, que creo que es el ajolote[17]. Todo eso me pesó mucho en aquella época. Sí, yo viví con la idea de que era un jo-

[17] Según Luis Cabrera, quien cita a Sahagún, los atepocates son una especie de renacuajos, negros del lomo, barrigudos, con el pescuezo metido y la cola ancha como cuchillo. O sea, verdaderamente *feos*. La etimología: mozalbete del agua, de *atl*, agua, y *telpócatl*, mancebo de poca edad. (*Diccionario de Aztequismos*.)

ven muy feo. De lo que me perdí, carajo. Bueno, a pesar de todo la juventud se impone. Claro, tuve mis amores, mis novias, mis muchachas... pero cuánto esfuerzo, cuánto dolor, qué de problemas para vencer esa timidez horrible que padecí. Sí, yo fui un tímido... yo me ruborizaba, cualquier cosa me ponía como grana así, y lo veían todos.

Sigues siendo un hombre tímido.

Bueno, ya no tanto. Por lo menos aprendes a esconder la timidez. Más bien a veces soy inseguro.

¿Y cómo un joven tímido pudo orientarse a las letras? Parece contradictorio.

¿Por qué?

¿Nunca sentiste ganas, por ejemplo, de ser sacerdote... ingresar en un seminario...?

No, no, no, no. Pasé una etapa de misticismo pero casi niño. Era cuando el problema religioso en época de Calles y yo no había hecho mi primera comunión. Como vino eso de que se iban a cerrar todos los templos, nos empezaron a preparar a todos los niños que no habíamos comulgado. En esa etapa sí, tendía al misticismo. Recuerdo que entraba a la iglesia de rodillas con los brazos en cruz, pidiendo que se cayera el templo y me muriera para irme derechito al cielo, y cosas de ésas. Pero... bueno, perdí esa fe. Así es que el sentido místico no lo tuve ya en la edad en que sí se puede definir una vocación, entre los quince y los dieciocho años. No, jamás se me ocurrió ser sacerdote.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

EN ESTADO DE GRACIA

«La voz interior... te dice cosas...
acaba por dictarte prácticamente todo.»
E. V.

La voz interior *es la protagonista de este capítulo, aunque disputa con* los libros *la presencia estelar en la vida de Edmundo.*

¿Por qué escribí? Porque me nació la necesidad desde niño. A los doce años escribía cuentos, proyectos de novela, pequeñas obras de teatro[1]. Pero no tuve quién me guiara. Tuve amigos que querían ser escritores, pero estábamos al mismo nivel; nos hizo falta un escritor que nos orientara, que nos ayudara. Para mí fue una revelación. Tuve la conciencia de que es un don que uno trae. Ignoro si se dé el caso de que alguien se pueda *hacer* escritor por otro camino. En mi caso, yo lo traía, carajo. Me acuerdo: en quinto año teníamos una maestra inolvidable que nos puso de trabajo un texto sobre la paz. Yo escribí mi *rollo* (incluso se publicó luego en una revista), y cuando la maestra dijo en clase que el mejor era el mío, llegué corriendo a casa, lleno de alegría, de alborozo, pero... en mi casa escribir era... ser bohemio era... Resulta que mi padre había sido «bohemio» en su época, y ello era un estigma; se decía: «no hizo nada, fue un bohemio». Entonces para mi familia pensar que yo iba por el camino de la bohemia era terrible. Ellos pensaban que lo importante era que yo aprendiera a trabajar y, claro, ante ese rechazo, escribir se me hizo un vicio secreto. Cuando empecé a escribir cuentos con más experiencia, estuve muy influido por O'Henry[2], por ejemplo al buscar finales sorpresivos, que son ca-

[1] En los «Sus primeras letras literarias» se incluye la obra «El torero mentiroso».
[2] También *Henry O.* Seudónimo de William Sydney Porter (1862-1910), originario de Greensboro, Carolina del Norte, EU. A los quince años abandonó los estudios y se mudó a Texas, en donde trabajó como cajero de banco en Austin y

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

racterísticos de *La muerte tiene permiso*, en donde buena parte de los relatos están estructurados así.

Leía mucho, vorazmente. Conforme fui creciendo, seguía escribiendo todo lo que puede escribir un chico de catorce, quince o dieciseis años, incluso versos. Además me gustaba mucho el periodismo y compraba periódicos y revistas con el dinero de mi mesada. Me acuerdo que compraba una revista que se llamaba *Fantoche*, que hicieron una serie de caricaturistas, entre ellos Cabral. En la Secundaria Siete fundamos una revista de la que sólo apareció un número —creo que se llamaba *Encuentro*— donde quizá está mi primer cuento. Y seguí escribiendo. Mandaba mis colaboraciones a revistas como *México al Día*, a una llamada *Continental* —que publicaba versos de los lectores— en donde debe haber versos míos de esa época, y al suplemento de *El Nacional*. Pero como no escribí de manera sistemática, sino siempre muy a salto de mata, muy irregularmente, entonces me tentó el periodismo. Cuando pasaba frente a los periódicos aspiraba el olor de la tinta: me parecía maravilloso ser periodista. Cuando se me cumplió, dejé de lado la tentación literaria. Sí, seguí leyendo, pero pasó un equis número de años estando en el periodismo, sin que yo escribiera nada literario, nada creativo.

¿Y cómo un joven tímido pudo orientarse a las letras? Parece contradictorio, porque escribir es fundamentalmente revelarse uno... por lo menos es lo que yo creo.

Bueno, no, no sentí ese problema. No. Lo que te puede inhibir son otras cosas, no la timidez. Pueden ser tus prejuicios, una educación cerrada, el miedo a las palabras —porque en ciertos medios se prohíbe utilizar tales o cuales vocablos—, el plantear cosas cru-

periodista en Houston. En 1898 fue condenado a tres años de prisión por robo. Cumplida la sentencia se estableció en Nueva York y durante el resto de su vida publicó cuentos cortos en revistas populares, caracterizados por sus finales sorpresivos. (*Enciclopedia Microsoft «Encarta»*.)

das y descarnadas, pero no creo que la timidez... Hay muchos escritores que han sido tímidos y han escrito sus cosas, ¿verdad?

Estaba yo *muy* disperso. Pensaba en una novela, en un cuento, en escribir esto y lo otro, pero no concretaba nada. Carecí de la disciplina para proponerme una meta y cumplirla... Claro, era producto de que yo no sabía qué me proponía literariamente. Quería escribir, pero no tenía un objetivo claro, como lo han tenido otros escritores desde muy jóvenes, que saben a dónde quieren llegar y lo realizan. Yo fui muy disperso.

¿Llevaste un diario?

No, jamás, desgraciadamente. Por lo menos eso hubiera sido muy interesante porque he vivido muchas cosas, he tratado a mucha gente, he reflexionado sobre muchos temas. Por lo menos tendría ese testimonio. No, no se me ocurrió nunca.

¿Y cuadernos de apuntes?

Eso sí, pero empezaba uno y luego otro y otro y así, sin terminar ninguno.

¿Los has conservado?

Sí, tengo algunos por ahí.

¿Tienen algún mérito literario?

Sí, evidentemente contienen el principio de un escritor. Es decir, no tienen valor para publicarse, claro, pero ahí está un escritor. O alguien con posibilidades y con mucho deseo de ser escritor.

Cuando tenía doce años dizque empecé a escribir una novela. En ese tiempo estaba yo muy influido por los escritores de folletín franceses: Eugenio Sué, Javier de Montepin... Recuerdo que em-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

pezaba con una tormenta en el mar. Mi padre se la llevó a un amigo suyo, Ricardo de Alcázar Floricel, que publicaba una revista que creo se llamaba *La Voz Nueva*. Entonces publicaron dos páginas con una nota: «Este es un texto escrito por un niño de doce años, pero a pesar de tan temprana edad es interesante». Pues sí, porque un niño de doce años que se pone a hacer una novela... No recuerdo el título, pero era algo muy influido por la novela de folletín. Fueron de mis primeras lecturas en esa colección Sopena.

Mi primer acercamiento a la literatura fue vía la poesía, a los quince o dieciseis años, estando en la Secundaria Siete, donde daba clases Xavier Villaurrutia. Un día me le acerqué con toda la timidez y actitud respetuosa de un adolescente a un poeta famoso, para informarle que yo escribía versos y que quería que los viera. Y entonces Xavier, que fue un hombre muy cordial, muy generoso, me dijo: «Bueno, a verlos». Debo haber mostrado unos de ellos, y me hizo una crítica tan inteligente que sin molestarme, sin minimizar mi persona, me hizo ver que no era poeta. Porque yo... bueno, era la edad de la imitación, claro. Yo trataba de hacer versos, o copiaba versos de otros poetas en una época en que se rompieron las formas clásicas —imperaba eso que llamaban «versolibrismo», verso libre, sin asonancias ni consonancias—. Y me dio una lección; dijo: «Nosotros, mi generación, hemos podido transformar la poesía, la lírica mexicana, porque primero nos sometimos a las formas clásicas. No se puede ser un poeta sin dominar antes el soneto, la décima. Usted tiene que empezar por conocer y dominar las formas clásicas, porque sólo dominándolas, sólo conociéndolas, puede romperlas en un momento dado y buscar o instaurar nuevas formas de expresión. Usted ha empezado al revés». Me lo dijo de tal manera que desde entonces dejé de hacer versos.

Fíjate qué hombre tan extraordinario: catorce años después —por los años cincuenta, ya existía el suplemento *México en la Cultura* en donde estaba Henrique González Casanova[3]— tuve un conflicto

[3] Henrique González Casanova. Nació en Toluca, Estado de México. (1924). Estudió en la Facultad de Derecho de la UNAM, El Colegio de México y la Escuela Nacional de Antropología. Trabajó para el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y el Departamento de Estudios Económicos de Nacional Financiera. Ha sido profesor, consejero universitario, jefe de prensa (1954), director general de Información (1955) y de Publicaciones de la UNAM (1955-61); asesor de la secretaría privada de la Presidencia de la República durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz; embajador en Portugal y desde 1987 en Yugoslavia. Colaboró en el suplemento *México en la Cultura* del periódico *Novedades* (1951), fue coordinador de la *Revista de la Universidad* (1953-61), escribió para *La Cultura en México* y, con Fernando Benítez, fundó el suplemento cultural de *Unomasuno*, donde firmaba la sección «Sábado, domingo y feria». Editor de la *Gaceta de la Universidad* de 1954 a 1961. Ha hecho traducciones del francés al inglés. Autor de prólogos, presentaciones y ensayos dispersos en publicaciones periódicas.

amoroso y lo desemboqué en un par de versos que me atreví a publicar en el suplemento. Esa semana, al subirme a un camión —entonces casi nadie tenía carro—, me encuentro a Villaurrutia y me dice, como si prolongara aquella conversación de catorce años atrás con el muchacho de quince años: «Leí sus poemas el domingo en *México en la Cultura*. Veo que ya ha tenido usted avances, hay algunas metáforas afortunadas». Bueno... ¡Me dio un aliento!... Pero no volví a escribir poesía.

Se acordó. Asombroso.

Así era Xavier. Bueno, habíamos mantenido una relación, aunque no constante, por desgracia. Fue una pérdida haber dejado la cercanía de una gente como Xavier Villaurrutia. Sé que me hubiera servido mucho. Una de las cosas que me duelen es que Xavier se hubiera muerto antes de que saliera mi libro[4]. Es el lector que me falta. ¡Cómo me hubiera gustado saber sus puntos de vista, lo que hubiera pensado de mí como cuentista! Él murió en 1950 y mi libro salió en 1955.

¿Todos los cuentos del primer libro fueron publicados antes en revistas?

[4] *La muerte tiene permiso.*

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Creo que sí. Efrén Hernández[5] y Marco Antonio Millán editaron *América,* una revista antológica, en donde publicamos toda una generación: allí aparecen las primeras cosas de Rulfo, de Rosario Castellanos, posiblemente de Sabines; era una revista muy abierta. Ahí se publicaron varios cuentos míos, y también en *Cuadernos Americanos*, en *Ideas de México* —una revista que sostuvo José Pascual Buxó[6]—, y de modo incontinuado en distintas revistas.

¿Cuál es la fuerza que impulsa a un escritor?

La del escritor es como una voz interior. Claro, la puedes tener sin saberlo, pero si te pones a trabajar, a escribir y a escribir, haces que esa voz interior se despierte. Y ella acaba por dictarte prácticamente todo. Empieza a manar. Te dice cosas tan extraordinarias que te asombras. Es como un diálogo con esa voz interior.

Yo la he matado...

Todavía hace veinte años, iba yo en el carro y me empezaba a manar, a exigir que escribiera. A veces apuntaba algo, pero no lo desarrollaba. Y la voz se te muere. Eso que llamaban antes *la inspiración* para escribir, sobre todo en poesía (el *llamado de Las Musas*), no existe. Escribir es cuestión de trabajo: es un oficio. Para ser escritor tienes que entregarte a tu oficio y sacrificar muchas cosas tentadoras. No lo puedes ejercer en los ratos libres —como es mi caso—, no puedes decir: «Yo sigo mi vida, tengo mis problemas, debo cubrir mis necesidades». Eso es una defensa, porque enfrentarse a la página en blanco es cabrón al principio. Después es lo más maravilloso que le puede ocurrir a uno. Cuando vences todas las dificultades iniciales —escribes media cuartilla y sientes que está rígida, que no tiene ritmo...—, cuando insistes —ya salió menos rígido— ¡empieza!

Yo siempre he puesto el ejemplo de que el escritor es como un minero: tiene que hallar la veta de oro que lleva dentro. ¡Pero cuesta *un carajo*! ¡Tiene que estar dale y dale, quitando la tierra para, de pronto, gracias a esa disciplina, a ese esfuerzo, tocar la veta de oro! ¡Carajo! Entonces, te sale como... falta tiempo para captar lo que quieres decir. Pero no es inspiración, es trabajo. Es dale y dale... Yo lo he sentido: cuando uno encuentra la veta —aunque para ello deba haber permanecido encerrado, aislado, días, meses—, en ese momento de diálogo del escritor con su voz interior, ¡es Dios!, pues está fabricando mundos. En esos instantes el escritor no piensa en el lector. En ese momento el lector no existe. El acto de escribir es un acto *tan* solitario, que es Dios creando mundos. En el momento en que se empieza a crear viene una exaltación, una emoción, un instante de gracia... Uno está construyendo mundos. Ya lo del lector es posterior.

Decía que cuando te has disciplinado, te has aislado, estás dale y dale, en el momento que tocas la veta, te pones loco de alegría porque encontraste el oro, te hiciste rico, caray. Es una emoción

[5] Efrén Hernández. (1904-1958). Escritor guanajuatense. Fue subdirector de la *Revista Antológica América*. Influyó decisivamente en la vocación de algunos de sus contemporáneos, como por ejemplo Juan Rulfo. Autor de narrativa breve: *Tachas* (1928), *El señor de palo* (1932), *Cuentos* (1941 y 1947), y *Sus mejores cuentos* (1956); novela: *Cerrazón sobre Nicómaco. Ficción harto doliente* (1946) y *La Paloma, el sótano y la torre* (1949); poesía: *Horas de horas* (1936) y *Entre apagados muros* (1943); teatro: *Dichas y desdichas de Nicocles Méndez* (en colaboración con Marco Antonio Millán, Rosario Castellanos y Dolores Castro 1951) y *Casi sin rozar el mundo* (fragmentos publicados en 1956 y 1963); y ensayo: *Manojo de aventuras* (inédito).

[6] José Pascual Buxó. Nació en España (1931). Poeta y ensayista. Llegó a México en 1939, a la caída de la República Española. Licenciado en letras españolas por la UNAM, de la que fue profesor (1953-59). Ha sido director de la revista *Ideas de México* (1953- 55), profesor de la Universidad Autónoma de Guanajuato (1954-55), becario de El Colegio de México, director de la Escuela de Letras de la Universidad Veracruzana (1957-58), investigador del Centro de Estudios Literarios de la UNAM (1958-59), y director de la Escuela de Humanidades de la Universidad de Zulia, Venezuela (1963-66 y 1968). Colaborador de los suplementos *México en la Cultura* del diario *Novedades* y *Revista Mexicana de Cultura,* del periódico *El Nacional*, así como de las revistas *La Palabra y el hombre* (de la que es cofundador), *Revista de la Universidad de México* y *Revista de Bellas Artes*. Escribió diversos ensayos sobre la literatura novohispana, así como poesía: *Tiempo de soledad* (1954), *Elegías (1955), Memoria y deseo* (1963), *Boca de solitario* (1964), *Materia de la muerte* (1966) y *Lugar del tiempo* (1974).

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

indescriptible. Yo creo que la siente el pintor y el músico. En ese momento el músico siente que ordena los sonidos, el pintor que descubre los colores.

Si a mí me preguntan: «¿Por qué no ha escrito usted?», contesto: «Bueno, porque carajo, me tenía que ganar la vida, por esto y por aquello». ¡Al lector le vale gorro! Lo que el lector necesita es el libro que yo tengo dentro. No le puedo decir: «Bueno, perdóneme usted, yo tengo posibilidades pero estuve muy pobre, me metí en este trabajo, perdí el tiempo». No vale. El escritor no tiene excusas. No le queda más que escribir. Depende de que uno sea fiel a esa necesidad. Se puede evadir con mil excusas que uno se da a sí mismo: porque estoy cansado, porque tengo problemas familiares, por mil cosas... Pero... el escritor no puede excusarse. Tiene que escribir. Bien o mal, no importa. Tiene que decir: «Aquí está esto: es lo que fui capaz de hacer y lo hice». Por eso yo siento tanto respeto por quienes mal o bien hacen ese esfuerzo. Claro, es doloroso cuando te das cuenta de que alguien no es escritor. No se lo puedes decir. Yo lo veo en mi taller: a veces están escribiendo lo que ya está hecho. Por ejemplo, cuentos campiranos. Con un idioma ya superado —aunque el campo tiene siempre posibilidades, Rulfo es un ejemplo— repiten todo lo que ya se ha hecho. Como un pintor que se pone a hacer obra clásica.

Tampoco uno es escritor por generación espontánea. Lo que yo digo —lo he repetido bastante en estos últimos tiempos— es que uno al fin de cuentas es hijo de otros escritores: nos debemos a ellos, a los que empezamos a leer y nos fascinaron y empezamos a imitar incluso, pero que nos enseñaron a encontrar nuestra propia forma, nuestro propio estilo, nuestra propia expresión.

Recuerdo el caso de Proust: cuando le estaba cuajando su obra genial, *En busca del tiempo perdido*, se dio cuenta que le pesaba la influencia de cinco o seis escritores franceses de su época. Así, este cabrón de Proust, muy chingón, muy lúcido, dice: «Yo necesito sacudirme esa influencia, ¿cómo me la puedo sacudir? ¡Imitándolos totalmente!» Entonces tomó como materia prima el «Caso

Lemoine», de un falsificador, y lo escribió a la manera de Balzac, a la manera de Goncourt, a la manera de todos aquellos que lo estaban influyendo; hizo pastiches, copias *geniales*... Y cuando terminó, dijo: «Ya me sacudí a esos cabrones. Ahora voy yo». Y escribió *En busca del tiempo perdido*. Hay que ser un genio para imitar así. Porque la manera de liberarte de una influencia es sacudiéndola totalmente, sin reservas, ¡carajo!

¿Cómo saber cuando uno es escritor?

Cuando vas sintiendo que dominas el oficio, que vas encontrando un estilo. Como digo a mis alumnos: «La conquista final del escritor, es la de su estilo, es la de poder expresar su voz a su propia manera, con su propia sensibilidad». Tienes atisbos, tienes metáforas, comparativos afortunados. Cuando te vas adueñando de tu propia capacidad de expresión, cuando vas logrando una *conquista* de tu manera de expresar, al ejercer el oficio, va a empezar a manar más y más, se te van a ocurrir más y más y más cosas. Quizá empiezas sin plena conciencia, tal vez con cierta timidez, con cierta reserva, pero al irte soltando, al sentir la posibilidad inmensa que tiene el idioma, que tienen las palabras —cuando las vas dominando y ordenando de una manera muy tuya—, en ese momento es cuando empiezas a estar del otro lado. Pero tienes que pasar por un proceso de disciplina de trabajo hasta que emerja ese diálogo telegráfico de los dedos con la máquina de escribir, cuando los dedos son una prolongación de lo que estás pensando... lo destilas en los dedos: las metáforas, el adjetivo, la descripción. Porque has tenido antes la disciplina de trabajar, de buscar. Y sólo se puede saber escribiendo, publicando. Yo lo sentí cuando escribía —yo que he dejado de escribir—: llega un momento en que todo aflora, se abre. No es inspiración: la inspiración no existe. Es disciplina, es trabajo, es el obrero que está dale y dale y dale hasta que aprende y va construyendo, dominando el oficio. Y entonces ya juega con las palabras, o puede jugar con ellas.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Es en sí un proceso de creación... interna.

Sí, recuerdo cómo se empieza a facilitar todo después del esfuerzo inicial. Hay un estado de trance creativo que debes propiciar, que no se va a dar gratuitamente —si no, cualquiera escribiría—. Hay que conquistar ese trance. Empiezas a meterte en lo que quieres decir, empiezas a sentir, a emocionarte, a verlo con ojos distintos, con perspectiva. Empiezas a ver cosas cuyo significado hasta ese momento comprendes, porque las estás viviendo, porque te has medido en ellas, porque las estás sacando de ti. Ahí empieza la invención —y no sé hasta qué punto sea invención—, porque el proceso de *extraer* de uno mismo, de describir con otros ojos, no es sólo una simple confesión —«yo sentí esto»— o la recuperación de un dato. Es cuando empieza a surgir el escritor. Sobre la base de un hecho real, de un recuerdo restituido, amplías, creas, recreas, inventas. Ése es el camino, nada fácil; pero quien insiste, llega... ¡a fuerza!

Yo lo siento. Por ejemplo ahora que he dejado de escribir, un texto me cuesta mucho trabajo al principio, aunque sea para una presentación. Pero en fin, uno tiene la vocación, uno tiene las palabras y las empiezas a sacar, empiezan a aflorar, y en un momento ya te sientes dueño de ellas, *sabes* que tienes la capacidad de decir, de describir cosas. Si acontece que escribes algo y te parece ridículo, inocente, proponte reescribirlo, echarle más coraje, trata de aportar los elementos que sientes que no se han dado. Es muy importante corregir. Es lógico: una cosa de primera intención es susceptible de enriquecerse. Por ejemplo, señalar los adverbios, o reiteraciones propias que resultan defectos de la prosa. Y remitirse a esa biblia del escritor que es el *Diccionario de sinónimos* de Sáinz de Robles. Pero tampoco se debe caer en el extremo del preciosismo, de buscar palabras raras. No. Eso hay que evitarlo. Todo esto es el oficio de escritor. Va a salir de adentro al estar empeñado en sacarlo. Y no hay que desalentarse si de entrada no se logra el texto que se hubiera querido. Es oficio. La tarea del escritor es de gran paciencia, de combatir el desánimo.

En un texto de 1967 dices: «Le fui infiel a la....»

...literatura...

...y hablas de lo caro que fue esa infidelidad a...

...a la literatura. El precio fue no escribir.

Pero han pasado dieciocho años. ¿Por qué el Valadés de 1967 y el Valadés de 1985 siguen pensando que fueron infieles a la literatura y han dejado pasar dieciocho años sin escribir?

Infiel porque no he escrito. Hay que ser fiel. Si esa es tu vocación, necesitas vivir para ella. Por encima de todas las cosas tienes que estar escribiendo. Bien o mal, pero tienes que estar escribiendo.

¿Pero por qué en dieciocho años no has recuperado la fidelidad?

Es algo que ni yo me explico. A veces pienso que es flojera. El escritor tiene que tener mucho coraje. Escribir es un esfuerzo. Tienes que renunciar a muchas cosas. Tienes que joderte. Pero si insistes, insistes, insistes... si tienes madera de escritor, serás escritor...

¿La literatura es como una mujer? ¿Por qué serle infiel? ¿Pierde atractivo? ¿Se pone gorda y fea y no tiene nada que decir?

No, no, no, no. Es diferente. Pienso en mi caso. Para mí no deja de tener... no tengo la solución. Sobre todo porque *yo sé* que soy escritor. De eso no tengo duda ahora. Antes... tuve dudas terribles, hasta que me di cuenta de que soy escritor... un escritor que no escribe. Desgraciadamente cuando me di cuenta, ya había dejado de escribir. Me menospreciaba, dudaba, no me sentía escritor... Hay mil razones para explicar. Pero el escritor tiene que tener mucho coraje, ¡carajo!, y joderse. No queda más que joderse, meterse a la

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

máquina. Una y otra vez, y otra vez, hasta que sale. Entra la pasión, la voluntad, el coraje, la necesidad de expresar cosas, y acaba por decirlas.

Otro instrumento importantísimo para el escritor es la lectura. Son otros escritores quienes nos empujan. Primero no tenemos los elementos propios, son prestados por esos escritores y nos van a ayudar a que nosotros inventemos nuestra técnica, nuestro estilo. La meta de un escritor es la conquista de su estilo. Cuando uno lee un texto suelto, dice: «Esto es de Borges», «esto es de Rulfo», «esto es de Cortázar». ¿Por qué? Porque ellos conquistaron un estilo propio. Cuando Borges escribió: «Fatigué bibliotecas...», antes de llegar a utilizar el verbo «fatigar» así, él se fatigó cantidad, no le fue dado gratis. Tuvo que leer mucho, tuvo que reflexionar, que pensar. Finalmente él es un inventor.

A los jóvenes que quieren escribir yo les recomiendo ojear el diccionario para conquistar nuevas palabras, sobre todo palabras bellas. Con sacar tres, cinco palabras diarias que no estaban en su vocabulario, se va ampliando esta herramienta fundamental. También les digo que el escritor necesita tener sus *ladrillos*. Por ejemplo, si de pronto estoy con un hombre o con una mujer que me llaman la atención, ya sea porque tienen unos ojos muy especiales, porque tienen un cráneo muy peculiar, porque sus labios son de cierta forma, entonces trato de reproducir eso. Escribirlo: «Era una mujer que veía de tal manera». Salgo y veo una atmósfera maravillosa, que me pone *en estado de gracia*, que me hace sentir cosas. Hay que describir ese instante en una tarjetita. Estoy platicando y alguien de repente tiene una definición maravillosa, una palabra, una frase ingeniosa, sabia: hay que apuntarla.

Es preciso capturar a diario todas las cosas que uno ve, que uno oye, que uno siente. Así se van acumulando esas tarjetas que son los *ladrillos* del escritor. Llega un momento en que una de esas frases es la precisa para tal personaje. Hay que estar absorbiendo de nuestro alrededor elementos y descripciones que van a servir para reinventar. Un escritor no puede inventar todo. Tiene que partir

de una serie de elementos. Y escribir, escribir. O quizá, como decía un amigo: proponerse, al escribir un cuento, buscar cinco desenlaces diferentes. Como una técnica. O cinco principios diferentes. Jugar con las palabras. Enriquecer el idioma. Hacerse de un instrumental que va a servir maravillosamente a la hora de sentarse frente a la máquina a recontar.

En este contexto, ¿el periodismo es una ayuda o un obstáculo?

Idiomáticamente es un obstáculo, pues al hacer las cosas con rapidez, no te puedes detener en el idioma, no hay tiempo. Por lo general los reporteros, a menos que sean extraordinarios, van empobreciendo y limitando su lenguaje. El periodismo ayuda en otro sentido, porque permite conocer gente interesante o importante, medios, cosas que no cualquiera conoce. Sirve mucho como experiencia humana, pero no literariamente.

Quizá como sintetizador. Con las técnicas periodísticas se pueden resumir los temas para después desarrollarlos.

Tienes razón. En ese sentido son de ayuda las frases cortas. En el periodismo es indispensable el punto y aparte, pues aburres al lector con un párrafo grande. Estilística e idiomáticamente, el periodismo ayuda poco. En la literatura aunque hay ciertos textos que necesitan frases cortas, síntesis, hay otros que necesitan una elaboración de frases muy largas, donde casi no hay puntos y aparte. Proust se lleva páginas y páginas sin punto y aparte, y dentro de un párrafo mete paréntesis, luego prosigue con el anterior y mete otro paréntesis.

¿Hay que leer más de lo que se escribe?

Hay etapas de lectura y etapas de escritura. Si pescas un libro fascinante hay que leerlo, absorberlo, meditarlo, y —a pesar de

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

que a Carballo le parezca una herejía— señalarlo para volver a los textos. Es un aprendizaje, es dejar un testimonio de qué fue lo que te dejó ese libro. Te lo apropias, queda dentro de ti, te va a servir no sabes cuándo. No sólo hay que leer porque sea maravilloso, o porque te encantó, te fascinó, y ya... No. Hay que sacar alguna conclusión de la lectura. Más que la transcripción, el comentario: «Este párrafo me pareció genial por la manera de usar un adjetivo... cómo se describe tal cosa...». Un escritor tiene que nutrirse de todo. Además, hay que ponerse ejercicios de descripción: estás en una reunión y aparece de pronto una mujer bellísima elegantemente vestida. Bueno, trata de describir a esa mujer y su atuendo. Son pruebas a las que el escritor se somete. Y se va soltando, va aprendiendo a describir. El escritor tiene que utilizar todos los elementos para lo que escribe: sus vivencias y las de los otros, la reflexión, el aforismo, la síntesis, el amor, los celos, todo. Es fascinante eso. Cuando se está en la máquina y las cosas salen y se llega a la conquista, es la gloria.

¿Qué es mejor: terminar un texto, hacer un texto, publicar un texto o saber que lo leen a uno?

No tiene importancia. Para el escritor, en el momento de la creación, no existe el lector. En ese momento el diálogo es entre el escritor y su voz interior. *Después* es cuando se piensa en el lector, y entonces puede entrar la trampa, la malicia... Al corregir sabes que al lector lo vas a tocar con tal o cual recurso, con tal frase. Quien piensa en el lector al crear es el autor de los *best-sellers*. El arte creativo es de una soledad absoluta. Como alguien ha dicho, con razón, en ese momento el escritor es Dios porque está creando mundos. La tesis de Proust es que el escritor lleva dentro de sí el libro, que el problema es descubrirlo. El escritor *tiene* que meterse en el personaje, *ser* el personaje. Pensar cómo va a responder a esto, cómo va a reaccionar. Por eso Flaubert decía «Madame Bovary soy yo». Era verdad. Se metió en su personaje: se convirtió en una mujer.

Pero la angustia de saber si se es o no escritor... ¿Hay que morirse intentándolo...?

No sé. Hasta después de que escribí mis cuentos me di cuenta de que era un escritor. Antes no lo supe. Escribí porque necesitaba escribir. A mí me sorprende. En ese sentido yo soy un escritor afortunado, porque con tan breve obra, tengo un sitio, soy reconocido, reeditan el libro. Pero para saberlo... sólo intentándolo. No puedes decir que no eres escritor porque salió mal una cuartilla o porque un cuento no te satisfizo. Es una lucha. Creo que es lo mismo para un hombre que se propone conquistar el poder: es preciso tener una gran paciencia, empezar desde abajo, insistir, insistir, insistir.

Por ejemplo, hablando de *ladrillos*, un día le conté a una amiga cómo había sido yo celoso, y lo que llegué a hacer por eso. Tenía una relación de pareja, y como ella viajaba sola, me nacían unos celos horribles. Así, seguro de que me había engañado —porque es la actitud del celoso— mi problema era que ella supiera que yo sabía. Mi angustia, toda mi crisis, era cómo hacerle saber a ella que yo sabía que me había engañado. Entonces me envié un anónimo a mí mismo, de «alguien» que me decía que me había puesto los cuernos, algo no tan violento, pero en fin. Yo sabía que ella la iba a abrir —vivíamos en su departamento—. Imagínate qué problema tan horrible para ella pensar: «¿Alguien realmente es tan cabrón como para haber inventado esto?» O —porque era una mujer muy inteligente—: «¿Es Valadés?» Mi amiga me dijo: «¡Pero qué cuento! ¿Por qué no lo escribes?» No lo escribí. Esa es una de muchas cosas que tengo en mis adentros[7].

Algo precioso que sí quiero escribir es esto: tengo una gran pasión por una chica alcohólica que encuentro en un bar y me llevo a vivir a casa. Ella se escapaba y yo tenía la certeza de que lo que ella buscaba era sexo, porque yo no sabía lo que era el alcoholis-

[7] En el capítulo *Isolda... Ticha...* se recogen apuntes.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

mo. Fue una vida horrible. Un día caí en «La Posta» con unos amigos. Estábamos bebiendo y de repente se me aparece ella —padecía un alcoholismo que le llaman, creo, «itinerante», porque de pronto se subía a un camión y se iba a Tijuana, porque allá los bares están abiertos las veinticuatro horas del día— y fue la culminación de todos mis sufrimientos de celoso. Me encabroné muchísimo porque estábamos contentos, con los cuates, con muchachas, en fin. «¡Esta cabrona!», dije, y me entró *tal* odio, *tal* coraje destructivo, que inmediatamente me fui al departamento donde vivíamos, decidido a destruirlo. Llego y empiezo por la cocina. Abro el refrigerador y empiezo a botar todo; sigo con el corredor y la sala —las paredes quedaron llenas de catsup—; luego voy con su ropa... quedó todo como después de un bombardeo: ¡horrible! Y en ese momento llega ella muy tranquila y ve la destrucción. Entonces me entra un complejo de culpa y vergüenza, una cosa horrible, y antes de que yo dijera alguna palabra, ella dice —qué maravilloso—: «No te preocupes, las cosas se pueden restituir, todo esto no vale nada». Iba muy ebria, se acostó, se durmió; me dio tal vergüenza, que me puse a borrar ese horrible pecado. A recoger cosa por cosa. A limpiar las paredes con jergas. Me estuve horas. ¡Fíjate qué cuento!

Bueno, en fin, me duele porque yo tengo, carajo, tantas cosas que he vivido. Como he sido muy apasionado, sobre todo en mi relación con las mujeres, me han pasado cosas susceptibles de convertirse en literatura. Claro, todos tenemos experiencias así, lo que sucede es que no todos las pueden escribir. Pero todo eso es lo que nos alimenta. En un momento dice uno: «¡Esto es una cosa redonda!», no para cronicarla, sino para reinventarla, tomándola como base; el esfuerzo de uno debe estar en el idioma, el ritmo, el cómo estructurar.

¿Cuándo sería el momento en que uno dice: «Lo tengo, tengo un cuento, no lo he escrito, pero lo tengo»? Cuando se tiene. Es una revelación. Es imposible explicarlo, pero así es. Si yo escribiera ese cuento, tendría que explicar todos los antecedentes de esa muchacha: mi encuentro con ella en el bar, su vida como prostituta y alcohólica, y otras cosas que acontecieron; pero aquí hay ese elemento fundamental que es su reacción: «Esto no tiene importancia, las cosas se pueden restituir». Y mientras duerme ebria, yo borro ese pecado. Bueno, pues ahí está y no está. Está en cuanto que yo como escritor sea capaz de insuflarle vida, hacerle sentir al lector que ella es un ser vivo como lo fue, y que todo eso es posible, que esa reacción es posible. Porque lo lógico, la reacción lógica de una mujer —carajo, deshice su sombrero y sus vestidos— hubiera sido un encabronamiento terrible.

Uno de los máximos valores de un cuento bien terminado es eso: el final inesperado, lo imprevisible. No es decisivo, pero es muy importante. Es un proceso difícil de explicar. Ello me sucedió con un cuento que titulé «Las piernas». Un día iba en mi auto y me detuve junto a un par de chicas que estaban en el camellón. Ocurrió que mi mirada estaba sobre ellas pero en ese momento yo no las veía. Al arrancar, una de ellas me dice: «¡Viejo cochino, libidinoso!» ¡Carajo, sentí horrible! Y me di cuenta que uno no puede advertir siempre el mensaje de una mirada. Ellas vieron unos ojos libidinosos. Supusieron que les estaba viendo las piernas o los senos, no sé; inocente de mí. El incidente se me quedó grabado hasta que me propuse escribirlo. «Las piernas» es un cuento para el cual no tenía más que ese elemento. Tuve que fabricar lo necesario para llegar al desenlace: «¡Viejo cochino, libidinoso!»

Para la estructura de un cuento en ocasiones encontramos todo, a veces sólo un elemento, en ocasiones el personaje... uno tiene que componerlo. En ese caso el cuento empezaba por el final, que es quizá el único que he hecho de esta manera... No, como hice «La muerte tiene permiso», también se dio el final, sí: «Pues muchas gracias por el permiso, porque como nadie nos hacía caso, desde ayer el Presidente Municipal de San Juan de las Manzanas está difunto». Si yo contara el proceso de cada cuento mío, encontraríamos situaciones totalmente diferentes. A veces ha sido producto de un ensamblaje, de algo que no era ni cuento ni otra cosa, y luego fue injertado.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Hay una obra musical sobre la que tengo que escribir y no sé si pueda hacerlo. Es *Daphnes y Cloe* de Ravel. Puedo poner el disco cinco horas seguidas, con una emoción terrible. Recuerdo que una vez estando solo en casa, borracho, escuchándola, me puse a hacer un poco de escritura automática —como la practicaban los surrealistas, dejando a la conciencia escribir por asociación de ideas, sin guiar la escritura— y traté de anotar todas las sensaciones que me producía Ravel. Escribí una serie de textos y luego los corregí. Bueno, pues de tres cuartillas arbitrarias obtuve un pequeño párrafo de un cuento que se llama «Los dos»: el momento en que el hombre está con la prostituta, una cosa un poco poética. Todo eso sólo me sirvió para seis líneas de un cuento. A veces es un ensamble. Por ejemplo, Elena Poniatowska —yo era su jefe cuando empezó en *Novedades*—. Un día me puse a observarla cómo veía. Y lo apunté. Recuperé algo de la mirada de Elena en otro cuento que se llama «La cortapisa». Cuando llega la chiquilla, hija de la criada, al despertar sexual, digo: «Veía así y asado». Insisto en que por eso a los jóvenes les recomiendo que si quieren ser escritores apunten todo. Si entran en un *estado de gracia*, se despiertan sus ojos, y puede verse un paisaje que conmueve... ¡descríbanlo! ¿Ven un rostro que les llama la atención porque es muy original en uno y otro sentido, muy feo o muy bello? ¡Apúntenlo! Son los *ladrillos*. Algún día uno de sus personajes va a necesitar de la ayuda de ese paisaje, de ese rostro que vieron. Es lo que hizo Proust.

Algo que también es muy importante para un escritor es la síntesis. Sintetizar en lo político, en lo moral, en lo erótico, en todo. Los franceses para eso son geniales —los grandes aforistas son franceses—. Recuerdo una cosa de Proust que no entendía y que cuando descubrí, dije: «¡carajo, qué razón tiene!» Dice Proust: «Hay que dejar a las mujeres bonitas para los hombres sin imaginación». Al principio no lo entendí. Pero cuando en un momento te llena el deseo, puedes descubrirlo en una mujer *fea*, sin que tenga nada que ver con lo *bonito*. Entonces me dije: «Este cabrón de Proust con razón dijo eso, ya lo entendí». Pongo otro ejemplo también tomado

de los franceses —son geniales para sintetizar en un aforismo una experiencia que requeriría un libro para explicarse; un aforismo te permite reducir lo que sea, la amistad, la venganza en dos líneas—: «La gran astucia del Diablo es persuadirnos de que no existe».

En el momento de esta charla llego ya a preguntarme, no sé exactamente si por encabronamiento: «Grandísimo pendejo, ¿por qué no has escrito». ¿Y los recursos? Así como se hace trampa para no escribir, se puede hacer trampa para escribir. Puede uno recurrir a la grabación, a un apuntador...

En el fondo se trata de coraje, carajo, de una decisión. Uno piensa: es mi tarea, ¡voy a hacerla! Dejar de lado todos los mecanismos de defensa y estar por encima de todo. Como Spota[8], quien se impuso la disciplina de escribir por lo menos una cuartilla diaria. Cada escritor debe tener sus *trampas*, aunque no son tales, es coraje, es

[8] Luis Spota. Nació y murió en el DF (1925-1985). Su nombre completo era Luis Mario Cayetano Spota Castañares. Periodista y escritor. Autodidacto. Trabajó como fotógrafo de la revista *Hoy* (1939-43), de donde pasó, ya como reportero, a *Excélsior* (1943-45), diario en el que, durante un mes y medio, ganó todos los días la primera plana con reportajes y entrevistas exclusivas. En 1945, a los dieciocho años de edad, se le designó director de la segunda edición de *Ultimas Noticias*. Fue fundador de la Dirección de Educación Audiovisual de la SEP, director del suplemento *Heraldo Cultural* y de la revista *Espejo*. Colaboró en *Hoy, Mañana, El Heraldo de México, Esto, Así, Revista de América, Política* y *Novedades*. Condujo los programas de televisión *La hora 25* y *Fuera de serie*. Autor de los guiones y director de las películas *Nadie muere dos veces* (1952), *Amor en cuatro tiempos* (1954) y *Con el dedo en el gatillo* (1958). Autor de *José Mojica, hombre, artista y fraile* (1943) y *Biografía del licenciado Alemán* (1946); del volumen de cuentos *De la noche al día* (1945); de las obras de teatro *Ellos pueden esperar* (1949) y *Dos veces la lluvia* (1949); y de las novelas *El coronel fue echado al mar* (1947, ganadora del Concurso Nacional de Literatura), *Murieron a mitad del río* (1948), *Vagabunda* (1950), *La estrella vacía* (1950), *Más cornadas da el hambre* (1950, Premio Ciudad de México), *Las grandes aguas* (1954, llevada al cine), *Casi el paraíso* (1956), *Las horas violentas* (1958), *La sangre enemiga* (1959, llevada al cine), *El tiempo de la ira* (1960), *El aria de los sometidos* (1962), *La carcajada del gato* (1964), *La pequeña edad* (1964), *Los sueños del insomnio* (1966), *La plaza* (1972), *Las cajas* (1973), *El viaje* (1973), *Retrato hablado* (1975), *Palabras mayores* (1975), *Sobre la marcha* (1976), *El primer día* (1977), *El rostro del sueño* (1979),

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

decisión de no ser infiel a lo que uno puede hacer, ¿verdad? Porque no cualquiera puede escribir, obviamente...

¿Cómo retomar la máquina?

¿Lo dices por mí o por ti?

Por ti.

Pues con coraje, hombre. Decir un día: «Bueno, tres días de la semana nada más para escribir», ¿no?... Tendría que divorciarme antes... Algunos tienen una ventaja muy importante en una relación de pareja: que la mujer tenga su profesión, que dependa de algo suyo. La mujer, por lo general, es una enemiga del escritor. Las mujeres sienten celos porque no pueden participar de esa actividad. El acto de escribir es totalmente de uno, es como tener una amante. Y obviamente la mujer de uno quiere estar en todo, y siente que es un mundo en el que ella no está. Se resiente, porque las mujeres tienen un sentido de posesión muy agudo. Quieren estar seguras de que todo lo de uno les pertenece, y que ellas participan. Entonces cuando llegan a una zona en que están excluidas, se resienten.

¿Cuál es el futuro del escritor?

¡Ah caray!, no me preguntes eso, no soy pitoniso. Yo creo que mientras haya seres humanos habrá escritores y artistas. Dicho de otro modo: mientras el ser humano necesite soñar, imaginar, necesitará de los escritores. Creo que en México actualmente es muy incitante la posibilidad del escritor, porque con todo lo que está ocurriendo —la desnacionalización, por ejemplo[9]—, si el escritor

Mitad oscura (1982), *La víspera del trueno* (1982) y *Lo de antes* (1981); así como de los argumentos cinematográficos *Cadena perpetua* y *En la palma de tu mano* (1952, premiado con un Ariel).

[9] Recuerde el lector que hablamos en 1985. Cualquier semejanza...

es una conciencia, deja un testimonio de su mundo, de su sociedad, de su país. En lo inmediato tendrá que tener más participación, ser más voz de toda esta circunstancia conflictiva que padecemos.

¿Nunca te rondó la idea de escribir una novela?

Sí, sí. Hay cuentos —por lo menos uno que se llama «Los dos»— que inicialmente fueron el proyecto de una novela y se quedaron en un relato breve[10]. Sí, siempre he tenido la ambición y la tentación de arribar a la novela. Eso también responde a que yo creo que hay un renacer del cuento, de la conciencia de que el cuento es un género que tiene bellas posibilidades. Porque el cuento ha sido menospreciado frente a la novela. Algunos lo consideran como un género menor, y no lo es. Yo conozco novelistas que han dicho que es tan difícil hacer un buen cuento como una novela. Pero en fin, supongo que entre quienes comienzan a escribir sí puede darse la creencia de que, por la brevedad, el cuento es una empresa más *abordable*. No es lo mismo escribir doscientas cuartillas que escribir cinco o diez.

Todos los géneros literarios son apasionantes: el teatro, la poesía, la novela, el cuento, todo lo que es creación. Yo creo que los géneros no tienen importancia decisiva; lo importante es que cualquiera de estos géneros le permiten a quien es escritor expresar, concretar, crear, recrear... Además, un escritor puede tener una serie de elementos que no caben en un cuento, eso es ya cuestión de discernir. Hay quien dice: «Tal cuento debió haber sido una novela». Hay cosas que no eran una novela y en el cuento hallaron su espacio definitivo. El cuento es un género bellísimo. Así como uno recuerda novelas, también recuerda cuentos. Los grandes cuentos nunca se olvidan.

Hablemos ahora de libros.

[10] En el capítulo «Isolda... Ticha...» se presentan apuntes para lo que iban a ser dos novelas.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Vasconcelos decía que para él, los libros importantes son los que nos obligaban a leerlos de pie. «Hay libros que uno lee de pie, o sentado, o acostado. Los grandes libros son los que uno tiene que leer de pie», dijo.

Tú has reflexionado mucho sobre los libros, sobre las lecturas. Recuerdo el artículo que escribiste para las Librerías de Cristal.

Fue un folleto para suscitar interés en la lectura[11]. Pidieron textos a Elena Poniatowska, a dos escritores más que no recuerdo, y a mí. El texto es sobre las lecturas de un escritor: cuáles fueron sus primeros libros, qué autores lo influyeron. Les impresionó mucho que yo les contara de *Las mil y una noches*, un libro clave en mi vida: me impresionó mucho. Vivía en Santa María y en una librería vi los veintitrés tomos que publicó Blasco Ibáñez en la editorial Prometeo. Costaba cincuenta centavos cada tomo y le propuse al librero comprar uno cada semana con el peso que me daban de domingo, pero no aceptaba. Quería vender los veintitrés tomos juntos. Acabé por persuadirlo después de muchos trabajos, y durante veintitrés semanas, compré mis veintitrés tomos... que luego perdí, y recapturé muchos años después. Es lo más preciado en mi biblioteca, una edición inhallable, muy hermosa, con dibujos árabes y grecas en las carátulas y en los interiores.

La versión que yo conozco está tan espulgada que acaba siendo para niños.

Bueno sí, ésa es la primera versión que llegó a México, de un francés, Galán, me parece. Pero luego hubo otra, de un Mardieu, creo, casado con una árabe, que hizo la transcripción literal de las verdaderas noches... ¡Ah! Hay una traducción de Cansinos Assens, pero le cambia el nombre a los personajes, no sé si por problemas

[11] «La Lectura». El texto íntegro se incluye en los anexos.

de edición. Por ejemplo a Sherezada le pone Shaharazad. Me molestó que variaran los nombres de los personajes que yo bebí en aquella versión de Prometeo. Cansinos Assens es un personaje del que Borges habla mucho, pues ambos fueron muy amigos. Y realmente perdura por Borges.

Me acuerdo que hay una parte en que se enlistan todos los nombres que los árabes dan al sexo de la mujer: El estornino, el conejo... Es un libro prohibido en Egipto, por «pornográfico e inmoral». ¡Qué curioso! La gran obra del mundo árabe prohibida en un país árabe. Tengo otra versión correspondiente a una colección de clásicos que se llama Iberia —son doscientos tomos, con los griegos, los latinos, los españoles—. Es una colección que ya no se encuentra. En una librería descubrí como cien de golpe. Otros los conseguí en Argentina en librerías de viejo.

Siempre encuentras los libros que deseas.

Yo tengo la evidencia de que el libro que se busca con un profundo deseo, se encuentra. Libros agotados, ediciones rarísimas, si los deseas y los buscas, llegas a ellos por caminos extrañísimos. Por ejemplo, cuando de joven viví en Monterrey, el encargado de la biblioteca universitaria era Juan Manuel Elizondo, un tipo muy inteligente, con una gran cultura, que fue líder de una sección de los mineros y Senador de la República —tenía todo para haber sido un gran líder nacional—; lo conocí en esa época, yo tendría diecinueve años, él tres o cuatro más, y me prestaba libros. Un día me prestó *El farol y otros cuentos* del ruso Samiatin, publicado en esas ediciones ahora rarísimas de la *Revista de Occidente*. Desde que empecé a leerlo me fascinó como pocos textos me han fascinado en la vida —trata de un tipo que quiere hacer un farol que alumbre al mundo; está ubicado en las regiones casi polares—; claro, me quedé con él. Pero lo perdí con mi primera biblioteca. Y me pasé no menos de quince años buscándolo para recapturarlo. Era un libro que yo deseaba con toda el alma. Un día a un sobrino le en-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

cargaron hacer el registro de los libros de una biblioteca donada a la Asociación de Publicistas. Le pedí que me llevara a verla y fuimos al local. En un cuarto estaban los libros tirados en el suelo. ¡Y veo *El farol y otros cuentos!* Le digo a mi sobrino: «Mira, este libro es mío. Me ha estado esperando quince años para que volviera. Así es que me perdonas...» y lo tomé. Es la edición que tengo. Me fascina siempre que lo releo. Es uno de los textos más hermosos que he leído en mi vida. Lo publiqué alguna vez en *El Cuento*, en la primera etapa, porque es un relato largo.

Otro ejemplo. Por años me puse a conseguir la *Revista de Occidente* y llegué a tener bastantes tomos, pero completar una colección se antojaba imposible. Un día Eulalio Ferrer[12] me invita a su casa a una comida —tiene una biblioteca maravillosa— y lo primero que veo es toda la colección de la revista. Le digo: «Caray, Eulalio, ¿dónde se hizo usted de esto? —resulta que los alemanes habían hecho una reimpresión facsimilar—. Qué interesante, ¿me puede usted decir cuánto le costó?» Esto fue hace cuatro años.[13] «Setenta y cinco mil pesos». «No», respondo, «está fuera de mi alcance». Y él dice: «No se preocupe, usted tendrá la colección». Un día me avisan que el señor Eulalio Ferrer salía a Europa y que no se olvidaba de las revistas. Poco tiempo después llegaron a casa los cincuenta y dos tomos de la

[12] Eulalio Ferrer Rodríguez. Nació en España (1921). Publicista. Llegó al país como asilado político al término de la Guerra Civil Española y adoptó la nacionalidad mexicana en 1949. Fue profesor del Tecnológico de Monterrey y de las universidades Iberoamericana, Autónoma de Guadalajara y Anáhuac. Estudioso de la publicidad y la comunicación. Fundador y director de Anuncios Modernos (1947-60), fundador y presidente de Publicidad Ferrer (1960) y de Comunicología Aplicada de México (1975). Organizó y coordinó el primer Encuentro Mundial de la Comunicación (1974) y presidió el primer Seminario Internacional de Comunicología (1980). Presidente del consejo editorial de *Cuadernos de Comunicación* (1975). Autor de varios libros sobre la publicidad, entre los cuales están: *Perlas publicitarias* (1966), *El lenguaje de la publicidad de México* (1966), *Diálogo publicitario* (1968), *Pero...¿qué es la publicidad?* (1969), y *La publicidad: textos y conceptos* (1980).

[13] En 1981.

Revista de Occidente. Yo tenía años buscándola, y mira por qué caminos la obtuve. Así me ha ocurrido con bastantes libros que desee mucho, que me propuse buscar, y llegaron a mí por primera vez, o regresaron —porque yo los había tenido— por los caminos más raros.

Siempre, el libro que he deseado con toda el alma, lo he encontrado. A veces me tardo años, y de pronto, llega de la manera más inexplicable. En un tiempo coleccioné antologías de poesía, y hay una de la poesía latinoamericana que hicieron Villaurrutia y otros, en papel biblia, valiosísima, inhallable, de una colección —Laurel— editada por José Bergamín[14]. Pero desapareció de mi biblioteca, alguien se la llevó. Hace un par de años, la viuda de Torres Bodet vendía unos libros y le compré un lote: ahí estaba la antología de Laurel que ya tengo de nuevo. Es una joya bibliográfica. Por eso pienso que el libro que uno desea profundamente acabará por encontrarlo. A fin de cuentas lo que la vida le da a uno es lo que auténticamente uno desea.

Hablando de libros, aquí está uno, *Los misterios de París*. Caray, en esta colección conocí a Víctor Hugo. ¡Mira nomás el índice! Eugenio Sué, Víctor Hugo, El Pensador Mexicano, Javier de Montepin, Oppenheimer, Jorge Isaacs, Cervantes, Dickens, Mayakovsky, Scott, Tolstoi, Stendhal, Julio Verne, José Mármol, Dostoievsky, Balzac...

[14] José Bergamín. Nació en España (1895). Perteneció al bando republicano durante la Guerra Civil Española, donde presidió la Alianza de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura y organizó el segundo Encuentro Internacional de Escritores, en Valencia (1937). Al triunfo del franquismo se exilió en México, donde fue catedrático universitario y director de la Editorial Séneca. Fundó la revista *España Peregrina* (1940), órgano de la Junta de Cultura Española. En 1943 editó *El Pasajero*, periódico literario del que aparecieron tres números. Tradujo al castellano obras de autores católicos como él. Vivió después en Caracas, Montevideo y París. Regresó a España en 1958 y fue nuevamente expatriado en 1963. Regresó definitivamente a Madrid en 1970. Pertenecen a su obra editada en México: *Detrás de la cruz* (1941), *El pozo de la angustia* (1941), *Caballito del diablo* (1942), *El pasajero, peregrino español en América* (1943), *La hija de Dios y la niña guerrillera* (1945).

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

¿Cuánto costaban?

Creo que veinticinco centavos. Tengo unos cuatro o cinco. Éstos los leí de chiquillo, de once o doce años. Me acuerdo que en casa de mi padre encontré uno de Eugenio Sué que se llama *El judío errante*. La presencia del mal yo la sentí a los once años leyendo estos libros. Por ejemplo, en *El judío errante* los jesuitas eran la encarnación del mal, unos cabrones que torturaban a la heroína y a los héroes para quitarles el dinero. Con esas novelas, en mucho repertorio de maldades, la editorial Sopena nos acercó a escritores mayores. De Víctor Hugo me causó gran impacto *El hombre que ríe*, un noble inglés, a quien de chico le deforman la cara, entonces le hacen un rostro como el de un hombre que siempre se está riendo. Al verlo todo mundo se carcajeaba, y lo presentaban en un circo ambulante como espectáculo. ¡Cómo me impresionó! Y otro que se llama *Los trabajadores del mar*, también ¡cómo me conmocionó! Es un barco que encalla y hay un tipo enamorado de una muchacha que decide rescatar el barco para así tener dinero y casarse con ella. Y cuando regresa luego de aventuras increíbles, entre ellas la lucha con un pulpo muy cabrón, su novia se ha casado con otro. Esto también me impresionó.

Y luego un libro de D'Annunzio[15], *Epíscopo y compañía*, ¡qué conmoción abrumadora y terrible me causó! Me sentía reflejado en el personaje. Estaba en esos estados de timidez, de angustia, de

[15] Nació en Pescara, Italia, a orillas del Adriático, el 12 de marzo de 1863 y murió en el lago alpino de Garda, en el norte italiano, el 1 de marzo de 1938. Estudió en Florencia y en la Universidad de Roma. En esa ciudad colaboró en periódicos. En 1982 cobró fama con *Canto Nuovo*, libro de poemas. Escribió novela y teatro. Enamorado de la actriz Eleonora Duse desde 1897 hasta 1902, escribió para ella varias obras, entre ellas *La Gioconda* y *Francesca da Rimini*, así como una novela sobre su relación, *La llama de la vida*. En 1912 se declaró en quiebra y huyó de sus acreedores, estableciéndose en Francia, en donde escribió varias obras, entre ellas *El martirio de San Sebastián*, obra en verso que fue musicalizada por Claude Debussy. *Enciclopedia Microsoft Encarta; Pequeño Larousse Ilustrado.*

inseguridad, y la historia, aunque no tenía nada que ver con mi circunstancia, sí me identificó con el personaje porque él era víctima de todos los demás. Un tipo vulnerable, pobre. Ese libro, carajo, no sabes cómo me afectó. Era toda mi vulnerabilidad, toda mi angustia, mi desamparo. Me reflejé en Epíscopo, un pobre pendejo del que todos hacían mofa, a quien obligan a casarse para reírse de él, para engañarlo. De veras, ¡lloraba leyendo ese libro! Pero ésas son lecturas de trece años.

¿Cómo hay que leer?

Haciendo altos de reflexión. Por ejemplo, ahora que estoy releyendo a Proust —si a algún autor he leído ha sido a él, desde 1940—, digo caray, ya definí algo muy importante, que no recuerdo que nadie lo haya hecho: diría que *En busca del tiempo perdido* es, además de una novela, una de las más grandes reflexiones que se ha hecho un hombre ante todas las circunstancias de la vida. El libro de Proust es una fabulosa reflexión. Lo que he hecho en esta relectura —cuando mi memoria es más débil—, es llenar el libro de anotaciones y sugerencias para escribir —escribiría otro libro sobre *En busca del tiempo perdido*[16]— y sobre todo podría hacer ahora una antología de los momentos culminantes de *En busca del tiempo perdido*: tal escena, donde nacen los celos, donde nace el sadismo, esto, lo otro... Tengo el libro lleno de anotaciones, de sus situaciones. Proust es un autor a quien no necesariamente hay que leer de principio a fin, sino abrirlo al azar, empezar a leer en cualquier parte. ¿No te interesa? Pasa a otras páginas. Llegará un momento en que vas a detenerte, vas a seguir, y a seguir... Además, como novelista, qué precisión. Volviendo a eso de los aforismos, me surgió uno que dice: «Un gran escritor es aquel que es capaz de describirlo todo». O sea, Proust. Si se mete con los nombres, si se

[17] Valadés publicó *Por caminos de Proust* en 1977, bajo el sello de la editorial SAMO-Sana-Moirón-, libro que refleja cómo la obra de Proust penetró en él.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

mete con la heráldica, si se mete con las modas, con todo puede. Amaba las catedrales. En Francia cuando atisbaba la cúspide de una catedral iba a buscarla y se paraba y, ¡carajo!, se metía a fondo. Era tan metido en el detalle, que una vez que tenía que describir el sombrero de una de las aristócratas, se acordó de uno de una amiga suya a las tres de la mañana, se levantó de la cama, tomó su carruaje y fue a la casa de esa señora —una princesa—. Llega, toca, hace que se levante y le recuerda: «En la fiesta de tal fecha usted llevaba un sombrero rosa, necesito que me lo enseñe». «¡Pero Marcel!» «No, no, no, usted lo tiene que tener...» E hizo que la señora fuera a sacar el sombrero: «Aquí está». Y él anotó la descripción precisa. Fue un genio ese cabrón.

El Cuento

«Este es un cuento de nunca acabar.»
Refrán popular.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

Breve fue la obra literaria propiamente dicha de Valadés, pero enorme, inigualada, la difusión que hizo del género en las páginas de El Cuento, *su «obra maestra», como me dijo, con la mirada en el infinito, una tarde lluviosa y güisquera.*

El Cuento cumplió veintiún años en mayo[1]. Coincido con un amigo que opina que ahí está la cuentística universal mejor que en cualquier otra parte. Sí, creo que no hay un recuento tan amplio y con tantas revelaciones de cuentos desconocidos y maravillosos, de autores no conocidos, además de los clásicos y famosos. Realmente, nunca imaginé las grandes compensaciones que me iba a dar la revista, caray. Yo mismo me asombro, porque inicialmente el propósito fue compartir algo que a uno le gustaba mucho. Luego empezaron a llegar los cuentos de tantos y tantos que desean publicar en la revista[2]. Incluso, la semana pasada recibí un elogio que yo aprecio enormemente por ser de quien fue: Emmanuel Carballo[3].

[1] De 1985. Después de la muerte de Valadés en 1994, su sobrino Adrián García ha continuado publicando la revista, de la que es dueño.

[2] Para una interesantísima relación de revistas semejantes en otros países, véase «Ronda por el cuento brevísimo», texto que se incluye íntegro en el apartado «Cinco ensayos de Edmundo Valadés».

[3] Emmanuel Carballo. Nació en Guadalajara, Jalisco (1929). Hizo estudios de derecho en la Universidad de Guadalajara. Becario del Centro Mexicano de Escritores (1953-1954) y de El Colegio de México (1955-1957). Coordinador de literatura en la Dirección de Difusión Cultural de la UNAM (1954-1960). En el Fondo de Cultura Económica fue secretario de redacción de *La Gaceta*. Ha conducido programas de radio y televisión. Director literario de empresas editoriales y fundador y director de Editorial Diógenes. Ha colaborado en *El Occidental* (1949-1952) y en diversos suplementos culturales de diarios y revistas de la capital. Codirector de la *Revista Mexicana de Literatura* (1955-1958), secretario

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Carballo me trató mal en el pasado. Cuando hizo con Carlos Fuentes la *Revista Mexicana de Literatura,* yo tuve una seria polémica con él. Entonces en su antología del cuento mexicano del siglo XX, me contrasta con Garibay, poniendo a Garibay como el cuentista lúcido, malicioso, en contra de alguien como yo, un cuentista ingenuo. Y luego tuvo una actitud de mala fe, que me dolió mucho tiempo, porque decía: «Valadés es autor de un libro, *La muerte tiene permiso*, que él ha reeditado varias veces, corrigiéndolo». Yo nunca lo reedité, lo reeditó el Fondo de Cultura Económica, y menos lo corregí. Bueno, los años cambian las perspectivas. Nos encontramos en otro plan y expresó un elogio sensacional para mí —Carballo dice lo que no dicen los otros críticos, él se atreve siempre, no antepone la amistad—: algo así como que los grandes orientadores —más que promotores— culturales en México han sido Alfonso Reyes, creo que Gabino Barreda, alguien más, José Emilio Pacheco ¡y Edmundo Valadés! Yo me quedé así, carajo. Cuando terminó, me acerqué para darle las gracias. «No me las dé, es cierto», me dice. «Es la verdad.»

El Cuento, como dices tú, es un lugar de reunión al que aspiran a publicar quienes tienen inquietudes literarias, e incluso verse referidos en la sección de correspondencia, que por cierto últimamente ha sido más directa: «Su cuento no reúne los requisitos tales y tales, punto». Claro, eso debe provocar dos clases de reacción: o de plano «me retiro y me dedico a lo mío», que a lo mejor es otra cosa, o «lo intento y lo intento y lo intento», ¿no? A veces pienso en eso, pero luego recibo una carta: «Aunque usted dijo que mi cuento era muy ambiguo, yo insisto y aprecio mucho su juicio y aquí van estos otros cuentos a ver si ahora merecen su aprobación».

de redacción de la *Revista de la Universidad* (1954-1960), miembro del consejo de redacción de la revista *Casa de las Américas* (1962-1972). Es profesor de literatura mexicana en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha escrito poesía y cuentos, pero se ha distinguido en el ámbito de la crítica y el ensayo literarios. Entre sus obras se encuentran: *Protagonistas de la literatura hispanoamericana del siglo XX, Nueve asedios a García Márquez, La narrativa mexicana de 1910 a 1969*, y *Martín Luis Guzmán: escritor de dos épocas*, entre otros.

Quizá otro de los valores de la revista, que hace veinte años no podían verse, es que en sus páginas no sólo hay cuentos, sino mucha historia. Es decir, uno puede seguir a través de *El Cuento* muchas otras cosas paralelas, por ejemplo cómo ha sido el país en los últimos veinte años a través de los cuentos. En fin, tiene muchas cosas qué sacarle. Por ejemplo, estuve la semana antepasada en Mexicali, con escritores locales y uno de ellos leyó un cuento que me gustó mucho; le dije que me lo diera, que lo iba a publicar en *El Cuento,* y me responde: «¡Hace catorce años usted me publicó mis primeros textos, dos minificciones!» Entonces me di cuenta de lo que para él significó eso: un estímulo. Lo más difícil en la edición de *El Cuento* es definirse ante cada texto. A veces ya no sé qué decir. Sé que un texto no funciona, pero decir por qué... no se puede, además de que es inacabable la cantidad de gente que manda cosas, muchos que nunca habían escrito antes, y veo cómo repiten, cómo imitan.

Una historia preciosa: así empezó un trailero de Campeche que maneja un enorme camión de ahí hasta Nueva York. Se ve que al tipo este un día le cayó una revista en las manos y se le reveló un mundo. Entonces se va en su trailer —ya ves que van a vuelta de rueda— leyendo, y desde lugares adonde llega empieza a mandarme cuentos, muy incipientes, repetición de otros, pero el tipo insiste, insiste, y yo comencé a publicarle algunos, sobre todo porque él es de Tepito y conoce muy bien las modalidades y los giros de barrio. Le puse «El cuentista del tráiler». Una vez me mandó una foto y se la publiqué. Un día está en un pueblo de California, me habla por teléfono y me dice: «Le habla el cuentista del tráiler. Estoy aquí echando trago con mis compañeros traileros, y me acordé de usted porque conseguí la revista, vi que me publicó esto, y ya vendí diez suscripciones entre mis cuates». El cuentista del tráiler...

Estás equivocado cuando dices que ya no escribes. Tu labor en El Cuento, *motivando a otros, es también una forma de escribir.*

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

No, eso es totalmente personal. Dar nacimiento a otra obra es algo bello, lleno de compensaciones, claro, pero hay algo más. Le digo a mi mujer que ya llegué a la etapa fácil de «El maestro Valadés», ya tengo una aureola de la que me río, que me parece muy generosa, muy por encima de lo que pienso que soy y que hago. Escucho a los jóvenes: «¡El maestro Valadés! ¡*El Cuento*!», esto, lo otro y me digo: «Bueno, pues ya estoy tomando el camino fácil», y me inclino en ocasiones a aceptarlo, con todas mis reservas interiores, ¿no? Yo que sé mis limitaciones digo: «Bueno, quizá lo mejor que he hecho es *El Cuento*, realmente». Y a lo mejor si permanece mi memoria es por *El Cuento*, ¿verdad? Y no es modestia, es conciencia. Si quedo en la literatura mexicana va a ser porque fui editor de la revista... además, claro, de *La muerte tiene permiso*, y cuentos como «El compa», con el uso popular del lenguaje y tantas cosas...

El Cuento *no es una obra acabada, es una obra en continuación, que viene, que viene, que viene, que no ha acabado...*

Yo leí mucho, pero la cantidad de cuentos que he tenido que leer para editar *El Cuento* me ha impedido otras lecturas que hubiera querido hacer. *El Cuento* me ha dado mucho pero también me ha quitado mucho, porque tengo que leer por obligación, hasta que de repente encuentro un buen cuento. Hasta ahora son trece tomos y a mediados de julio[4], se completa el catorce, ¡con más de mil cuentos, caray! Y hay unos de maravilla.

Sí. Precisamente hace unos días estaba leyendo uno de un chileno...

Antonio Skármeta...[5].

[4] De 1985, recuérdese.

[5] Actualmente (diciembre de 1995) vive en Chile, en donde dirige el Instituto Goethe. Su novela *El cartero de Neruda*, llevada al cine con el título *Il postino* fue un éxito mundial. Otra excelente novela suya, *La insurrección*, también se filmó. Escribe y dirige documentales.

¡Precisamente! Que se encuentra a la rubia aquella...

Y empieza: «Y vi esto y esto», y tiene una enumeración. Me fascinó. Skármeta y yo nos hicimos amigos epistolarmente. Vive en Alemania. Le dije: «Si yo hubiera visto tu cuento antes de que lo publicaras, te habría suprimido el final, porque es muy obvio. No hacía falta eso de cuando estabas muerta, se presupone». Contestó: «Qué lástima que no lo viste porque estoy de acuerdo». En una antología titulada *Los grandes cuentos del siglo XX*, lo incluí. Él supo e hizo gestiones para conseguir ese tomo que está agotado. Entonces su padre, que vive en Estados Unidos, me habló por teléfono. Yo tenía dos tomos y dije: «Bueno, caray, uno es para él». Se lo mandé a Alemania. No me contestó nunca. Supongo que lo recibió. Es un cuento bellísimo, inolvidable. A pesar de mis fallas de memoria creo que recuerdo casi todos los cuentos de *El Cuento*. Si alguien me da, como ahora, la pista, lo recuerdo. Es decir, debo recordar la mayoría, todos aquellos que gocé, que publiqué con el gusto de que otros iban a compartir esa emoción; esos no se me olvidan[6].

¿Y cómo los encuentras?

Pues buscándolos. La idea inicial de la revista fue hacer una antología universal del cuento. En los primeros números están todos los cuentos que yo recordaba o que me gustaban. Rulfo me ayudó mucho, me acercó a una serie de cuentistas que yo no conocía; en un gesto que no es común, me llevaba a su biblioteca —«¿conoces a Guimaraes Rosa; esta antología de cuentistas húngaros?»— y salía como con quince libros[7]. Me puse a buscar antologías, me empezaron a llegar libros, los amigos me recomendaban

[6] Javier González Rubio da testimonio: «Edmundo publicó dos cuentos breves míos cinco o seis años antes de conocernos... y los recordaba perfectamente.»

[7] Como hombre generoso que era, Valadés tuvo iguales deferencias con las generaciones siguientes, según recuerda José Emilio Pacheco en un texto introductorio aparecido en *Sólo los sueños y los deseos son inmortales, Palomita*.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

otros... en fin, durante veinte años me he dedicado a buscar cuentos. He sido un buceador de cuentos.

Y haciendo correr la voz... en México la autoridad número uno en cuentos es Edmundo Valadés.

Con lo que yo no estoy de acuerdo.

Pero así es, y creo que para todo el país, y para toda América Latina...

Ahora que mencionamos a los húngaros, los cuentistas de ese país son extraordinarios, especialmente los de principios de siglo. Yo publiqué en *El Cuento* a un húngaro desconocido: Sandor Hunyady. Ni en Hungría lo conocen, al parecer.

Y los checos. Casi nadie conoce a Jan Neruda, Los cuentos de la Malá Strana.

Hay otro escritor checo extraordinario, Karel Capeck.

¿Quién es el autor de un personaje que acaba de escapar de la cárcel? Está en El Cuento, *pero no lo recuerdo.*

«Amor», de Tibor Déry. Ahí está en la antología, lo acabo de ver. De Jan Neruda no he publicado, fíjate; sé de él y he tenido ese libro, pero...

Son cuentos, como Los dublineses, *que recrean el primer ambiente del escritor: el panadero de la esquina, el sastre de la otra cuadra, la prostituta del puente, el barman de las primeras copas...*

Subrayaste aquí en tu libro de Neruda: «La infalible crónica de los cielos la tiene anotada como una mañana de lunes». Sugiéreme uno y lo publicamos. Porque es la idea de *El Cuento*, restituir autores olvidados o perdidos.

Si has publicado mil cuentos, ¿cuántos has leído?

Calculo diez mil, por lo menos.

Bueno, esa base es más que suficiente para poder dar una opinión. ¿Qué autores, de qué país, te parecen los mejores cuentistas?

Bueno, Estados Unidos es uno de los países —yo creo— más ricos en cuentística. Latinoamérica es un continente de cuentistas.

Brasil.

Brasil es un Amazonas de cuentistas, a tal grado que hicieron una revista gemela de *El Cuento* que se llamó *Ficsao*[8] que publicaba relatos de autores brasileños, un latinoamericano y un clásico. Durante cinco años salió regularmente cada mes, o sea que debe haber quinientos cuentistas brasileños vivos actualmente. ¡Quinientos! En Brasil me quieren mucho, aprecian que *El Cuento* sea la primera revista que se propuso difundir la cuentística brasileña de una manera permanente.

El cuento es El Cuento...

Pues sí, aunque no están todos, lógicamente, no es posible.

¿No has tenido problemas de derechos de autor?

¡Eso no lo toques! No vaya alguien a... No, fíjate que no...

Habrá sido al revés. Una obra de divulgación...

Sí. Cualquier escritor de quien he publicado un cuento sabe en primer lugar que *El Cuento* no es una empresa de lucro. Mi sobri-

[8] *Ficción.*

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

no, que es ahora el dueño[9], pierde dinero. Y la mayor parte de las veces yo tuve que poner de mi bolsa. Así es que agradecen la gran difusión que tiene la revista, es una satisfacción estar ahí porque saben que los va a leer mucha gente en toda Latinoamérica. Lygia Fagundes Telles una vez me mandó una tarjeta muy feliz porque le había yo publicado un cuento que leyó un escritor colombiano, quien le mandó una carta diciéndole que había leído su cuento y le emocionó mucho. Decía: «Me da idea de cuántos lectores en toda Latinoamérica leyeron mi cuento».

He leído en El Cuento *cartas de Checoslovaquia y de Francia.*

Sí, sí. De los lugares más insólitos. De un Kibutz, porque hubo alguien con un amigo en Israel y le mandó la revista. Sí, *El Cuento* circula mucho, y como es intemporal circulan números de hace años.

Ése ha sido el secreto: rebasa a cualquier publicación periódica porque nunca pierde actualidad. El Cuento *es igual el primer número que el que viene, que el último.*

Realmente *El Cuento* es mi obra maestra. Realmente sí.

¿Cómo nació?

La primera época fue cuando yo empecé en *Hoy* con don Regino Hernández Llergo. Horacio Quiñones era lector de la revista *Esquire* –él sabía inglés, yo no–, y me decía: «Hombre, leí en *Esquire* un

[9] Adrián García Valadés es un editor cuya empresa –GV Editores– publica guías turísticas y mapas. Era el sobrino favorito y más cercano a Edmundo y trabajó con él en los inicios de la segunda etapa de *El Cuento* en 1964. En alguna oportunidad en que Edmundo casi dejaba la revista, por fatiga y por falta de dinero, Adrián se la compró, lo nombró director de la misma y le asignó un salario. De esta forma pudo seguir publicándose *El Cuento.*

cuento maravilloso», y me lo contaba o a veces me lo traducía. Nos gustaban tanto los cuentos que tuvimos el impulso de compartirlos con otros y así nació la idea de *El Cuento,* en 1939. Con mil pesos que nos regaló don Regino, con algo de publicidad, con suscripciones, hicimos cinco números. Y bueno, a mí me consta de tres escritores –Rulfo, Arreola y Ramón Rubín– que fueron lectores de esa etapa de *El Cuento,* y los influyó, los estimuló, porque entonces todavía no eran escritores, digamos, publicados. Por eso Rulfo en mi homenaje, dijo: «Yo le debo a Valadés ser escritor». Pero él quiso decir que esos cinco números de *El Cuento* lo estimularon.

Cuando conocí a Arreola y a Rulfo años después de que habían salido esos primeros números, se acordaron de muchos cuentos. Publiqué en aquella primera etapa un cuento bellísimo que se llama «Olaf oye a Rachmaninoff» de Cary Kerner, y lo republiqué en la segunda etapa, con todos los cuentos de esos cinco números. A raíz de ello, Rubín –a quien yo no conozco en persona– me mandó una tarjeta para darme las gracias, pues para él era el cuento más bello que había leído en la vida, y había perdido el ejemplar de la revista donde estaba. Eso fue en 1964, o sea veinticinco años después.

Una de mis grandes pifias –¡caray, cómo me duele, carajo!–, es que uno de los primeros descubridores del talento de García Márquez, un librero que tuvo la Librería Juárez junto a El Caballito y vendía cientos de ejemplares de *El Cuento,* un día me da un librito publicado por la Universidad Veracruzana titulado *Los funerales de la mamá grande* y me habla del entonces ignorado García Márquez como de un escritor muy interesante y me pide publicarle algo en la revista. Pero entonces –qué curioso, ¿no?– yo me había propuesto no publicar nada que ofendiera el sentimiento religioso del pueblo. Había recibido una carta de un lector que decía que debía advertirse en la portada que *El Cuento* era sólo para adultos, porque había leído ahí un cuento de Borges que era «pornográfico». Aquellos tiempos no eran como hoy, realmente. Entonces por eso, y porque tengo mucho respeto a la fe religiosa, y el cuento ese de «Los funerales de la mamá grande» es una burla al Papa, privó en

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

mi esa actitud y no lo publiqué. Es decir, yo le hubiera publicado en la revista a García Márquez, cuando iniciaba, carajo. Una vez en una exposición —en 1965 o 1966— yo no lo conocía... bueno, no lo conocía nadie... se me acercó y me reclamó cordialmente que yo no lo hubiera publicado en *El Cuento*. Imagínate, el hoy Premio Nobel reclamándome a mí, y no publiqué nada... es una de esas pifias infortunadas. Porque sería muy bonito poder decir: «Yo me di cuenta, publiqué a García Márquez». No lo hice por eso, porque pensé: «Este cuento va a molestar a la gente...» No sé, en esa primera etapa de *El Cuento*... Incluso todavía... En fin. No volví a verlo sino hasta hace un par de años[10], en la casa de José Luis Cuevas en Cuernavaca. Ya había yo publicado varias cosas de él. Nos sentamos y me dice muy serio: «Mi agente literaria lo anda buscando a usted por cuestión de derechos». Como diciendo: «Ha publicado usted cuentos y no ha pagado los derechos», y García Márquez tiene a la agente literaria más feroz del mundo, una española terrible: Carmen Balcells[11]. Bueno, se ve que lo dijo en broma, pero con el complejo de culpa que me cargo con él, me hizo sufrir. De todos modos, él ya sentía lo que era *El Cuento*, quería estar ahí, ¿verdad?

Hay cosas preciosas que ofenderían a mentalidades como las que mencionas. Por ejemplo, un cuento que se llama «El hijo de la chingada». ¿Lo recuerdas? De un mexicano, por supuesto.

Creo que sí.

Es en tiempo de la Revolución, o de los cristeros; se arma un lío, matan a alguien y alguien pregunta «¿A quién mataron?» Y por ahí responden: «¡A un hijo de la chingada!»

[10] En 1983.

[11] Hay en la expresión de Valadés una afectuosa chanza. En efecto, la señora Balcells es implacable en la protección de *sus* escritores y por ello es apreciada en un ambiente en donde el trabajo intelectual tiene poco respeto.

De ése no me acuerdo. Lo confundí con «¡El hijo de la tiznada!» ¿No sería de Carmen Báez? Se me fue la *onda*.

Respecto a la creación del cuento, no hay fórmulas. En mi taller, si alguien pide reglas, no puedo darlas. Digo que un cuento me gusta cuando lo leo. Aunque claro, si me preguntan, digo: «Bueno, pues yo creo que por supuesto debe de interesar desde las primeras líneas». Si un cuentista empieza a divagar de entrada, no resulta. Hay que empezar de golpe, para que el lector se prenda, e irle manteniendo ese interés y después de una culminación llevarlo a un desenlace que responda a todo ese interés.

Hay cuentos que al final se derrumban. Otros que están muy mal estructurados teniendo un gran final. Un gran cuento es el que concilia todos esos elementos. Pero el cuentista acabará de descubrir sus propias leyes para hacer sus propios cuentos, amamantado por otros, influido por otros, copiando a otros. Todos hemos imitado consciente o inconscientemente a los autores que más nos impactaron. Pero insisto, fundamentalmente es trabajo, trabajo, escribir, escribir...

¿Y comercialmente, cómo va la revista?

Va bien. Tiene el sustento de mi sobrino.

¿Todavía no quiere venderla?

Se lo dije un día, pero no lo veo muy decidido[12]. Por lo menos platicaremos. Acabo de conseguir una cosa buena. Creo que va a ser un número muy interesante: publicar el cuento ganador y las siete menciones del Concurso Internacional Juan Rulfo de París.

[12] Por esas fechas yo le había propuesto a Valadés comprar *El Cuento*, con un grupo de amigos, para garantizar su permanencia, ya que la empresa editorial de Adrián atravesaba por algunas dificultades y además la publicidad, siempre escasa para las publicaciones culturales, estaba aún más restringida.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Así que imagino que para el número marzo-abril del año entrante publicaremos eso. Es un éxito grande porque llegaron más de dos mil trabajos de escritores de toda América Latina. Va a ser un número, estoy seguro, de gran éxito. Acabo de entregar el noventa y cinco, de noviembre-diciembre, y estoy trabajando en el de enero-febrero, el noventa y seis. Mi sobrino le tiene mucha fe. Él trabajó conmigo en los principios de *El Cuento*, y mira cómo ahora lo retoma. Si no hubiera sido por él, creo muy difícil que hubiera yo podido restituirla.

¿Qué tirada tiene?

De este número, diez mil ejemplares. Hizo diez mil del noventa y dos, le bajó a siete mil en el número noventa y tres, y del siguiente va a imprimir diez mil. Hay muchos problemas de distribución. Por lo pronto está enfocado a la ciudad y a ir penetrando al interior, y luego dar el salto a Sudamérica.

¿Cuánto fue lo más que llegaste a tirar tú?

Yo nc llegué a diez mil. Si mal no recuerdo lo más en algunos números fue seis o siete mil. Y sobre la circulación latinoamericana no fue tanto que vendieran la revista allá, sino que yo la mandaba. Cuando empecé a recibir cartas, carta que recibía de cualquier latinoamericano yo le mandaba la revista. Ese lector se la enseñaba a otros amigos que me escribían, y les mandaba la revista; y además se la prestaban entre sí. Sé que ha habido quien la ha vendido, no sé si desde aquí o desde allá, pero mucha gente —por ejemplo argentinos y uruguayos— se ve que la compra y la manda a sus paisanos. Esa es la circulación que tiene ahora, muy limitada. Mempo Giardinelli conoce a una azafata que viene más o menos dos veces al mes en un vuelo y en cada viaje se lleva cuando menos veinte ejemplares. Ese es el principio de la distribución en Sudamérica. Por otra parte, mi sobrino va a publicar las antologías.

Acabo de hacer la tercera, que es del cuento picaresco. Van a ser unos tomitos de doscientos cincuenta páginas, y creo que van a tener mucho éxito. Hice la selección, las notas de los autores y una introducción. Este de la picaresca es delicioso; curiosamente, o lógicamente, la mayoría ahí son franceses del siglo pasado, cuando en Francia había esa picardía, que refleja cómo en medio de una sociedad aparentemente muy puritana tenían su juego, sobre todo las mujeres, para engañar a los maridos. Son cuentos deliciosos...

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Yo Periodista

«¡Carajo –dijo don Regino–, no sabía que teníamos en la redacción a un gran reportero!»

Su otra obsesión *fue el periodismo –y no me refiero a la literatura, sino a las mujeres–, y gracias al periodismo, en la sierra alta de Puebla se le apareció Proust. ¿Casualidad? Juzgue el lector.*

En la calle de Seminario[1] había un lugar donde pegaban *El Nacional* para que la gente lo leyera –alrededor de 1936–. Un día veo una nota que decía: «Llegó a México el periodista Regino Hernández Llergo»[2], que dirigía *La Opinión* de Los Angeles. «Viene a fundar una revista». Me dio una gran emoción pensar que yo podría trabajar con él. Sucede que mi primo José Cayetano Valadés, que había trabajado con Hernández Llergo en ese diario de Los Angeles, recibió en su casa a don Regino y a su esposa. Yo visitaba a Pepe y, ya no me acuerdo si yo se lo pedí o él lo hizo *motu proprio*, me presentó con él.

[1] Las excavaciones del Templo Mayor, el museo de sitio y los ejércitos de vendedores ambulantes posesionados de la zona, deshicieron la fisonomía de lo que fue el barrio universitario hasta principios de los años setenta: un paseo gratísimo para tomar café, encontrarse con los amigos, comer bien, ir de compras o visitar museos, la Hemeroteca Nacional o una biblioteca.

[2] Nació en Cunduacán, Tabasco, en 1898 (1896, según otros), y murió en el D.F. en 1976. En 1912 dirigió *El Estudiante* del Instituto Juárez de Villahermosa. En el D.F. estudió en el Colegio Militar y en la Academia del Estado Mayor, de donde egresó como capitán. En 1916 fue sometido a un consejo de guerra, y absuelto, por expresar su desacuerdo con la política de Carranza. En 1917 ingresó a *El Universal*, en donde fue reportero, jefe de redacción y director (1923). Dirigió los diarios defeños *El Globo, El Heraldo* y *El Demócrata*, así como *La Opinión* de Los Angeles (1926). De nuevo en México fundó las revistas *Hoy* (1937), *Mañana* (1944) e *Impacto* (1955). Uno de sus mayores éxitos periodísti-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Pepe me había conseguido una colaboración fija en un semanario de oposición que se llamaba *El hombre libre*, dirigido por Diego Arenas Guzmán[3], un periodista que tuvo mucho renombre. Me pagaban quince pesos por escribir sobre algo que me había sugerido el propio Pepe: los oficios mexicanos, por ejemplo los pepenadores. Lo hice durante varios meses. Pero entonces me recomendó con Regino Hernández Llergo. Me acuerdo más o menos que don Regino me dijo en broma: «Bueno, yo necesito un pistolero». Fue la primera vez que escuché esa palabra: «pistolero»; es decir, una gente de su confianza, un ayudante. Me contrató antes de que saliera *Hoy*, la revista que venía a fundar. Entre las muchas cosas que don Regino trajo de su experiencia en Estados Unidos, fue la paga semanal, porque entonces en México se pagaba cada mes, si acaso quincenalmente. El sueldo que me dio, de veinticinco pesos a la semana, ¡era fantástico! Yo había hecho el cálculo de que noventa pesos al mes resolverían todos mis problemas, así que ¡veinticinco a la semana!... Así empecé. Me metí al periodismo y dejé de escribir literatura. Leía, no mucho, pero sí leía. Debo haber tenido entonces veintiún años —fue en 1936— y claro, como era muy aficionado al juego, vivía en el hipódromo. Lógicamente el primer cuento que escribí de los que están en *La muerte tiene permiso* es uno sobre el apostador.

Además de amigo, eras admirador de Hernández Llergo.

cos fue un reportaje titulado «Una semana con Villa en Canutillo», que se tradujo a quince idiomas y que supuestamente dio lugar a una movilización de fuerzas políticas que culminaron con el asesinato del divisionario del norte.

[3] Nació en Guanajuato en 1892 y murió en la Ciudad de México en 1977. Se inició en *El Constitucional*, órgano maderista, lo que le costó la cárcel. Dirigió *El hombre libre* entre 1929 y 1942, mostrándose como enemigo de Lázaro Cárdenas. También fue director de *El Diario Oficial* (1947-1956) y de *El Nacional* (1956-1962). Autor de la novela *El señor diputado* y de *El periodismo en la Revolución Mexicana* (1965) y otros ensayos.

Sí. Era un tipo extraordinario, como periodista y en otros terrenos. Por ejemplo, en relación con las mujeres: las conocía como nadie. Era un gran seductor. Corrimos juntos muchas aventuras. Era más bien chaparro, tipo negroide suave, físicamente feo, y tuvo a los grandes cueros de México, carajo. ¡Grandes cueros! Tenía la teoría de que los humores de las mujeres daban juventud. Yo me quería desaparecer cuando me lo encontraba años después y la exponía delante de todo mundo.

En el régimen de Cárdenas, *Hoy* publicó unos artículos contra la expropiación petrolera que le habían pagado las compañías a don Regino. Total, tuvo una importantísima entrevista con el Presidente. Cuando regresó a la revista lo esperábamos inquietos: «¿Qué pasó, don Regino, de qué hablaron?» Entonces se para a mitad de la redacción, nos barre a todos con la mirada y grita: «¡De mamadas!» Era así, genial. La gozó en grande don Regino. Las mujeres y los caballos eran sus pasiones.

Y el periodismo.

Sí, claro, pero como medio para tener dinero para las mujeres y los caballos. Fue lo que lo perdió finalmente, porque era un periodista tan genialmente dotado, carajo, tan inteligente... Pero entró en la cosa de venderlo todo. Debe de haber ganado fortunas, y todo el dinero se lo gastó en mujeres.

Dinero bien invertido. Al final de cuentas, uno no se lleva nada.

Pues sí. Nosotros éramos los muchachos —él se hacía de amigos jóvenes— y decía: «Vénganse, los invito, vamos a hacer una fiesta». Y llegábamos, así, parvulitos, y don Regino era el mero mero. Conocía la sicología de la mujer extraordinariamente. Un tipo fuera de serie, don Regino. Federico Barrera Fuentes[4] —mi condiscí-

[4] Periodista y político

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

pulo en la Siete— me platicaba algo que yo no sabía: creo que para la campaña de Nazario Ortiz Garza[5] —Federico era su jefe de prensa— fundaron *ABC* y don Regino fue el director. Lo hicieron socio con grandes ventajas pero les vendió su parte. Les dijo: «A mí lo que me interesa es la lana. Así que yo quiero que me den *lana*». *La lana*. Don Regino fue de los primeros que utilizó el término ése. Se mantuvo en *Hoy* dos años en una línea insobornable. Y ya que tomó fuerza se dedicó a vender todo: editoriales, reportajes, entrevistas, todo, todo. Entraba el dinero por *Hoy* como un río de oro.

¿Pagaba bien?

Sí, fue el primero en pagar bien las colaboraciones. Cuando en los diarios pagaban a los articulistas quince pesos, él le daba a José Vasconcelos ¡ciento cincuenta pesos! por artículo. Nadie hubiera pensado que se podía pagar tanto. Sí, pagaba bien. Y cuando se fijaba en alguien... así contrató a Salvador Novo, a Luis Cabrera, a Lombardo Toledano, a Indalecio Prieto, a Bassols. Todos en *Hoy*, porque entonces los diarios eran de derecha y la izquierda no tenía acceso a ellos. Él por primera vez contrató gente de izquierda y gente de derecha, y se reservaba su opinión en el editorial. De veras, fue un periodista fuera de serie. Trajo la columna política, valorizó la fotografía, estimuló el reportaje... Un editorial de *Hoy* tenía mucho más fuerza que el de *Excélsior*, que el de *El Universal*. Un periodista superdotado, caray.

[5] Nazario Ortiz Garza. Nació en Saltillo, Coahuila (1894). Político y empresario. En 1918 fue presidente municipal de Torreón. Figuró entre los fundadores del Partido Nacional Revolucionario (1929) y fue gobernador constitucional de Coahuila (1929-1933). Fundó la compañía vinícola de Saltillo (1933). Senador (1934-1940), director de la Nacional Distribuidora y Reguladora (1943-1946) y secretario de Agricultura y Ganadería en el gabinete del presidente Miguel Alemán (1946-1952). En 1947 creó la Compañía Vinícola de Aguascalientes. Dirigió la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación (1969-1972) y desde 1971 fue presidente vitalicio de la Asociación Nacional de Vitivinicultores.

¿Pariente de Pagés?

Creo que primo. No sé bien cuál fue el parentesco. Se había ido con él a Los Ángeles. Allá se hizo periodista con Regino, quien era director de *La Opinión* de Los Angeles. Se llevó a Pagés y a José C. Valadés, mi primo, y cuando regresó —José había regresado poco antes— volvió Pagés.

¿Por qué se fueron a Los Angeles?

Por un problema político, creo que tuvo que salir de huida, no sé si con Morones, en tiempos de Obregón o de Calles. Hizo una carrera periodística sensacional. Fue el que *mató* a Pancho Villa con aquella entrevista[6]. Y regresó con puro *blof* a hacer *Hoy*. Dejó correr la idea de que venían él y Pagés con mucho dinero a hacer una gran revista, pero no traían un quinto. Se asociaron con Rotograbadores y Fotograbadores Unidos y lanzaron *Hoy*, que fue desde el primer número un éxito enorme. Llegaron a circular sesenta mil ejemplares. Sí. Y todo mundo la esperaba. Tiempo después, don Regino perdió *Hoy* Se quedó con ella Manuel Suárez. Don Regino se fue a hacer *Mañana y* Kawage Ramia entró como director de *Hoy*. Don Regino y Daniel Morales —el que descubrió las posibilidades de la publicidad política, que entonces no existía y que se hizo rico también— se unieron para editar la revista *Mañana*. Don Regino, como siempre, nunca tenía un centavo —se lo gastaba todo— y Morales acabó por quedarse con *Mañana*. Entonces *don dinero* salió a hacer *Impacto*.

¿Te percataste de tu lapsus?

No, ¿cuál?

[6] «Una semana con Villa en Canutillo».

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

Dijiste «don dinero» en lugar de «don Regino».

Caray, esto ya es grave. Es un *lapsus*.

Bueno, pero ¿y Pagés se quedó en...?

No. Pagés se fue a Guadalajara a dirigir *El Occidental*, con Blanco Moheno[7] y con Horacio Quiñones —el que hizo el BIP— y luego un grupo compró *Hoy*. Creo que estaba ahí metido Miguel Alemán Valdés porque apareció un gran tipo que había sido el jefe de publicidad de *Hoy*, Alfonso Arrachi, quien luego fue director de publicidad de la Lotería Nacional. Entonces invitaron a Pagés; fue la época en que Pagés dirigió *Hoy*.

Regresó después de haber pasado por Mañana *y por* El Occidental...

No. Pagés no estuvo en *Mañana*. Perdieron *Hoy* don Regino y Pagés... bueno, don Regino, fundamentalmente. Pagés se fue a Guadalajara y don Regino a *Mañana*. Y no sé si antes de que hiciera *Impacto* o estando en *Mañana*, esa gente compró *Hoy* que había sido de don Regino y había pasado a Manuel Suárez —el del hotel de México—. Contrataron a Pagés, entonces llegó a *Hoy* hasta que... claro que tenía que ver Alemán porque recién casado Girón, el

[7] Roberto Blanco Moheno. Nació en Cosautlán, Veracruz (1920). En su juventud fue boxeador, futbolista y novillero. Ha escrito una veintena de libros sobre asuntos históricos (*Cuando Cárdenas nos dio la tierra, Crónica de la Revolución Mexicana, Pancho Villa que es su padre*) y novelas. Incursionó en el género dramático y tiene un disco grabado de canciones y textos suyos. Ha recorrido el país como conferenciante. Se inició en el periodismo desde muy joven y ha sido colaborador de gran número de diarios y revistas, así como la televisión comercial. Fue diputado del PRI por el Distrito Federal (1979-1982), pero renunció. En 1986 publicó el libro autobiográfico *Ya con ésta me despido. Mi vida, pero la de los demás*.

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

yerno de Alemán, Pagés publicó la foto esa[8], que produjo un conflicto que obligó a salir a Pagés con su equipo.

¿Qué era lo que alegaba Alemán? ¿Que hubiera publicado una mirada lúbrica, o que hubiera publicado una foto del yerno viendo a una bailarina?

Fue esa hipocresía de los poderosos. A Alemán debe de haberle dolido porque quien quedaba mal era la hija. Estaba en París de luna de miel y su marido viéndole las nalgas a una bailarina del «Lido». Entonces don Regino se fue, fundó *Impacto* con el que siguió el negocio. Tiene *Alarma*[9] y otras publicaciones.

Tú hubieras sido cofundador de Siempre!

Yo me salí antes de *Hoy*. Tuve un desliz terrible con don Regino. Don Regino para mí era casi Dios; era mi padre, carajo. Sí, pero yo fui el abogado del diablo a pesar de que era muy joven. Me desilusionaba mucho ver cómo todo estaba en venta, y se lo decía. Ese Dios se me quebró y me salí. Al salirme renunciaron varios, Davó Lozano, Quiñones, Ignacio León que era el gerente. Y luego... yo me sentía tan devaluado que cuando me enteré que Pagés iba a dirigir *Hoy*, se me ocurrió hacer una crónica del México de los

[8] En el «Lido» de París, la mirada del yerno se abrillanta sobre el torso desnudo de una bailarina, mientras la hija de Alemán exhibe un gesto combinado de horror y angustia. Al periodista se le pidió abstenerse de publicar la gráfica, aparentemente por respeto a los sentimientos de la familia. Sin embargo, la incluyó en la siguiente edición.

[9] Recuérdese que Edmundo habla en 1985. La empresa editora de *Impacto* sufrió diversas vicisitudes. A la muerte de Hernández Llergo, en 1976, asumió la dirección general Mario Soto Acosta, y en 1986 la viuda de don Regino ganó un litigio judicial de diez años y la recuperó. Posteriormente ésta fue adquirida por Juan Bustillos Orozco.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

años veinte y le mandé la primera sin decirle que era yo. En el primer número de *Hoy* dirigido por Pagés a dos planas apareció «Ayer en *Hoy*», mi columna. Entonces lo fui a ver —la columna salió anónima, y cometí el error de mantenerla así mucho tiempo— y me religué con Pagés en esa etapa, incluso iba a su casa. Pero vivía yo unas crisis tan infortunadas que dejé de hacer la sección y me retiré de Pagés para siempre. Ahora que salí de *Excélsior*[10] me mandó buscar con Manú[11]. Pero sabes, yo con Pagés tuve un... es decir, fue una persona que me cayó mal de entrada. Era todo lo contrario a mí: yo era un muchacho tímido, acomplejado, desvalorizado, y Pagés era ¡la seguridad! Hubo un escritor, Cipriano Campos Alatorre[12], que publicó un libro que tuvo mucho éxito, *Los fusilados*. Cuando empezó *Hoy*, Cipriano era cronista de deportes. Yo vi cómo Pagés cierta ocasión lo puso pinto, le dijo que lo que hacía valía un carajo, y se fue —poco después se suicidó, incluso—; entonces mi relación con Pagés siempre fue... no era un tipo con el que yo embonara ¿no? Era todo lo opuesto a mí... éramos más o menos de la misma edad, él es un poco mayor, creo que tiene setenta y tantos años...[13]

Era un hombre muy encerrado, duro... como peleado con el mundo...

[10] Valadés Coordinó la sección cultural de ese diario y salió por intrigas de uno de sus colaboradores, un joven a quien Edmundo ayudó en su carrera de periodista cultural.

[11] Manú Dornbierer nació en el Distrito Federal (¿1936?). Periodista y escritora. Ha colaborado en decenas de diarios, entre otros, *Novedades* (1973-1984), *Excélsior* (1984-) y *La Opinión* de los Ángeles, California, así como en revistas: *Siempre!* (1977-), *Kena, Claudia, Cosmopolitan, Play Boy* (Estados Unidos), *Planete* (Francia). Ha recopilado su obra periodística en *Ave César* (1982), *Satiricosas I, II, III* y *IV* (1984-1987), *Epílogo* (1989). Es autora de dos volúmenes de cuentos: *La Grieta* (1978) y *Sonrío, luego existo* (1983); y de las novelas *El bien y el mal* (Océano, 1987) y *Los indignos. Sonata para percusiones* (1988).

[12] Cipriano Campos Alatorre. Nació en Tlatalpa, Jalisco y murió en el Estado de México (1906-1934). Maestro rural. Escribió un libro de cuentos: *Los fusilados* (1934).

[13] Recuerde el lector que Pagés vivía cuando sucedió esta conversación.

Pagés... puede ser un tipo encantador, maravilloso, es buen amigo, pero es un neurasténico... No sabes, de esos que imponen su carácter. Todos sabían que te podía mandar al carajo, y luego ser tu cuate: una ambivalencia. La relación entre él y don Regino no era fácil. Se hicieron dos grupos en *Hoy*, uno con don Regino en el que estábamos Blanco Moheno, Quiñones... y con Pagés estaban Orteguita, Casasola y otros. Entonces don Regino, para quitarse un poco de encima a Pagés, le inventó dos revistas. La primera fue *Cine*, y luego *Rotofoto*.

Otro rasgo del carácter de don Regino era que perdonaba cualquier cosa si uno regresaba con él. Por ejemplo, había un periodista —Luis Améndolla[16]—, que tuvo un cierto prestigio e incluso publicó un libro sobre políticos y en un momento dado se salió de *Hoy* para publicar una revista que se llamó *Más*. Entonces don Regino se enteró de que en el primer número la carátula era una foto de Cárdenas leyendo *Más*. Ya se trataba de una competencia, y era implacable en ese terreno. Llamó al Gordito Díaz y le dijo: «Usted me trae una fotografía de Cárdenas leyendo *Hoy*», y salió antes *Hoy*. Bueno, luego tronó la publicación de Améndolla y un día don Regino —porque en un tiempo yo fui la gente más cercana a don Regino: era como mi padre, dormía y comía en su casa, tenía derecho de picaporte, sabía de sus líos— me dice en su casa, adonde habíamos ido a comer: «Métase en ese cuarto porque va a venir la esposa de Améndolla a pedirme que lo vuelva yo a recibir en *Hoy*». Y efectivamente, entró la señora y le lloró, le pidió que perdonara a su marido, y lo perdonó. Cuando yo me salí de *Hoy* nunca regresé con don Regino. Si le hubiera dicho: «Don Regino, perdóneme, estoy arrepentido, recíbame», me hubiera recibido; pero nunca lo hice.

[14] Luis Amendolla. Nació en Mérida y murió en la Ciudad de México (1896-1954). En la Ciudad de México fue redactor de *Revista de Revistas, El Universal Ilustrado* y *ABC*; fue director de la revista *Más*. Fue autor de libretos de teatro en los años veinte y treinta, época de auge de la revista política (*¡...hasta Obregón!* y, con Tirso Sáenz, *¿Quiere usted ser millonario?*). Escribió el libro *Vez y envés de Hernán Cortés*.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

El fenómeno de los Llergo no se ha repetido. Ni siquiera con Scherer. Eran grandes editores.

Y Pagés. Pagés es toda la escuela de don Regino.

Lo vi en la capilla de don Paco[15]*. Llegó sostenido por dos personas, gritando: «¡Ese hijo de la chingada que se fue sin avisarnos! ¿Quién te crees que eres, hijo de la chingada, que te fuiste antes que nosotros?»*

Sí, ese es el estilo de Pagés. Y sí le debe haber dolido porque era una fuerza para él. Además de lo que me cuentan Manú y Cristina Pacheco, a las que quiere mucho Pagés. Como que son con las únicas con quienes se desahoga. Su problema es el hijo. Si él se muere, la revista va a pasar a manos del hijo y quién sabe qué ocurra[16]. Yo creo que ese es el drama de Pagés. Aparte, *Siempre!* en circulación está muy alicaída, casi en la calle, me dicen. Es que ofrece lo mismo, lo mismo, lo mismo. Además hay otra cosa: el compromiso de la revista con el sistema. La gran habilidad de Pagés durante mucho tiempo consistió en que dependiendo totalmente del sistema —pero *totalmente*—, daba un aire de independencia y libertad metiendo gente que se peleaba con todo mundo. Era la fuerza de *Siempre!* Eso como que la gastó. Asimismo hubo otro factor: el éxito de *Hoy* y el éxito de *Siempre!* en un momento dado ocurrió porque en los diarios no había apertura, no había ese juego, estaban en una posición de derecha. *Excélsior* con Rodrigo de Llano[17], proestadunidense, anticomunista, y cerrado a toda voz disidente. En ese contexto, los diarios tuvieron que abrirse al tipo de articulistas que entonces sólo tenían entrada en *Siempre!* y en otras revistas. Así, lo que era la fuerza de esas revistas se perdió, pues pasó a los diarios. *Siempre!*, digamos, tendría que haberse metido a lo que hace *Proceso*: los reportajes, los análisis... pero *Siempre!* es el puro artículo, y el artículo ya aparece en los diarios.

[15] Francisco Martínez de la Vega. Murió en febrero de 1985, unos cuantos días después de haber presidido la primera asamblea general de la Fundación Manuel Buendía.

[16] Fue Beatriz, la hija, quien se hizo cargo de la revista.

[17] Nació en Monterrey, N.L. en 1890 y murió en el D.F. en 1963. En 1905 ingresó a la redacción del periódico *Monterrey News*. Trabajo en los diarios defeños *El País* y *El Imparcial*. En 1914 editó el semanario *El Heraldo* en Nueva York. En 1917 fue corresponsal en Washington de *Excélsior*, diario que condujo de 1924 a 1929 antes de ocupar formalmente el puesto de director general de 1931 a 1963. En 1943 recibió la medalla «María Moors Cabot» de la Universidad de Columbia.

La evolución de Siempre! *hubiera sido hacia donde va* Nexos.

Y el reportaje. ¡La fotografía! Don Regino, que se las sabía todas, metió el artículo de todos los puntos de vista, de izquierda y de derecha (Bassols, Lombardo, Luis Cabrera, Junco, Vasconcelos, Nemesio García Naranjo), pero le daba mucho vuelo al reportaje, y al fotorreportaje. En *Hoy* se hicieron grandes reportajes, y en *Siempre!* realmente Pagés olvidó ese género. Puro artículo. En los diarios ya hay voces de todos los matices, como antes no las hubo. Don Regino fue el que impulsó ese estilo.

¿A partir de su experiencia en La Opinión?

Pues sí. Porque en ese tiempo en Los Angeles estaban casi todos los políticos desterrados de México. Entonces allá era una fuente de información, la recreación de la Revolución, que Adolfo de la Huerta, que el general Villarreal, etcétera...

Sin problemas de censura, además.

Exacto. Pero don Regino le daba en la revista tanta importancia a la sección de modas como al editorial. Es decir, era completo. Me acuerdo porque yo diseñaba las planas y qué empeño ponía en que todo se cuidara muy bien, ¿no? Aparte del artículo, el reportaje, la crónica, la columna política —las columnas, en realidad, empezaron en *Hoy*—, don Regino conjugó muchos elementos y le dio una gran importancia a todas las secciones: política, moda, cine,

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

todo; era una revista muy completa. Por ejemplo, la sección famosísima de Salvador Novo, «La semana pasada», escrita con todo el talento, la agudeza, el ingenio, la sátira de Novo: una crónica de la vida del país durante la semana anterior. Además Novo aportó una serie de cosas, tomadas creo que de la revista *Time*: por ejemplo, las iniciales, que antes no se utilizaban en un pie de grabado.

Don Regino creó la columna política, que escribieron distintas personas, pero cuando la hizo Quiñones había tres reporteros que investigaban los asuntos y él escribía. Un estilo que se inició con Novo en el periodismo, porque con Novo empezó Kawage y Denegri. Tenía su «redacción negra», que reporteaba y él escribía una crónica genial. La producción de Novo es un testimonio de la vida en México mientras él vivió, con todos los chismes, con las anécdotas, con toda suerte de noticias y comentarios. Nunca salió con su nombre, pero todo mundo sabía quién era el autor. Era la sección más leída por el Presidente de la República, por los políticos, por los lectores en general, porque con ese ingenio maravilloso... de todo el México de esa época uno de los testimonios más interesantes es el de Novo.

Otra revista que tuvo un éxito fulminante fue *Rotofoto*; aparecieron como diez números —yo perdí mi colección, que es inhallable—. El gran éxito de *Rotofoto* fue gracias al talento de René Capistrán Garza[18], ese periodista católico que tuvo el diario *Atisbos*. *Rotofoto* era una revista de puras fotografías. Por ejemplo, una de las cosas que comentó todo México sobre una gira del general Cárdenas: en un momento dado, con todos sus secretarios de Estado, don Lázaro se quitó la ropa, se puso su traje de baño y se lanzó en un lugar donde se podía nadar; y todos los secretarios hicieron lo mismo. Entonces los fotógrafos de *Rotofoto* entraron en acción y hubo fotos muy especiales de los secretarios de Estado en traje de baño y descubrieron la vena humorística-satírica de Capistrán Garza. Los pies de grabado eran el gozo de todo mundo. Pero *Rotofoto* se metió con Lombardo; la última carátula de la revista es una foto del líder en postura de orador, el brazo extendido con la palma hacia el auditorio, y un pie que decía: «El licenciado Vicente Lombardo Toledano tratando de detener la circulación de *Rotofoto*». Entonces la imprimían en unos talleres que creo eran de García Valseca; y la CTM, que dominaba Lombardo, hizo ahí una huelga loca. Total, que dejó de salir *Rotofoto*. Pero ése era su tono: de burla, de sátira. ¡Y las fotos! Capistrán les ponía unos pies estupendos, burlones, intencionados. No tenía texto, eran puras fotografías y pies de grabado. Por ejemplo, de un mitin del PRI en el monumento a la Revolución... que no aguantaron.

[18] René Capistrán Garza. Nació en Tampico, Tamaulipas, y murió en el Distrito Federal (1898-1974). Licenciado en Derecho por la Universidad Nacional, donde escribió para periódicos estudiantiles. Cofundador y presidente de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana; dirigente de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa y uno de los jefes de las fuerzas armadas cristeras. Fue director de los periódicos *Novedades*, *Prensa Gráfica* y *Atisbos*. Reconocido como una de las principales figuras de la derecha mexicana, escribió para *El Universal*, *El Sol de México* y otros periódicos de la Cadena García Valseca y en el semanario *Impacto*.

¿Es cierto que Orteguita te platicó la anécdota de «La muerte tiene permiso»?

Creo que sí. No recuerdo bien. Hablando de él... se cambió el nombre de Febronio por Gregorio. Era un periodista muy malicioso que tejió una relación con Avila Camacho. Empezó en *El Universal Ilustrado*, con Carlos Noriega Hope[19] —Bellas Artes le publicó

[19] Carlos Noriega Hope. Nació y murió en el Distrito Federal (1896-1934). Estudió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. A finales de la segunda década del siglo XX trabajó en *El Universal*, del que fue corresponsal en Los Ángeles, California. Dirigió *El Universal Ilustrado* (1920-1934) y *La Novela Semanal* (1922-1925). Perteneció al grupo de «Los siete Autores Dramáticos», del que formaban parte Víctor Manuel Díez Barroso, Carlos García, Lázaro García, José Joaquín Gamboa, Francisco Monterde y Ricardo Parada León. Es autor de los siguientes libros de cuentos y relatos: *La inútil curiosidad* (1923), *El honor del*

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

un librito: *Hombres, mujeres* de entrevistas a escritores y artistas—. En *El Universal* publicaba —alrededor de 1945— una columna en primera plana intitulada «El observador objetivo», que tenía la malicia de sugerir que «El observador objetivo» era el Presidente de la República. Escribía, digamos: «Estaba con *El observador objetivo* en su gran despacho —y describía el despacho—... y entonces, con su voz pausada, viendo al ventanal, me dijo: "mire usted, la lucha electoral, así, asá"...» como hablado de manera indirecta por el Presidente, como si fuera Ortega un vocero emboscado, pero era lo que Ortega inventaba. No había político que no la leyera religiosamente; «daba línea», como se dice ahora. Es decir, Ortega, fina, maliciosamente, se convertía en el intérprete del Presidente de la República respecto a hechos determinados.

Ortega fue quien organizó la primera conferencia de prensa de un Presidente mexicano. En aquel tiempo los mandatarios mexicanos no daban conferencias de prensa. Los reporteros tenían que interpretar o por amistad con tal o cual funcionario, obtener la información. Pero que se dijera: «El Presidente de la República va a recibir a los reporteros», eso nunca. O los recibía *off the record*. Fue Ortega quien sugirió a Ávila Camacho una conferencia de prensa *abierta* como ahora. Era un momento difícil por la guerra mundial, una elección de diputados, el aumento de la inflación —que entonces también se daba, guardando la proporción—, una serie de cosas. Entonces Manuel Ávila Camacho se reúne a comer en el Casino Militar, acompañado de varios de sus secretarios de Estado —Marte R. Gómez de Agricultura, Ezequiel Padilla de Relaciones, etcétera.—, con toda la prensa en un acto para ese tiempo ¡sensacional! Después de comer, dice Ávila Camacho: «Bueno, señores, pasemos aquí al lado; vamos a conversar».

ridículo (1924), *Abril* (1927); de obras de teatro: *La señorita voluntad* (1925), *Una Flaper* (1925), *Che Ferrati* (1929); de ensayo: *El cine por dentro y por fuera* (1920), *El mundo de las sombras* (1920), y del guión de la película que él dirigió: *La gran noticia* (1923), por mencionar algunos.

La anécdota es muy bonita: había muchas interrogantes, muchas expectativas. Nos sentamos todos y Ávila Camacho invita: «Bueno, señores, vamos a charlar; pregunten». Y alza la mano Novelo, un periodista de Yucatán y bueno, imagínate la primera pregunta hecha por un periodista en la *primera* conferencia de prensa abierta que ofreció un Presidente de la República. El tipo este dice: «Señor Presidente, ¿qué opina usted del ayuno de Gandhi?» Entonces se advirtió un silencio lleno de asombro seguido por carcajadas estrepitosas. Me acuerdo muy bien de la respuesta de Ávila Camacho: «Pues... pienso que tiene mucha resistencia». Eso de veras es histórico. Luego creo que intervino Ortega, que era muy hábil, y le planteó algo, creo que de la Ceimsa[20], que era muy atacada y estaba en el centro del debate... era noticia. Y bueno, ya empezaron a preguntar sobre la elección de diputados y otros temas relevantes.

Creo que Gregorio Ortega fue uno de los periodistas que conoció mejor a los políticos mexicanos. Tenía una gran cercanía con Ávila Camacho, y la tuvo con otros presidentes. Cuando la campaña de Manuel Ávila Camacho, don Regino lo mandó cubrirla. Fue quizá la primera vez que se hizo la crónica de una campaña presidencial. Ortega, muy malicioso, muy inteligente, hacía sus crónicas de tal manera que le inventaba cosas a Manuel Ávila Camacho. Le sirvió enormemente, porque todo estaba inducido a presentar la figura de don Manuel como un futuro gran presidente y lo logró. Cuando terminó la campaña se infiere que le preguntó a Ortega qué quería. Y Ortega le dijo: «Hacer una revista», y fundó *Así*. Con él se fue Spota. Ahí hizo varios reportajes, «Mesero del Regis», «Ferrocarrilero», y otros. El jefe de redacción al principio —yo lo fui después— fue el escritor Rafael F. Muñoz[21], autor de *Se llevaron el cañón para Bachimba*.

[20] Compañía Exportadora e Importadora Mexicana, empresa estatal con carácter de sociedad anónima creada en 1949 con el fin de regular el comercio interior y exterior de productos básicos. Sustituyó a Nacional Distribuidora. Desapareció al crearse la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo).

[21] Rafael Felipe Muñoz Barrios. Nació en Chihuahua en 1899 y murió en el D.F. en 1972. Militó en la División del Norte de 1915 a 1916, año en que se instaló en Estados Unidos.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

A Ortega se le ocurrían de veras cosas sensacionales. Por ejemplo, en ese momento político de México, Lombardo representaba a la izquierda y Gómez Morín a la derecha. Habían sido condiscípulos en la prepa, y por razones políticas se distanciaron —esto debe haber sido en 1945 o algo así—. Y Ortega se propuso reunirlos. Me planteó su idea. Fuimos él y yo con Lombardo, y con el pretexto de que se había organizado una comida en honor de Clemente Orozco, lo invitamos, advirtiéndole que iba a ir Gómez Morín. Y lo mismo hicimos con éste, señalándole que Lombardo asistiría. Y ya todo listo, un lunes creo que iba a ser la comida, al único que no se le había avisado era a Clemente Orozco, que estaba en Acapulco —la comida era en «Manolo», en la calle de López, un negocio del famoso restaurantero Manolo del Valle—. Y bueno, ¡los apuros para traer a Clemente Orozco! Recuerdo que lo esperaban en la puerta Gómez Morín, Lombardo y otros. Orozco llegó en el último momento y recuerdo que, hombre inteligente, se dio cuenta de que él era el pretexto, porque me dijo: «No importa, me parece bien que uno pueda servir para esto». Y la comida fue sensacional en su momento. Era la primera vez que se reunían Lombardo y Gómez Morín. Se comentó en los diarios. Ortega fraguaba cosas de ese tipo. Una vez cuando hubo un lío en la Cámara con aquel líder que luego fue gobernador de Zacatecas, Lombardo Reinosa, muy amigo de Ortega, éste le dijo: «Usted necesita acercarse a los escritores, a los intelectuales, a los creadores», y le organizó una reunión

Regresó a México en 1920 y colaboró en *El Heraldo* y en *El Universal*. Fue jefe de prensa de Álvaro Obregón, redactor de *El Universal Gráfico*, jefe de redacción de *El Nacional* y jefe de prensa de las secretarías de Relaciones Exteriores y de Educación Pública. Autor de *Memorias de Pancho* Villa (1923), *El hombre malo y otros relatos* (1930), *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931), que fue llevada al cine por Fernando de Fuentes en 1934; *Si me han de matar mañana* (1934), *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1941) y *Pancho Villa, rayo y azote* (1955). En 1960 apareció una recopilación de cuentos, todos anteriormente editados, con el nombre de *Fuego del norte* y en 1968 una selección de *Obras incompletas, dispersas o rechazadas*. Escribió la biografía *Santa Anna, el dictador resplandeciente* (1945), que, con otros títulos, había aparecido en 1936 y 1937.

en su casa a donde llevó a Vasconcelos, a Alfonso Reyes, a Clemente Orozco, a Carlos Chávez, a todos ellos con el líder de la Cámara. Es decir, él sirvió al poder, sirvió a los políticos, ganó mucho dinero, y los conocía perfectamente bien. Un maestro tremendo. Ya murió. Creo que andaba en los ochenta. A Gregorio Ortega en todo el medio se le conocía como *Orteguita* porque era chaparrito. Orteguita o el maestro Ortega.

Luego en tiempos de Alemán recuerdo que hubo otra entrevista de prensa. El animador fue Jorge Piñó Sandoval[22], muy malicioso, hizo una introducción muy ingeniosa, muy habilidosa, no ofensiva, que implicaba: «Señor Presidente yo le voy a demostrar a usted que los directores de los diarios no saben cuál fue hoy su cabeza de ocho columnas». Y entonces comienza a interrogar a Fulano director de *El Universal*, a Zutano, de *Excélsior*, etcétera, y claro, ninguno supo cuál era la cabeza de ocho columnas de su diario. Ésa es otra anécdota preciosa. Lo malo es que entonces no había grabadoras.

[22] Jorge Piñó Sandoval. Nació en San Luis Potosí, San Luis Potosí y murió en el Distrito Federal (1902-1976). En 1924 se inició como periodista en *El Machete*, órgano del Partido Comunista Mexicano. A causa de su militancia estuvo preso en 1930. Redactor de las columnas «Cosmópolis» (1939) y «A mañana, tarde y noche», que publicaba en el diario *Excélsior* (1940). Fue fundador del *Noticiero Cinematográfico Clasa-Excélsior* (1938); corresponsal de guerra en ese periódico; cofundador, con Álvaro Gálvez y Fuentes, del noticiero *Diario Relámpago del aire* en la radiodifusora XEW; corresponsal de la organización de las Naciones Unidas en Washington, fundador de las ediciones vespertinas y nocturna del cotidiano *Últimas Noticias* (1942), fundador del periódico satírico *Don Timorato* (1946) y director de la revista *Presente* (1949). Se exilió a Argentina y volvió a México en 1957. Colaboró en *La República*, órgano del PRI. Fue director del Departamento Editorial de la Presidencia de la República (1964-1970) y jefe de prensa de la Secretaría de Patrimonio Nacional (1971-1975). Impulsó las publicaciones *Caminos del aire, La Prensa del Mediodía* y *CM Amigos*, entre otras. Colaborador de *El 130, El Bonete, Novedades, Espartaco, Hoy, Todo* y *El Universal Ilustrado*. Autor de *Perote, fortaleza violada* (1947) y *Ángela celeste. Picaresca Mexicana* (1952). Miembro fundador de la Asociación Mexicana de Periodistas.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

¿Piñó era el jefe de prensa de la Presidencia?

No. Piñó era en ese momento el periodista más famoso de México. Tenía una columna que se llamaba «A mañana, tarde y noche», que aparecía en la mañana en *Excélsior* y después en *Últimas Noticias* y en la *Extra*. Tres columnas diarias, diferentes, que realmente también deberíamos restituir. No recuerdo a nadie más que haya escrito tres columnas diarias. Era la columna más leída. En ese momento Piñó era lo que Denegri fue en su momento. Como Buendía. Yo lo conocí. Había sido militante cercano a Siqueiros y a Diego Rivera, andaba en las brigadas y pegaba carteles. Cambió de posición y empezó sensacionalmente en *El Universal Ilustrado* con una serie de reportajes sobre Diego Rivera que habría que redescubrir. Esto debe haber sido en 1933 o 1934. Me acuerdo de uno de sus artículos titulado «Cuadrante de la soledad», creo que era un sitio que fue muy famoso, donde estaban presos los comunistas...

Hay una obra de teatro...

...de Revueltas, *El cuadrante de la soledad*. Tiene algo sobre las Islas Marías. Piñó comenzó a subir, a subir. En *Excélsior* con esa columna en aquel momento Piñó fue... el Buendía de su tiempo. No escribía como Buendía ni tenía una temática semejante, pero era muy malicioso, a sus columnas les ponía mucho ingenio... Piñó, por cierto, es autor de una novela olvidada, quizá de no muchos valores literarios, pero interesantísima, sobre el México de su época. Se llama *Ángela celeste*. Sus personajes recorren la Ciudad de México y la describen. El personaje principal es, dice Piñó, un «azuleólogo», un experto en los azulejos de la capital que recorre la ciudad y describe los templos, las avenidas, las plazas. Es una restitución muy interesante del México de los cuarenta que inició Salvador Novo con uno de sus primeros libros, *El joven*, que es el paseo de un joven por el México de los años veinte. Piñó Sandoval trabajó en la oficina de prensa de Gustavo Díaz Ordaz con Francisco Galindo Ochoa[23]; era el encargado de las publicaciones. Él fue quien empezó ese tipo de diarios del gobierno que recogen todas las actividades presidenciales. Me acuerdo que cuando la visita de Díaz Ordaz a Washington, Galindo Ochoa me encargó que preparara el texto del libro que hicieron sobre la visita. Y Piñó manejó la edición. Al finalizar su sexenio, Díaz Ordaz le indicó a Galindo Ochoa que quería mis comentarios encuadernados —le preparé un índice onomástico y un índice temático— y quien se encargó de la encuadernación fue Piñó. Se hicieron cuatro tantos: uno para Díaz Ordaz, uno para Martínez Manautou, uno para Galindo Ochoa y uno para mí, que está en Alemania con mi hija Adriana. Son setenta y dos tomos gruesos.

A Piñó lo conocí muy joven, estando yo en secundaria. Ejercí muchos oficios en esa etapa[24] pero entonces era «agente fiscal ejecutor» en Xochimilco. Creo que tenía allá una aviaduría, porque sólo iba los sábados a cobrar —en la Dirección de Aguas— y yo sabía de él, lo había visto retratado en *El Universal Ilustrado*. Coincidíamos en el camión y nos hicimos amigos. Lo llevé con mi grupo de Horacio Quiñones, de Olguín, de Noyola Vázquez[25].

También hiciste periodismo radiofónico.

A principio de los años cincuenta, 1951 o 1952, el *Ché* Lautaro González Porcell, quien fue editor de «Extemporáneos» —un gran

[23] Exitoso y controvertido *publirrelacionista*, y figura discutida en el ámbito de las relaciones entre los medios y el poder. Se le atribuye el «control» de ciertos espacios de opinión, y la capacidad para fabricar y desmoronar prestigios políticos. Por su mesa permanente en un restaurante de la Ciudad de México desfilan figuras públicas y privadas. Entre los informadores de una nueva generación es visto como símbolo de una especie que ha tardado demasiado tiempo en desaparecer. Se le atribuye la autoría y dirección del «fideicomiso pardo», organización para financiar campañas y contracampañas políticas en los medios masivos de comunicación.

[24] Ver el capítulo «*El Atepocate*».

[25] *Ibid.*

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

amigo mío, un argentino fuera de serie, como alguna vez ya te había comentado—, convenció a Rómulo O'Farrill de patrocinar lo que fue el primer gran noticiario informativo de la radio: *El Diario del Aire*. Entonces lo que acaparaba el mercado era una emisión que todo México sintonizaba, el *Noticiario Carta Blanca*, con Ignacio Santibáñez. Lautaro, con mucha visión, con el patrocinio de O'Farrill y de unos japoneses que hacían una pomada medio mágica, medio maravillosa, *Vitacilina*, o algo así, crea *Diario del Aire* que transmitían diecisiete radiodifusoras. Yo fui el jefe de redacción. Las primeras apariciones de Jacobo Zabludovsky fueron en esa emisión. El noticiario pasaba de las ocho de la mañana a las doce de la noche, cinco minutos cada hora, y a las dos de la tarde y diez de la noche quince minutos con editorial. Fue la primera vez que en la radio mexicana, estoy seguro, hubo un cuerpo de redacción de periodistas, que reporteaba las noticias. Era escuchadísimo. Me acuerdo que teníamos las oficinas en un lugar ahora imposible: Madero y Gante, en la mera esquina. Había magnavoces y la gente que pasaba se quedaba ahí; la despedida era la frase del general MacArthur: «En una hora más... ¡volveremos!».

Hicimos muchas cosas. Al *Che* se le ocurrió proponerle a don Rómulo un concurso de popularidad artística. La idea era que la gente votara con cupones que salían en *Novedades*: «¿Cuál cree usted que sea el mejor cantante de ranchero, baladista, orquesta...?,» se preguntaba. Tuvo tal éxito el concurso que estuvo a punto de acabar con *Novedades*: los artistas lo tomaron tan en serio que mandaban a sus ayudantes con camionetas a esperar la salida del diario a comprar mil, cinco mil, diez mil ejemplares. Entonces don Rómulo llama a Lautaro y le dice: «¡Me corta usted ese concurso, porque *Novedades* no circula!» Empezó el mercado negro, se vendían los votos, había intercambios. Un artista compraba cien, doscientos, quinientos votos, y entonces iba con otro y le decía: «Tú ponme en tus cupones y yo te pongo en los míos». Y luego el *Che* organizó que fuera el público quien contara los votos y ahí en nuestras oficinas se pusieron unas mesas y llegaban por miles los *fans* de los artistas para ir computando los votos. Una cosa sensacional. El *Che* Lautaro fue un tipo fuera de serie.

Regresemos a tu trabajo en las revistas.

Yo perdí una de las grandes oportunidades... bueno, ¡yo he perdido *todas* las grandes oportunidades de mi vida, carajo! Entré a *Hoy* y hago una primera entrevista con el sabio botánico Isaac Ochoterena[26]. Don Regino me dice: «Esto es antiperiodístico». Porque empezaba: «Llegué a Chapultepec, los árboles lucían sus hojas, el lago cristalino... Frente al Instituto de Biología, entré, bla, bla, y ahí estaba ante Ochoterena» Así empezaba la entrevista. Yo estaba influido por la crónica tradicional. No existía el arte de la entrevista en México, salvo el caso del propio don Regino, que hizo la entrevista de Pancho Villa. Pero todavía en el medio periodístico no había el dominio de la entrevista, el entrar de lleno con el entrevistado. Casi todas las entrevistas de ese tiempo eran como la mía: empezaban con una descripción: «Llegué, la casa, el ambiente...», y después de mucho empezaban las preguntas. La técnica de don Regino era de entrada: «La situación del país es muy grave, se avecina una crisis terrible, va a bajar el peso, esto, lo otro, fue lo que sostuvo Jesús Silva Herzog, secretario de Hacienda...». Como don Regino me expresó que era mala esa entrevista, me vino un complejo y ya no me atreví a escribir, por lo cual comencé mi carrera periodística como formador, secretario de redacción, jefe de redacción. Luego

[26] Isaac Ochoterena. Nació en Atlixco, Puebla, y murió en el Distrito Federal (1885-1950). Fundó la sección duranguense de la Alianza Científica Universal. Se dedicó al estudio de las cactáceas e investigó sobre reproducción celular, transmisión hereditaria, cáncer, oncocercosis e histología. Fue profesor de la Escuela nacional Preparatoria y de la Nacional de Medicina. Dirigió desde su fundación y durante diecisiete años el Instituto de Biología de la UNAM. Entre sus obras más importantes están: *Las cactáceas en México, Lecciones de biología* y *Tratado de histología*.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

me aventé, empecé a escribir, incluso sin firmar: hice crítica taurina, crítica de cine, cosas de ésas, pero no periodismo, hasta que escribí el reportaje del «Cuatro Vientos», que tuvo un gran éxito.

Posteriormente trabajaste con Orteguita.

A mi salida de *Hoy* entré con Ortega a la jefatura de redacción de *Así*. Me mandó a cubrir la entrevista de Ávila Camacho con Roosevelt en Monterrey, la primera vez después de la entrevista de Taft y Díaz en que se reunían los presidentes de los dos países. Ortega, que era muy especial, me manda, sin nada... con unas instrucciones...: «Usted llegue a Monterrey, acérquese al Presidente de la República y le dice que es el enviado de la revista *Así*». Cuando llego —imagínate, yo tímido, entonces, con mi inseguridad—, bueno, fue una tortura horrible. Iba yo con el fotógrafo Zaragoza. El jefe de prensa era el jefe de prensa de Gobernación —entonces no había en la Presidencia oficina de prensa—, José Altamirano, un viejo periodista de *Excélsior* —sería 1943 o 1944—. Llego a la estación de Monterrey, imagínate, había miles de personas, y yo así, minúsculo. Bueno, de cualquier manera uno se busca sus mañas. Pues llego con Pepe Altamirano y me acredito a la entrevista. Entonces no había los medios de comunicación de hoy. Hubo una cena en el Casino de Monterrey y los reporteros de los diarios tenían que ir temprano al telégrafo a sobornar al telegrafista para que les pasaran primero sus notas. Por *Excélsior* iba Denegri. Yo era de los *revisteros*, «segunda clase». Todos se habían retirado a transmitir cuando Roosevelt le dice a Ávila Camacho: «Quiero conocer a los periodistas mexicanos». Así, pues, Pepe Altamirano, sin saber qué hacer, nos llama a los *revisteros* y nos dice: «Fórmense en fila para saludar a Roosevelt», y pasamos. Yo le di la mano a Roosevelt. Yo tendría esa foto pero se le atravesó un *guarura* al Gordito Díaz, que era el fotógrafo estrella de *Hoy* y gran cuate mío. Cuando regresaron los reporteros platicamos lo sucedido. Denegri al día siguiente en la primera plana de *Excélsior* publicó: «Yo estreché la

mano del presidente Roosevelt». Una *volada* preciosa. Mi artículo, sin saberlo, le hizo a Ávila Camacho el elogio más maravilloso que se le podía hacer: «En la cena, estando el representante de uno de los países más poderosos de la Tierra, y el representante de México, fue tal su dignidad que uno sin conocerlos no hubiera sabido quién era el representante de la nación más poderosa». Tengo una carta de mi primo José C. Valadés donde dice: «He leído todo lo de la entrevista de los presidentes y lo más interesante es lo tuyo». Debo buscarla porque es un testimonio bonito. Es decir, si yo hubiera tenido la malicia de los periodistas, le habría sacado a Ávila Camacho, no sé, bueno.... por lo menos su amistad, por lo menos una relación ¿no? Pendejo ¿no? No me di cuenta. Hice muchas cosas en *Así*: entrevistas, una historia de Venustiano Carranza que ni siquiera firmé...

¿Y el «Cuatro Vientos»*? ¿Fue cuando te hiciste proustiano?*

Me comisionan para ir a hacer el reportaje. Compro en una librería, para leer durante el camino, *Por el camino de Swann* de Proust, y ahí en la sierra de Oaxaca me hice proustiano.

¿Sabías quién era Proust?

No. Te digo que mi cultura... ¡Imagínate, en ese tiempo yo no sabía quién era Marcel Proust! Allá en la sierra me hice proustiano. Allá leí a Proust, en las noches, cuando acampábamos en unos cafetales. Si yo entonces hubiera tenido ojos de escritor, qué novela se me presentó ahí, porque llegué a un mundo mágico.

Iba yo con Humberto Olguín que era mi cuate, colaboraba en *Hoy*, y le pedí que me acompañara. También iba el *Gordito* Díaz, el fotógrafo, quien había ido antes de avanzada y había convencido a don Regino de que efectivamente el avión había caído ahí. Yo le pedí a don Regino que me mandara. Me entró el coraje, por primera vez, de escribir, de ser reportero. Don Regino nos habilitó en

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

grande como era su estilo. Tomamos el tren a Córdoba, y de ahí otro a Tezonapa. En aquel lugar atravesamos el río Tonto en canoas, y en mulas y caballos remontamos la sierra y llegamos al cafetal de don Julián Díaz Ordaz —hermano de Gustavo—. Entramos a ese mundo mágico de la selva, de los animales peligrosos, de la comunidad mazateca, que entonces, sin comunicaciones, perduraba con sus ritos, sus creencias, su estilo antiguo, prehispánico. Cozolapa y Tezonapa son dos ciudades hermanas, una pertenece a Veracruz, y otra a Oaxaca. De ahí a subirnos a la sierra, durante horas, tal vez un día o un poco menos de jornada. Nos alojaron en el cafetal en una casa. Y ahí en la noche empecé a leer a Proust: me fascinó desde el principio. Entré a Proust de una manera muy fácil, siendo tan difícil. Fue una cosa natural, inmediata. Me atrapó desde el principio y seguí. Luego fue la historia del reportaje[27].

Ahí en la sierra conocí a un español, creo que de Cataluña, casado con una india mixteca muy inteligente. Tenían creo que seis hijas y un hijo, en un mundo indígena de mazatecas en la confluencia de las sierras que están entre Veracruz, Oaxaca y Puebla. A ese mundo indígena llegó este señor que era blanco, Julián, casado con una mixteca. En el cuarto había carabinas, pistolas. Estaban hechos a todos los peligros. Era un poco paternal la figura de don Julián Díaz Ordaz en ese mundo. Unas relaciones diplomáticas no fáciles...

¿Diplomáticas...?

Sí, porque era como una invasión en un mundo que no era el suyo, en un mundo de indígenas. Él era blanco, tenía su cafetal. En fin, tantas cosas que nos contaron que yo he olvidado. Ahí conocí a uno de los pistoleros de Maximino Ávila Camacho. El hermano de él

[27] Reportaje que hizo famoso a Valadés. La *Revista Mexicana de Comunicación* publicó una versión abreviada en su número 39, febrero-abril de 1995. Se incluye en el presente libro.

era el patriarca de la comunidad mazateca. Los reportajes tuvieron mucho éxito. Hicimos una expedición, nos abríamos paso en la selva a machetazos. Pero es una historia larga, porque se frustró. Es decir, sí confirmamos que el avión efectivamente había caído ahí.

¿Viste el avión?

No, no, no. ¿Te imaginas? Si lo hubiéramos descubierto habríamos regresado como héroes. Jacobo Zabludovsky, hace años, mandó a Rocío Villagarcía. Ella hizo el mismo viaje que nosotros y confirmó todo lo que estaba en mis reportajes y la serie —porque fueron varios domingos— terminó con una entrevista que nos hicieron a Humberto Olguín y a mí. Porque nosotros habíamos abierto la brecha. Esos reportajes fueron mi primera experiencia como periodista y escritor. Quizá no los escribiría hoy como los escribí entonces, porque mi concepción de las cosas era muy diferente, diferenciaba entre indios y blancos. Pero tuvieron un éxito enorme. Cuando regresé, entraba en un restaurante y los clientes decían: «Ése es el del Cuatro Vientos».

¿Cuántos años tenías?

Unos veintiséis. Otro de mis grandes errores, grandísimo pendejo de mí, fue que en lugar de seguir siendo reportero, volví a las tareas internas de *Hoy*. Fue mi gran momento, carajo, y le hubiera pedido a don Regino seguir como reportero. Pero no sé, tenía yo falta de fe, de confianza en mí mismo. ¡Había yo dudado tanto! Tenía dudas de que pudiera, de que supiera escribir.

Y también don Regino, porque después de haber visto lo que escribiste te hubiera impulsado.

Puede ser. Estuvo en sus manos, pues me acuerdo que decía: «Caray, qué revelación, no sabíamos que teníamos aquí a

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

un gran reportero». Pero regresé al trabajo interno hasta que me fui a *Así*. Pero era el momento: era la revelación de un periodista con capacidad, con pasión de hacer cosas interesantes. Tienes razón, don Regino debió haberme ayudado. Además, ¡don Regino era como mi padre, carajo! Sí, yo creía en don Regino como en Dios...

¿Algunas cosas de ese tiempo se han reflejado en tus cuentos?

Bueno, sí. Yo tengo dos cuentos que tienen una serie de elementos muy importantes de ese viaje. La descripción de la selva en «Las raíces irritadas», y algunos datos de personajes me fueron útiles para otro cuento que se llama «Al jalar del gatillo». Esto es interesante. Realmente el periodismo sí puede aportar personajes y situaciones... digo, en ciertos casos, porque hay tanto periodista que pasa sin pena ni gloria... Fíjate que por primera vez me estoy dando cuenta de que el periodismo sí me aportó personajes, ambientes, situaciones, para varios de mis cuentos. No todos, pero para algunos sí. Qué bueno. Es decir, nacieron por otras motivaciones y el periodismo me dio el complemento, me dio el ambiente, me dio algunos personajes, me dio algunas cosas, pero no nacieron directamente de mi oficio de periodista, no.

Platícame de algunos de tus colegas.

Horacio Quiñones hacía la sección política en *Hoy*, y uno de los reporteros era Jorge Davó Lozano. Un día don Manuel Suárez le dice: «Mira Jorge, tú hablas con diputados, con senadores, tráeme a la semana un reporte de todo lo que dicen y yo te voy a dar cincuenta pesos». Entonces Davó fue con Quiñones y le dijo: «Hay esto. Imagínese si nos conseguimos en lugar de uno, diez clientes: son quinientos pesos» —cuando cincuenta pesos era buen dinero—. Entonces Davó se lo vendió a Ceniceros, el hombre de con-

fianza de Portes Gil, y a otros, y de ahí salió el BIP[28]. Juanito Martínez Ruiz —uno de los más geniales contadores de chistes, puede estar horas matándonos de risa; los presidentes, los políticos, aprecian mucho a quienes los hacen reír, y Juanito, con esa habilidad, ha hecho fortuna: desde Cárdenas él tenía entrada con todos los presidentes— fue el enlace con Ávila Camacho, quien dio el dinero para que se hiciera el BIP con Quiñones. Y empezó con un grupo de reporteros. Quiñones hizo mucho dinero con el BIP.

Lo sostuvo hasta antes de morir.

Hasta antes de morir. Inicialmente fue semanario —lo hizo durante casi cuarenta años— y en una larga etapa fue carta obligada para todos los políticos. Se vendía por suscripción. Fue el primer servicio; ahora creo que hay muchos.

Tú también incursionaste en el género, de alguna manera.

Pienso que tal vez fui el primero que estructuró una, no síntesis, sino carpeta informativa con comentarios, porque ya te he contado que cuando entré a la Presidencia, Ezcurdia[29] me dijo: «Tiene

[28] Buró de Investigaciones Políticas, un resumen de noticias aderezado con opiniones y comentarios del redactor; contenía informaciones «reservadas» o recogidas en los corrillos públicos, además de chismes y rumores. Fue un antecedente de cierto tipo, aún vigente, de «Columna política».

[29] Mario Ezcurdia. Nació en el Distrito Federal (1925). Se inició en el periodismo en 1943 como ayudante de redacción en la revista *Hoy*. Ha sido jefe de redacción de *Así* (1948), director de *Escena* (1949); redactor de *El Popular* (1950-1952), *Impacto* (1953-1955) y *Ovaciones* (1953-1955); director fundador de la revista *Al Día* (1955-1958), subjefe (1956-1958) y jefe de prensa de la Presidencia de la República (1958-164), subjefe (1956-1958) y jefe de prensa de Presidencia de la República (1958-1964). Columnista de *El Universal* y *El Día*. Director general de *El Nacional* (1982-1986). Autor de *El gran juego, Operación Europa, Análisis teórico del PRI, Prioridad es el hombre* y *Miguel de la Madrid, el hombre, el candidato*. Premio Nacional de Periodismo en 1980 y 1982.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

usted que hacerle todos los días una síntesis de las noticias de los diarios al Presidente; le vamos a mandar un mecanógrafo» —Beto Contreras[30], para entonces maravilloso mecanógrafo—. Y el primer día me dije: «Carajo, esto lo va a leer el Presidente todos los días», así que inventé una columna periodística que, creo, como periodista es lo más sensacional que he hecho. En lugar de una síntesis tradicional, con las cabezas y resúmenes de notas y editoriales, aportaba mis comentarios: «la gente está descontenta por esto, se habla de esto, de esto otro». Fue la primera vez que se hizo algo así para un presidente, porque otros trabajos no eran tan exhaustivos. López Mateos y Díaz Ordaz apreciaron mucho eso.

Cierta vez, Díaz Ordaz me recibe y dice: «Un Presidente de la República tiene muchas fuentes de información, pero —textualmente— no sabe qué importante es para mí el trabajo que usted hace, por eso lo mandé llamar». Y a veces el licenciado Romero, quien le llevaba la síntesis a López Mateos, me decía: «Quiere el Presidente que le hable usted más de tal asunto». Entonces, de mi ronco pecho le extrovertía lo que yo pensaba. Tiempo después Mondragón me contrató una síntesis semanal para el grupo político de Hank. Eran veinticinco cuartillas que grababan en casetes y se distribuían entre el grupo. Ellos pensaban que el candidato iba a ser Cervantes del Río. Después, el tipo que hacía los casetes quiso seguir con el servicio, me pagaba cinco mil pesos a la semana, pero fracasó.

Una cosa sí conquisté: que nunca me sometí a un horario durante los años que fui empleado. Veinticuatro años he trabajado sin horario. No puedo aceptar un puesto que me obligue a llegar en la mañana a la oficina a un escritorio y luego por la tarde. Defendí mi libertad de tiempo, porque incluso en la Presidencia con oficina y secretaria, iba a la hora que yo quería, media mañana,

[30] Roberto Contreras Calleja. Fue mucho tiempo el más veloz estenógrafo de Comunicación Social de la Presidencia, en donde luego ocupó algunos puestos medios de dirección.

una, dos horas y fuera. En *Novedades* sí estaba sometido, pero no era mucho porque entraba a las siete de la noche, y a veces mi trabajo lo hacía en dos horas, salía entre nueve y diez de la noche. Carajo, como le decía a mi mujer: «A las siete que entro a *Novedades* ya gané el sueldo», porque el señor O'Farril, el director, tiene la costumbre de que al encargado de la plana editorial todas las noches le da acuerdo. Entraba yo con una copia de los editoriales que le daba a él y yo tenía que leérselos en voz alta, y decía: «Pues cámbiele esto, así está bien, etcétera». A veces que él se retrasaba, me tenía ahí espere y espere hasta las diez; eso me fatigó y renuncié. En *Excélsior*, bueno, sí tenía cierta exigencia, pero dependía de mí. Podía llegar, ver e irme. Sí, ya después de veinticuatro años no me late. Pero bueno, tenía yo práctica, como que se hace el instinto. Y otras cosas importantes también defendí, carajo. En 1968, con Díaz Ordaz, me pidieron mi firma para un desplegado de escritores donde se pedía la liberación de los presos políticos. Y dije que sí. En el informe del día siguiente se consignó entre otras cosas: «Hoy sale un manifiesto que firman varios escritores, entre ellos Juan Rulfo, José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska y Edmundo Valadés». Y que me dijeran algo, nunca.

En perspectiva, ¿crees que fue tiempo perdido haber estado esos años en la Presidencia?

¿En ese plan..? Bueno, no me di cuenta... Hubiera sacado ventajas desde el punto de vista...

...material...

Bueno, no sé. Sí, viví, obtuve cosas por mi trabajo. Hice mi casa que fue todo lo que pude hacer, pero di mucho. Sí, carajo, eran dos horas y media pero quedaba yo pulverizado. Me tenía que acostar a descansar. Además en ese tiempo yo parrandeaba mucho. Toda mi vida me había acostado después de las doce, a las tres, cuatro de

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

la mañana, y un día de golpe y porrazo comencé a pararme a las seis de la mañana. Había veces que escribía sin dormir... o después de dormir un par de horas... a veces todavía medio ebrio. Porque en ese tiempo fui muy parrandero.

Perdón, pese a que he oído de tus parrandas y todo, tienes un aspecto muy saludable...

Muy saludable, sí...

¿Cuál es el secreto?

No sé. Yo digo que es la cáscara la que cuido. Pero sí... se cansa uno... se gasta...

Pero te ves rozagante. No tienes arrugas.

Bueno, mi padre, que acaba de morir a los 103 años, no tenía arrugas. Lo único que tenía era una nariz judía porque un día lo atropelló un carro y le sumió el puente: le quedó una nariz, metida así, levítica. Pero tenía un rostro muy terso. Será, no sé, la familia... Por ejemplo, tomarse cuatro güisquis. En ese tiempo, de veras, yo parrandeaba con mucha frecuencia. Había veces que llegaba Beto Contreras, y yo estaba todavía sin dormir, sin desvestirme. A veces, después del comentario, le invitaba yo una copa de desayuno.

¿Mario Ezcurdia en El Nacional *no te ha invitado a colaborar?*

No. Me invitó una vez a la consulta popular de comunicación social, la correspondiente a Monterrey. Mario, que sabe ese cuento, me dice: «Tengo el honor de comunicarle una invitación del secretario de Gobernación para que usted nos haga el favor de presidir una de las mesas...». Me agarró en mal momento. «Bueno», le dije, «en principio sí». «Bueno», dice, «pase usted a buscarme mañana a

mi casa y nos vamos a la oficina que tenemos para que se contacte usted con la gente que está metida en esto». Yo conozco a Mario Ezcurdia. Trabajé con él. Posiblemente ha cambiado, pero entonces era un hombre bastante desorganizado. Solía decir: «¡Urge esto! A las siete de la noche nos vemos». Y eran las diez y no podíamos hablar. Y yo así no le entro. Bueno, fui por él, y nos fuimos a la colonia Roma con una periodista que escribía en *Siempre!* Y carajo, *caché* el asunto, una cosa hecha al vapor, y le dije: «Mire, Mario, no, perdóneme, pero no, no». Luego Manú me contó que ella aceptó. Tanta desorganización, caray, ¡como eso de los premios nacionales de periodismo! Llaman quince días antes y piden el dictamen luego luego porque hay que mandar hacer las medallas, y no hay proposiciones. Eso de comunicación estuvo hecho sobre las rodillas.

¿Qué opinas hoy de los medios?

Siento que la prensa está muy mediatizada[31]. A veces sí hay cosas críticas, algunas duras, a veces *Unomasuno*, otras *Excélsior*, pero la sección editorial es muy mala. Se ve que los que están comprometidos con el régimen reciben dinero (los editorialistas), porque a mí me consta, caray, cuando estaba en la Presidencia, de gente que por fuera del gobierno parecían muy independientes y no, iban a cobrar cada mes su buen dinero, sus embutes. Si se revelara una lista habría unas sorpresas increíbles. Yo me di cuenta porque estaba adscrito a la oficina de prensa, tenía mi sueldo de cinco mil pesos mensuales asignados por el doctor Emilio Martínez Manautou[32] y tenía que ir al administrativo y me encontraba yo ahí a *cada* gente...[33].

[31] Insisto en que el lector ubique la charla en junio de 1985. Lamentablemente el tema de los medios no fue algo que hubiese actualizado con Edmundo en los años siguientes, cuando comenzó a tener presencia *La Jornada*, la radio multiplicó los espacios informativos y de comentarios y el país se inundó de medios impresos y electrónicos del extranjero.

[32] En ese entonces secretario de la Presidencia.

[33] Funcionarios y ex funcionarios, embajadores, escritores, analistas políticos, intelectuales, funcionarios culturales, periodistas... ellos saben quiénes son.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

¿Y respecto a la prensa cultural?

El gran problema, yo lo palpé en *Excélsior*, es que quien quiere ser reportero lo que menos le interesa es la cosa cultural. Para ser reportero cultural necesitas cultura, información de quién es quién en la cultura y por lo general son muchachos que *caen* ahí. Hay muy poca gente. Yo hice algunas cosas, no todas las que hubiera querido, pero yo me daba cuenta de que no tienen la inquietud, la curiosidad. No hay reporteros culturales. En realidad son como reporteros informativos, pero con una cultura mínima, entonces no tienen la capacidad para decir: «Voy a hacer un sondeo para saber por qué escriben los escritores; cuál es la situación de la narrativa en México»... tantas cosas que se pueden hacer. No funcionan. En Francia, para ser reportero de temas culturales en *Le Monde* hay que ser un señor con una gran cultura, y se tiene acceso a los escritores más importantes, se tiene influencia, la gente les contesta. Y aquí, vemos Eduardo Camacho[34] manejando la sección cultural de *Excélsior*... Camacho... ¡Imagínate!

Tu columna «Excerpta» acercaba, en una semana, libros, gente, cosas, dichos, que uno necesitaría meses para allegarse.

Sí. A veces veo un libro, veo cosas, y digo: «Esto podría ser una "Excerpta"». Soy hábil para eso de extraer, como José Emilio, que dice: «No soy yo, son otros». Pero a fin de cuentas es la capacidad de extraer de un libro cierto fragmento que a lo mejor pasó inadvertido, pero que es curioso, humorístico, ingenioso, restitutivo... Y tenía mucho éxito el final de «Excerpta»: la «Vox populi». Muchas personas me comentan, todavía se acuerdan.

[34] Valadés era un hombre de gran y natural generosidad; pocas cosas le lastimaban más que sentirse víctima de un abuso o de una traición. Él impulsó la carrera de Camacho en el suplemento y éste fue uno de los autores de las intrigas que ocasionaron la renuncia de Edmundo.

¿Cómo nació «Excerpta»?

Yo siempre tuve el deseo de tener una columna literaria. Lo logré por primera vez en *Novedades* cuando era encargado de la sección de sociales —no había salido mi libro—. Se llamó «Tertulia literaria» que variaba, a veces era de puras noticias, a veces reseñaba un libro. Fue muy leída. Carballo me recalcaba eso: era una columna que todos los escritores leían, porque tenía mucha información literaria. Yo publicaba una serie de informaciones que no difundía nadie. Luego, cuando me invitaron a *Excélsior*, a la sección cultural, también me propuse hacer una sección y se me ocurrió eso de transcribir —como en *El libro de la imaginación*—, informar de cosas olvidadas, de escritores, de literatura. Después de *Novedades* hice otra columna literaria en *El Día*, en «El Gallo Ilustrado». La publicaban en la última página del suplemento, se llamaba «Los libros al día», creo, y ahí se me ocurrió lo de la «Vox populi», para recoger giros curiosos del habla. La primera me la dio una criada oaxaqueña. Había un reloj eléctrico en la cocina y un día sube muy ceremoniosa y me dice: «Señor, necesita usted bajar a componer el reloj porque con el apagón se desorientó». ¡Me pareció genial!, ¿verdad?, esa inventiva metafórica que tiene el pueblo. Fue la primera «Vox populi» en *El Día*. Ahí fue exclusivamente de frases. Incluso en «Excerpta» recogí las que había publicado en *El Día*.

Y luego se me ocurrió confeccionar algo semejante a lo que Novo, creo, llamó «La culta dama» e incluirlo en «Excerpta», que es el juego ese de la señora de cultura enrevesada que todo lo dice al revés o lo confunde. Como la que compartió conmigo José Emilio: «¿Ya sabes lo que dijo la señora de cultura enrevesada? Que quiere ir a Moscú para ver el *Gremlin* que siempre está ahí en la Plaza Roja». La mayoría se las debo a los amigos. Pero en fin, al escribir *«Excerpta»* me di cuenta de todas las posibilidades que tenía de restituir escritores olvidados, transcribir páginas, etcétera.[35] «Excerpta» es una palabra

[35] En el capítulo «Letras periodísticas» se recuperan algunos de esos textos

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

griega que quiere decir «una recopilación de fragmentos», y eso era exactamente. No me acuerdo cómo descubrí el nombre —porque no lo sabía, fue de esas cosas de suerte, pero lo atrapé y dije: «Es exacto para la columna»—. Todo el mundo me preguntaba: «¿Qué quiere decir la palabra?» Les intrigaba, les llamaba la atención el título.

En realidad es El Cuento *en una columna. Tiene la misma intención de la revista.*

¡Sí! Pues es a lo que yo tiendo: a recoger lo de los demás y darlo a conocer ¿verdad? *El libro de la imaginación*, *El Cuento*, «Excerpta»... pero el chiste de «Excerpta» es que tiene que ser más frecuente. Porque a veces yo tomo un tema y lo desarrollo extensamente. Por ejemplo, a propósito de que el Fondo de Cultura Económica ha publicado facsimilarmente las revistas mexicanas literarias del primer medio siglo, en la columna armé con ellas un recorrido cronológico donde entresaqué las cosas interesantes que publicaron. El texto me va a dar como 120 cuartillas y rescata piezas de la *Revista Azul*, la *Revista Moderna*, entre otras, además de exponer quién las dirigió, cuáles fueron sus propósitos, qué publicaron, quiénes por primera vez aparecieron en ellas y quiénes tuvieron tal controversia; en fin, creo que no estoy perdido.

Para quienes no tuvimos la oportunidad, un concentrado de todo eso nos permite estar allá y aquí, formar parte de ese tiempo.

Sí, yo sé de muchos lectores que se interesaron por ciertos autores que no conocían a propósito de una referencia. Y estaba hecho sin solemnidad, tratando de buscar las cosas de buen humor. Me acuerdo de una columna que fue un éxito sensacional. Un argentino tomó una guía de medicinas —un *vademedicum*— y recogió una serie de títulos con definiciones geniales.[36] Bueno, ¡cómo

[26] Se anexa dicha columna en el capítulo «Letras periodísticas»

me hablaron de esa! Luego de otro, de un libro que publicó Grijalbo hace muchos años, con definiciones humorísticas. También le dediqué dos columnas. Me escribieron lectores, para preguntar dónde conseguían el libro. Sí, yo trataba de ponerle su dosis de buen humor.

Eso implica desde luego una disciplina férrea para leer.

No. Es... una habilidad de buscador. Es como lo que me pasó con Díaz Ordaz. Cuando salió el *Libro de la imaginación* se lo llevé, lo ve, lo abre, y suelta una carcajada. Me dice: «Mire: el dedo presidencial, lo abrí exactamente aquí». Lo que había leído era un texto que dice más o menos: «En el reino de Bafur, en África, cuando el sultán sale a la calle, va precedido por unos pregoneros que van gritando "¡Este es el toro de los toros. Todos los demás son apenas bueyes!"» Pues eso leyó él. Y me dijo —fíjate, la conciencia de los presidentes— así textualmente (eso lo debo de escribir algún día): «Mire don Edmundo: el dedo presidencial...». Bueno, eso que me preguntas, pues es... instinto... una habilidad de encontrar en Fulano tal cosa que le interesará... tengo ojo de lupa... Sí, en fin, tengo una cultura bastante superficial, desgraciadamente, pero en general sé distinguir autores y buenos libros aunque no los haya leído, y a veces así, como el dedo presidencial, descubro: «¡Ah, esto, qué genial, caray!»

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

¡Qué pasa, Valadés!

«El destino del hombre es la nostalgia».
Miguel Donoso.

Las mujeres, los libros, los amigos, los viajes, el amor... todo era importante para Valadés. Durante semanas saltamos como chapulines de tema en tema. Aquí ofrezco al lector una serie de instantáneas entresacadas de esas conversaciones. Algunas están borrosas por el tiempo, o porque estuvieron expuestas a una luz demasiado intensa. Otras parecerán extrañas, con poco sentido, tomadas ya no se recuerda dónde o cuándo. Unas más están cortadas, para quitarles a personajes que ya no queremos, ya olvidamos, o cuyo gesto nada nos dice doce años después.

Ese escritor ecuatoriano que vivió entre nosotros mucho tiempo, Miguel Donoso[1], decía algo así como: «El destino del hombre es la nostalgia». Y es cierto. Fíjate, en el fondo yo sigo siendo un joven. No me he dado cuenta de que he envejecido. No he llegado a la solemnidad. No he llegado a persuadirme de que soy viejo, porque en este país un hombre como yo –de setenta años– es un viejo. Eso me ha ayudado mucho. Quizá sea por eso, porque tengo mucho de joven dentro, que tantas afinidades tengo con los jóvenes como tú. Es la única explicación. Es la misteriosa relación humana

[1] Miguel Donoso Pareja. Nació en Ecuador (1932). Estudió derecho en la Universidad Estatal de Guayaquil. Llegó a México en 1964. Fue jefe de las secciones internacional, de espectáculos y cultural del periódico *El Día*. Ha hecho crítica literaria en diversas publicaciones. Fue jefe de producción de Editorial Extemporáneos y director de Editorial Bogavante. Ha formado centenares de escritores mexicanos en los talleres literarios que ha dirigido en la capital y en los estados. En el Instituto Nacional de Bellas Artes fue jefe de Promoción Literaria, coordinador nacional de talleres y director de la revista *Tierra Adentro*, (1978-82). Autor de *Krelko* (cuentos, 1962), *Primera canción del exiliado* (poesía, 1969), *El hombre que mataba a sus hijos* (cuentos, 1968), *Chile: cambio de gobierno o toma de poder* (1972), *Día tras día* (novela, 1976), *Cantos para celebrar una muerte* (poesía, 1977), *Nunca más el mar* (novela, 1981).

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

de la amistad: que un hombre como yo de setenta años pueda establecer contigo una comunicación, no como si tú tuvieras mi edad, sino como si yo tuviera treinta y seis. Es una de las cosas de las que me puedo congratular. En verdad. Si tengo una capacidad de relación con los jóvenes debe ser por eso: porque perduran en mí cosas de joven, porque no me siento viejo.

Tú planteas una situación muy interesante: México es un país de jóvenes, tenemos una perspectiva de la edad muy aguda, muy precisa. Yo la vivo y la siento. El joven de veinte piensa que una persona de treinta es vieja. El de treinta opina lo mismo del de cuarenta. Yo veo vieja a la gente de ochenta, de noventa años. Sé que dentro de ese parámetro yo soy un viejo. Por ejemplo en Europa eso no es agudo, la diferencia de edades no es tan drástica, tan dramática, tan jodida como en México. Hay un momento en que la gente como yo, sexagenarios, septuagenarios, ya somos *viejos*. En este país, para la mayoría de la gente joven, un hombre como yo, de setenta años, es un viejo, un hombre que ya agotó sus posibilidades, que hay que hacer a un lado, que no tiene importancia. Lo que sucede es que uno envejece físicamente, pero el cabrón drama del hombre es que a veces el corazón se niega a envejecer. Ahí es donde empiezan los conflictos de la edad. Porque si el corazón envejeciera al mismo tiempo que todo lo demás, seguramente no habría drama, ni problema, ni conflicto. Uno para los demás es un viejo, pero el corazón sigue siendo capaz de sentir como un muchacho, enamorarse, entusiasmarse, desear cosas, aunque de acuerdo con los parámetros convencionales se suponga que no tiene uno derecho ya a esas cosas, que uno debiera tirar el arpa y resignarse a ser un *viejo* y vegetar.

Lo grave —y no lo digo por mí— es que tanta gente de edad con experiencia, capacidad, etcétera, queda excluida, no se le concede la posibilidad de acción, de emoción, del amor, de la pasión, de la creación, porque «son *viejos*». Es un problema grave porque además se pierde la experiencia, la posibilidad de quienes por su edad, por lo que han vivido, pueden compartir muchas cosas. No de saber más en el sentido de la cultura —ya te dije que yo soy un ignorante— sino en cuanto a la experiencia. El país ha perdido la posibilidad de aprovechar a sus hombres maduros, grandes, en beneficio de muchas cosas. Regresando a la pregunta inicial: ¿Por qué puedo yo comunicarme con los jóvenes? Pienso que es por eso...

Porque eres joven...

Pienso que sí.

Marguerite Yourcenar, en Con los ojos abiertos, *dice que los hombres y las mujeres son jóvenes en la medida en que se sientan jóvenes...*

Bueno, pones un caso admirable, que es el de Marguerite, porque ella, siendo mayor que yo —tiene ochenta y tantos años—, qué juventud, qué vitalidad tiene. Mientras un ser humano viva, debería tener derecho... a... sus cosas naturales y no así de un tajo decir: «Este ya se acabó». ¿No?

Además de la percepción general, ¿hay algo de «ser viejo» que te moleste en particular?

Hago con mucho esfuerzo lo que es insoslayable. En ocasiones siento como si no fuera dueño de mi capacidad mental e intelectual. A veces cuando estoy con algunas personas, no sé ni sostener una conversación, estoy sintiéndome un tonto. Ya tengo meses con eso, Miguel Ángel. No es por la presión. Tuve un infarto. Estaba viendo especialistas de toda suerte hasta que un amigo me dijo que lo que necesitaba era un médico general, porque yo veía que los médicos no tomaban en serio lo que yo les decía. Incluso llegué a pensar que era algo sicosomático. A veces me desespero —claro, hoy no, con el estímulo, la confianza, el güisqui— y la paso mal horas, días, con la sensación de que estoy perdiendo el tiempo, de que no estoy haciendo nada. Un amigo mío muy sabio, el

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

maestro Sabre Marroquín —un hipocondriaco como yo—, me contaba cómo se curaba esos días en que uno no quiere salir de la cama porque tiene miedo de sacar el pie y tocar la tierra, presa de una inseguridad horrible: «Tomo el directorio de mis amigos y así uno por uno: "Miguel Ángel te hablo para comunicarte que hoy amanecí con gran lucidez, con gran seguridad, feliz, quiero que compartas esto conmigo"; luego de llamarle a varios amigos ya estoy feliz, ya estoy contento».

¿Por qué dices que sólo tienes «una cultura superficial»? Eso no es cierto.

Definitivamente, Miguel Ángel. Fíjate, entre más años tengo, mayor vergüenza me da, porque no sé nada de nada. Me doy cuenta que pasé por encima de las cosas. Claro, tengo una serie de referencias, pero no una cultura. Yo no sabía leer. Me doy cuenta de que en mi juventud yo leí los libros buscando lo erótico y el sexo, y todo lo demás me pasó por encima. Ahora que estoy releyendo a Proust —padezco a veces unos curiosos insomnios y los paso con Proust—, yo que me considero proustiano me doy cuenta ¡que no lo había leído! ¿Qué es lo que pasa con la lectura que no te detienes a reflexionar en lo que lees? Lees, te embebes, y acabas por tener un juicio final. Pero decir: «¡Caray! A ver, voy a restituir lo que dice Proust. A ver, qué me describe Balbeck, el hotel, esto, lo otro, llega a estas conclusiones», es decir, de veras apropiarte del libro. Yo siempre leí como por encima. Entonces no tengo cultura. Yo soy un ignorante total y definitivo...

Es aristotélico lo que estás diciendo...

¡No! Él sí tenía cultura. No, no, no... Otro error que he cometido: todas las noches uno al poner la cabeza en la almohada debería restituir su día: «Bueno, qué día viví hoy. Amanecí con tal estado de ánimo; era lunes, había quedado de comer con Miguel Ángel. ¿Quién es Miguel Ángel? ¿Qué pienso de él? Llegué a su casa, pensé esto y aquello, me contó más allá, estaban Sabás y Javier, hablamos de tal y tal...» Es decir, apropiarse del día. Pero generalmente llega la noche y estás pensando en mañana, o ni siquiera piensas, ¿no? No conquistamos la realidad que vivimos: ésa es la verdadera cultura. «Leí este libro. Bueno, me impresionó por esto; qué me gustó, qué me planteó, qué pensé». Eso es hacerse de una cultura. Enriquecer la memoria. Cuando uno viaja... ¡Carajo, yo que he viajado tanto!, nunca me puse a restituir todas las emociones de mis viajes: «Bueno, hoy llegué a París por primera vez, vi Notre Dame, me pasó esta historia con una mujer, viví esto, lo otro, lo otro», eso es lo que se queda. Pero vamos tan velozmente, que todo lo vivido en un día en general se le filtra a uno porque no se fija. Yo nunca lo hice en mi vida...

Pero lo estás haciendo ahora...

Ahora sí tengo un diario, muy esquemático, para que no se me filtre todo. Porque si no apunto, se me olvida. Los nombres, caray. Por ejemplo, en la secundaria, en literatura española, al leer en el Arciprestre de Hita: «El hombre por dos cosas trabaja, y es cosa verdadera, la primera era por haber mantenencia, la segunda por facer ayuntamiento con fembra placentera...», se me grabó por aquello de «facer ayuntamiento con fembra placentera», ¡pero no se me ocurrió aprendérmelo completo!, apropiándomelo todo, ¿no? Sin embargo ahora, me apesadumbro porque ya mi memoria... A veces he tratado, hoy con Proust, de decir: «Bueno, voy a recordar lo que leí», y si no lo hago de inmediato en poco tiempo ya se me olvidó.

¿Pero cómo puedes decir que no restituyes lo que lees y de todos modos has podido escribir Por caminos de Proust[2]. *Suena increíble.*

[2] Ensayo editado por primera vez en 1974, donde Valadés repasa y analiza con maestría la vida y los atributos literarios más relevantes de la obra de Marcel Proust.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Desgraciadamente es la verdad...

Bueno. Regresemos a eso de la cultura...

Tú no puedes arribar a una obra importante si no tienes la curiosidad y el afán por saber, por conocer la tierra, el país en que vives, la geografía, la flora, la fauna. Yo creo que un hombre entre los cincuenta y sesenta años sin un conocimiento suficiente de toda una serie de aspectos de la vida, de los libros, de su país, de la reflexión, está mal.

El estímulo a los niños fundamentalmente debe ser despertarles y avivarles la curiosidad. La curiosidad de saber, de conocer su calle, de conocer su barrio, de conocer su ciudad, su país, su continente, y el mundo en que viven. Yo creo que es una existencia falsa la de los seres que sólo saben lo mínimo para subsistir espiritualmente. Así como hay gente hambrienta, hay personas desamparadas porque no saben nada. ¡Es horroroso, Miguel Ángel! Ahora que me doy cuenta, que quisiera estudiar.. ya a mi edad tampoco se puede, la memoria falla... Quien tiene esa disciplina, esa curiosidad, de absorber cada día de su vida, de ir sabiendo más, ¡carajo! debe ser.. ¿Te imaginas? Digamos yo, si hubiera estado en esa situación, a mis setenta años tendría una fuerza, un sustento, en que la muerte qué importa. Porque dices bueno, carajo, mi paso por la tierra... pero asimilé, supe, no me voy descobijado... Es maravilloso saber, de veras. Los hombres que tienen una cultura humanística, sobre todo, creo que se deben sentir como dioses, ¿verdad?, porque tienen todas las referencias, el fichero, de todo... No quiero decir volverse un enciclopedista ¿verdad? Bueno, habrá un Alfonso Reyes, seres privilegiados, pero como te digo, una cultura general, bien asimilada, bien organizada... Más si uno aspira a ser escritor... conocer el idioma. Entonces te das cuenta de qué mal está planteada la educación, porque yo creo que la educación esencial en los niños, lo fundamental debe ser despertarles un espíritu de curiosidad y de crítica, es decir, de saber ir desentrañando las cosas,

pero a la vez ir aprendiendo a definirse ante ellas, en lugar de memorizar la regla de tres y tantas otras cosas. Porque un niño así educado, que sabe aprender, que tiene curiosidad y ve en el mundo algo más que un conjunto de objetos, puede entonces seguir su propio y rico camino. Esto lo podemos ver en muchos niños que tuvieron esa educación por sus padres. Proust, por ejemplo. Por eso pudo escribir su obra, esa obra grande y magnífica.

Porque lo quiso...

Uno no siempre sabe qué quiere realmente. Se tiene que llegar interiormente a una conclusión: «¡Esto lo deseo!» Y eso va a encontrar uno. Puede ser que uno no llegue a concretarlo, porque hay *deseos* a veces superpuestos sobre los auténticos, allá muy escondidos. Uno puede cultivar un deseo por imposición, por influencia, por equis cosa, aunque no sea exactamente lo que en el fondo de veras desea, lo que se quiere profundamente. Somos seres cuyos primeros deseos están superpuestos detrás de los cuales hay otros un poco más auténticos, y otros y otros hasta llegar al fondo de uno mismo, en donde están los verdaderos deseos... que uno olvida porque vive entrampado en las superposiciones...

...porque uno tiene que llevar dinero a su casa, porque se casó estúpidamente...

Es posible. Pero otro problema es que uno no impone a tiempo sus cosas. Yo tuve un amigo, Jorge Davó, que era parrandero; entonces se preocupó por aleccionar a la que iba a ser su mujer. Le repetía: «Yo voy a llegar la mayoría de las veces tarde por mi oficio de periodista». Y en la noche de la boda, durante la fiesta, tuvo el arrojo de inventar una llamada urgente del periódico. Le dijo a su esposa: «No sé a qué horas regrese». Me pidió que lo acompañara. ¡Y nos fuimos al Monumento a la Revolución, y ahí nos la pasamos dando de vueltas, para hacer tiempo, para que ella desde el primer día no

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

se extrañara de que iba a llegar tarde! Pero cuando uno se casa, ¡al contrario!, llegas a las seis de la tarde, no quieres salir de casa, ¿verdad? Pero llega un momento en que ya no es lo mismo, lógicamente. Entonces comienzas a parrandear, llegas tarde, y la mujer se resiente. Es el ejemplo de don Juan Manuel, del doncel que se casó con mujer mala, desde el primer día dijo: «Te atienes a esto». Y uno al contrario, como está en la etapa de darle todo a la mujer, de ofrecerle todo –porque uno está enamorado–, uno cede todo y la mujer tiende a convertir esas cosas en costumbre, ¡claro! Sólo cuando una mujer tiene una tarea, una profesión en la que se realiza, eso no es tan agudo. Luego ocurre que a veces es el marido el que se resiente, porque llega a casa y la mujer está en su *rollo*, y no hay cena, ni aquello ni lo otro. La relación de pareja es muy difícil, ¿verdad?

Sigo recordando a Jorge Davó. Empezó conmigo. Fuimos muy amigos en una época. Incluso vivimos juntos. Él tenía un departamento con una amiga suya y me alquilaron un cuarto. Era el tiempo en que los departamentos costaban setenta y cinco pesos, ahí en el Monumento a la Revolución. Me acuerdo que todas las noches nos íbamos al cine. Vimos *El ciudadano Kane* creo que diez días seguidos. Nos deslumbró esa película, sobre todo porque la asociamos a Regino Hernández Llergo, quien fue el que nos hizo periodistas. Con Davó yo le llevé *gallo* a Lola, la que fue su esposa, a Santa María. Descubrimos en *El Tenampa*[3] a un cancionero que ahora es muy famoso, se apellida Rojas, *El Tenangueño*. Él conseguía músicos y les llevábamos *gallo* a nuestras novias.

[3] Afamada cantina de la Plaza Garibaldi, cuya especialidad es el «ponche de granada» con nueces flotantes. La plaza fue en aquellos años uno de los lugares favoritos para la parranda entre el gremio de las redacciones. También lo fueron el Club de Periodistas en Filomeno Mata –desde entonces más bar que club y sin periodistas–, los bares Negresco, Kashba, Zótano's y Nochebuena, entre otros. En realidad, cada diario tenía *sus* lugares. La redacción de *El Día*, por ejemplo, favorecía tres abrevaderos –cuyos nombres fueron alterados de acuerdo con su ubicación respecto al periódico, cuando aquél estuvo en Insurgentes 123–: «La siniestra», «La diestra» y «El Valle».

Las mujeres son muy sensibles a esas cosas: la música, las flores, los poemas, los detalles: «Qué vestido tienes puesto»; «con qué bonitos ojos amaneciste». Todas esas cosas para las mujeres son vitales, vitales... Aunque también hay situaciones en sentido inverso. Recuerdo que Maximino Ávila Camacho era de los que tenían mujeres por aquí y por allá. Una vez se conquistó a una artista que si mal no recuerdo fue Amparo Arozamena. Y ella le contó a una amiga: «Fíjate, me voy con el general, me invita a una gira, a ver cómo hace el amor...», toda esa cosa morbosa. Y le mandó una serie de tarjetitas, desde la primera noche: «Pues todavía no ha pasado nada... Y todavía no ha pasado nada...», expectante ella ¿no?, porque hay mujeres que son muy morbosas, muy curiosas; piensan que un tipo famoso debe hacer el amor de una manera excepcional. Me acuerdo que una amiga mía fue atraída por eso a Denegri. Creía que Denegri era una fiera. Y después dijo: «No, hace el amor como cualquier hombre...», estaba decepcionada. Esperaba que le hiciera... no sé qué...

¿Los escritores –o en un sentido más amplio, los artistas– necesitan una vida más intensa, más cambiante, más rica?

Así es.

Ciertamente alguien con tendencias a la literatura o a la creación me da la impresión de que vive la vida con más intensidad o con más violencia. Como que hay una natural inclinación al desorden... que puede ser un orden dentro del desorden del mundo. Una manera de ordenarse uno es haciendo desorden. Y un desorden puede ser cierta incapacidad para relacionarse permanentemente con alguien, vivir amores tan apasionados, que se queman...

Carajo, es mi problema.

Una vida estable, con una mujer que te aguantara todo, que te empujara, ¿se hubiera reflejado en una obra más copiosa?

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Bueno, yo te he contado... sucede que mi anterior mujer era de carácter muy violento y a mí la violencia me aniquila, me mata. Era una época en que yo tenía mi poder creativo, fue cuando escribí las poquísimas cosas que he escrito. Pero era una relación *tan* violenta, que he pensado que si ella hubiera tenido otro carácter posiblemente hubiera escrito más, evidentemente. Por eso te decía que a veces pienso que me impuse un autocastigo inconsciente. Es decir, no escribía como protesta.

Entonces ¿debe ser el escritor un hombre solo?

No, no, no. Todo depende de las circunstancias de cada uno, de cómo sea la pareja, son factores tan complejos...

Yo creo, sin necesidad de llegar a encasillar esto, que existen ciertos patrones. Por ejemplo, ¿de dónde sacaría un hombre que no ha sido celoso la mitad de sus vivencias amorosas? No hay mejor encuentro que el encuentro después de la violencia del celo.

¡Hasta cierto punto, hasta cierto grado, hasta cierto momento! Hasta antes de que los celos maten al amor, porque el celoso mata al amor. Mientras hay amor, sí, las reconciliaciones son los grandes encuentros...

¿Cuál es el punto medio? Los hombres que no somos celosos, somos recriminados por no serlo.

A las mujeres a veces hay que fingirles celos. Les halaga maravillosamente. Lo agradecen profundamente, porque si no tienes celos es como si no te importaran. La situación clásica: sale, va a una cena con amigas, o lo que sea, y tú dejas entrever la idea de que pudo «haber algo» además de la cena... a ellas les encanta que les hagas sentir que tienes un poco de desconfianza. Qué curioso. Es que esto de la relación humana está lleno de tantas cosas, ¿verdad?

Pero hoy las parejas tienen una ventaja sobre mi generación, que pueden tener una relación antes de casarse, y bueno, si se casan ya tienen mejores bases. Antes llegábamos a ciegas a algo tan especial como el matrimonio. Uno embellece a la mujer porque está enamorado, porque la desea, pero faltan una serie de elementos que no se tienen y que son muy diferentes ya en la intimidad.

Por dónde se aprieta el tubo de la pasta, o el uso del rastrillo para rasurar las piernas... esos detalles *de la realidad cotidiana...*

Sí, todos esos pequeños *detalles* que, claro, a veces hay que aceptarlos, resignarse mutuamente, porque hombre y mujer tienen sus manías.

Hablemos de otra cosa. Has sido guía de muchos.

Bueno, en lo que he podido, pero menos de lo que me acreditan, realmente.

Creo que más que eso. Lo que dice José Emilio Pacheco[4]*, y lo que yo he escuchado, es que iniciaste a muchos.*

No tanto. Bueno, pues sí... Digo, yo me doy cuenta que de todos modos algo transmite uno...

¿Por qué un iniciador de otros no se continúa a sí mismo en la escritura, en la creación?

¡Por pendejo! Sé que tengo ese don y lo he desaprovechado. Por las mujeres, carajo. Creo que lo que yo busqué siempre como obra maestra fue crear un amor único, porque yo con las mujeres he

[4] En un texto introductorio referido anteriormente y titulado «Una visión de Edmundo», en *Todos los sueños y los deseos son inmortales, Palomita*, último libro de Edmundo.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

perdido mucho tiempo y dinero. Me ha costado yo no sé cuántos departamentos, cuántas casas... Creo que eso es parte de mi distracción: las mujeres.

Y los amigos, y las fiestas...

A veces en casa hacíamos reuniones y yo leía unos versos maravillosos —cuando estoy con copas, inspirado, soy un lector extraordinario de versos, me podría contratar Ricardo Rocha para leer poesía y tendría un gran éxito, de veras. Pero tengo que estar en vena—. Hay uno maravilloso, de Bernardes, poeta argentino, que se llama «Estar enamorado». Empieza: «Estar enamorado, amigos, es tener la luz del día en las manos. Estar enamorado es esto, esto, esto...», es prodigioso.

Hablemos de la muerte. Es un tema que...

Es curiosa esa pregunta que me haces...

...no es recurrente en tu obra. Tu cuento más conocido es «La muerte tiene permiso», pero es una muerte ajena lo que da sentido a ese cuento, una muerte pasada.

Sí. A veces me he propuesto definirme ante la muerte. No definirme: tratar de concretarla. Tal vez lo que pasa es que evado llegar a concreciones porque no me gusta la muerte, a pesar de que creo que como todos los seres humanos ha habido ciertos momentos en mi vida en que desee la muerte, en que pensé incluso en el suicidio. Pero estaba yo respondiendo a una enajenación, a una circunstancia desoladora en que uno *cree* que se han cerrado todos los caminos. O estás padeciendo un dolor, generalmente amoroso, aunque no sólo amoroso: de derrota, de fracaso. Se te cierra el mundo, se te cierran las puertas, y es tan doloroso lo que estás sintiendo que para liberarte de eso piensas que la solución puede ser la muerte...

Si me pongo a pensar ahora en mis experiencias frente a la muerte, creo que he evadido ese tema. Yo era un niño de diez, once años, cuando murió un tío. Andaba yo con los chamacos mientras mi tío estaba tendido. Me acuerdo que estábamos muy ajenos a ese hecho terrible para otros seres cercanos. Porque es en la familia donde empiezas a saber de la muerte, cuando se van los seres cercanos. Pero en fin, era un tío lejano, no había tenido con él una relación estrecha, no me afectaba eso. La segunda experiencia fue con un tío político, esposo de una hermana de mi padre. Vivíamos en México y enfermó de tuberculosis —cuando esa enfermedad era incurable— y en un momento dado creo que tuvo conciencia de que iba a morir y decidió irse a morir a su tierra. Era de Mocorito, Sinaloa. Entonces me fui con ellos, pero para mí era una aventura: iba a ir a conocer algo desconocido[5]. Llegamos a Mocorito, donde vivían tres hermanos de él y mi tía, la hermana de mi padre, que era la esposa. A mí me dejaron con otra tía porque la tuberculosis era contagiosa. Y un día efectivamente murió mi tío. Tapiaron la casa donde había muerto porque entonces le tenían terror a esa enfermedad. Yo no fui al entierro ni al velorio ni nada; supe de lejos, en el mismo pueblo. Pero al día siguiente me enfrenté a mi tía, que ya era viuda, y realmente yo no... no tenía conciencia de esa muerte y lo que significó, porque ella me quiso echar su dolor y yo me resistí, no lo compartía, fue un instante muy difícil para mí. Estaba yo fingiendo algo que no sentía. Bueno, ni siquiera fingía, yo la escuchaba a ella llorar y lamentarse sin que me naciera realmente algo que también a mí me doliera. Fue una muerte un poco o un mucho lejana. Luego tuve una o dos veces en que creí haber estado cerca de la muerte porque si hubieran ocurrido ciertas cosas —un accidente—, me hubiera muerto. Realmente es curioso, ahora que me haces hablar de ello, que yo no me he enfrentado a esa posibilidad... no he querido enfrentarme. Es como... como algo de lo que yo mejor quisiera estar lejos.

[5] Se narra con detalle en el capítulo «El Callejón de los Triquis».

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Es algo que no has vivido.

No. Lo más cerca que me ha tocado es la muerte reciente de mi padre, pero dadas las circunstancias —un hombre de más de 103 años de edad—, de antemano uno ya sabe que cualquier día puede morir. Además murió, hasta donde es posible decirlo, en las mejores circunstancias: sin dolor, sin hospital, sin vida artificial, sino en el término lógico, natural, de una vida que se ha prolongado mucho y que tiene que tener un fin y termina. Así que entonces la pena es menos dolorosa. Sí, me doy cuenta de que yo no —felizmente, por un lado— he tenido la experiencia de ver morir a un ser muy querido y cercano. Debe ser una experiencia fuerte, dolorosa, y no sé, fíjate, realmente, no sé qué decir respecto de esto.

Desde luego, la muerte de tu madre te marcó.

Bueno, en otro sentido, porque tampoco la padecí. Estaba demasiado niño y además ni me lo dijeron. Y aunque me lo hubieran dicho no me habría dado cuenta de lo que significaba. Mi madre desapareció de pronto de mi ámbito pero no hubo los elementos para que yo lo padeciera. Lo padecí después, por la ausencia que tuve del amor maternal. Me marcó sólo en ese sentido. Qué lástima que mi madre muriera cuando yo era tan niño. Me hubiera gustado tener de ella un recuerdo más definido, más dentro de mí. Poder restituir su rostro, restituir nuestra relación. Y no tengo elementos para ello realmente.

Esa insistente exploración del amor, de lo erótico y del sexo en tus cuentos es como la necesidad de buscar la vida, olvidar lo contrario que es la muerte, el final de la vida.

No, mira, mi interés por lo erótico me lo explico porque fui un niño solo, incomprendido en mi sensibilidad, en mi precocidad para ciertas cosas. Pienso que un niño solitario en esas situaciones es

muy lógico que desemboque en lo erótico, en el deseo, como un mundo que sustituye otro que falta. Además, en un medio en que el sexo está prohibido, es pecado —que creo es común a casi todos los mexicanos, y desde luego a los de mi época—, esa represión a un niño con sensibilidad e imaginación, lo que hizo fue despertárselo. Recuerdo que mis compañeros de aquella etapa eran más inocentes que yo en ese sentido, porque quizá ellos no padecían esa represión como yo o porque la sensibilidad mía fuera más fina.

Yo arribé a la tentación del sexo desde muy chiquillo. Entonces entra, digamos, la malicia, se despierta el interés en la mujer, en qué es eso de la posesión, en el sexo femenino, en todo eso. Y yo tuve un despertar más tempranero, quizá por la falta del cariño que le da la madre al niño y yo no tuve, y necesitaba. Así me explico... no un interés exactamente, sino una tentación o una inducción hacia el erotismo, hacia la revelación de ese misterio enorme, por otro lado formidable. Además sabía por mi educación católica que todo eso era prohibido, era pecado, y que si sobrepasabas los límites impuestos por la educación, por la religión, por la tradición, por el modo de ser de la familia... Es decir, por un lado estaba el miedo por violar un sistema de normas que se supone uno debe acatar —bajo pena de condena eterna, que en la mentalidad de un niño resulta terrible—, y por el otro tu propia naturaleza que despierta incontenible, con el sexo, el deseo, el querer acercarse a una mujer en la intimidad y descubrir aquello prohibido, terrible, y al mismo tiempo seductor, fascinante, necesario —lo pide todo el cuerpo—. Hay una lucha íntima entre acatar y pecar. Todo eso se vuelve una complejidad tremenda ¿no?...

Con un elemento de muerte, porque las penas son las llamas eternas del infierno, el sufrimiento después de la muerte.

Bueno, en ese sentido sí. Tienes razón en lo que dices. Esa primera presencia de la muerte —lo voy a tratar de restablecer ahora que tú me llevas a retrotraer mi pensar— es el riesgo porque claro,

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

si has sido un pecador, si has violado esas reglas y llega la muerte, vas a pagar de una manera terrible, feroz: la condena es eterna, no te salvas, vas a irte al infierno, vas a estar quemándote eternamente, lo que no deja de ser terrible si crees que eso es cierto porque te lo han imbuido desde niño. Desde ese punto de vista pues sí, la muerte es el peor peligro. Miedo a la muerte... la muerte es el castigo.

¿Cómo fue tu «primera vez»?

Mi primer relación con una mujer ocurrió a los quince años. Llegó a trabajar a casa una sirvienta. Por lo que recuerdo era un ser especial, no una sirvienta común y corriente. Entonces, claro, a los quince años, cuando ya me era una necesidad corporal tremenda, exigente, probar a la mujer, con toda la malicia empecé juegos con ella —el mecanismo ideal, cuando uno es adolescente, para encontrar lo que uno está buscando— y ella respondió de inmediato. Fue tan acelerado que en la misma tarde del día que llegó, pude estar a solas con ella, y entre juegos de manos, cierta audacia de tocarla y ella de responder, establecimos —no me acuerdo de todos los detalles— que yo me iba a levantar más temprano, y ella también, cuando todos los demás estuvieran dormidos, para hacer eso que a mí me intrigaba, que a mí me apasionaba... Lo más maravilloso de esto es que se cumplió otra tentación fascinante, que era conocer la desnudez de una mujer, ver por primera vez a una mujer como Eva. Yo dormía en un catre en un pequeño corredor que desembocaba en el comedor en donde a ella le habían tendido un colchón. Ya pactado eso del día siguiente, desde mi catre la podía ver; entonces ella hizo algo maravilloso: se desnudó delante de mí como diciéndome: «Yo soy Eva, aquí estoy, mírame». Y por primera vez en mi vida, de lejos, vi a una mujer desnuda. Eso fue estremecedor: como un milagro. Como algo que parecía imposible, y sin embargo ahí estaba esa mujer desnuda, dispuesta al día siguiente a entregárseme. Imagínate, trato de decirte algo de

lo que sentí. Fue una de las grandes conmociones de mi vida. Una impresión indescriptible, realmente. Y bueno, al día siguiente me desperté, ella me esperaba... no me acuerdo si en la cocina, en el piso... y por primera vez hice el amor. Y entonces, después del acto tuve un enorme arrepentimiento. Es decir, yo había violado *todas* las normas, había ocurrido *todo*, todo lo que me condenaba. ¡Y me sentí *tan* culpable, un sentimiento de culpa *tan* horrible, que hice la promesa ingenua de no volver a hacerlo nunca! Tal era el peso de esa culpa, de que había yo violado *toda* mi educación, *todo* lo que me habían imbuido, *todo* lo prohibido, sin tener defensas, sin tener a la mano justificantes naturales —porque me los habían quitado—, y me acuerdo que esa pesadumbre fue horrible. Así que dentro de mí nació una promesa profunda: «No vuelvo a hacerlo». Claro, lo volví a hacer muchas veces. Recuerdo que ella me provocaba, porque era mayor que yo, obviamente.

¿Virgen?

No, no, no. Habrá tenido veinticinco años. Me provocaba y en toda oportunidad hacíamos el amor. Tanto, que una vez que salí con una prima me desmayé en la calle. Cuando volví en mí ya estaba en casa, en la cama, con el doctor. No me explico cómo —el médico, supongo, porque a mí no me dijeron nada— supusieron que lo que a mí me ocurría era debilidad por abuso sexual a una edad tan corta, y antes de que yo volviera en mí ya habían despachado a la sirvienta. Cuando me recuperé ya no estaba. No recuerdo que me hayan regañado... fue una cosa de la que no se debía hablar... Bueno, así fue mi primera experiencia sexual. Muchos años después, con un amigo argentino, hijo de familia liberal, con otra concepción, un día hablando de cómo había sido nuestra primera vez y qué habíamos sentido, yo le contaba ese sentimiento terrible de culpa, y en cambio él me dijo que cuando él había tenido su primera experiencia, más o menos a mi misma edad, después de realizado el acto se había reído profundamente, feliz. Fíjate la dife-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

rencia de reacciones por distinta educación. En él fue una cosa normal, natural, buena, que no estaba condenada de antemano, que no era pecado, y derivó en una enorme felicidad. Envidié no haber tenido una educación que me hubiera permitido esa reacción. Porque qué doloroso que algo tan deseado, tan vital, tan necesario, fuera a fin de cuentas no un placer sino un dolor, una pesadumbre, un arrepentimiento, una culpabilidad enorme y no la constancia, la evidencia, de tu vitalidad, de que eres hombre, de que puedes poseer a una mujer y que eso es muy bello, que es un gozo, un gusto. La diferencia de cómo una educación puede convertir un hecho normal, necesario, humano, en una monstruosidad.

Hay una relación entre la liberación de la sexualidad y la subversión social.

Sí, bueno, creo que es la tesis de cierto sector de los homosexuales. Eso lo apunta Sade. Como que el erotismo es una subversión contra el sistema, el Estado que humilla, que somete al hombre. Es el precio de la educación católica de siglos, ¿verdad? O sea que el sexo es pecado, punto. Sólo se permite en el matrimonio y para hacer hijos. Pero ya el buscarlo como un goce, como una satisfacción, eso es condenable.

El hecho de que la Iglesia prohiba los anticonceptivos es, en el fondo, el mantenimiento del statu quo. *Porque en el momento en que los anticonceptivos se utilizan como ayuda para lo erótico, lo erótico empieza a perfilarse con dimensiones subversivas.*

Claro, estás violando el sistema establecido: quebrantas las reglas.

El erotismo de Edmundo Valadés no está tratado deliberadamente desde este enfoque.

Deliberadamente, no.

¿Inconscientemente?

Sí.

Cuando escribías estas cosas...

...Bueno, yo tengo un cuento que se llama «Los dos» donde algo se plantea de eso. Es mi propia reacción de niño. El personaje anda de parranda en busca de sexo, y se despierta de pronto en un hotel, después de que ha pasado la noche con una mujer y ha cometido todos los excesos. Es tarde, y se da cuenta... Te lo leo porque en este momento, es curioso, me estaba yo acordando: «Abres un ojo, lo desmesuras en sobresalto...». La primera vez que arribé al conflicto por lo erótico, era un muchacho.

Eso nos pasa a todos los que fuimos educados en un hogar católico y lleno de prohibiciones.

Es terrible. El pecado flotando. Es otra enajenación. Leí por ahí sobre Hays, aquel hombre que Hollywood tuvo como censor. Era el que imponía las normas: un beso sólo podía durar tantos segundos, no podía tomarse una escena en una cama, en fin. El «Código Hays»[6] imperó en Hollywood y nadie podía violarlo. Una prohibi-

[6] Will H. Hays, abogado, secretario del Comité Nacional Republicano y director general de Correos de Estados Unidos con el presidente Harding, fue designado por los dueños de los grandes estudios de Hollywood cabeza de la Asociación de Productores y Distribuidores de Cinematógrafos de América (MPPDA por sus siglas en inglés) en 1922, después de que una serie de escándalos muy publicitados deteriorara la imagen de la industria. En 1930, se publicó el «Código de Producción Cinematográfica» o «Código Hays», que estuvo vigente hasta 1966. Entre otras disposiciones, prohibía abordar relaciones sexuales entre individuos de diferente raza, exhibiciones de venganza en tiempos modernos,

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

ción que nadie entendía era que jamás debería verse el ombligo de una mujer. Y muchos años después, su viuda confesó que el censor tenía algo en torno a su propio ombligo, un problema que ella nunca había comprendido. Hizo extensiva su manía a esa prohibición absoluta. Debe haber sido un maniaco sexual y el ombligo era su excitante o algo así. ¡Qué cosas! Sí, la liberación sexual es una subversión.

Sobre todo frente a la Iglesia...

Incluso frente al Estado.

¿Tú fuiste religioso alguna vez?

¡Sí! Pues si te digo que viví en ese mundo...

¿Pero, te sentías religioso?

Sí, sí. Totalmente. Definitivamente. Cuando el conflicto cristero yo atravesaba el templo de rodillas, con los brazos en cruz, pidiéndole a diosito que el templo se cayera y me muriera porque sabía yo que entonces me iba derecho al cielo. Todo eso que te presiona desde niño se inserta en uno profundamente, te condiciona.

¿Tuviste arranques místicos?

En algún momento sí, sobre todo cuando el conflicto religioso de fines de los años veinte. Claro, siendo católica tu casa, al ver amenazada la religión nace la idea del martirologio, del misticismo, de morir por tu causa.

besos en exceso y el uso de palabras altisonantes. Muy pocos directores se atrevieron a desafiar las disposiciones del código. Entre las excepciones: Howard Huges y Otto Preminger. *Katz Film Encyclopedia.*

Cuando tenía unos doce años, a veces en la iglesia veía fijamente las imágenes de los santos y de la virgen... para que se movieran... ¡Sí, yo también! Quería ver el milagro, la constatación... y después de un rato las veía moverse. Se movían por la fijación de los ojos.

Claro. A mí la misa me aburría terriblemente. Significaba un sacrificio ir a misa. Por lo menos ahora con estos cambios, que es en español, entiendes qué pasa, pero entonces era en latín: íbamos como borregos obligados a ese trance, de media hora, de una hora. Me aburría tremendamente.

Con el tiempo te hiciste un hombre sin creencias.

Desde muy joven, sí. Sólo que el día que claramente perdí la fe también sentí una desolación enorme. Porque claro, tener fe es no estar solo. Y el momento de perderla fue un momento de soledad. Como que se me había quebrado algo muy importante. Me dolió. Me apesadumbró. Pero perdí la fe, pues.

¿La sustituiste con algo?

No te sé decir cuál fue el proceso. Me vino una inquietud. Me acuerdo que discutía con los sacerdotes, ya habiendo perdido la fe. Me entró el espíritu polémico. Quería sostener lo mío, pero no recuerdo cómo. Debe haber sido un proceso lento y un poco doloroso el restituirme, es decir, acostumbrarme a vivir con algo que me había acompañado desde niño y que era consustancial a mí. Fue una pérdida, algo en lo que yo había puesto mucho. Una fe que me sostenía, en la que yo estaba seguro. Por eso creo que es un error terrible tratar de persuadir a quien tiene una fe religiosa de que está equivocado, si no tienes la capacidad de sustituirla con otra. En mi caso fue un maestro, siendo yo muy joven, quien impulsó mis dudas... que yo ya tenía, claro. Te empiezan a surgir las dudas —si está la familia, te defiende, las disuelve—

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

pero en manos de ese maestro me las aceleró, sin una compensación suficiente: que la Naturaleza es Dios, o que Dios está en todo, o algo de eso, pero que no basta como sustitución, como lo que hicieron los españoles con los indígenas: les quitaron una y les pusieron la otra.

Sucede, cuando hay dudas religiosas, que se dice: «Esto no es cierto», pero por dentro una vocecita responde: «¿Y si sí lo es?»

Es que esto es muy misterioso. Ese razonamiento que todos nos hacemos: ¿de dónde viene todo?, porque tiene que haber un principio. ¿Quién hizo todo? Es tan inconmensurable, tan lejos de la capacidad de la mente humana, que no hay respuesta. Tal vez un Einstein, un Gandhi, pudiera haber tenido una respuesta, pero uno, tan limitado... Ya lo dejé por la paz, pero cuando me decía: «El universo debe tener un límite», de inmediato surgía la duda: si tiene límite, ¿qué puede haber más allá.

¿Todavía te surgen dudas?

No, realmente. Me deben haber asaltado en algún tiempo, pero ya no. La fe la perdí a los catorce años, en Mocorito; luego vine a México, entré en esa etapa de discusiones, con sacerdotes, con amigos católicos que te quieren encaminar, etcétera. Entonces sí pensaba mucho en estas cosas. Pero pasado el tiempo, realmente ya no me inquietan.

¿Y no sustituiste la religión por otra cosa?

Pues no...

¿Tampoco te inquietó alguna vez buscar un sucedáneo de tu religión, explorar en otros ritos o en otros...?

Bueno, me acuerdo que un tiempo, no sé cómo, caí en la teosofía. No sé si todavía exista en la calle de Mina y Héroes, un centro

teosófico. Pero hablo de hace cincuenta años. No, no. Me desprendí de la inquietud religiosa, me liberé de ella, no me ha inquietado. Quedé en blanco en eso.

Realmente has vivido tantas cosas. Has conocido a tanta gente. Has vivido tantas situaciones. Pocas vidas como la tuya.

Sí. Fíjate, estando al frente de la sección cultural de *Excélsior*, una noche me reuní con Nacho Solares en una cena para hablar de un caso de plagio. Resulta que Nacho y otro escritor cuyo nombre no recuerdo, hicieron un libro sobre las grandes cornadas de la historia del toreo. Entonces le piden a Pepe Alameda que les haga el prólogo. Se los hace, completan el libro, y para gran sorpresa, unos días antes de que saliera la edición de ellos aparece otro firmado por Alameda: *Las grandes cornadas*, con el mismo prólogo que les había dado. Fue cuando conocí a Solares. Me invitaron para contarme lo que consideraban un plagio y yo publiqué la información en *Excélsior*. Después Solares, que trabajaba en la Secretaría de Patrimonio Nacional, me dijo que De Oteyza[7] lo había llamado para prohibirle terminantemente que dijera una sola palabra sobre el asunto. Claro, De Oteyza medio español, Alameda español, se ve que recurrió a él y silenciaron el escándalo. Lo único que apareció fue lo mío, con las carátulas. Increíble, ¿verdad?, porque Pepe Alameda ya tiene un prestigio.

[7] José Andrés de Oteyza, entonces secretario de Patrimonio y Fomento Industrial, es sobrino carnal de Alameda. Alguien que conoció de cerca el penoso asunto refiere que el entonces funcionario convocó a los litigantes a su sala de juntas, les puso enfrente una botella de coñac y les advirtió que saldrían de ahí cuando llegaran a un acuerdo. Alameda, muy nervioso, sacó la chequera y balbuceó: «¿Cuánto quiere usted para finiquitar el asunto?» Solares lo miró fijamente. Por decir algo sugirió: «Un millón de pesos». «De acuerdo», respondió Alameda. Pero antes de terminar de llenar el documento, alzó la vista y angustiado exclamó: «Pero... ¡no los tengo!» Entonces Solares, indignado, abandonó la sala. El asunto no trascendió más, salvo lo publicado por Valadés en *Excélsior*.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Hablando de periodistas, fuiste contemporáneo de los más importantes y queridos.

En la primera etapa de *Hoy,* hice tres o cuatro años una sección que se llamaba «Ayer en Hoy» y conocí a Francisco Martínez de la Vega[8]. Paco tenía gran independencia de criterio, y lo respetaban mucho dentro y fuera. Era muy amigo de López Mateos. En 1956, durante la guerra fría, fuimos un grupo de periodistas a una reunión de la OIP[9] a Noruega, encabezados por Paco. Iban Pepe Alvarado[10], Rodolfo Dorantes[11] (quien tuvo un gran éxito en Helsinki: todas las

[8] *Don Paco*, como le llamábamos con cariño quienes tuvimos la fortuna de estar cerca de él, fue uno de los grandes maestros del periodismo, y un ser humano fuera de serie. Ejemplo de solidez ideológica, generosidad y templanza. Nació en San Luis Potosí y murió en el Distrito Federal (1909-1985). Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria. Fue auxiliar, redactor, reportero de guardia, editor, secretario y jefe de redacción del diario *El Nacional* (1930-42); secretario particular del gobernador de San Luis Potosí, Gonzalo N. Santos (1943), jefe de información de la sección deportiva de *El Nacional,* donde usó el seudónimo de *Pioquinto* (1944-47), colaborador de la revista *Hoy* (1948-53), militante de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano (1951-52), cofundador de la revista *Siempre!* (1953), en la que colaboró el resto de su vida, gobernador interino de San Luis Potosí (1959-61), asesor de la Presidencia de la República (1961-64), colaborador de *El Día* (1965-68), donde publicó su columna «En la esquina»; codirector y colaborador de la revista *Solidaridad* (1970-81), colaborador de *Cuadernos Americanos* (1973-82), y cofundador y articulista del diario *La Jornada* (1984-85). Escribió los prólogos de *Los días de Manuel Buendía* y *La ultraderecha en México* (de Manuel Buendía, 1984). Autor de *Escritos políticos* (1966), *Escritos de coyuntura, En la esquina* (1972, recopilación de sus columnas). Fue el primero en recibir (1983) el premio anual de la Unión de Periodistas Democráticos. Se hizo acreedor al premio del Club de Periodistas (1974 y 1979), Premio Nacional de Periodismo en la categoría de artículo de fondo (1976).

[9] Organización Internacional de Periodistas.

[10] José Alvarado nació en Campazos, N.L., en 1911 y murió en el D.F. en 1974. Fue vasconcelista y estuvo al lado de diversas causas populares. Fue rector de la UANL. Uno de los grandes periodistas contemporáneos, cuya prosa era de «un estilo limpio y amable, tocado levemente de poesía».

[11] En el medio era familiarmente llamado *El Negro* Dorantes. Fundó *El Día* con Enrique Ramírez y Ramírez.

mujeres lo detenían, porque era muy moreno), Luis Suárez[12], Gerardo Unzueta[13], Renato Leduc[14], uno que luego fue oficial mayor de educación, con Solana, creo, y un periodista de Chihuahua que siempre usaba una pitillera, que escribía en *Hoy* y en *Siempre!*[15] Era un mo-

[12] Luis Suárez. Nació en España (1918). Siendo estudiante participó en diversos movimientos socialistas. En 1936, al iniciarse la Guerra Civil Española, se incorporó a las milicias republicanas de Madrid, en las que alcanzó grado de capitán. Fue comisario del Batallón Octubre Once de la Juventud Socialista Unificada. En 1939 se refugió en Francia, donde se le reclutó en los campos de concentración de Saint Cyprien, Agde y Barcarés, hasta que, en ese mismo año, viajó a México en el *Sinaia*. Obtuvo la naturalización mexicana en 1941. Ha sido reportero de la fuente política en la revista *Tiempo*, de la Asociación de Editores de los Estados de México y de *La Prensa*. Colaborador de *España Popular, Revista de América, Excélsior, México en la Cultura, Novedades, Diario de la Tarde, El Día, el Heraldo de México, El Sol de México, Unomasuno* y *Diario de México*. Fue jefe de información de *Mañana* y de *Siempre!*, donde colabora desde 1959. Como reportero en México y corresponsal extranjero ha cubierto diversos acontecimientos históricos (1965-74). Autor de varios libros, como: *Confesiones de Diego Rivera* (1962), *Fin del chantaje atómico* (1975), *Echeverría rompe el silencio* (1979), *Cárdenas, retrato inédito* (1987), entre otros. Es miembro fundador de la Unión de Periodistas Democráticos de México y de la Federación Latinoamericana de Periodistas.

[13] Gerardo Unzueta. Nació en Tampico, Tamaulipas. (1925). Hizo estudios de leyes y artes plásticas. Militante del Partido Comunista Mexicano (1946-81), del Partido Socialista Unificado de México (1981-88), del Partido Mexicano Socialista (1988-89) y del Partido de la Revolución Democrática (1989-), de cuyos órganos de difusión (*La Voz de México, Oposición, Así Es, La Unidad* y *6 de julio,* respectivamente) ha sido director. En el PCM fue miembro del comité central desde 1960 y de la comisión política. Fue preso político de 1968 a 1971 por su simpatía con el movimiento estudiantil. Ha sido diputado federal por el Partido Comunista y la Coalición de Izquierda (1979-82) y por el PSUM (1982-85). Ha sido miembro del Sindicato de Redactores de la Prensa, de la Asociación Mexicana de Periodistas y de la Unión de Periodistas Democráticos.

[14] 1897-1986, poeta y periodista. Se inició como telegrafista durante la Revolución. Colaboró en cientos de publicaciones y dejó un vasto legado poético. Fue Premio Nacional de Periodismo en 1977 y Premio «Francisco Martínez de la Vega» en 1985.

[15] Parece que Valadés se refiere al periodista y escritor José Fuentes Mares (1915-1986), originario de Chihuahua. Fue fundador y director de *Novedades de*

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

mento en que árabes y judíos andaban del chongo —bueno, cuándo no ha habido pugnas entre ellos—. A Paco le correspondió presidir una de las sesiones del congreso. Se armó una tormenta porque los árabes son apasionados, terribles, y se lanzaron contra los judíos, y los judíos querían hablar para contestar y Paco, con una gran habilidad diplomática calmaba los ánimos.

En Helsinki las cosas estaban rudas entre unos y otros. Me acuerdo que le tocó hablar al delegado persa —un iraní delgado, muy solemne—. Sube a la tribuna y dice algo así como: «Los ingleses son unos hijos de la chingada». Entonces Paco da un campanillazo y dice: «Se ruega al orador que no viole el acuerdo». El iraní da caravanas para todos lados y repite: «Los ingleses son unos hijos de la chingada...». Y otro timbrazo de Paco. De nuevo las zalemas y otras mentadas de madre contra los ingleses. Paco capoteó todas esas cosas muy bien.

Habíamos estado Luis Suárez y yo dos semanas en Moscú, y nos fuimos un mes a China. Regresamos a Moscú en otoño —a mí el otoño me pone *en estado de gracia*, todas mis grandes aventuras han ocurrido en otoño y son para escribirse, por ejemplo esa maravillosa aventura con Isolda[16]—. Nos invitan los periodistas soviéticos un día a las cuatro de la tarde al local de su asociación. Los rusos beben mucho. Ponen una enorme mesa llena de copas de todos tamaños y colores, con un enorme surtido de bebidas, coñac de Georgia, vodka, vino... Luis Suárez y yo habíamos solicitado una entrevista con Kruschev, pero la negaron porque estaban de visita el príncipe Sihanuk y Tito. Entonces a manera de compensación los colegas soviéticos nos convidan ese mismo día a una recepción en el Kremlin, en el salón San Jorge, donde los zares daban sus grandes recepciones. Había treinta y dos candiles en dos enormes

Chihuahua y comentarista de televisión. Doctor en derecho, historiador, rector de la Universidad Autónoma del estado, maestro, conferencista y autor de una treintena de libros.

[16] Se narra en el capítulo «Isolda... Ticha...».

recintos separados por un arco. En uno estaban los invitados y en el otro las mesas y una larga alfombra. A nosotros nos pusieron debajo del arco. Llegó primero Bulganin con Sihanuk; pasaron muy cerca de nosotros y se detuvieron. De pronto, a lo lejos veo que aparecen cuatro figuritas vestidas de negro, todas del mismo tamaño —se ve que Stalin no soportaba gente alta, porque, curiosamente, era un hombre bajito— y a lo largo de la alfombra los cuatro chaparritos de negro se aproximaron con su cruz dorada de Lenin. Eran Kruschef, Malenkov, Molotov y Vorochilov. Estuvieron ahí un rato. Se fueron a la mesa de honor, y entonces todos entramos. Nos dieron una mesa lateral a la de ellos. Yo hablé con Vorochilov —eso está consignado en unos artículos que envié a *Novedades*.

Por esos años acababa yo de publicar mis cuentos —la reunión fue en 1956—. Incluso me llevé varios ejemplares. Me acuerdo que le regalé uno al papá de Poli Délano[17], quien se llevó el libro a Chile. Luego Poli me decía: «Conocí su libro cuando yo era un jovenzuelo».

Recuerdo que lo querías mucho.

Poli vivió mucho tiempo en México. Siempre me recordaba: «Usted me inició...». Publicó mucho, ganaba todos los concursos de cuentos. Tenía una ronda de conferencias en universidades estadunidenses. Él se interesó mucho por William Saroyan —cuentista que yo creo fue conocido aquí por *El Cuento*—, quien vivía en el mundo del *underground*, creo que en Los Angeles, y empezó a escribir en revistas de esos grupos. Era estupendo, autor entre otros textos, de «Qué le parece América, paisano» y «El temerario joven del trapecio». Poli lo conoció en San Francisco o en Los Angeles. Cuando yo dirigía la plana cultural de *Excélsior*, se publicaron varias notas y dimos grandes titulares sobre su muerte.

[17] Poli Délano nació en Chile en 1936 y vivió en México entre 1973 y 1984. Coordinó talleres literarios, colaboró en suplementos culturales y publicó varios de sus libros aquí.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Yo le debo mucho a Saroyan. Era armenio[18]. Lo leí fascinado. Sus cuentos me abrieron un mundo, porque era una nueva frescura, sobre todo cuentos en torno a personajes adolescentes en el despertar del amor, del sexo, bellísimos. Sí, William Saroyan. Yo incluso me inspiré en el título de un libro suyo para un cuento mío. El libro se llama *Como un cuchillo, como una flor*, y yo tengo un cuento que se llama «Como un animal, como un hombre».

Lo leías con Teissier.

Ernesto Julio Teissier era gran lector de Saroyan. Lo leíamos juntos en *Novedades*, donde yo dirigía la sección de los estados y había llevado a Teissier como redactor. Él había sido comunista y era un nihilista. Luego se entregó al sistema y enriqueció. Tenía una memoria fotográfica, repetía párrafos, páginas enteras de Saroyan. Él vivía en el Kiko's[19] una vida de bohemio. Por un año fuimos muy amigos. Todas las noches de ese año salíamos. Yo me emborrachaba y él no bebía —bebió después, y tenía mala borrachera—. En *Novedades* tuvo una columna que se llamó «Ciudad» y luego se metió a la política. Se conectó, porque es muy seguro de sí, es una personalidad; *El Oso* le decíamos, pues era un tipo corpulento, de cara grande. Fue asesor y consejero de presidentes y políticos, e hizo mucho dinero. Incluso él aparece con su nombre en uno de mis cuentos, «Qué

[18] En realidad estadunidense de origen armenio. Nació en Fresno, California, en 1908. En 1940 ganó el premio Pulitzer por *El tiempo de tu vida*, pero lo rechazó en virtud de que juzgaba que este trabajo no era más meritorio que otros que había escrito. *Enciclopedia Microsoft «Encarta»*.

[19] Una afamada cadena de cafeterías de aquellos años, de estilo semejante al actual Vip's. El más concurrido por el gremio reporteril estuvo en la entonces Glorieta del «Caballito», en donde hoy se encuentra una gran sucursal de Bancomer, pegado a la zona de los diarios. Cuando se quería encontrar a un colega, había que sentarse ahí, o en el Habana, y tarde o temprano llegaba.

pasa, Mendoza», en donde digo: «Ernesto Julio me recibe en la redacción...» Porque así era, cuando yo llegaba él me gritaba: «¡Qué pasa, Valadés!», un grito estentóreo que reverberaba en toda la redacción. Por eso el cuento se llama así. Yo le había puesto «¡Qué pasa, Valadés!». pero en el Fondo de Cultura me dijeron que no era apropiado utilizar mi nombre, y le puse mi segundo apellido: «¡Qué pasa, Mendoza!» Lo describo ahí, con saco sin solapas, como él vestía, muy folclóricamente. Luego se transformó. Borracho era peligroso. Recuerdo que una vez en el *Waikikí*, estábamos en una mesa ya al amanecer. Fui al baño y al regresar vi que iba por la pista con la pistola en la mano acercándosele a un tipo desarmado que a su vez se aproximaba a él, Teissier diciendo no sé qué. Llega el momento en que se juntan, y Ernesto con la pistola. Entonces le grité: «¡¿Teissier, qué pasa?!» Y el otro tipo con una serenidad increíble, dice: «No, hombre, Ernesto Julio...», pero no guardaba la pistola. Me lo encontré muchos años después, en un restaurante con sus hijos; casó con una de las hermanas Zavala, del conjunto musical. Y en un momento dado me confió: «No, carajo, tú sí hiciste lo que debías hacer; yo lo que he hecho son puras pendejadas». Tenía por lo menos talento. Incluso yo tengo un texto inacabado en donde traté de hacer un retrato de él.

Yo andaba loco por una mujer, una artista ya olvidada, Beatriz Ramos[20], y con Teissier salíamos todas las noches a los lugares más extraños, como *Santita*, con las veladoras. Era el tiempo en que San Juan de Letrán, por el lado de Santa María la Redonda, estaba lleno de taquerías. Ernesto Julio era un comedor de tacos increíble y conocía a todos los taqueros. Se comía quince tacos al hilo. Hacia las cuatro o cinco de la mañana andábamos por las taquerías y él bebía pura *cocacola*, yo era el que me emborrachaba. Después, cuando nos distanciamos no sé por qué razones (no:

[20] En «Isolda... Ticha», Valadés recrea este romance con miras a convertirlo en novela.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

sin razones, son cosas que a veces así pasan), se dedicó a beber y era terrible, terrible. Pero era un personaje. Creo que apantallaba a los políticos con esa memoria prodigiosa y su manera de ser. Era una personalidad fuerte, impositiva, exhibicionista. Es de los periodistas que han estado cerca de los políticos, de los presidentes.

¿Y Spota?

Spota: es un caso muy especial porque él supo desde jovencito qué quería hacer. Y se puso una meta: escribir por lo menos una cuartilla diaria. Sólo así se puede explicar la cantidad de libros que escribió. Sin embargo a Spota le falta algo. Es un gran narrador, porque sabe contar las cosas, pero le falta, no sé, un chispazo, un *algo* especial. Es el caso del escritor que va a perdurar, claro, porque además sus libros son un testimonio, en mucho, de nuestra época, pero van a valer más por eso que por su armazón literaria, ¿verdad? Además él tendía mucho a lo caricaturesco (yo no he leído esas «novelas del poder», leí las anteriores). Por ejemplo, una que pudo ser una gran novela, *Casi el paraíso*, tiene páginas de gran escritor, pero en lugar de irse más a fondo, la disminuye, llega al absurdo de la caricatura, se cae al final.

Creo que te hablé de una novela que impactó mucho a los que empezamos en el periodismo con Regino Hernández Llergo, cuando la aldea que había sido la Ciudad de México se comenzaba a transformar —por la guerra, por la industrialización— en una ciudad mundana. Esa novela se llama *Por qué corre Samuelillo*. Vino ese contagio del éxito de la vida estadunidense, empezaron a surgir personas que se proponían el éxito a como diera lugar, por todos los medios: traicionar a los amigos, aprovecharse de todo. *Por qué corre Samuelillo* toca ese tema, y además sucede en un periódico. El autor fue un argumentista de Hollywood muy famoso, no recuerdo el nombre. La novela está contada por un periodista en la redacción de un

periódico. Samuelillo es un muchacho que anda de *hueso*[21], y se va aprovechando de todo, de todo, hasta llegar al éxito después de joder a medio mundo. Spota en mucho fue eso: un *Samuelillo*. Se valió de todo. Incluso su primera novela —me acuerdo que lo comentábamos en la época— nació por aquel periodista muy ingenioso de apellido Toraya, de *El Día*, quien le contó a Spota la historia. En fin, Spota hizo toda una serie de cosas para el éxito, y lo logró. En *Hoy* sus primeros trabajos fueron bajo mi dirección. Recuerdo otro detalle: Llegaba a México el primer barco español con refugiados, y don Regino mandó a una de las estrellas de la revista, Améndolla, con Casasola de fotógrafo, a hacer la crónica. Spota, que tendría diecisiete años, muy jovencito, compró su camarita —en ese momento le convenía Améndolla y se había puesto bajo su sombra protectora— y le pidió ir. Entonces él veía qué foto captaba Casasola y él también la tomaba igual. Llegó a México y entregó un reportaje y unas fotos a un diario que dirigía ese tipo que le decían *Pinolillo*, Xavier Campos Ponce[22] —un periódico raro, creo que salía todos los días en las tardes; sus oficinas estaban cerca de

[21] En aquellos felices días del periodismo, un joven aspirante a reportero podía fácilmente sentar plaza de *hueso*, o sea ayudante de todo y para todos, en las redacciones de los diarios. Después de las cinco de la tarde, cuando las redacciones se llenaban con el fragor de las *Remington*, el humo de cigarrillos y el ajetreo, de vez en vez se escuchaba el grito: «*¡hueeesoo!*» y un joven se lanzaba presuroso rumbo a un escritorio a recoger una nota, servir café, proporcionar cigarros o cumplir un encargo... cualquiera que fuera. Si ponía el debido empeño en su trabajo, un día alguno de los reporteros podría invitarlo a cubrir una nota... y así comenzar su carrera. Hubo *huesos* famosos. Uno de ellos, *El Chinchihuilla*, reputado como el más viejo del mundo, ex boxeador, fue durante años figura principal en *Novedades*. Aún se recuerda el estentóreo grito con que recibía al jefe de redacción, un hombre de aspecto sanguíneo: «¡Qué pasa... joven salchicha». Siendo real o supuestamente protegido del entonces subdirector general, Ricardo del Río, sus bromas tenían un grado de impunidad.

[22] Xavier Campos Ponce. Nació en la Ciudad de México (1908). Fue uno de los fundadores de *La Prensa* y ha colaborado en gran número de publicaciones. Autor, entre otras obras, de *Efectos económicos de la publicidad* (1952).

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Excélsior— y claro, ese diario dio la exclusiva antes de que saliera *Hoy*, que era semanario. Y cuando fueron a acusar a Spota con don Regino, éste dijo: «No, es periodista. En periodismo se vale todo. Hizo bien. Les ganó. A pesar de que es un chiquillo fue más listo que ustedes. A mí me parece estupendo». Luego Spota se puso a la sombra de Ortega, uno de los periodistas que conocieron mejor a los políticos mexicanos. Se fue con él a la revista *Así* —ya te platiqué el origen de esa publicación— y lo acompañó todo el tiempo que le fue útil. Luego Spota ingresó a *La Extra* de *Excélsior* —de la que llegó a ser director porque estableció un *récord* de no sé cuántos días publicando notas de ocho columnas—. En fin, era un tipo muy especial. Una persona que estuvo cerca de él, en el suplemento de *El Heraldo*, dice que era algo siniestro, un tipo egoísta, duro con la gente, en contraposición a la otra imagen que se ha presentado ahora de hombre generoso. Él es un caso prototípico: buscó a como diera lugar el éxito como escritor, y lo logró.

No sólo tuviste amigos periodistas.

Jorge Velazco[23] ha sido muy gentil conmigo. Cuando va de viaje, habla y dice: «Edmundo, voy a Alemania, voy a Estados Unidos, ¿qué se le ofrece?» En Estados Unidos o Canadá se editó un hermoso diccionario que se llama *Diccionario de los lugares inventados*, que entresaca de toda la literatura las ciudades, los países inventados por escritores —bueno, no es exhaustivo, yo vi que tiene ausencias sensibles, pero en fin, es lo primero que se trata de hacer, y lo hicieron como la guía de un viajero del siglo—. Pues Velazco me lo trajo de uno de sus viajes. Un regalo que valoré mucho, caray.

También nos has transmitido bellas anécdotas de escritores y periodistas.

[24] Importante empresario dedicado a la distribución de revistas en el país.

Yo conté en una «Excerpta» cómo Henry Miller en una época en París subsistía porque había un millonario que le pagaba un dólar por cuartilla para que le escribiera relatos pornográficos. Entonces como Miller se aburrió, le pasó la tarea a Anais Nin —vivía en la bohemia con un grupo de escritores y pintores, y cobraba ¡un dólar en el veintitantos, por cuartilla!— y ella se puso a contar sus experiencias sexuales, o a inventarlas, y con el tiempo se publicaron, se llaman *El delta de Venus* o algo así. Pero luego se aburrieron. Ellos hacían literatura, le ponían poesía antes de describir el acto amoroso, pero aquel millonario se quejaba. Decía: «¡No, no, no; escriban directamente...!»

¡A coger!...

...¡Eso! Y se rebelaron, pese a ser gente que vivía en la pobreza, que se ganaba el sustento gracias al millonario. Entonces Anais Nin le manda una carta preciosa en donde le dice: «Usted no sabe qué es el sexo. El sexo además de lo erótico es imaginación, es esto y aquello y usted va a lo bruto, a lo tonto, eso no es lo erótico...»

¿Quién es el que recupera lo del paseo de las prostitutas por la Ciudad de México?

El maestro en armas don Ángel... ¿cómo se llamaba? No recuerdo... En las mañanas salían las muchachas decentes, con clase, a dar la vuelta a Plateros, daban la vuelta, y estaban ahí los chavos viendo, escogiendo o dejándose escoger. Y las muchachas decentes, como dice ahí textualmente, daban un paseo y dejaban el campo libre a las otras, a las verdaderamente divertidas.

No era más de una vuelta porque era exhibirse demasiado. Y Camila, la dueña del famoso burdel, cuando le llegaba un artículo de París, por ejemplo, la preparaba y salía con ella a dar la vuelta y todos en el Jockey Club decían: «Hoy en la noche hay que ir a casa de Camila... hay una nueva pupila». Ahí se originó la anécdota que

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

acreditan a Ramón Corral[25], secretario de Gobernación, quien cierta vez olvidó la cartera en aquella casa. Entonces Camila en lugar de devolverla al cliente se la da al jefe de la policía —su gran amigo— y éste se la lleva a don Porfirio Díaz. Cuando Corral tuvo un acuerdo con el Presidente y ya se retiraba del despacho, dice don Porfirio: «Espérese», abre su cajón y le dice: «Por ahí encontré esto. Tenga usted cuidado porque a la otra puede usted perder la otra cartera».

¿Cuál es tu opinión de Borges?

Bueno, José Emilio Pacheco dijo una gran verdad: «Todos los escritores en lengua española, todos, estamos en deuda con Borges. Nos enseñó un nuevo español».

A mí me pasa con Borges —lo admiro mucho— que lo empiezo a leer con un enorme interés, pero hay un momento en que me fatiga. No es como otros que me facilitan seguirme. Con Borges me detengo. Me ha deslumbrado, pero hay momentos en que me cansa. Me fatiga tanto artificio idiomático, imaginativo. Acabo de leer un libro suyo que es una maravilla: *Noches dantescas.* Es una serie de conferencias que dio sobre Dante. Es precioso, sobre todo la teoría que él sustenta —y muy lógica— de cómo fue el amor de

[25] Ramón Corral. Nació en Alamos, Sonora y murió en Francia (1854-1912). En 1873 dirigió los periódicos antipesqueiristas *El Fantasma* y *La Voz de Alamos*. Se levantó en armas contra el gobernador y, derrotado, huyó a Chihuahua, de donde volvió a Sonora en 1876. Participó en las sociedades mutualistas y en 1877 fue diputado al Congreso local, el que le tocó presidir. Entonces, ligado al cacique Luis E. Torres, inició una carrera política que lo llevó a ocupar la Secretaría de Gobierno del estado, una diputación federal, la vicegubernatura y el puesto de gobernador (1887-91 y 1895-99), desde el cual promovió importantes obras materiales bajo la tónica porfiriana de poca política y mucha administración. Ya entre los favoritos de Porfirio Díaz, el dictador lo impuso en 1900 como gobernador del Distrito Federal y luego lo designó secretario de Gobernación (1903). Fue vicepresidente de 1904 a 1911, cuando estando en París envió su renuncia.

Dante por Beatriz. Qué se puede decir de Borges. Es Borges. Cuando empieza un texto y dice: «Yo fatigué bibliotecas...» buscando tal texto, el uso del «fatigué», caray. Borges está lleno de esas cosas. Es muy dado a las enumeraciones.

Como Valadés...

¿Yo?

Sí.

Pero muy breves y te juro que antes de haber leído a Borges. Una anécdota genial del padre de Borges: cuando era chico —en la intimidad a Borges le decían «George»— se encuentra el padre a un amigo. «¡Hola, Jorge, cómo estás, cómo está George, cuéntame, ya sabes cómo lo aprecio, cómo lo admiro; quiero que me cuentes cómo está». Entonces el padre de Borges toma de las solapas al amigo y le dice: «Si me demuestras tal interés en saber de George, yo tengo que aceptar que es sincero, así que ahorita nos vamos a un café para que yo te dé una relación detallada de cómo está George...».

Hay una chica brasileña, Telles...

No chica. Es una señora ya...

Bueno. Fue *una chica...*

Ligia Fagundes Telles, gran amiga mía; un ser prodigioso, hermoso. De ella he publicado dos cuentos, y en la *Antología de los grandes cuentos del siglo xx* hay uno de ella. Muy amiga de Clarise Lispector, la otra gran escritora brasileña que murió hace tres, cuatro años. En 1975 o 1976 me invitaron a un congreso de escritores en Cali. Allá hay un poeta que se llama Octavio Paz —que tiene

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

muchas ganas de conocer al Octavio Paz mexicano—. Él era un *hippie* que encabezaba una banda de chicos y chicas en motos. Ahí conocí a Ligia Fagundes Telles y a Clarise Lispector que iban representando al Brasil. Clarise era una mujer con un atractivo muy especial. Una mujer que tuvo un rostro bellísimo, pero una noche se durmió con un cigarro encendido: se incendiaron el colchón y las cobijas y se quemó la cara, y a ese resto de belleza lo rodeaba un halo de cicatrices, que daba a su rostro una seducción muy extraña. Yo me hice muy amigo de ese Octavio Paz caleño y una noche en el hotel, con un amigo suyo —ellos fumando mariguana— hice una grabación de tres horas donde me cuenta lo que ocurrió entre el grupo de *hippies* y Clarise Lispector. Me decía que cuando vio a Clarise sintió que era una mujer muy sola, le dio ternura, y se le ocurrió acercarse a ella presentándose como hechicero. Le dio en el punto sensible, por ser brasileña, y Clarise se hizo muy amiga del grupo. Una noche la invitaron a una fiesta *hippie* en un lugar de Cali lleno de flores y danzaron y fumaron mariguana. Toda la historia es muy bonita. Después me contó aquel Octavio Paz cómo dieron un *golpe* en el congreso de escritores. Todos los días había comidas y cenas y ellos por supuesto no estaban invitados. Así que con ayuda de Clarise lograron entrar a todas esas fiestas. Es un texto que debo publicar alguna vez, sobre todo que tendrá un interés enorme, pues en Brasil Clarise es una de las grandes figuras literarias. Ligia me contó una vez que fui a Sao Paulo que Clarise tenía fobia a los espejos, y que una vez rompió todos en el vestíbulo de un hotel. Un ser así, fuera de serie. Tenía un perro que se llamaba Whisky.

En Latinoamérica tienes muchos amigos.

En Colombia, que como México es una sociedad muy rígida, católica, hubo un escritor que murió en un accidente aéreo, muy amigo de Paz, Jorge Gaytán Durán, cuya obra poética está adquiriendo gran resonancia. Él empezó a escribir sobre temas tabúes.

Tiene un pequeño libro sobre Sade que se llama *El libertino y la revolución*. En las primeras páginas dice algo que a mí siempre me ha impresionado mucho:

> No escribo sobre Sade por motivos estrictamente literarios o filosóficos ni tampoco porque su obra favorezca de singular modo mis obsesiones o contribuya a liberarme de ellas, sino por una comprobación sobre mi intimidad que quizá pueda extenderse a toda la intimidad humana: cada ser siente o vislumbra, en ciertos instantes de sigilo trémulo, que el erotismo introduce en la vida un elemento de placer y de fiesta pero también de desorden y destrucción. Si preguntamos con rigor por qué es así, por qué en el más grande amor siempre percibimos el rasgo de una maldición oscura, sólo el caso extremo de Sade nos responde exclusivamente. Cuando lo encontramos en caminos escarpados o furtivos, un relámpago aclara nuestra experiencia erótica. Comprendemos por qué en el ejercicio de la sexualidad no somos la misma persona que los demás ven en la calle o la oficina o el templo. Porque la angustia y el horror nos invade cuando descubrimos que somos ese desconocido que se desnuda y goza hasta el olvido de su ser, y se revuelca y crispa como una bestia en la obscenidad y el orgasmo. Hemos tenido la revelación de que todos podemos ser casos extremos. De que en el mismo acto con que otorgamos la vida, con que desencadenamos el proceso de la reproducción, aun en los marcos establecidos por la Iglesia y el Estado, nos acercamos vertiginosamente al mal y a la muerte. Hay quienes cierran entonces los ojos, con miedo, con náuseas; unos pocos hemos elegido mantenerlos abiertos hasta el final, pero para ello necesitamos el alejamiento que se produce en la reflexión o en la literatura.

Es un libro editado en Bogotá que él me envió, incluso dedicado. Tiene cosas bellísimas. Dice: «Ante sus contemporáneos, Sade usó máscaras —sobre él ejerció influencia Maquiavelo—, pero fue sincero consigo mismo, lo cual equivale a hacerlo con la posteridad».

Y luego trata de analizar el sentido de la obra de Sade. Algunas de las cosas que dice:

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

> Hay que destruir al Estado para que el hombre pueda vivir... No se le escapa que la libertad política se reduce a una farsa cuando los prejuicios siguen intactos... Para los personajes de Sade la felicidad reside en el cumplimiento total de los deseos. Por ello le conceden tanta importancia al orgasmo, instante en el cual la intensidad de la existencia se revela y culmina la historia. El orgasmo lo justifica todo: es la única libertad posible en un mundo abrumador... En principio el libertinaje se nos aparece brutalmente como una ética del orgasmo. Advertimos luego que para adoptarlo sin desfallecimientos, el hombre debe educarse, basarse en la reflexión y el conocimiento. En este sentido Sade tiene una absoluta confianza en la filosofía... Para alcanzar la felicidad suprema se impone la rutilante tarea de vencer todos los prejuicios, aniquilar todos los dioses, romper los frenos...

Es la filosofía que él descubre en la obra de Sade. Es un estudio tan... Dice:

> El erotismo es el esplendor supremo de la realidad. Es el modo como la realidad imagina y como la imaginación se realiza. Es la prueba radical de que estamos en el mundo... Hablo por mí pero también por los otros. El amor abre la puerta de lo universal... Cuando la imaginación sólo desemboca en el deseo, y éste en aquélla, sin verdadera escapatoria, el resultado es un tormento infinito... Burcel dice en *Las 120 jornadas de Sodoma* que la felicidad no reside en el goce, sino en el deseo...

Esto es muy hermoso:

> La literatura, única patria donde no hay imposibles.... La literatura le otorga soberanía al hombre de Sade pero nadie ha contribuido como éste a la soberanía de la literatura. La literatura es el único lenguaje que puede decirlo todo. Pero Sade es el único escritor que ha asumido el riesgo de decirlo todo en la literatura... No hay que bajar a Sade al nivel de un hombre de letras cualquiera, porque nadie le ha dado a la literatura un esplendor tan insoportable, el esplendor de la verdad nunca dicha... El

> hombre que dice toda la verdad expresa en última instancia la alienación... Perdimos el paraíso sólo para llevar clavada en lo más hondo la espina de la alienación. El mundo humano basado en la labor productiva, el núcleo familiar y las estructuras sociales, se ha transformado en el curso de las edades en un mundo inhumano... Sade desnuda al hombre para ofender a la sociedad porque la sociedad ofende al hombre... Ante Julieta, entre los venenos y los estiletes de una aristocracia moribunda, la burguesía proyectaba el incendio simultáneo de los hospitales, los hospicios, las casas de beneficencia, las escuelas públicas de Roma, para asesinar a 300 mil personas, exactamente el número de víctimas que causó la primera bomba atómica en Hiroshima: nuestro tiempo ha realizado los horrores imaginarios de Sade. Yo pienso que la Revolución Francesa y la Revolución Rusa han sido las dos más grandes tentativas que se han hecho en la historia para que el hombre pueda vivir. Ambas han producido cambios básicos en las estructuras económicas y sociales, pero ninguna de las dos ha cambiado al hombre... El sitio que Dios dejó al desaparecer lo ocuparon los mitos de la burguesía para que el ser desvalido se comportara como si Dios siguiera existiendo. Actualmente al pensamiento de Marx lo devora la idolatría por la clase o el partido. Las ideologías que devoran al hombre sólo se extinguirán cuando la revolución alcance la intimidad del hombre y realice una moral concreta, que se nutra de las más altas formas del erotismo. En *Las 120 jornadas de Sodoma*, el duque de Blanguy interrumpe a la Duclois y le ordena que precise sus descripciones de la vida sexual: «me interesa porque se relaciona con la historia del corazón humano, materia en la cual nosotros trabajamos especialmente». No dudo que esto sea lo que la revolución de mañana deberá aprender del libertinaje de ayer.

Es desconocido en México. Lo conoce Paz, lo conocen algunos escritores. En su revista, llamada *Mitus*, me llegó a publicar un cuento. Es de ésas que tuvieron mucha importancia en los años cincuenta.

¿Y poetas mexicanos qué...?

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

... ¿Conoces el «Prometeo sifilítico» de Renato Leduc? Un fragmento: «Por fin hemos llegado al siniestro confín del recabado y tú, padrote de putas miserables, enclavado quedarás en esta roca mientras un chancro panhelénico en tu boca dejará cicatrices sin borrar. Entonces qué –le dice Tácito–, y tú cojo cabrón, ¿qué esperas para cumplir las órdenes del inmortal Zeus?»... Se ve que Renato leyó a los griegos. Convierte el «Prometeo» de Esquilo en el «Prometeo sifilítico», donde sostiene que los dioses lo castigan no por haber llevado el fuego a los hombres, sino por haberles enseñado las setenta y nueve maneras de fornicar... Es un poema que perduró primero por tradición oral en la prepa, donde lo escribió Renato. Yo lo conocí en copias. Lo publicaron por primera vez en las ediciones Fábula, una plaquetita, pero en versión distinta. Renato abre a la literatura el uso de las palabras detonantes: es el primero que se atreve a manejar esos términos que usamos. Y lo conservaban por tradición oral alumnos de la prepa.

Renato es mejor de lo que parece.

Y no sólo eso. Tiene poemas románticos. Incluso publicó una plaqueta titulada *Poemas deliberadamente románticos*[26] escrita para Amalia Fernández Castillón. Yo tuve todas esas plaquetitas y las perdí, caray. Después Salazar Mallén[27], cuando Jorge Cuesta[28] hizo una revista que se llamó *Examen*, publicó el primer capítulo de la novela *Cariátide*. Como había sido del Partido Comunista, por el tema y la historia, y por usar palabras violentas, Salazar Mallén causó tal indignación que en *Excélsior* un articulista, Pepe Nelguérez, y otros editorialistas, denunciaron a la opinión pública ese «atentado contra la moral» que usaba tales y tales palabras. Y el escándalo creció al grado de que una institución, algo así como la asociación de padres de familia, demandó judicialmente a Jorge Cuesta como director de *Examen* y a Salazar Mallén. Se abrió un juicio. Los aprehendieron para que respondieran... A la protesta se sumó *El Machete*, órgano del PC clandestino, pero porque ellos eran los personajes, no por mojigatería.

¿Quién fue el juez que vio ese proceso?

Si mal no recuerdo, felizmente un escritor, un poeta... ¿Gutiérrez Hermosillo?... No estoy muy seguro. Pero se logró una de las grandes conquistas para la libertad de expresión. Imagínate, no se podía en literatura utilizar ciertas palabras. El escándalo se repitió cuando apareció *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis. La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística acusó a Lewis como antes a Salazar Mayén. Ahora hay libertad absoluta. Pero en aquel entonces, en toda la literatura las «malas palabras» eran con puntos suspensivos: «Este hijo de la ...»

[26] ...*y un prólogo en cierto modo innecesario*. (1933).

[27] Rubén Salazar Mallén. Nació en Coatzacoalcos, Veracruz y murió en el Distrito Federal (1905-1986). Licenciado en derecho por la UNAM (1934), donde fue profesor (1934-86). En su juventud militó en el Partido Comunista Mexicano, del que se volvió un severo crítico. De 1930 a 1986 ejerció el periodismo en *El Universal*, *Claridades*, *Excélsior*, *Mañana*, *Jueves de Excélsior*, *Contemporáneos*, *Letras de México*, *Metáfora*, *Estaciones*, *Cuadernos del Viento* y *Sábado*, suplemento de *Unomasuno*. En 1932, la publicación por entregas de su novela *Cariátide* produjo una amplia controversia. Autor de *El pensamiento político en América*, *Dos cuentos: ruta, orilla* (1932), *Cariátide* (1934), *Soledad* (1937), *Tres temas de la literatura mexicana* (1947), *Ninón* (teatro, 1957), *El sentido común* (1960), *¡Viva México!* (1968), *Las utopías del siglo XX* (1979), *Alternativas del antiimperialismo latinoamericano* (1985), entre otras.

[28] Jorge Cuesta. Nació en Córdoba, Veracruz y murió en el Distrito Federal (1903-1942). Estudió ciencias químicas en la capital. Desde fines de los años veinte hasta su muerte colaboró en las más importantes revistas literarias y el diario *El Universal*, donde publicó la mayor parte de su obra. Formó parte del grupo de los Contemporáneos. Autor de una *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928) y del ensayo *El plan contra Calles* (1934). En 1942, en un sobretiro de la revista *Tierra Nueva*, se publica su primera antología de su obra lírica: *Poesía*, con prólogo de Alí Chumacero. Una edición posterior, con notas introductorias de Elías Nandino y Rubén Salazar Mallén, apareció bajo el título de *Poesía de Jorge Cuesta* (1958). En 1964 se editaron en cuatro tomos sus *Poemas y ensayos*, con prólogo de Luis Mario Schneider y recopilación y notas de éste y Miguel Capistrán.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Algo similar me pasó con Héctor Aguilar Camín, cuando era estudiante de la Iberoamericana. Hicieron un concurso de cuentos. Nos invitaron a mí, a Guillermo Piazza y a otra persona a determinar los ganadores del concurso. Dictaminamos que era un cuento de Aguilar, situado en un cabaret, donde se usaban esas *malas palabras*. Hubo una ceremonia con todos los padres de familia. El autor leyó el cuento y yo veía la cara de los señores y las señoras horrorizados de la serie de *groserías*, de palabras *obscenas* que él dijo en voz alta. Pero en fin, así es como conquistamos el derecho a decir malas palabras; con Renato Leduc y con Salazar Mallén.

Otro antecedente es de tiempos de doña Carmelita, la esposa de Porfirio Díaz. José Juan Tablada hace un verso en el que parafrasea el rito de la misa con el rito del amor. Está cantando a la amada y acaba por decir: «Como si fuera un cáliz sagrado, beso tu cuerpo»... y causó un escándalo terrible. Eso provocó el nacimiento de *La Revista Moderna*, con la idea de liberarse de estos impedimentos para tratar las cosas. Y luego otro, el primer poeta erótico mexicano, Efrén Rebolledo[29] cuando era diplomático. Creo que escribió el primer verso en la poesía mexicana que describe el acto de amor de dos lesbianas, y eso le costó su carrera diplomática. Sería curioso hacer una cronología de los versos y textos que espantaron a las sociedades mojigatas. Doña Soledad López de Avila Camacho, ¿no mandó tapar a *La Diana Cazadora*? Como don Manuel pasaba todos los días por ahí rumbo a palacio... que la cubren. Por muchos años *La Diana Cazadora* estuvo cubierta de su sexo.

¿Tuviste alguna relación con Revueltas?

Dirigía yo una revista de cine que se llamó *Celuloide*. Revueltas, que estaba muy conectado con el cine, y a quien yo admiraba mucho

[29] Efrén Rebolledo (Actopan, 1877-España, 1929), fue diplomático de carrera, profesor y poeta. Tradujo a Wilde, Kipling y Maeterlinck. Sus obras completas se editaron en 1968.

porque ya era un escritor de prestigio, un día llega a las oficinas de *Celuloide*. Me acerco a él y le digo: «Tengo un cuento». Responde: «A ver, enséñemelo». Fui a mi escritorio, saqué el cuento que había titulado «El azar impecable». Pepe lo leyó así muy serio como era él en esas circunstancias y dice: «Hombre, esto me gusta mucho, está muy bien ese ambiente del casino». Lo acabó de leer y me indica: «Démelo, yo me voy a encargar de que se publique». «Hombre Pepe, muchas gracias». «Lo único que no me gusta es el título, se lo voy a cambiar». «Cómo no, Pepe, cámbielo». Pasaron unas semanas. Me encuentro un amigo, creo que era Capistrán Garza, y me dice: «Lo felicito, leí el domingo su cuento en *El Nacional*». «¿Cuál cuento?» «Pues "El girar absurdo"». «No, René, yo creo que está usted equivocado (pensé que sería un cuento de Pepe Valadés)». Puntualiza: «No, no, Edmundo, hasta trae una presentación muy elogiosa de usted». Corrí a *El Nacional* y veo efectivamente «El girar absurdo», título revueltiano que le había puesto Pepe. «El girar absurdo» contra «El azar impecable»...

...que es título valadesiano...

«El azar impecable»... Y tenía una notita que decía: «En este cuento Valadés se revela como un escritor con garra y vuelo», algo así. Ese fue el primer cuento de *La muerte tiene permiso* y me estimuló a escribir un segundo influido por mis lecturas de Proust, «La infancia prohibida». Recuerdo que estaba casado con mi primera mujer, una chica muy buena, pero que de esto no entendía nada. Llego con el cuento, el segundo, lleno de alegría, y le digo: «¡Mira, me han publicado este!» Y ella responde: «¿Y cuánto te pagaron?» Eso mató en flor mi entusiasmo. Y bueno, de ahí a salto de mata fui escribiendo otros y otros hasta que los integré en *La muerte tiene permiso*.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Isolda... Ticha...

«A mí el otoño me pone *en estado de gracia*.
Todas las cosas que me han pasado en otoño son para escribirse.»
E.V.

Escribir una novela fue una de las obsesiones de Valadés. A lo largo de toda su vida reunió apuntes para ese propósito que nunca pudo hacer realidad. Y si bien fueron muchos los temas posibles, quizá dos puedan considerarse probables, ambos construidos a partir de experiencias amorosas. Los compartió, junto con otros, a lo largo de las pláticas. Aquí incluyo una selección, con la advertencia de que deben leerse en el contexto de recreaciones *literarias.*

He pensado en una novela alrededor de mi experiencia moscovita. Tuve la fortuna de vivir una aventura que sólo se pudo dar en Rusia en ese tiempo[1]. Esa mujer hablaba español, de lo contrario no habría sido posible. Vivimos una historia amorosa ¡con una intensidad increíble! Ella tenía un nombre precioso: Isolda Nenarokova. Todo fue en unos cuantos días. Habíamos estado Luis Suárez y yo dos semanas en Moscú, y nos fuimos a China un mes. Regresamos a Moscú en otoño —a mí el otoño me pone *en estado de gracia*; todas mis grandes aventuras, las cosas que me han pasado en otoño son para escribirse—, y entonces ocurrió esta maravillosa aventura con Isolda.

Resulta que los periodistas soviéticos nos convidaron un día a las cuatro de la tarde al local de su asociación, antes de una recepción en el Kremlin con Kruschev —los rusos beben mucho, ponen una enorme mesa llena de copas de todos tamaños y colores, con coñac de Georgia, vodka, vino blanco y rojo, caviar, esturión...—, pero nosotros no bebíamos, hasta que dijeron: «Bueno, son los pri-

[1] 1956. En el capítulo anterior «¡Qué pasa, Valadés!» se dan los pormenores del viaje.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

meros periodistas del mundo que vienen a Rusia y no beben, ¿qué pasa?» Así que nos vimos obligados a agarrar un cuete espantoso y llegamos ebrios a la recepción del Kremlin. Ya noche me retiré y llegué ebrio al Hotel Moscú, pero con una ebriedad preciosa. Como estaba descompuesto el elevador —mi cuarto estaba en el séptimo piso—, tuve que subir por la escalera. Cuando llego a mi piso veo a Isolda —a quien todos habíamos tratado de enamorar— y se crea ese mundo mágico, caray, ese momento milagroso entre un hombre y una mujer... Imagínate: un mexicano, una rusa... Llegué con ella y supe que estaba en el paraíso. Me dice: «Su compañero Luis Suárez ya está en el cuarto y tiene la llave». Le respondí que era una linda rusa. Y me voy. Empiezo a caminar. Y entonces se me ocurre algo. Había unos largos corredores alfombrados, que daban la idea de cabinas de barco. Me quito los zapatos y me voy danzando por el pasillo... —yo soy un bailarín frustrado, me llamó mucho el baile—. Ella después me dijo que en el instante en que yo hice eso, me había quitado veinte años de encima y empezó a sentir una gran ternura por mí. «Y un enorme deseo de que —dijo— tú volvieras a mí. En ese momento exacto de mi pensamiento, vi cómo te detenías, te dabas la vuelta y regresabas hacia mí y a mí se me salía el corazón...». Era una respuesta a lo que ella había pensado. Es decir, en el proceso de ver a ese tipo loco, borracho, que se quita los zapatos, que se va danzando, primero siente que me había rejuvenecido, que era un muchacho, y eso le dio ternura y un deseo de que yo regresara con ella; y en ese momento ella ve que yo me detengo y me regreso... «Bueno —me dice—, cuando tú regresaste, sentí que se me salía el corazón».

Y cuando volví con ella, pues... ya estábamos en el paraíso... Yo había comprado unas blusas chinas de seda en Hangcheu[2]. Me acuerdo y me voy al cuarto, abro mi maleta, saco una y se la doy. ¡Bueno!, ese regalo para una rusa entonces, era como darle a una mexicana un vestido comprado en París —sí, todas las malicias que

[2] Puerto y centro industrial. Capital de la provincia de Chekiang.

uno pone para la conquista de una mujer—. Al día siguiente yo quería que nos viéramos fuera del hotel, y ella me dice: «No, no tiene caso, tú te vas». Se resistía. Y un domingo —creo que fue como una semana de asedio después de ese momento— voy al cuarto con ejemplares de *La muerte tiene permiso*. Tomo uno, le pongo una dedicatoria muy especial, regreso, se lo doy... y eso fue definitivo. Ve el libro, ve la dedicatoria, se lo pone en el corazón y me dice: «Tú ganaste; hoy nos vemos».

Todo esto tiene que ver con el problema de la libertad que quiero abordar en la novela. Porque no sé cómo le hizo ella para conseguir que nos pudiéramos ver en un sitio y estar a solas; me imagino que debió ser complicadísimo. La segunda vez que nos vimos me llevó a un «Gum», que es, digamos, el Aurrerá moscovita. Compramos coñac, latas; no me dejó pagar. Salimos y yo la tomé del brazo y me dijo: «No me tomes del brazo, aquí eso se ve mal, hay que tomarse de la mano» —incluso los hombres van tomados de la mano—. Era un atardecer, las cinco de la tarde, en el otoño, y las paredes ocres y grises de Moscú parecían revivir con el sol. De pronto se detiene en seco y me dice: «¿Ves eso?» Un enorme edificio. «Mira —me dice—, ése es el edificio de la seguridad, de la KGB. En tiempos de Beria, al dejarte de ver, yo hubiera tenido la obligación de ir allí y presentar un reporte preciso de lo que hicimos, de lo que platicamos...». Y otra vez muy a la rusa, poniéndose las manos en el corazón, me dice: «Hoy, esto que estamos viviendo sólo nos pertenece a ti y a mí, no tengo que ir a decirle a nadie qué hemos hecho».

¡Imagínate qué elementos! Y reales, para darle sustento a la escritura. Lo terrible es que creo que la perjudiqué horriblemente, porque el viaje se violentó. Yo esperaba que nos quedaríamos una semana más, cuando de pronto nos avisaron que salíamos al día siguiente a tales horas y nos fuimos a Praga. Para mí fue muy doloroso desprenderme de ella. En Praga enloquecí y bebí. Le puse una carta loca, diciendo: «Llegué a Praga y te busco detrás de cada esquina, detrás de cada puerta, de cada ventana, y no estás, y re-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

cuerdo esto y lo otro...», y ponía palabras en ruso. Para quien leyera esa carta sin saber los antecedentes, parecería una carta en clave. Muchos años después, nombraron agregado cultural de la embajada soviética en México al marido de otra rusa, una mujer que había sido nuestra anfitriona en Moscú. Entonces hice más amistad con ellos, y una vez con él, bebiendo, le pregunté si creía que le hubiera causado problemas, y me dijo que era posible. O sea, que alguien hubiera pensado que esa carta de un enamorado desesperado tenía cosas en clave. No sé. Nunca supe. Pero, en fin, es un bello tema para hacer literatura, para hacer una novela...

«Tú ganaste».

¿En qué sentido?

Podría ser el título: «Tú ganaste».

No. Fíjate que el título sí lo tengo. Es una frase que dice algo así como: «Te querré más allá... de lo mortal...» Una frase muy bella. Es decir, te voy a querer siempre, siempre, por encima de todo... Te querré más allá de... de la inmortalidad... o de la eternidad, quizá... con un epígrafe que dice: «Isolda de Moscú». A veces pensé en el título «Isolda de Moscú».

¿Hace cuántos años fue eso?

Fue en 1956. ¡Hace treinta años! La primera cita fue un domingo en la noche. Me dice ella: «Nos vemos en la Esveltolava». Y yo le digo: «Recuerda que no sé ruso, ni conozco Moscú; dame un dato preciso». «Está bien», me dice. «Vamos a vernos frente al teatro Bolshoi, ahí hay una salida del metro, a las diez en punto llego». No había función en el Bolshoi, así que me paré frente a la fachada, viendo la puertecilla —ya te imaginarás cómo estaba—, cuando veo que se abre y sale ella con su pañoleta —se ven lindas las rusas

con su pañoleta—. Estaba muy temerosa de que yo pensara que eso para ella era común, pero sobre todo le dolía que yo supusiera que era sólo una aventura, y no, no; era más profundo. Llegó con la idea de que lo único que yo quería era acostarme con ella, que esa era mi única motivación, por eso se resistía. Frente al Bolshoi hay un pequeño jardín y me pidió que nos sentáramos ahí en una banquita. Nos sentamos. Estuvimos una hora frente al teatro, con la luna, el cielo, Moscú, ¡la locura!, platicando quién sabe de cuántas cosas, hasta que estuvo segura de que en mí había algo más que el simple deseo de una aventura fugaz, porque no mostré prisa, no la apremié —si hubiera querido me estoy con ella cinco horas platicando—. Entonces nos fuimos a un enorme multifamiliar con jardines al frente y una valla en donde ella había conseguido —me imagino que con problemas— un pequeño departamento. Me dijo: «Espérate aquí —y me señaló una ventanilla en el primer piso— cinco minutos; cuando veas que se enciende la luz te vas directamente». Ahí me quedé, vi que se encendió la ventanilla y ahí voy. Ella estaba con la puerta semiabierta. ¡Entré al paraíso, carajo!

¿Cuántos años tenían?

Yo, cuarenta. Ella... me es difícil precisar, pero era mucho más joven, claro. Entre veinticinco y treinta. Con ese rubio de las rusas —como tienen el sol a veces hasta las once de la noche, la piel se les tuesta de un dorado increíble, que yo no he visto en otra parte—, linda nariz, ojos... Como elementos anecdóticos para enriquecer la historia, recuerdo que una noche estábamos en el hotel el grupo de periodistas invitados, y alrededor de las once de la noche salimos al cambio de guardia en el Kremlin. Como la plaza está adoquinada, se escuchan los taconazos de los soldados en las baldosas. Era un día en que muchachos y muchachas de catorce, quince o dieciseis años —ellas vestidas de blanco— hacían desfiles por todo Moscú, y en la noche había una parvada en la plaza. Ibamos periodistas hindúes, brasileños, de muchas partes. Empezamos a convi-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

vir con ellos, a cantar todos, ellos con sus cantos rusos, nosotros canciones mexicanas, brasileñas, y de muchas otras partes. Y a esa hora organizamos un desfile por la Plaza Roja. Yo iba en el centro con esas chiquillas y muchachos, y atrás Luis Suárez, y atrás éste y aquél. Desfilamos por toda la Plaza Roja a medianoche. Nos llevaron a la puerta del hotel. Nos cantaron canciones y ahí nos quedamos. En fin, son elementos para enriquecer la historia central amorosa, con otras muchas cosas que viví ahí.

¿Empezarás a escribirlo la semana que entra?

(...)

¿Esta semana, quizá?

Pues sí... sí, debería hacerlo.

Cuando lo platicas, ¿no estás estructurando? Es como un ensayo cuando lo cuentas...

Bueno, eso es lo que hace Eraclio: es sensacional. El cuenta oralmente, y al hacerlo va afinando. Cada vez que cuenta una historia, se ve que la va construyendo, la va afinando. Incluso ha prometido que me va a dedicar una que me fascina: «El embotellador de almas». Es un cuento genial. Como él tenía la duda de que se lo plagiaran, había dicho que lo iba a escribir. «Si algún día escribo esta historia don Edmundo –porque así me dice gentilmente–, se la voy a dedicar». Pero digo, yo al contarlo no...

No lo recreas...

No, porque lo que te cuento es apenas una parte. La historia es mucho más grande. Tiene más elementos. Quizá he recreado un poco lo del Kremlin, lo de la alfombra... Y Praga...

Tienes además apuntes muy copiosos para otra novela, basada en Ticha, *según recuerdo. Ahí también se mezcla la realidad con la construcción literaria.*

Sí. Ya hemos hablado de cómo el escritor toma elementos de la realidad, de sus vivencias –o de las de otros, claro– para armar sus textos, los *ladrillos* que mencioné[3] antes. Fíjate, años después de aquella relación, comencé a recuperar escenas, frases, etcétera, para lo que sería una novela. Aquí tengo precisamente un cuaderno con algunos diálogos y situaciones. Pero nunca me senté realmente a escribirla, caray.

Están muy ricos, pero necesitan alguna explicación.

Bueno, en el estado en que están, sí. Pero son apuntes que se van diluyendo en el texto de la novela. Te voy a leer[4]:

–Pero qué quieres que hagamos. Otra vez vamos a hablar del mismo asunto sin llegar a ningún lado.

–Es que es forzoso hacer algo, no puedo seguir así, Tris.

(Es el apodo de Beatriz, el personaje de la novela. Habla con su pareja, Jorge Cobos, un periodista más o menos conocido, muy inseguro, medio ingenuo, temeroso de las mujeres. Viven juntos, en una relación problemática, jodida.)

–¿Qué pretendes, qué quieres, que te diga que estoy enamorada de ti, que te quiero mucho?

–No eso no, pero...

–¿Pero qué? No comprendes que no podemos hacer nada...

–Eso es lo terrible, esa sensación de que no se puede hacer nada, quiero hacer algo.

[3] En el apartado «En estado de gracia», Edmundo expone abundantemente su teoría de la creación literaria.

Las reproducción de tales apuntes van en cursivas, en tanto que los comentarios y explicaciones de Edmundo al texto están en versales.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

—Es inútil, Jorge, ya te lo he dicho: no tienes que hacer nada. Tienes que trabajar, tienes que pensar en otras cosas...

—Pero cómo quieres que trabaje, cómo quieres que haga otras cosas si vivo con la sensación de que no me quieres. Y es esa sensación: la sensación de que te estoy perdiendo, me aniquila, me quita fuerzas, me enloquece. Por favor, Tris...

—Pero si te he dicho que te quiero. No puedo estártelo repitiendo a cada segundo, compréndelo, Jorge, me exasperas. No quiero ya hablar de esas cosas...

—¡Cásate conmigo, Tris...!

—No, Jorge, no ganarías nada, sería peor para ti. Además, no me nace ya casarme...

(TIEMPO ANTES, ELLA HABÍA DECIDIDO QUE SE CASARÍAN SIN QUE JORGE SE DIVORCIARA DE SU ANTERIOR MUJER. BEATRIZ AVISA A TODOS SUS AMIGOS, Y JORGE LA DEJA COLGADA. CUANDO JORGE POR FIN SE DECIDE, ELLA YA NO QUIERE.)

—...déjame, espérame, tal vez más adelante, pero no me fuerces, entre más insistes, menos he de decidirme...

—¿Por qué, Tris, por qué no podemos casarnos?

—Es imposible, Jorge, ¿qué no te das cuenta? Ya es tarde. Cuando yo quise casarme, tú no quisiste; ahora ya no quiero, no podría...

—Sí puedes, Tris. Mira, ahí está la solución. Las cosas cambiarán.

—No tienes imaginación, Jorge, no puedo casarme contigo.

—¿No?

—No. ¿Qué no te das cuenta de que ya hice el ridículo? ¿Crees que voy a salir ahora con eso, que ahora sí me voy a casar, después de que se lo dije a todo mundo? Compréndelo, es tarde. Además, ya no tiene caso. Mi ilusión por casarme entonces era por mi hija. Ahora me da lo mismo. Veniste a vivir aquí siendo mi amante. Pasé sobre mi hija creyendo que íbamos a casarnos. ¿Crees que ahora voy a remediar algo?

—¡Oh Tris, necesito hacer algo!

—Hazlo. Trabaja. Déjame tranquila. Yo no voy a irme. Aquí estoy. Aquí estaré siempre. Al fin me encontrarás. Nada nos ha de ligar más si nos casamos. Además sería peor. Sí, Jorge, ¿no te das cuenta de que no podemos vivir con lo que ganas, que tendría que trabajar? ¿Te parecería bien que tu esposa trabajara? No, no puede ser. No hablemos de eso ya... Nada puedo hacer por ti. Ya te lo dije todo: y mi más grande fracaso todo te lo di, creyendo que ibas a cambiar, creyendo que ibas a ser el hombre que tú querías, el hombre que yo creía que ibas a ser. ¿Y todavía quieres más? No Jorge, no tengo ya nada que darte. Ahora he decidido salvarme yo, cueste lo que cueste, sobre el cadáver de quien sea. He pasado siete meses de sombra. ¿Qué he hecho? He perdido mi vida. Mi última oportunidad. Quiero probarme a mí misma de lo que soy capaz de hacer, si hay algo en mí voy a probarlo aunque fracase, pero lo habré intentado.

(ANTES DE LA SEPARACIÓN EN ESE CONTEXTO DE AMARGURA, ELLA ESTABA PROFUNDAMENTE ENAMORADA DE JORGE. A TODAS SUS AMIGAS LES HABLA DE SU DICHA:)

—Soy feliz, maravillosamente feliz. He encontrado al hombre que busqué toda la vida. Es maravilloso, es bueno, es inteligente. Ha estado aplastado, no ha podido hacer todo lo que es capaz, y conmigo podrá hacerlo. Se hará de un nombre, escribirá. Qué maravilla. Le doy gracias a Dios. Tenía miedo de quedarme sola para siempre, y he hallado quien comparta conmigo la vida. Gracias, Dios mío, gracias.

—Pero ¿quién es esa joya, dónde lo encontraste?

—Tú lo conoces, es Jorge Cobos, el periodista...

—¿Jorge Cobos? Pero Tris, ¿estás loca? Ese es un hombre triste que no cambiará nunca. Te vas a arrepentir. Lo que te engaña es tu sentido maternal. Siempre quieres ayudar a gente rara. Este hombre no es para ti. No podrás cambiarlo.

—Sí, yo lo cambiaré. Yo haré de él lo que no ha sido, lo que quiere ser. Él tiene ambiciones. Quiere escribir. Desea grandes cosas, y las hará. Yo le daré la fuerza que no ha tenido. Yo lo sacaré de ese pozo en que ha vivido, abrumado, esclavizado, y lo quiero, lo quiero bellamente porque es bueno, porque yo sé que estará conmigo siempre, toda la vida. Ese miedo a la vejez, a quedarme sola, lo he perdido. Lo tendré a él.

—Pero él es casado, ¿cómo es posible?

—Esa es una historia que quedará enterrada. Es que no supieron comprenderlo. No vive ya con ella. Se divorciará y vamos a casarnos.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

—¿A casarse? Pero Tris, eso es absurdo. No lo entiendo.

—Sí, vamos a casarnos. Voy a avisarle a todo mundo. Me siento como una chiquilla. Tengo una gran ilusión. Además tengo que traerlo a casa.

—¿A casa? ¿Vas a traerlo aquí? ¿Y tu hija?

—Por eso vamos a casarnos pronto, dentro de quince días. Estoy dispuesta a pasar por todo, pero no voy a perderlo. Será duro primero. Seremos felices. Y ella quiere eso. Quiere que me case.

(Las amigas, por supuesto, intentan disuadirla:)

—No seas tonta.

—No me conoces ni lo conoces como yo lo conozco a él, tiene maravillas que nadie había visto. Tiene una ternura maravillosa, tiene inteligencia. Tiene todo. Yo le daré lo que le falta. Mira, le he comprado todo esto: ni siquiera sabe vestirse. Yo haré de él un hombre bien. Le he comprado estas telas, estos zapatos, muchas corbatas. He andado por el centro como una chiquilla queriéndole traer todo, compré hasta un encendedor, una cartera, y mandé hacer los anillos para la boda. Soy dichosa. Esto es divino. Soy la mujer más feliz del mundo y se lo debo a él, a mi genio, a mi amor. Todo lo podremos hacer. Todo lo podremos vencer...

(Están los diálogos de cuando el amor se les escapa de entre las manos. La recreación que Beatriz hace de sus sentimientos durante los días infelices con Jorge:)

—Me he sentido traspasada, penetrada, por tus ojos. Siento a veces que me traspasan el cerebro cuando estás a mi espalda. ¿Cómo quieres que sea espontánea, cómo quieres que te dé mi ternura, si me has encerrado en una jaula? Por meses enteros he estado encerrada, y he decidido salir, Jorge, de esta prisión. No me pidas que te quiera, no me fuerces. Yo soy espontánea. Déjame que eso salga por sí solo. No me lo pidas. No puedo dártelo ahora y tienes que luchar contigo mismo. Si te quiero Jorge, hombre, necesito admirarte, eso es una cosa femenina. Yo no te admiro ahora. Tú necesitas hacer que yo te admire. No pienses en estas cosas. Ponte a trabajar. Eso es lo que necesitas: tener la mente ocupada. Haz todo eso que has querido hacer.

¿Cómo quieres que te admire, si al fin te veo derrotado? Si veo tu irresponsabilidad, cómo dejas tus cosas, cómo abandonas tu trabajo. ¿Qué confianza en ti me puede dar eso? Yo he sido siempre el hombre. Quiero tener un hombre a mi lado. Y tú no me has dado esa sensación. ¡Dámela! Eso es lo que debe importar...

(Están los reproches de Jorge:)

—Esa mujer me dio lo más maravilloso que he tenido en mi vida. Me dio la más dulce ternura, amor, todo, esa mujer que se convirtió de un momento a otro en un ser frío, indiferente a mis caricias, a mis ruegos, a mis besos. Por las noches, ¡cuántas noches se negó a que yo la amara! Eso me hizo daño. Un daño terrible. Me ha desequilibrado sexualmente. De nada valía que yo se lo pidiera como un mendigo pide una limosna. Sólo una que otra vez, de mala gana, haciéndome sentir un resentimiento por darme lo que pedía, accedió a entregarse. Y me hacía más daño. Yo necesitaba que ella respondiera a mi amor.

(La desesperación de Jorge es tal, que una vez, la primera desde que están juntos, comete la indignidad de buscar una mujer. Bebe hasta perder la noción y hace una cosa estúpida que no va a resolver nada. Pero esa mujer lo enferma, y es tal el infortunio, que precisamente el día que los síntomas de la enfermedad aparecen, Jorge llega a su casa y encuentra a una Tris amorosa, deseosa de ser poseída, dispuesta a recomponer ese amor. Jorge lo narra en un monólogo:)

¡Qué esfuerzo hice, cómo me costó trabajo!, pero tuve que decírselo. ¡Cuántas cosas me dijo! Quizás todavía no sé cómo debo haberla herido. Estaba rendido, agotado, y caí sobre la cama dormido. El teléfono está cerca, a dos pasos. Ahí en la penumbra del sueño oí su voz, la misma voz que acariciaba mis oídos cuando me quería mucho, esa voz que he querido volver a oír, esa voz que nunca más me ha dado. Abrí los ojos, estaba en el teléfono hablando con alguien. No sé qué decía. Oía sólo las inflexiones de su voz llena de ternura y amor. Una voz que prometía todo, esa voz que una vez sólo fue para mí. Comprendí que tenía que estar hablando con un hombre. Algo se agitó dentro de mí y sentí el impulso de levantarme a pegarle, a golpearla, pero no pude. Loco, temblando de ira, de asombro, de despecho, de todo lo peor, vi cómo regre-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

saba a la cama. Le pegué un grito: ¡Con quién hablabas! Ella también temblaba. No sé si de miedo porque sabía que la había oído, o si de frío, porque sólo tenía su camisón. Se acostó a mi lado y en sus ojos vi alegría, alegría de verme así. Y le dije algo que no debería haberle dicho nunca: «Bueno, Tris, estamos a pre.» Y vencido por todo lo que sentía, exclamé: «¡Tris hubiera dado algo de mi vida por haber sido el hombre que estaba en el otro teléfono! Hubiera dado cualquier cosa por ser yo el que para quien tu voz era así, esa voz he querido sentir, esa voz que tanta falta me hace, esa ternura que puede salir de tus labios para alegrarme el corazón...» Entonces ella se acercó, me rodeó con sus brazos, y mientras me acariciaba la cabeza maternalmente, dulcemente, con esa ternura buscada por mí, sólo me dijo: «Tonto, no hablaba con nadie, te he hecho un tango para que sepas que yo sé hacerlos. Quise vengarme. Estamos a pre.» Estaba agotado... me dormí sobre ella...»

(Sin embargo, Jorge es un ser inseguro, incapaz de reconocer la sinceridad ajena, particularmente la de las mujeres. Entonces, al día siguiente...)

Al despertar, la duda estaba ya dentro de mí. Esperé a que despertara. «Trisbi», le dije, «dime la verdad, ¿con quién hablabas anoche?» Y entonces ella, volviendo a su modo frío, indiferente, dijo: «si no me crees...»

(Es en realidad una historia de reproches, desencantos mutuos. Ella es una mujer sola de cuarenta años con dos hijas, una de ellas casada. Él tiene treinta y seis y es el prototipo de la inseguridad y de la incapacidad para comprometerse. Se han visto en espejos equivocados. La enorme atracción inicial, la pasión que prendió en el instante en que se miraron por primera vez en aquella redacción, no logró transformarlos en el ideal, en la fantasía que uno y otro tenían del contrario. Beatriz se lo dice:)

Te di un amor como nadie te lo ha dado. Un amor limpio, completo, y ¿qué hiciste con él? Lo tiraste por la ventana. Cuando te hallé no eras guapo, no te quise por eso. Antes me había impresionado Roberto, como ha impresionado a tantas mujeres. A ti te quise por verte ahí abrumado. Creí que serías mi compañero, mi novio, mi amante. Todo te lo di. Trabajé, quién puede saber cómo, y tú lo tiraste todo. ¿Cómo no quieres

que a veces te escupa mi amargura? Porque has matado un gran amor, quizá mi último amor. Te lo di como no se lo he dado a nadie. ¿Y ahora, qué? Estoy sola. Vete, vete. Tú qué sabes de lo que a mí me pasa. Sólo piensas en ti, en tu dolor, en tu vanidad herida. Yo estoy cansada. No sabes el esfuerzo que he hecho para meterme en esto. Quiero probar que puedo hacer algo. Yo sí estoy luchando. ¿Tú qué has hecho? Lamentarte, perder el tiempo. En el fondo no quieres que triunfe. Quieres que siga atada a ti. No quieres que me libere, y yo que he querido triunfar incluso para no depender económicamente de ti, para probarte que lo que siento es lo mismo sin que me ayudes. ¿Qué, dices que no puedes tomarme la mano delante de los demás? ¿Y qué? ¿Quién se acostará al fin conmigo? Tú. A mí me interesa lo que pasa dentro de estas cuatro paredes. Esto es lo que vale. ¿Crees que hay que decírselos a todos? ¿Ser como mis amigas, que cuentan sus intimidades? Lo que vale es esto. Te lo he dicho tanto. Siempre me encontrarás aquí. ¿Qué te he pedido? Que me ayudes. ¿Y qué has hecho? Hablar de lo mismo. Eres un enfermo mental y nadie puede hacer nada por ti sino tú mismo. Tienes la mente sucia, llena de marañas. No te he engañado. Y si alguna vez me gustara otro hombre, tú lo sabrías primero que nadie. Yo te lo diría. Y no por ti, sino por mí misma. En eso soy honrada. Sólo una vez lo hice y supe de la indignidad que es eso. Eres una basura. ¿Qué has hecho anoche? Un hombre no procede así. Has llegado a hablarme, a cansarme con lo mismo, y luego que estoy agotada, quieres que sea tuya. Eso debiste hacer primero, eso es lo que hace un hombre. Y luego te doliste porque no quise ser tuya, tú, tan sensible, tan delicado; creí que eras inteligente, que tenías imaginación. Por eso me quieres, porque no soy una mujer mediocre. Porque la seguridad en el amor lo acaba todo. Dormir con el mismo hombre, verlo en la mañana, eso acaba todo. Además, una mujer tiene cosas suyas, cosas que no quiere compartir con nadie, cosas íntimas, cosas secretas que a veces quieren guardarse para una misma. Y a veces quiere una estar sola, sin soportar al hombre, al hombre que quiere acostarse, que quiere saciar su deseo. A mí no me gusta dar nada que no sea espontáneo. No me fuerces. Déjame que sólo sea espontánea contigo...

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

(ELLA ES UNA EX ACTRIZ QUE HA DEJADO DE SER FAMOSA, Y CUYA VIDA ANTES DE JORGE HABÍA SIDO UN REMOLINO DE PASIONES. A LO LARGO DE LA RELACIÓN JORGE SE VA ENTERANDO DE ALGUNOS TROZOS DE AQUEL PASADO. ESTO ES DEL NARRADOR OMNISCIENTE:)

...de este tipo que era dueño de una gran tienda departamental. Un francés. Entonces ella era una artista muy famosa, intérprete de Agustín Lara. Él jamás quiso meterse en su mundo. Llegaba en su carro y la esperaba afuera del teatro a que ella saliera.

(AÑOS DESPUÉS ELLA LE PLATICA A JORGE:)

Yo entonces era muy joven. No me di cuenta de cómo me quería ese hombre. Un día lo engañé. A él le mandaban anónimos y nunca les hacía caso. Un día que yo me fui a Cuernavaca de farándula, él se quedó en la cama y puso un enorme «Te amo», con las cabezas de muchos alfileres. Pero en fin, un día se dio cuenta de que yo lo engañaba. Y lo único que hizo fue hablarme por teléfono, decirme «¡perra!» y colgar. Pasó el tiempo, me di cuenta de qué amor tan enorme me tenía y lo fui a buscar, me le arrodillé... Lloramos los dos —él era casado—. Me dijo «sí, yo te sigo queriendo, pero ya no es posible». Ese hombre sí me quiso, tú no me quisiste.

(ESTÁN TODAS LAS DIFICULTADES DE INICIAR UNA RELACIÓN EN CIRCUNSTANCIAS, DIGAMOS, EXCEPCIONALES. UN HOMBRE QUE NO SE HA DIVORCIADO Y UNA MUJER SEPARADA QUE TIENE FAMILIA.)

Toda la etapa amorosa fue maravillosa. Nos encerrábamos a hacer el amor. Pero ella vivía con una hija —otra, casada, vivía en el departamento de abajo—, y yo entraba subrepticiamente, muy noche, y a las siete de la mañana tenía que salir por un balcón, para que no me viera la hija. Hasta que, como nos íbamos a casar, arreglamos que yo entrara y saliera del departamento como la gente.

(POR SUPUESTO HAY ANÉCDOTAS DE LA VIDA EN COMÚN.)

Las hijas eran jóvenes, veinte años tenía la casada del departamento de abajo y dieciocho la soltera que vivía con Ticha. Tenían una buena relación entre ellas. Resulta que la casada empezó a tener problemas con el marido, quien aparentemente era un tímido sexual o alguna cosa así; no la satisfacía y le estaba creando una

situación terrible. Entonces ella decide platicar con un sacerdote de La Profesa y el tipo, ante la oportunidad, se le insinúa como sustituto del maridito. La hija se asusta y le cuenta a su madre. Beatriz entonces se presenta en La Profesa, busca al cura, ¡y le arma un escándalo de madre ofendida! Lo puso pinto. Ese día el cura quiso que se lo tragara la tierra.

(ELLA ES MAYOR QUE JORGE. YA NO ERA FAMOSA. TRABAJABA EN PUBLICIDAD Y PERIODISMO. ASÍ LO CONOCE A ÉL, EN UNA REVISTA. AHÍ LO VE ABRUMADO, UN HOMBRE DESAPROVECHADO A QUIEN —EN LA MEJOR TRADICIÓN FEMENINA— DECIDE REDIMIR, SALVAR, CASÁNDOSE CON ÉL, AUNQUE JORGE NO SE HA DIVORCIADO DE SU ANTERIOR ESPOSA, DE QUIEN ESTÁ SEPARADO. ENTONCES, RECUERDA JORGE...)

Empezó a avisarle a todo mundo en el medio artístico, en donde era muy conocida, que nos íbamos a casar... Y yo me cuartee. Para ella fue terrible... Y sólo después de ver que la había perdido, es cuando enloquezco por ella, le pido que nos casemos... Pero ella ya no quiere.

(JORGE ENLOQUECE. LLEGA A MANDARSE A SÍ MISMO *ANÓNIMOS* DELATANDO SUPUESTAS INFIDELIDADES DE BEATRIZ, PARA PROVOCAR QUE ELLA *CONFIESE* QUE LO ENGAÑA. ESO NATURALMENTE ACABA POR DETERIORAR LA RELACIÓN. SIN EMBARGO, CUANDO JORGE MUCHO TIEMPO DESPUÉS LA EVOCA, RECONOCE QUE ESA MUJER TRANSFORMÓ SU VIDA HASTA EN LOS DETALLES MÁS INSIGNIFICANTES:)

Ella me enseñó. Yo no sabía ni comer. Me llevó con un sastre. Me dotó de reloj y cartera. Me metió al mundo del cine. Íbamos a reuniones con artistas y me presentaba como su fiancée, *llena de amor. Pero yo no estaba preparado para una mujer así. Después ella inició negocios en los que me involucró, pero todos fueron una derrota. Y eso coincidió con que no quise casarme. Ella se derrumbó. Se pasaba en un corredor del departamento tomando el sol todo el día. No quería saber nada. Me di cuenta de que empezaba a dejar de quererme porque un día fuimos a comprar calcetines —ella escogía todas mis cosas— y en el mostrador encogió los hombros: «Es igual. Los que tú quieras». Había perdido el interés. Fue una terrible experiencia.*

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

(MUY PRONTO LA RELACIÓN ENTRÓ EN ESO QUE LAS MUJERES LLAMAN EL *ESTIRA Y AFLOJA* QUE FATALMENTE LLEVA AL FIN, PERO QUE ENCIERRA MUCHO DOLOR, PASIÓN E INCLUSO, RISA. JORGE RECUERDA:)

Una vez la conmoví. Me acosté como perro, en el suelo, a un lado de ella en la cama, porque cuando llegué no podía subirme. Así pasé la noche. Yo no me di cuenta, me lo dijo después: «En ese momento me reconquistaste. Vi cómo me querías».

(QUIZÁ SEA EN ESTA ETAPA CUANDO LOS CELOS SON MÁS INTENSOS, MÁS ENCEGUECEDORES. JORGE RECURRE A MEDIDAS EXTREMAS Y RIDÍCULAS:)

Contraté a un detective para que la siguiera. Era un ex reportero que había montado una agencia de investigaciones confidenciales. Sin embargo no reparé en por qué había dejado su anterior profesión hasta que empezó a entregar los primeros reportes y vi que me confundía a mí *con otros hombres: «En tal esquina a la señora la esperaba un tipo así y asado». Primero pensé que buscaba hombres como yo, pero luego vi que era yo mismo. ¡La había citado ahí aquel día a esa hora! «Soy yo, detective pendejo».*

(HASTA QUE EL *ESTIRA Y AFLOJA* CULMINA EN UN HECHO QUE PONE PUNTO FINAL A LA RELACIÓN. DE NUEVO JORGE RECUERDA EN UN MONÓLOGO INTERIOR:)

Una noche todo terminó. Traía una pistola. Me emborraché. En la borrachera, algo dije de matarme y ella se asustó. Pero no era mujer que se amilanara. Entonces me agarró, así, literalmente, con todas mis cosas, me puso de patitas en la calle y me entregó con mi tía. Le dijo: «Si se mata, yo no soy responsable».

Pues son dos temas realmente extraordinarios para novela. Ponte a escribir, carajo.

Sí, es lo que debería hacer, caray.

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

CINCO ENSAYOS DE EDMUNDO VALADÉS

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

Además de escritor, divulgador cuentístico y periodista, Edmundo Valadés hizo brillar su faceta de ensayista. Tal inclinación formaba parte de su natural apego a la búsqueda, reflexión y enseñanza de la creación literaria.

En innumerables oportunidades, en foros nacionales y extranjeros, abordó temas como el cuento latinoamericano, las minificciones y la novela de la Revolución, entre otros. He aquí un muestrario mínimo de su prosa ensayística, que esplende sustancia y belleza literarias.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

El paisaje en la guerra

Uno de los grandes personajes en la que se conoce como novela de la Revolución Mexicana, lo constituye el paisaje. Las llanuras, las montañas, las sabanas, el desierto, toda la naturaleza bronca o exuberante que fue escenario de la rebelión iniciada en 1910, enmarca, captada por la pluma de los escritores que lo describen casi siempre como testigos oculares, el sismo que empujó a México a la búsqueda de un nuevo orden social y político.

Quizá nunca se ha reunido en toda nuestra literatura un mural geográfico, tan solidario del hombre en sus afanes de justicia y libertad, como el que está presente en la novela de la Revolución. El paisaje es allí, aparte propósitos estéticos, incitante elemento que influye y participa en decidir operaciones militares que puso en juego la estrategia espontánea e intuitiva de los improvisados capitanes que harán triunfar a la Revolución. Además, es visible su importancia como estímulo que lanza al pueblo contra el régimen y la sociedad que lo oprimían.

Las altivas, soberbias moles montañosas de la Sierra Madre Occidental, en Chihuahua y otros estados norteños; los grandes desiertos, las tentadoras sabanas que abrían su inmensidad ante los ojos de seres explotados, alientan a huir, a «irse al monte», a la sublevación contra un sistema pródigo en injusticias, porque el paisaje ofrece albergue seguro para prender y mantener el fuego de la protesta armada, para solapar la guerra de guerrillas a salvo de la represión de las tropas federales, de las guardias blancas, del feroz aparato policiaco.

Tal calidad está advertida en las novelas de la Revolución Mexicana y por eso el paisaje adquiere en ellas un sentido que excede al de la simple descripción. Pocos como Rafael F. Muñoz tienen

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

conciencia de ello en los hechos que va a narrar. He aquí una observación reveladora, por la que comprendemos que, a veces, no fue nada más el hombre el que se adentró en el paisaje, sino que el paisaje fue al hombre, como aliado suyo: «Entonces se acercó a nosotros una gran planicie, se metió bajo las patas de los caballos y así se fue desenrollando. Parecía una mujer que se nos ofreciera y la tomáramos ávidamente: al galope.» ¿No es exacto aquí cómo el paisaje se lleva a los revolucionarios a su jornada bélica? Muñoz, dueño de aguda mirada, descubre que la naturaleza no es algo estático, sino que tiene movimiento, que se confunde con la prisa de los hombres: «...allá se va el mezquite correteando por el llano, como un muchacho travieso que sigue la puesta del sol».

O esto:

«Era el mismo mezquital, compacto e invasor, que llegaba hasta los bordes inclinados del terraplén para tocar con sus ramas los discos rodantes y las tablas de los carros. Y al pasar a la carrera ante nuestra puerta, el mezquite me fascinó, me atrajo hacia él, me hizo completamente suyo».

La obra de Muñoz es rica en espléndidas pinturas del paisaje norteño, ya como fondo de las acciones de Pancho Villa a la de los personajes de *Se llevaron el cañón para Bacbimba*: «...el perfil de las montañas contra el cielo, que de azul negro se iba tornando plomizo; después pareció que detrás de esas montañas se incendiaba un gran pajar». Es constante la presencia del ambiente físico: «...nos encontramos con que la hostilidad del monte se iba desvaneciendo; era como si el frío de las estrellas lo hubiera diluido...», o «...emprendimos el avance por un llano tan vacío que se diría que por ahí no hubo ruidos nunca».

En la plenitud del misterio de la naturaleza, en la soledad de las llanuras, esos hombres que arriesgaban sus vidas con un fatalismo impresionante, no dejan de sentir el efluvio de fuerzas extrañas: «Parecían estar en la mitad del campo, en el centro del vacío y del silencio». Y al atardecer:

«La tarde decaía, fatigada. Sobre los cerros aparecieron grandes nubes que parecían absorber las últimas blancuras del día; sus masas sobrepuestas figuraban, a veces, cabezas de viejos barbudos y de mujeres despeinadas, lomos de potros, puños amenazadores.»

La imaginación se despierta para asociar la naturaleza a las cosas vivas: «Me pasaba los minutos observando el perfil de los cerros, buscando parecidos de las rocas con las cosas móviles... y me detenía a escuchar todos los ruidos del bosque...». Y este pincelazo ante la grandeza de las cumbres: «Comenzaba la Sierra Madre, un mar de rocas inmovilizadas en los picos inaccesibles y precipicios que parecían no tener fondo».

No es Othón, sino Mariano Azuela quien describe: «El angosto talud de una escarpa era vereda, entre el peñascal veteado de enormes resquebrajaduras y la vertiente de centenares de metros, cortada de un solo tajo». (Aquí el novelista y el poeta tienen casi los mismos ojos, pues Othón había dicho: «...en el hondo perfil, la sierra altiva / al pie minada por horrendo tajo. / Bloques gigantes que arrancó de cuajo / el terremoto, de la roca viva...».

Un personaje de Azuela, a bordo de su caballo, trepa a una cima:

«Cuando escaló la cumbre, el sol bañaba la altiplanicie en un lago de oro. Hacia la barranca se veían rocas enormes rebanadas; prominencias erizas como fantásticas cabezas africanas; los pitayos como dedos anquilosados de coloso; árboles tendidos hacia el fondo del abismo. Y en la aridez de las peñas y de las ramas secas, albeaban las frescas rosas de San Juan como una blanca ofrenda al astro que comenzaba a deslizar sus hilos de oro de roca en roca.»

El atardecer, la noche, el alba —pues los revolucionarios vivían casi siempre a la intemperie, bebiendo el paisaje por todos los poros—, le inspiran estas imágenes al autor de *Los de abajo*: «...las nubes crepusculares como gigantescos cuajarones de sangre...», o «A esa hora, como todos los días, la penumbra apagaba en un tono mate las rocas calcinadas, los ramajes quemados por el sol y los musgos resecos».

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

La larga, cansada caminata por los montes es recordada: «Todo el día caminaron por el cañón, subiendo y bajando cerros redondos, rapados y sucios como cabezas tiñosas, cerros que se sucedían interminablemente». Y al fin, como la esperanza que se busca, asomó «Juchipila a lo lejos, blanca y bañada de sol, en medio del frondaje, al pie de un cerro elevado y soberbio, plegado como un turbante». El Bajío le da, también a Azuela, motivo para este dibujo: «Más allá del tupido mezquital que se dilata crespo, verdinegro e inmenso, cortado por la cinta de balastro reverberante, en la arboleda que circunda a Irapuato se levanta como una nube de plombagina».

Las proezas de Villa, de los dorados, tienen un ámbito natural portentoso y sus hazañas crecen, asociadas a la inmensidad del paisaje. Grandeza y barbarie; generosidad y violencia; idealismo y pillaje se confunden en el gran cataclismo social que sacudió a México. Martín Luis Guzmán ve la violencia de Villa —los escritores estuvieron tan cerca de ella que los confundió a veces— y la contrasta con el paisaje:

«Y la sierra abrupta, la sierra inmensa, cuya calidad estética suprema se debe al juego de la luz con los caprichos más nítidos de la superficie y de la línea, vivía de boca en boca el contraste entre su belleza de claridad y la negra leyenda de sus incursiones bárbaras.»

Cerca de la fusilería —los 30-30 de los corridos—, los novelistas de la Revolución vivieron muchas de las peripecias de esa gesta histórica. En trenes, en caballos, a pie, en los vivaques, ante sus ojos pasaron no sólo los hombres y las batallas, sino el paisaje, la geografía mexicana y se destiló en su recuerdo como vino generoso. Después de que Alfonso Reyes instauró en una frase feliz —y ya un signo heráldico del Valle de México— la diafanidad atmosférica del altiplano («Viajero: has llegado a la región más transparente del aire»), es a Martín Luis Guzmán a quien fascina la claridad matinal que envuelve a la metrópoli, y en tanto a su alrededor ensordecía el estruendo de las luchas civiles, el paso de los ejércitos revolucionarios, sus pupilas abiertas absorben la luminosidad

del Valle: «Era un día claro —con esa claridad, sólo de México, que acerca a las montañas y convierte el aire en transparencia pura», dice, embelesado, para continuar: «La mañana era soberbia. Húmeda y prodigiosamente transparente, la luz bañaba todo en claridad —en claridad perfecta, en claridad que parecía embeber las cosas sin tocarlas... »

Martín Luis Guzmán toma parte en la cruenta lucha de los mexicanos por derrumbar un sistema que los agobia; personaje y espectador en las fricciones provocadas por quienes tratan de desviar la Revolución o llevarla a su fin, va a dejarnos páginas admirables, en las que además de algunos retratos maestros de jefes, capitanes y guerrilleros que hicieron la Revolución, está latente su emoción ante la vista del paisaje, este paisaje de lucidez genial —«todo en él es pintado», dirá Carlos Pellicer años después—, que es deslumbre de purezas cromáticas suspendidas sobre el Valle de México:

«Montañas de blancura mate en las primeras horas de la mañana; formas gigantescas de azogue refulgente cuando el sol, fijo en lo más alto, deja abajo libres colores y matices; montes irreales, montes de ensueño, montes de cuento de hadas cuando la tarde los cubre con los más tenues y distantes de sus mantos: el rosa, el azul, el lila, el violeta.»

Apasionado —él fue siempre una pasión viva—, atraído por las fuerzas cósmicas, José Vasconcelos se deja sacudir y estremecer por el paisaje, en sus correrías revolucionarias, cuando todavía sus ojos eran generosos. Ante las debilidades humanas, siente la exaltación íntima y poderosa que estimulan las creaciones de la naturaleza. Pensador, el paisaje lo hace más artista y más filósofo. «Cómo resultan mezquinas —apunta— todas las luchas del hombre y cómo sería hermoso vivir de eremita para contemplar la naturaleza en su plenitud gloriosa».

Si a Vasconcelos lo gana y domina el prejuicio para juzgar a los hombres, ¡qué plenitud la suya para sentir, para beber, para penetrar en el misterio del paisaje, como si coincidiera con González Martínez en torcerle el cuello al cisne «que no siente el alma de las

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

cosas»! Con «inquieta pupila», José Vasconcelos es capaz de definir su emoción al contemplar una serie de impresionantes cimas, a bordo de un tren, cuando corre tras su más intensa vida, en la marea revolucionaria. Ante la grandeza del paisaje, en una de sus formas más fascinantes, el abismo, él se siente «la primer conciencia humana que se sobrecoge al capricho de las fuerzas creadoras».

Páginas imponderables escribe Vasconcelos en el *Ulises criollo* y en *La tormenta*, expresando sus reacciones ante la naturaleza mexicana. Y antes de describirla, fija su exaltación espiritual ante su panorama: «Pero también nace de la vista del campo primaveral no sé qué anhelo de superar el deseo concreto y un amor se difunde organizando la naturaleza en jerarquías». Viviendo aventuras extraordinarias, con toda su pasión desbordada y que nos confía con una sinceridad admirable, a la que pocos escritores se han atrevido, halla en la contemplación de la abrupta o feraz geografía de su patria, instantes para desprenderse de su condición humana, torturada por deseos, arrastrada a mezquindades políticas o a las debilidades de la carne:

«La travesía de una cañada, probablemente el río Pilón, fue como vivir un poema de campestre lirismo. En la mañana clara los riscos refulgen. La vereda sube y baja por el flanco de los cerros; asoma en algunos trechos al llano y en otros baja hasta confundirse con las piedras del arroyo. Una corriente cristalina susurra y la arboleda se prolonga rumorosa de frondas, cautivante de trinos de aves. Las retamas aroman el aire. Y se nos antoja que vamos de paseo con rumbo a alguna feria rústica o en viaje de amantes por la claridad dichosa.»

¡Cuánta poesía hay en esas páginas de este escritor contradictorio, lleno de atisbos geniales, que nos ha formulado uno de los testimonios más excitantes de la Revolución Mexicana, en tanto se salva de sus odios o resentimientos!:

«Soberbias perspectivas de lomas y cumbres que encierran en todas direcciones el horizonte. Tornadiza gama de unos azules sombríos en las moles pétreas, suaves en la lejanía circundada de cordilleras que fingen una ambición lograda para siempre. Arriba, el cielo, como un escape de los límites, más allá de la configuración y del volumen.»

Sigamos transcribiendo, que no hace falta más cuando se oye hablar así a Vasconcelos:

«La selva, por su parte, alcanza alturas de cumbre y compone oleajes de verdor. Se antoja meterse a su entraña, obstruida de bejucos, yedras y ramazones, poblada de guacamayas y pericos, gatos monteses y pumas. La sensación de vitalidad inexhausta contagia y expande el ánimo. Se siente que la vida tiene arraigo en el planeta. La belleza no es allí una elemental combinación de líneas y de tonos, sino muchedumbre de paraíso que encuentra su ritmo en la fragancia de los hálitos y en el clamor múltiple de la vida.»

Frente a sus desilusiones para los hombres que hacían la Revolución —y que casi nada más detiene al recuerdo de Madero—, ante sus propias caídas, Vasconcelos encuentra un escape de elevación ética y estética en la observación del paisaje, interesado en descubrir o palpar su misterio: «Y a pesar de todo se experimenta satisfacción de haber penetrado a estas regiones que al paso del tren tientan la mirada, fascinan con su misterio intacto».

Escéptico de su propio país, de sus dirigentes, a los que fustiga a veces en páginas de injusta perspectiva o a los que niega llevado de sus extremosas posiciones, no puede menos que expresar su emoción ante la naturaleza. Y si México es para él lo negativo —«...una de las más altas bellezas que es dado contemplar al ojo humano, y una de tantas del México maravilloso, nación en que la gente acumula ignominia y horror a la par que despliega inefables panoramas la naturaleza»—, una de nuestras más altas cumbres le da motivo para escapar de sus dudas morales:

«A medio río, en la anchura mayor, se contempla el fondo, hacia occidente, casi próxima y a una altura increíble, la Sierra Madre Oriental de macizos ciclópeos. En un catálogo de las bellezas naturales del mundo, panorama tal ocuparía el primer lugar reservado a las obras maestras...».

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Y es que Vasconcelos descubre en la naturaleza mexicana la paz interior que no le dieron sus correrías revolucionarias. Un amor sereno, limpio, que no gozó en el desboque del cuerpo: «Una voluptuosidad sin erotismo emanaba de la naturaleza oreada y fragante».

Considerando la importancia que los novelistas de la Revolución otorgan al paisaje, se concluye que fue factor para situar el campo en que se libraron las más grandes batallas. El más notable guerrillero dueño de una intuición táctica asombrosa y por momentos genial, Pancho Villa, nos parece, militarmente hablando, un producto de la geografía norteña. En sus incursiones de hombre fuera de la ley, se identificó con las imponentes montañas, con las sabanas, con la topografía formidable de Chihuahua, a la que hizo su mejor aliada. Así lo narran todos aquellos escritores.

Otro novelista, J. Rubén Romero, posee la particularidad de ver el paisaje con ojos de feligrés liberal:

«Entretanto, la luz entonaba su sinfonía de colores; primero el blanco de las nubes, tenue jabonadura para que el sol se rasurase; después el rojo de los holanes deshilachados del poniente y el verde amarillo de los cerros que parecían casullas de los domingos de Cuaresma, o capas pluviales ornamentadas con el oro que la Iglesia niega a los pobres.»

Curiosas asociaciones percibe el autor de *Pito Pérez*: «La casa de los Rafaeles, con su corralito a la espalda, vista desde lejos, parecía un indio descansando en la soledad del crepúsculo, con el huacal al hombro».

De ese infortunado escritor muerto trágicamente cuando había anticipado las promisorias posibilidades de su pluma, Cipriano Campos Alatorre, son estos pincelazos entresacados de su libro *Los fusilados*:

«La mañana era gris y había nubarrones negruzcos y revueltos, como tizne embarrado a escobazos sobre el muro plomizo de una cocina. Sólo en Oriente flameaban las nubes del celaje tintas en un bermellón tinto y cenizo. Pero como a eso de las doce, el cielo

se despejó completamente, y el sol reverberó como nunca sobre el lomo trigueño de la tierra.»

Narrando el drama de campesinos que se van a *la bola* para buscar un pedazo de tierra que les pertenezca y sólo encuentran aquella en que tienen que cavar su sepultura, Campos Alatorre logra contrapuntos entre la tragedia del hombre y el paisaje, cuando dice: «...Grandes peñascos grises y porosos ponían su nota lúgubre, desoladora, en la tristeza del paisaje».

Comparaciones inesperadas surgen de la pluma de este escritor: «...Allá lejos, se extendía la larga cadena de montañas con sus moles pelonas, ásperas y grisáceas, semejantes a pieles roñosas de cuadrúpedos echados».

La Revolución, como se ve, identificó por vez primera al mexicano con el ámbito natural. Lo puso y lo adentró en lo suyo. Fue, también, una revelación estética, de la que habría de derivarse el genio pictórico de sus grandes maestros pintores.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Ronda por el cuento brevísimo

Desestimado en mucho como creación menor, la del miniaturista, el cuento breve o brevísimo no ha merecido ni recuento, ni historia, ni teoría, ni nombre específico universal, como lo demanda Marco Antonio Campos, salvo los que desde la revista *El Cuento* le dimos de minicuento o minificción y que han ido generalizándose. Pero su interés, su circulación, su creciente ejercicio y su valor como género literario han ido en ascenso: es ahora una elaboración que prolifera en las letras contemporáneas, y que se ensaya o se colma muy extensamente en nuestros países, sea en el estudio del escritor o en el taller de los que se inician en la narrativa: de allí su reproducción constante en revistas y suplementos y la multiplicación de libros forjados con minicuentos.

Su mayor difusión, impulso y estímulo se lo ha dado la revista *El Cuento*, desde hace más de veinticinco años en que empezó a publicarlos profusamente, y que organizó el primer concurso de dichos textos, y es ya constante, diría que insoslayable, su inclusión en revistas y suplementos literarios. Incluso, incitó en Colombia a que se creara una publicación especializada en recogerlos: *Ekuóreo*. Una bibliografía de obras en tal *especialidad* haría evidente su múltiple presencia, quizá como reciente fenómeno creativo en la literatura latinoamericana contemporánea.

Expresivo de su beligerancia es este casi manifiesto lanzado por la revista *Zona*, de Barranquilla, Colombia, de Laurián Puerta, en el que se le concede función literaria subversiva:

«Sacado de una de sus falsas costillas, el minicuento, ese extraño género del siglo xx, ha conducido al cuento clásico al camino de una estrepitosa bancarrota. Parece una afirmación temeraria. Pero es una rebelión inexorable que viene gestándose desde la cuentística

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

inaugurada por Poe. La primera escaramuza fue con el relato breve. Y al minicuento se le ha encomendado la delicada misión de darle el tiro de gracia».

En otra página se agregan, bajo un título de aire provocativo, «¡Ni un paso atrás, siempre en el minicuento!», estos conminatorios postulados: «Concebido como un híbrido, un cruce entre el relato y el poema, el minicuento ha ido forjando su propia estructura. Apoyándose en pistas certeras se ha ido despojando de las expansiones y las catálisis, creando su propia unidad (¡) lógica, amenazada continuamente por lo insólito que lleva guardado en su seno. La economía del lenguaje es su principal recurso que revela la sorpresa o el asombro. Su estructura se parece cada día a la del poema. La tensión, las pulsaciones internas, el ritmo y lo desconocido se albergan en su vientre para asaltar al lector y espolearle su imaginación. Narrado en un lenguaje coloquial o poético, siempre tiene un final de puñalada. Es como pisarle la cola a un alacrán para conocer su exacta dimensión [...] El cuento clásico ha sido domesticado, convertido en una sucesión de palabras sin encantamientos. El minicuento está llamado a liberar las palabras de toda atadura. Y a devolverle su poder mágico, ese poder de escandalizarnos [...] Diariamente hay que estar inventándolo. No posee fórmulas o reglas y por eso permanece silvestre o indomable. No se deja dominar ni encasillar y por eso tiende su puente hacia la poesía cuando le intentan aplicar normas académicas».

Aparte de ciertas puntualizaciones que ameritaría este aguerrido manifiesto, no deja de ser otra certitud del auge de los significados actuales del cuento brevísimo, que encuentra allí partidarios que lo enarbolan como *desideratum* cuentístico. Otro signo del interés que despierta es la relación sobre el cuento en Hispanoamérica, de Juan-Armando Epple, publicada en la revista argentina *Puro Cuento*, con valiosas sugerencias y datos respecto al género, y en la que señala que la revista *El Cuento* lo bautizó como minicuento, y que tales textos, para Enrique Anderson Imbert, son «cuentos en miniatura».

Minificción, minicuento, micro-cuento, cuento brevísimo, arte conciso, cuento instantáneo, relampagueante, cápsula o revés de ingenio, síntesis imaginativa, artificio narrativo, ardid o artilugio prosísticos, golpe de gracia o trallazo humorístico, sea lo uno o lo otro, es al fin también perdurable creación literaria cuando ciñe certeramente su mínima pero difícil composición, que exige inventiva, ingenio, impecable oficio prosístico y, esencialmente, impostergable concentración e inflexible economía verbal, como señala José de la Colina, para los que él llama «cuentos rápidos». La minificción no puede ser poema en prosa, viñeta, estampa, anécdota, ocurrencia o chiste. Tiene que ser ni más ni menos eso: minificción. Y en ella lo que vale o funciona es el incidente a contar. El personaje, repetidamente notorio, es aditamento sujeto a la historia, o su pretexto. Aquí la acción es la que debe imperar sobre lo demás.

Para aludir a lo que es o debe ser este género, parto de la base tentativa, arriesgándome a pisar terreno muy resbaladizo, de considerar minificción al texto narrativo que no exceda de tres cuartos de cuartilla. Más no, porque rebasando tal obligada limitación, que implica resolver los problemas de apretujar una historia fulminante en unas quince o diecisiete líneas mecanografiadas a doble espacio, sería posiblemente cuento. ¿O dónde se puede esperar el espacio entre cuento y minificción?

Si me remito a las minificciones que más han cautivado, sorprendido o deslumbrado, encuentro en ellas una persistencia: que contienen una historia vertiginosa que desemboca en un golpe sorpresivo de ingenio. Así el suceso contado se resuelva por el absurdo o la solución que lo subvierte todo, delirante o surrealista, vale si la descomposición de lo lógico hasta la extravagancia, lo inverosímil o la enormidad, posee el toque que suscite el estupor o el pasmo legítimos a que se ha podido tramar la mentira con válida estrategia. Temática frecuente del minicuento, quizás la más localizable, es el reverso, la contraposición a historias verídicas, estableciendo situaciones o desenlaces opuestos a incidentes fa-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

mosos, reales o imaginarios, o las prolongaciones del antiguo juego entre sueño y realidad, o invención de seres o animales fabulosos, si no de ciudades o regiones ficticias, como serían los casos de Michaux, Borges, Calvino, por citar algunos entre los más admirables.

Las más de las veces, lo que opera en las minificciones certeras o afortunadas es un inesperado golpe final de ingenio, cristalizado en contadas líneas, en una fórmula compacta de humorismo, ironía, sátira o sorpresa, si no todo simultáneo. Otra recurrencia es la alteración de la realidad, en mucho por el sistema surrealista, al ser transformada por el absurdo, de modo inconcebible o desquiciante, creando una como cuarta dimensión, en la que se violentan todas las reglas de lo posible.

El cuento brevísimo es invención oriental, quizás más particularmente china, por estar en su literatura, creada hace siglos, algunos de los más redondos y ejemplares. En libros sagrados o históricos, de la más remota antigüedad, hay insertos algunos inesperados o fortuitos, disimulados como partes de un texto dilatado, que al ser extraídos, adquieren calidad de inopinadas o reconquistadas miniaturas narrativas. En *El Talmud* o en sus similares árabes, hindúes, etcétera, proliferan casi siempre propuestos como sabios consejos metafóricos de una religión, de una ética o una tradición en los usos y costumbres, deviniendo a veces en minificciones, porque aunque no se lo hubieran propuesto, a sus autores, generalmente anónimos, les brotó de pronto el género. Los hay deliciosos, en *El libro las mil noches y una noche*, y posteriormente en otros libros occidentales como el *Novellino*, por dar un ejemplo.

Algunos clásicos españoles los retoman de literaturas orientales o del propio acervo folclórico, con deliberación y gracia: baste citar a Juan Timoneda, uno de los más perdurables, y a Juan Rulfo o a Juan Aragonés, entre otros. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, en la preciada antología *Cuentos breves y extraordinarios*, extraen, ubicándose o casi forjándose, al descubrirlos en obras voluminosas, por medio de múltiples y atentas lecturas, textos mínimos de diversos autores clásicos o modernos, y que al ser atrapados

adquirieron naturaleza de minicuentos, en una tarea exploratoria que yo he extendido en *El libro de la imaginación*.

Tal vez podría determinarse el año de 1917 como el de la fundación del cuento brevísimo moderno en México y demás países de Latinoamérica, con uno, titulado *A Circe*, primer texto con que se abre un libro entonces de insospechadas radiaciones e influencias, *Ensayos y poemas*, editado ese año y que le daría celebridad a largo plazo al cuento y su entonces joven autor, el mexicano Julio Torri, que frisaba entonces en los veintiocho años.

Hay cierto consenso en que esa mínima prosa es la pequeña obra maestra suya, pues en mucho contiene su estilo conciso, irónico, malicioso, de elaborada exactitud idiomática. Texto que con otros de su libro *Ensayos y poemas* influirán primero, induciendo a varios de sus contemporáneos a forjarlos: Genaro Estrada, Carlos Díaz Dufóo, Mariano Silva y Aceves; más tarde en Novo, que los colma maliciosamente, dejando varios felizmente antologables, y de seguro en la serie que envuelve *Tapioca Inn*, de Francisco Tario, comprimidos de grato humorismo y fantasía, y que prosiguen en sus cuentos de fantasmas, «donde lo vivo y lo muerto juegan alegre y despreocupadamente», y luego en la generación que por los años cincuenta lo redescubre, lo revaloriza con más atenta mirada crítica, suscitándose con *Circe*, una secuencia dedicada a Ulises, que tramarán en un contrapunto de juguetonas versiones, el español Agustí Bartra y los mexicanos Salvador Elizondo y Marco Antonio Campos, entre otros más, aquí y en países sudamericanos.

Pero la repercusión de Torri actúa particularmente en el caso excepcional de Juan José Arreola, quien burilará milagrosos textos y cuentos en los que corretean graciosas socarronerías y un incisivo y mortal aire irónico, en una operación de magnánimo y variado ingenio, para convertirse en uno de los grandes alborozos de nuestra literatura, o quizás en su gran alborozo. La obra de Arreola influye a su vez incalculablemente en la generación de los años cincuenta y más allá, y la que debido a esa activación, revaloriza a

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Torri y se nutre de sus enseñanzas idiomáticas y del ejemplo de que en sus textos «ninguna palabra estuvo de más».

En este vistazo a otras expresiones de la ficción breve del siglo XX, recurriendo a la memoria, Franz Kafka elabora maestrías de mínima medida en las que reaparecen los temas profundos de sus novelas, artefactos explosivos para detonar angustias y conflictos del destino humano. Y Ambrose Bierce, cabecilla de lo corrosivo, de la sátira fulminante sobre la condición humana a la que desnuda con pinzas de acero escéptico. Hay que mencionar a un cuantioso creador de ellas, Ramón Gómez de la Serna, quien en su libro *Caprichos* (1956) forja unas doscientas, entre las cuales, si no todas, las hay magníficas y logradas. Que yo sepa, ningún otro escritor en nuestro idioma ha intentado tantas.

Jules Renard es gran maestro en minificciones, muy pródigo en ocuparse de personajes y detalles de su Francia rural, en textos irónicos, y quien llega a una especie de hai-kú en prosa, al dar aguda y personal visión del mundo animal. Entre otros franceses, está Max Jacob, que las despliega en su *Cornet á dés*, con intención más bien poética y, en primera línea, Henri Michaux, portentoso fabulador de textos breves, con los que urde países, ciudades y personajes insólitos, como se ha dicho, nacidos de una riquísima imaginación, de la experiencia onírica o del influjo de la droga, en libros de inventiva fascinante. En Michaux es muy posible que Julio Cortázar encontrara la veta para sus cronopios y famas, e Italo Calvino la fuente para establecer sus ciudades invisibles, seductora geografía imaginaria. Jean Cocteau, muy versátil, nos ha dejado miniaturas de singulares efectos, porque parecen la trampa de un prestidigitador.

Quizás el juego entre sueño y realidad, muy chino, se contemporiza con Borges, autor de minificciones ejemplares, con alusiones a animales ficticios, para que se repita soberbiamente ese artificio incansable que habría de multiplicarse. Entre más escritores argentinos, numerosos, que frecuentan tal zona literaria, Enrique Anderson Imbert es diestro y feraz en maquinar múltiples minificciones, en tanto que Marco Denevi atina incansablemente

en reversiones antihistóricas. Anoto de él un libro delicioso, *Falsificaciones*, por su ingenio en reinvenciones relampagueantes, así como Héctor Sandro, de los más notables en tal arte conciso. Y entre otros mencionables, a María Luisa Shúa y a Rodolfo Modern, que en un libro aparentemente chino, logra válidas réplicas a versiones de clásicos chinos.

Entre los españoles, A.F. Molina, con sus libros *Arando en la madera* y *Dentro de un embudo*, realiza travesuras de desenfrenado humor negro, en tanto que Alfonso Ibarrola es creador de textos de un extraordinario humorismo: su «La aventura» es una de las mejores brevedades, en esa tesitura, definitivamente antológica. El chileno Alfonso Alcalde, en *Epifanía cruda*, agrupa una serie inaudita de comprimidos, con impecable factura en la línea del absurdo y del humor negro, y que él mismo considera señales de humo, parpadeos de la memoria, hitos de la imaginación, contraseñas o borradores de historias que se quedan debajo de la lengua, entre dientes; o que son cuentos tan efímeros como el hipo, pero el verdadero, eso sí, puntualiza. Otro latinoamericano, el salvadoreño Álvaro Menén Desleal, es de los más consignables, así como su compatriota Ricardo Lindo. En la ciencia ficción mínima, el francés Jacques Stemberg y el belga Pierre Versins tienen textos memorables, porque condensan en ellos historias anticipadoras de lo que podrá acaecer a los terrícolas en siglos futuros, ya cuando entren en colisión con habitantes de otros planetas o cuando se cumpla totalmente su extinción.

Y para no extenderme más, así deje pendientes otras referencias que confirman el auge y la proliferación del género, paso al vuelo sobre autores mexicanos recientes. Perito en la concisión, uno de los más notables ingenios de la sátira y la fábula en el siglo XX, Augusto Monterroso, apastilla textos de los que destilan burlas, de finísima gracia, y que resultan ejemplario, colmadamente divertido, de las debilidades o de las estupideces humanas.

Donairoso, juguetón, pero implacable e inflexible, de él dijo José Alvarado: «Augusto Monterroso es uno de los más lúcidos, miste-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

riosos y sutiles prosistas en el castellano de hoy. Pedante fuera señalar su vago parentesco con Borges, Arreola, Jules Renard, algunos ingleses y el mismo Azorín.» Cito de salida unos cuantos nombres más de los que sobresalen aquí en la minificción: José de la Colina, René Avilés Fabila, Felipe Garrido, Agustín Monsreal, Otto-Raúl González, Olga Harmony, Leopoldo Borrás y Roberto Bañuelas, cantante de ópera que se da tiempo y afición constantes para preparar cápsulas de ingenio, varias de ellas perdurables por la agudeza con que las concentra y remata.

Digamos, por último, que la minificción es la gracia de la literatura.

La lectura

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Poder leer es ya no volver a estar solo.

Desde temprana edad, los libros me han sido compañeros inseparables: en ellos contraje ese bello «vicio impune», el único que no suscita remordimientos: el de la lectura. A la conquista de ella, algo tardía, pero aún niño, desemboqué en los cuentos de hadas como a un mundo de fascinación y ensueño, al que era la utopía infantil, y me nutrí de la colección Calleja, de formato minúsculo: geografía de lo fantástico.

Lectura apasionante, porque por primera vez un libro me restituía mucho de mis propias realidades o circunstancias, fue el *Corazón*, de De Amicis. José Vasconcelos nos hizo, al editarlo, mucho bien a los niños de mi tiempo. Los relatos entreverados en ese diario escolar fueron de seguro mi primera incitación hacia el género cuentístico. Arribé a las historias de aventuras, Verne y Salgari, los inductores, por largo tiempo, de la imaginación de los adolescentes. Luego a la novela de intriga, de folletín, como las de Eugenio Sué, un extraordinario narrador, en la que sentí por vez primera los alcances de la maldad humana cuando para una secta, cofradía o mafia, el fin justifica los medios, como ocurre en *El judío errante*, que tuve que leer a escondidas, ya que era libro proscrito, pues en él los villanos eran los jesuitas, como expresión estrujante del mal, cuya presencia y posibilidad me apesadumbró vivamente leyendo esas páginas.

Con esas novelas, en mucho repertorio de maldades, la editorial Sopena nos acercó a otros escritores mayores —Sué no deja de serlo en el folletín—, como Alejandro Dumas, quien nos emocionó con *Los tres mosqueteros*, las admiradas aventuras de D'Artagnan, maravilloso héroe espadachín, y otras obras como *El conde de Montecristo*, personaje ideal para encarnarlo, y especialmente Víctor

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Hugo, del que me dolieron profundamente las circunstancias de inteligencia y fealdad de un Gwinplaine en *El hombre que ríe* o de la irónica proeza del personaje de *Los trabajadores del mar*, y me asombró y deslumbró esa prosa suya magistralmente descriptiva, la acción y los caracteres y sus constantes reflexiones éticas, en tiradas líricas en las que el novelista no desaloja del todo al también famoso poeta.

En mi adolescencia hay una novela corta de D'Anunzzio, *Epíscopo y Cía*, que leí no sé cuántas veces y que por responder a estados de ánimo que yo sufría, melancólicos y de inseguridad, con reacciones de enfermiza congoja, me impresionó dolorosamente, como ningún otro libro me ha afectado de ese modo. Es quizás el libro con el cual he llorado más intensamente en mi interior, y la desolación que me produjo apenas la puedo igualar con la que sentí al perder la fe en la existencia del Dios católico. En contraste, un gran suceso en mi incipiente juventud, a los quince años, fue descubrir *Las mil noches y una noche* –después de la versión pudibunda de Galland, adaptada para niños– en la traducción literal que hizo Blanco Ibáñez de la Mardrus, y cuyos veintitrés tomos compré uno a uno cada semana, a cincuenta centavos el libro, después de un arreglo muy difícil con un librero de Santa María la Ribera. Fue arribar al más seductor espacio de la sensualidad y la fantasía: a la libertad de los deseos y la imaginación, proscritos en el sistema rígido y de prohibiciones que me envolvía y paralizaba. Me costó mucho tiempo recuperar esos veintitrés tomos que se me fueron cuando perdí la que fue mi primer biblioteca. Los recuperé pasado mucho tiempo, casi milagrosamente o por desearlos tanto, y los guardo ahora como lo más preciado entre mis libros valiosos o preferidos.

Seguí leyendo con voracidad insaciable, sin orden ni guía, de los clásicos a los autores que nos incitaban por sus sugerencias o descripciones eróticas, aunque siempre veladamente, como Pitigrilli, El Caballero Audaz, Pedro Mata, Alberto Insúa y todos los demás, antes de llegar a los verdaderos maestros del erotismo:

Lawrence, Miller, Durrell, y de haber pasado por una de las grandes novelas que enfrentan anticipadamente los conflictos entre amor y posesión: *El infierno*, de Barbusse, que me causó una de mis grandes conmociones juveniles. Sería interminable recordar autores y libros que me poseyeron, me influyeron, me determinaron o que me son como queridos familiares de los cuales no puedo alejarme: algunos de Wilde, de France, de Faulkner, de Tomás Mann, de Grass, de Kafka, de Borges, de Cortázar, escogidos unos cuantos nombres al recuerdo inmediato de la memoria, con otros de escritores mexicanos: Martín Luis Guzmán, Vasconcelos, Revueltas, Rulfo, Villaurrutia, Sabines, López Velarde, Paz el ensayista.

En todas estas lecturas, el segundo gran hallazgo fue Marcel Proust, con su *En busca del tiempo perdido*, leído primero en etapas, porque la versión española no apareció completa sino en 1944, en Buenos Aires. A veces supongo que es esta obra en la que ha anclado la que fue mi infatigable sed de lecturas. Es al libro que vuelvo sin cansancio y con renovada admiración, como un cuáquero lo hará con *La Biblia*, libro del que me duele su casi lejanía, porque era prohibido en una casa católica como en la que yo viví, y no pude abordarlo a tiempo.

Si es un gozo el recuerdo de lecturas imborrables, ¡qué pena que las dejamos de hacer de libros o autores insoslayables! Un libro no leído es el peor tiempo perdido. Algunas de las grandes revelaciones o influencias decisivas en la vida de un ser humano, están en los libros, en algún libro que espera su a veces predestinado lector. Los escritores somos hijos de ellos. Les debemos la posibilidad de escribir otros libros.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

El cuento latinoamericano

Los grandes cuentistas latinoamericanos se fraguan en el siglo XX. Más copia o reflejo de otras literaturas, endeble en su técnica, sin elaboración estilística, sin profundidad sicológica, sin rescatar el lenguaje propio por sumisión al español peninsular, encorsetado en un localismo superficial que le coarta perspectivas, moralista o tendiendo al cuadro de costumbres, anecdótico las más de las veces, oprimido por pudibundeces o represiones tradicionales, detenido en la periferia de una realidad política y social imprevista, inquieta y convulsiva, apenas bordeando un ruralismo que cae en lo pintoresco, el cuento latinoamericano del siglo XIX resbala en ingenuidades, carece de perspicacia, es iterable y no funde una originalidad creadora.

Los cuentistas de esa centuria, aun los mejor dotados, empezaban a «escrutar un mundo y una naturaleza que, a menudo, ahogaban a los personajes», y son víctimas de las eventualidades del atraso a la confusión política, del aislamiento cultural y de la falta de estímulos y de difusión. Sólo escasos autores redondean una obra perecedera y uno que otro son apenas los relatos antologables o memorables:

Del argentino Esteban Echeverría, del mexicano Vicente Riva Palacio, del brasileño Machado de Assis, del colombiano Eugenio Díaz, del peruano Ricardo Palma, entre contados nombres. No hay menosprecio en estos juicios. Quienes ensayaron el cuento distrajeron vacaciones en las luchas políticas, en el periodismo o en ganarse la vida con desventaja. Pero por esa narrativa breve del siglo pasado, pese a sus inevitables carencias, a su concepción meramente anecdótica, se trasminan costumbres o matices de la época, y es parte indispensable de nuestra tradición literaria para

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

comprender la evolución de nuestras letras, umbilicalmente atadas a la tardía transformación material y política y al largo proceso para que adivinara una modernidad emparentada con la universal, ya ahora a veces adelante de ella.

Después del trasplante del naturalismo —Ricardo Latchman escoge como relevantes en ese afluente a Jesús Castellanos en Cuba; Federico Gamboa en México; Fray Mocho y Payró en Argentina; Javier de Viana en Uruguay; Baldomero Lillo en Chile—, la gracia y el ritmo prosísticos, así incurra en vaguedades o exotismos, del modernismo alado de Rubén Darío o Gutiérrez Nájera y las fantasías de Leopoldo Lugones, son aberturas por las cuales el cuento respira renovando oxígeno. Al paso, otro camino se inaugura: el del criollismo. Por él, los cuentistas ponen atención en reproducir el lenguaje coloquial y, al estímulo de lecturas como las obras de los iluminados escritores rusos, los apasionan los dramas sociales y raciales o los hechos depresivos y sangrantes de la realidad latinoamericana de su tiempo.

El uruguayo Horacio Quiroga es el primer cuentista de cuantía. El cala, con dramática y violenta percepción, en la lucha del hombre con la selva indomable y hostil, símbolo de una naturaleza enemiga y que será encuadre en novelas famosas como las de José Eustasio Rivera y Rómulo Gallegos. Y de modo desusado, un tipógrafo colombiano, Julio Posada, compone el primer cuento clásico latinoamericano del siglo: «El machete», con pericia que retorna lo verbal ingeniosamente. El peruano Ventura García Calderón es de los que obtienen múltiples traducciones de sus labrados relatos.

En las primeras décadas de este siglo, el cuento latinoamericano iniciará un despegue hacia formas superadas, bifurcando sus materias —realismo e imaginación—, que por largo tiempo serán enfrentadas en ruidosas polémicas, y que al fin confluirán para que brote una purificada aleación: el realismo mágico o la fantasía realista. Asoman las innovaciones y las audacias. Pesará antes cierta posma vernácula o regionalista. («El cuento, en América, respira con la tierra, y es ésta su virtud y a veces ¡ay! su pobreza. El cuento, en general, ha sido el pueblo. Y el paisaje y la humilde costumbre de un lugar escondido. El cuento ha sido provinciano», ha de exclamar el antologador colombiano Daniel Arango) y proliferará su uso como testimonio de acusación o de protesta, al colocarse en él el impacto de las evidencias inocultables de demora social y política; el prolongado e irritante espectáculo de peones, obreros e indios explotados o esclavizados, y la carga agobiante de feroces dictaduras y del imperialismo voraz y las intervenciones de Estados Unidos, endemias malignas no extirpadas aún.

Ejemplo macizo y coherente es el del llamado grupo Guayaquil: Demetrio Aguilera Malta, Alfredo Pereyra Díez-Canseco, José de la Cuadra, Joaquín Lara Gallegos y Enrique Gil-Gilbert, y que se multiplicará por osmosis; el nicaragüense Emilio Quintana aludirá a la vida de trabajadores enganchados a la United Fruit.

Parece que la toma de conciencia sobre injusticias abominables, que asumen proporciones siniestras y plurales en Latinoamérica durante esos años, y la militancia de escritores y políticos, encuentran en el relato de vías de escape para la denuncia o la formulación del documento requisitorio. La indignación del cuentista ante una realidad que supura opresiones, violencias, expoliaciones, rebajando la dignidad humana, recurre a exhibirlas. Con los descuidos formales de que adolece, esa propensión cumple una buena tarea: difundir aspectos sociales de la época, y probar identidades y afinidades latinoamericanas. Es una descarnadura útil, sobrada de denuedo social, así sea menor en lo creativo.

Profuso es el repertorio de quienes, en lo que origina otra amplia secuencia, tratan de encarar o sondear la vida precaria del indígena. En Perú, Enrique López Albujar, «duro, realista, brutal, escueto en el estilo», despierta incluso admiración en España con sus *Cuentos Andinos*, transidos de «angustia social», que merecen el encomio de Unamuno, Carlos Samayoa Chinchilla, en Guatemala; es de quienes se adentran en el alma cercada del indio, ya que pocos pueden atrapar su mundo íntimo. En esa línea, cuya extensión la debilita lo moncorde o lo folclórico, descollarán poste-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

riormente notables creadores como Salarrúe al interpretar con «ternura –la mejor calidad humana– y con gracia de depuradísimo talento» al pueblo humilde salvadoreño; el peruano José María Arguedas, cuyos relatos «desde un punto de vista social y humano dan la versión más depurada del auténtico indio, sin la menor sofisticación de tipo comprometido»; el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, al amalgamar «con imágenes propias, la mágica visión de los mayas». En México, Andrés Henestrosa recrea o reinventa hermosamente leyendas zapotecas; Ermilio Abreu Gómez, en *Canek*, proyecta «una sensibilidad maya moderna»; Francisco Rojas González, sin lenguaje cabal, atisba el mundo y las costumbres del indio con «un espíritu de amorosa observación, directa e intencionada». Un escritor más joven, Francisco Salmerón, plasma, con bellísimo sabor de crónica antigua, uno de los relatos más bien tramados sobre el abuso de los fuereños con las comunidades indígenas: *Velas para San Andrés.*

Dramas y sucesos que sacuden o hieren a Latinoamérica suscitarán otros ciclos determinados, como la Revolución Mexicana, la cual producirá copiosa narrativa. En la breve, resaltarán las maestrías de Martín Luis Guzmán, en epopeyas soberbias que condensarán la violencia y la crueldad desatada por este sismo social. Rafael F. Muñoz acertará en relatos inolvidables. Cipriano Campos Alatorre, muerto prematuramente, estructurará en *Los Fusilados*, con claroscuro orozquiano, una sobresaltada circunvisión de la lucha zapatista. La guerra de Sandino y la del Chaco serán inmisión del nicaragüense Manolo Cuadra y de los bolivianos Augusto Céspedes y Oscar Cerruto para testificar esas brutales y amargas emergencias. Ahora en Cuba, se han producido obras que dan pormenores de la hazaña revolucionaria de Sierra Maestra, como la premiada de Jesús Díaz. Sobre el tema del negro, que atrae en sus comienzos a Alejo Carpentier y que da personajes al panameño José María Sánchez, Lydia Cabrera, cubana, capta la concepción «mágica del mundo que los esclavos africanos trajeron a tierras americanas».

En un contraste evasionista frente a la cuentística de la Revolución Mexicana, ocurre un transitorio auge de lo «colonialista» en el que participan Genaro Estrada, Francisco Monterde, Artemio de Valle Arizpe y otros. En distintas incitaciones, Manuel Ugarte y Ricardo Guiraldes explorarán con ojos embebidos el paisaje y la vida de la pampa, que templará tierna nota, pese a su estrecho localismo verbal, con Yamandú Rodríguez. En las inquietudes por nuevas formas de expresión o de intención, de «contaminación», no puede olvidarse a los argentinos Roberto Arlt, que transfiere a sus crónicas el habla de la calle (él escandalizaba por 1929 al decir: «Me interesan entre las mujeres deshonestas, las vírgenes, y entre el gremio de los canallas, los charlatanes, los hipócritas y los hombres honrados») y a Macedonio Fernández, el mayor humorista argentino, o Eduardo Mallea, experimentador certero que indaga su ciudad, y Manuel Mujica Lainez, Silvina Ocampo, Beatriz Guido y José Bianco.

Julio Torri, mexicano, anticipa imaginaciones de fino acabado en prosas o estampas salpicadas de ironía. Arturo Uslar Pietri, de admirado colorido y estilo, figura con señorío en la cuentística venezolana, en la que también brillarán Julio Garmendia y Guillermo Meneses. Desde Cuba ganan merecidas famas Carlos Montenegro, Enrique Labrador Ruiz, que impone atrevimientos novedosos, y Lino Novás Calvo, excelente narrador que sabe manejar tipos muy habaneros. Los chilenos Manuel Rojas –«que creó todo un pueblo de personajes»–; Francisco Coloane, quien «extrae del mundo austral sus resonancias más íntimas»; María Luisa Bombal, que se acredita con breve pero interesante obra, y Mariano Latorre, extenso paisajista. El colombiano José Celis Fuenmayor, de importante repercusión en cuentistas posteriores: la generación de García Márquez. En Brasil, Mario Andrade «descongela» el portugués, fecundándolo con giros brasileños, y Lima Barreto cuenta historias que serán muy festejadas. Los peruanos José Días Canseco, «urbanizador» de la narrativa de su país; Clemente Palma, anticipador de temas fantásticos, diabólicos o extravagantes, y César Vallejo, a

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

quien por su celebridad poética, se olvida como vigoroso narrador. El salvadoreño Arturo Ambreguí, el panameño Rogelio Sinán; los costarricenses Carmen Lira y Alfredo Cardona Peña, quien ensaya de modo muy personal la ciencia-ficción; el dominicano Juan Bosch, de anchuroso renombre; los hondureños Marcos Carías Reyes, que revelan aspectos inexplorados de la vida en su país; el paraguayo Gabriel Casaccia, el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, el ecuatoriano Jorge Pedro Vera, los uruguayos Enrique Amorim y Francisco Espínola; y los mexicanos Efrén Hernández, Juan de la Cabada, Mauricio Magdaleno, Rafael Solana y Francisco Tario, la mayoría de ellos repetidamente incluidos en antologías.

Los movimientos de vanguardia europeos –determinante el surrealismo– que cristalizan y se proyectan en honda revolución poética, que a su vez influye en la prosa con las rupturas drásticas hacia la o las formas tradicionales que persistían; la irrupción de geniales innovadores, en lo que tienen que ver con Freud y Einstein, como Joyce Proust. Dos passos, Kafka, Faulkner, cuyas obras aguijonean la búsqueda o el ensayo de insospechadas estructuras idiomáticas y estilísticas; un afán lúcido y riguroso de curiosidad y crítica; una inconformidad que se acentúa en los escritores por cortar los moldes añejos que mantiene la sociedad; el auge de la industria editorial, por efectos de la Segunda Guerra Mundial, al empujar a Latinoamérica, a buena parte de la española; el surgimiento de nuevas revistas literarias, abiertas y bien informadas respecto a la cultura y las literaturas contemporáneas, inducidas por el ejemplo y la lección trascendente de *Revista de Occidente*; y la revelación de la palabra propia, con el fértil acierto de recrearla, desdoblarla y de extraer lo que había sido su idioma casi inédito, soterrado, falsificado, son agentes activos subversivos que renuevan la prosa que se va a escribir en Latinoamérica y que, en el cuento –en un tránsito decidido de las zonas rurales a las urbanas, del exterior al interior secreto del hombre, del contorno a las entrañas de la realidad–, contribuyen a dilatar su dimensión. Y a través de él figura la intimidad oculta del ser humano o su pugna

con el mundo exterior, para un ensanchamiento de la imaginación en todas sus posibilidades y riesgos, partiendo de la coyuntura propia, con un apego a ella conciente o inevitable, y por ello más profundo y auténtico. La narrativa latinoamericana acabará por orientarse hacia superadas y superiores facturas. Quedará atrás el cuento llano, sin misterio artístico, para que se concrete en obra de arte.

Así, la madurez intensa, la singularidad, las muestras cabales del dominio de técnica y estilo en el cuento latinoamericano podrán situarse, de partida, en los años cuarenta, con la aparición de *El jardín de los senderos que se bifurcan* (1941), *Ficciones* (1944), y *El Aleph* (1949), que consagrarán como figura maestra, en una peculiaridad muy suya, a Jorge Luis Borges, escritor que irradiará una influencia extensísima, decisiva en el manejo del idioma. (Será raro el escritor de nuestra generación y de las que siguen, que no esté en deuda con Borges). Con él, será otra la narrativa. Preciso, de maravillosas exactitudes prosísticas, crea una obra que alcanzará renombre universal, al construir «fantasías poéticas y alucinantes que renuevan la literatura de imaginación en nuestra lengua para expresar la condición del hombre perdido en un universo caótico y angustiado por el fluir temporal» (Ana María Barrenechea).

Los múltiples estímulos de Borges, que desatan y expanden el género fantástico, inciden en cuentistas como el mexicano Juan José Arreola, quien dueño de neta personalidad, ejercita prodigiosa inventiva, con la que deslumbra no se sabe si más verbalmente para burilar agudos, maliciosos, milagrosos textos, en los que hay una porfía: la burla sutil al frustrado empeño masculino por materializar la mujer ensoñada, y un gracioso apego a su tierra, a la que trastorna con irónica gracia. O el salvadoreño Álvaro Menén Desleal, de vivaz ingenio para lo fantástico y el humor negro, pero que sabe revertirlo –en espléndidas ocasiones– para establecer sátiras de construcción infinitesimal sobre realidades absurdas. Entre los más jóvenes, el venezolano Dámaso Orgaz, en un libro de pró-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

digo talento, cumple entretenida aventura, que aunque se avecina con Cortázar y linda con el surrealismo, proyecta vívida imaginación personal.

En 1946, se publica el primer libro de cuentos –*Sagarana*– de un escritor brasileño, Joao Guimaraer Rosa, cuya latitud crece ininterrumpida por su novela *Gran Sertón: Veredas,* considerada como una de las más ambiciosas en cuanto a lengua y estilo desde el *Ulises* de Joyce con *Corpo de baile* (1956) *Primeras historias* (1962) y *Tutaméla* (1967). Guimaraes Rosa es otro condueño del mejor relato breve en el que, como a golpes certeros de hacha, instaura «peculiar atmósfera, intensidad de imágenes, sabor único en las palabras». Se le acredita ser «innovador del lenguaje y de la sintaxis, con aparentes incorrecciones, que derivan de la lengua hablada sus deliberadas violencias, sus deslumbrantes neologismos» y «que el suyo es un mundo esencialmente verbal».

Por 1947 –aunque sus primeros textos aparecieron desde 1925– se reúnen los cuentos *Nadie encendía las lámparas,* de un escritor uruguayo cuya importancia destacará el tiempo para irlo embriagando como el «que llevó a su punto más alto la llamada literatura fantástica»: Felisberto Hernández. Se ha dicho, valuando uno de sus aportes, que «la desmitificación y, en contrapartida, la exaltación de lo absurdo e irracional, denotan una original inmersión en un universo libre, donde el extrañamiento con las cosas y con los seres aparece como una auténtica forma de objetividad», o que ejerció el poder definitivo de traspasar su extraña y única condición de hombre sorprendido y anegado hasta tal punto de la emoción de vivir, que se veía obligado a contarla de una manera irreprimible. También que su obra se ha erigido, paulatinamente, como una de las más perdurables y renovadoras de la literatura uruguaya. «Presenta –señala Anderson Imbert– la realidad desquiciada, con zonas de misterio o reduciéndolas al absurdo. El análisis de las sensaciones a veces deja en libertad imágenes superrealistas».

Antes que *Rayuela* –novela de inédita estructura en la cual el idioma es desenfundado para proyectarlo más allá de sí mismo–,

Julio Cortázar sale al cuento con *Bestiario* (1951), relatos fantásticos, y domina poderosa fluidez narrativa en *Final de juego* (1965), para consumarse como cuentista considerable, después de *Las armas secretas* (1959), con *Todos los fuegos el fuego* (1966), en el cual desplaza una prosa que mana como sin querer y pareciendo no llevar a ningún lado, nos arrastra, nos conduce a la experiencia de situaciones insólitas o angustiosas, con un arte exclusivo para colocar a seres sencillos frente a complejidades extrañas e imprevisibles, factibles increíblemente. Cuentista envolvente, sus relatos atrapan como trampas disimuladas, y ponen a sus personajes en tensión con una realidad que no revela su misterio pues son ellos a veces un absurdo entre casualidad, o que es escamoteado o en la que nadie sabe nada de los otros.

Uruguay es tierra de excelentes cuentistas. Tiene una de las más feraces tradiciones, entre ellas la comprometedora de Quiroga. Otro de sus grandes narradores –y obviamente de Latinoamérica– es Juan Carlos Onetti. Dice Carlos Fuentes –en su apasionante ensayo sobre la nueva novela latinoamericana– que el paso del documento de denuncia a la síntesis crítica de la sociedad y la imaginación, es lo que distingue a las obras de los escritores más significativos de una etapa de tránsito de la tipicidad a la personalidad y de las disyuntivas épicas a la complejidad dialéctica del aislamiento frente a la comunidad, y que la revelación de que la supuesta felicidad de la «civilización» sustentada en el consumo era una nueva enajenación, una atomización más profunda, una soledad más grave, no fue advertida mejor o antes que Onetti, «cuyas obras tristes, misteriosas, entrañables, [...] son las piedras de fundación de nuestra modernidad enajenada» y el más fiel espejo de nuestros hombres «groseros, tímidos o urgentes», para los cuales «el desinterés, la dicha sin causa, la aceptación de la soledad», son como el conocimiento de «ciudades inalcanzables». La producción cuentístista de Onetti se inicia en 1951 con *Un sueño realizado y otros cuentos,* al que siguen *El infierno tan temido* (1962) y *Tan triste como ella* (1963).

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Augusto Roa Bastos, paraguayo, emerge como celebrado cuentista en 1953, con *El trueno entre las hojas,* para irse destacando también como uno de los más significativos novelistas latinoamericanos con *El hijo del hombre* (1960). Otro libro suyo de relatos es *El baldío* (1966), al que seguirán *Madera quemada* y *Los pasos sobre el agua.* Roa Bastos, que maneja una prosa amasada con densidades que se iluminan casi indirectamente, es un escritor muy apegado a la circunstancia paraguaya. Él mismo se ha hecho este autorretrato: «Augusto Roa Bastos, narrador de historias más o menos apócrifas, siente particular desconfianza, entre los géneros de ficción, por los prontuarios, los diarios íntimos o la autobiografía. Sólo puede decir entonces de sí mismo que es probablemente uno de los parroquianos más reiterados de estas historias en las que tratan de plagios la parte de realidad que le interesa a él. Piensa que (...) la fanfarrona palabra creación quiere decir algo que significa reducir la realidad del mundo y de la vida a la medida del Creador; realidad que es lo que se ve pero también lo que no se ve, que es lo que no es, pero también lo que no existe todavía». En sus cuentos está claro lo que no se ve.

En 1955 se revela, de modo instantáneo, el talento de un cuentista excepcional desde el principio, por su «pluma perspicaz, despiadada y certera»: Juan Rulfo. *El llano en llamas* es una de las más sorpresivas y sorprendentes creaciones del realismo mágico que se ha dado que refleja el alma mexicana en lo más hondo de sus atavismos. Su mundo, como suspendido en una inercia irreal de fatalidades, violencia, sexo y muerte, parece carecer de tiempo —y aun su espacio está en vilo— y si se desenvuelve es a través de un sueño enajenado de sus personajes, en un transcurrir taimado o desolado de sus memorias. Rulfo supera y rebasa con una extraordinaria y original eficacia, toda la narrativa rural anterior a la suya, y con inimitable industria en el recurso casi constante del monólogo, y en una recreación, en una sagaz recomposición irónica o poética del habla del hombre del campo mexicano. Antes que Rulfo, en 1944, con *Dios en la tierra,* José Revueltas había emergido

como cuentista de profundo aliento. Con una prosa sombreada de acusadoras admoniciones, teñida del eco de los profetas bíblicos, en momentos oración implacable, describe al ser humano como condenado a la aniquilación por el mal, a tornar «incesantemente sobre las regiones más odiadas y repulsivas de su propio espíritu», a expirar una vida que es vivir en un infierno terrenal. En *Dormir en Tierra* (1960) alcanza una destreza perfeccionada en la indagación sicológica, dilacerando despiadadas o monstruosas complejidades de la subconciencia de sus personajes, víctimas de sí mismos o de siniestras y fatales fuerzas oscuras. Su estilo de larga respiración usa del adjetivo y del comparativo como si fuera el dedo de Jehová.

José Donoso, el novelista chileno más destacado, se inicia con dos colecciones de cuentos (*Veraneo,* 1955 y *El Charleston,* 1960), que lo colocan en la primera línea de los prosistas de su promoción al rectificar rumbos al relato, «dándole una atmósfera de fantasía y libertad». Con una novela, *Coronación* (1957), se consagra internacionalmente. Sobre su obra se ha escrito que «trae a la narrativa hispanoamericana un sentido sacramental de la experiencia humana. Apoyándose casi siempre en la célula social básica, la familia, mostrando muchas veces la periferia desde la altura implacable y poética de una infancia de ojos terriblemente abiertos; mezclando el tiempo que corre con el tiempo huido irreversiblemente, Donoso compone novelas y cuentos en que el espesor de la existencia cotidiana es atravesado por la premonición trágica, por la ciega presencia del sacramento. En este sentido, su más ambiciosa obra hasta la fecha (*Coronación*) es un logrado esfuerzo por suprimir los límites y las convenciones de la novela realista».

Gabriel García Márquez escribe sus primeros relatos desde 1948, con una fijación: el mundo mágico y simbólico de Macondo, que cristaliza en la novela más famosa de la literatura latinoamericana: *Cien años de soledad.* Sólo con el impar éxito de este libro, habría de reconocerse que ya en los cuentos de *Los funerales de la mamá grande* (1962) no únicamente se había podido advertir un pasmoso talento de fabulador, sino que devendría en obras mayores. García

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Márquez colude realidad y fantasía desbordando todos los límites, y con un genial sentido del humor restituye al mismo tiempo, con desenfado y clarividencia, el mito y la historia de Latinoamérica como tierra alucinada y alucinante de supercherías, escándalos, milagros, sueños, alegorías, estruendos, sorpresas, fusilamientos, guerras civiles intermitentes, catástrofes y personajes de una pasta que contiene los mismos ingredientes de los seres históricos o supuestos que han imaginado, descubierto, bautizado, poblado, creado, diezmado, mortificado, explotado estas tierras.

TRES NOMBRES CLAVES EN LA NOVELÍSTICA CONTEMPORÁNEA

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

¿Qué obras resultarían definitivas o indispensables si se tratara de formar el cuadro básico de la novelística contemporánea? De inmediato, como claves quizá esenciales, saltarían, con el inmenso caudal de sus dilatadas proyecciones e influencias, tres nombres: Joyce, Proust y Kafka, en un orden de jerarquías variable, ya que si se trata de tres grandes cumbres visibles a la primera mirada, sus altitudes no permiten medir cuál es la más alta. Hay en el *Ulises*, en *En busca del tiempo perdido* y en *El proceso* y en *El castillo* determinantes de los cambios en la literatura actual, digamos que del siglo xx, novelas cuya elaboración asemeja a sus autores en cuanto que los tres de hecho pusieron en ellas sus propias vidas, o sea una entrega singular en su realización. Sus vidas son, en mucho, sus propias obras, a pesar de que cada una por separado tiene tal intensa y extraordinaria originalidad, tal genio literario diferente y sorprendente, que no hay la más remota afinidad ni en estilo y contenido, así las asocie el mismo signo de ser en sí revoluciones literarias.

Decisión de Brod

Estos tres escritores viven, coincidentemente, la misma época, aunque en circunstancias opuestas o en nada parecidas, con los extremos de gran holgura económica en Proust y estrecheces para Joyce. Proust nace en 1871, Joyce en 1882 y Kafka en 1883, en medios sociales nada parecidos. El primero en nacer es el primero en morir: el autor de *Swann* fallece en 1922, a los cincuenta y un años de edad; Kafka, a los cuarenta y uno en 1924; y Joyce en 1941 a los

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

cincuenta y nueve años, en un promedio de medio siglo de distancia para cada uno. La gestación de las obras fundamentales es lenta, laboriosa y prolongada en los tres, y por igual padecen vicisitudes increíbles para que sean editadas, póstumamente varias, en los casos de Proust y las más famosas en el caso de Kafka, cuya gloria literaria es la más tardada en esplender. Proust y Joyce llegan a estar, un instante, juntos, sin intuir en absoluto un destino que los igualaría. Kafka sobrevive debido a que su amigo Max Brod, sin atender las instrucciones que le da –en una decisión fuera de cualquier comprensión– de quemar a su muerte sus manuscritos, librando dura lucha con su conciencia, resuelve lo contrario, salvando así uno de los legados literarios más importantes.

Los tres mundos

Si Joyce es cósmico, si Proust es una época y Kafka el castigo humano, los tres violan o rebasan lo antes escrito, para crear tres estilos que son los ríos amazónicos que han llevado sus aguas como múltiples confluencias literarias en este siglo. El más célebre, el más estudiado es Proust: se dice que es el novelista de quien más se ha escrito. Más conocido que leído, Joyce es el que provoca máxima influencia en la literatura actual como maestro impar en captar el pensamiento interior del ser humano, en extraer el monólogo interior, lo que lo emparenta con Freud.

Kafka produce entre realidad y fantasía para establecer el duro e incomprensible destino humano, como símbolo de una proscripción infinita y fatal. Proust detalla la aniquilación de valores, costumbres, modos al paso del tiempo, así como la declinación humana, en un juego terrible de ironías, para concluir en que lo único válido es el arte. Joyce expone al hombre sometido a todas las radiaciones mentales, morales, sociales, etcétera, de la época, en la búsqueda de su realización. Kafka ve a sus semejantes como perseguidos, como excluidos, aun como víctimas inocentes de crímenes que se les imputarán inmisericordemente.

Idioma Inconmensurable

Idiomáticamente, el que llega más lejos es Joyce, en su *Finnegans Wake*, de improbable traducción. Tomemos un párrafo, de la que intenta Aurelio Garzón del Camino: «Esto recuerde el engrabado deslucido que imprimamos en la pared de la casa desalbergada. ¿Fueron ellos? [apuesto que ese pesadero tartacallado con su caja de chocolate mujikal, Michael Marais, escucha por la ojo-cerradura], los restos decía del grabapared sobreusada donde otrora estuvieron Ptolomanos de los íncubos inhumanados. ¿Fuimos nosotros? [Hace feo pretender pizcar el arpa cordibular de un segundo oiditor, Farrely la Flma]. Conocemos la historia. Aclara tu linterna y mira el viejo. Dbln. W. K. O. O. ¿Oyes? Cerca el muro masoliente, Fimfim fimfim. Grueso fruto de cachatarro. Fumfum fumfum. Es optófono que ontofaña. Golpe. La lira mítira de Pireblé. La tocarán trastocada, la oirán a sus anchuras». Jean Paris responde, a la pregunta de que si lo anterior es una broma, explicando el cuidado de Joyce en esos aparentes ocios idiomáticos, para alcanzar un vocabulario de treinta mil palabras, remozando arcaísmos, fundando nuevos sentidos, creando mil neologismos, interjecciones, onomatopeyas, tomando su técnica del fenómeno freudiano de la condensación.

Universo en formación

Añade Paris: «Por su carácter, este lenguaje no deja de hacernos pensar en la física nuclear. Sabido es que a sus conocimientos enciclopédicos unía Joyce el de las matemáticas y sus aplicaciones. Los trabajos de Roentgen, de los Curie, de los Ruyherford, de Bohr, encuentran aquí su eco: así como la simplicidad primitiva de los átomos debía descomponerse en protones, electrones, neutrones, etcétera, las palabras se descomponen en elementos lógicos, fonéticos, semánticos, etimológicos y se convierten en corpúsculos, en sistemas en miniatura. Algunos provistos de un único electrón, participarán del juego de palabras, como Rotschild, que Joyce escribe

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

redshields (escudos rojos) o *goat* (cabra), del cual hace *Gott* (Dios). Pero otras ofrecerán al análisis una estructura tan compleja como la de los cuerpos radiactivos, y como ellos, emitirán sin tregua partículas que, chocando con otros términos, los modificarán o los pulverizarán. Así se iniciarán reacciones en cadenas: Wellington dará Willingdone (¡hágase su voluntad!), Willingstone (piedra deseosa, voluntariosa, consentidora..., para volver, después de estas transmutaciones, a su primer estado: Wallinstone (muro de piedra). Otros sonidos, heliones errantes, atravesarán el libro, como ese tip que, desprendido del rascacielos de Finnegans jerarquitectitiptitoploftical, provoca sin duda su hundimiento; ese tip que reaparece en todo momento como la memoria de la caída (*to tip*: voltear, volcar) o la esperanza de una propina (*to tip*: dar propina), y del cual la autora nos enseñará que procede simplemente de una rama que el viento agita contra el vidrio. Provistas de dos, tres, cuatro *n* dimensiones, captadas en distintos niveles de integración, las palabras revelan propiedades físicas proliferantes; aglomeradas en un espacio estelar y microscópico, expresan un universo en perpetua formación».

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

SUS PRIMERAS LETRAS LITERARIAS

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

La siguiente obra teatral es, quizá, uno de los primeros textos con aspiraciones literarias escrito por Edmundo Valadés. Fue publicado a instancias de su padre en Impulsos, *periódico de las escuelas del Municipio de Mixcoac, en octubre de 1926. Lo incluyo respetando sintaxis y estructura, junto con alguna que otra falta de ortografía.*

El torero mentiroso

Comedia en seis cuadros de Edmundo Valadés, de once años

PERSONAJES

El Torero mentiroso ..... Edmundo Valadés.
Señora Comepoco ..... Graciela Vives.
El Falsificador de Billetes ..... Javier Morales.
La Falsificadora ..... Sara Cuéllar.
El Detective ..... Edmundo Valadés.
El Comisario ..... Javier Morales.

Primer acto

(Epoca actual.– Aparece una sala amueblada, una mesa, alfombra, tres sillones; en la mesa un vaso, cerillos y cigarros, etc., etc. Entra la señora Comepoco y se sienta en un sillón).

Sra. Comepoco.– Natalia, ve a abrir, están tocando.

Natalia.– (Va y abre la puerta y va donde está su mamá y dice:) Carta para usted, mamá.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Comepoco.– Traila pronto para ver de quién es.

Natalia.– Es de Estados Unidos, mamá.

Comepoco.– (La abre, la lee y dice la carta en este término:) Estados Unidos, a 2 de junio de 1926. Para la señora Comepoco. Mi muy estimada: Llego hoy a la una de la tarde en el Ferrocarril Mexicano, pararé en su casa como usted me lo ofreció. Saludos a todos. De su amigo Cornelio Rusbi, Torero de Madrid.

Anda Natalia: ve y prepárale una habitación para Cornelio, lo más buena que puedas, pues pienso que se casará contigo.

Natalia.– Sí, mamá; se la arreglaré con mucho lujo.

Comepoco.– Está bien; ve pronto, porque ya son las diez y nos queda muy poco tiempo para alistarnos. Mozo, ven pa'cá.

Mozo.– Mande usted, señora, ¿qué se le ofrece?

Comepoco.– Ve a alistar el coche porque ahora viene Cornelio y... pronto, eh?

Mozo.– Sí, señora.

Comepoco.– Natalia!

Natalia.– Mande usted, mamá.

Comepoco.– Cuando acabes de alistar la recámara, te alistas tú, que ya son las doce y cuarto.

Natalia.– Ya alisté la recámara; ya estoy lista, nada más me falta polvearme.

Comepoco.– Esta muchacha me saca las canas verdes; apúrate.

Natalia.– Ya vengo bajando la escalera. ¿Qué tal estoy, mamá?

Comepoco.– Siempre me andas preguntando eso; ándale vámonos.

Mozo.– (Llega y empieza a sacudir la sala) Esa mentada señora Comepoco, me va a sacar cuanta ropa tengo; cada rato me pide mis camisas para sacudir; no sé por qué no saca sus enaguas de seda. No le costea ¿verdad?... Ya tocan; han de ser ellos. (va a abrir).

Comepoco.– (Entra llorando y dice:) ¿Ay, ay! chocó el tren en que iba él y se habrá muerto. No se podrá casar mi hija con él.

Natalia.– Quiera Dios, lo haya socorrido.

(Pasa un rato, tocan a la puerta y va a abrir Comepoco y dice:)

Comepoco.– Ay, señor Cornelio, cómo le vá y cómo se salvó de ese choque, no puedo creerlo; pase, aquí tiene su casa.

Cornelio.– ¿Y Natalia, dónde está?

Comepoco.– Ahí está muy triste porque no vienes.

Natalia.– Cómo le vá, Cornelio; ha de tener mucha hambre, pase al comedor.

(Fin del Primer Acto).

Segundo Acto

(Aparece una mesa con un aparato, un banco y una cama en el suelo).

La falsificadora o Nati.– (Está leyendo una novela, y dice:) ¿A qué hora vendrá el falsificador o Pitus? (Pitus toca y Nati va a abrir y dice:) Cómo te tardaste, ya estaba impaciente.

Pitus.– Me tardé porque fui a hacer mis planes y voy a encajarle a un comerciante diez mil pesos falsificados y los voy a falsificar.

Nati.– Ya con eso no viviremos aquí en esta miserable casa ¿verdad?

Pitus.– Sí, mi hermosa, y ya están los billetes; me voy, hasta luego. (Se va).

Nati.– Ojalá y le vaya bien.

Pitus.– (Al rato llega y dice:) Mira qué dineral.

Nati.– Ahora soy feliz, mi querido Pitus.

Pitus.– Bueno, basta de exclamaciones y a dormir. Hasta mañana.

Nati.– Hasta mañana.

(Fin del Segundo Acto)

Tercer Acto

(Aparece la Comisaria y está el Juez y un Detective)

Juez.– Oye, detective, o Juan: tú que eres el más arriesgado de todos. Esta mañana vino un comerciante diciendo que le habían robado diez mil pesos, y me dió las señas.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Juan.– Sí, señor: iré ahorita mismo y volveré con bien.
(Fin del Tercer Acto)

Cuarto Acto

(Aparece la misma casa que la del acto segundo. Es de noche y Pitus está durmiendo. Se abre la puerta y entra el detective Juan con una lámpara eléctrica, alumbra y llega donde está Pitus, lo cloroforma y dice: Ya cayó en mi poder y me gratificarán con unos mil pesos, ¡já, já, já! El pobre diablo cayó en mi poder vivo. Entonces sale Nati, con un puñal en la mano, pero al tiempo que lo va a enterrar, voltea y le pone manos arriba, la cloroforma, carga con su cuerpo y el de Pitus y entra a registrar. Prende la luz, encuentra el aparato y se lo lleva junto con unos papeles, yéndose muy contento.
(Fin del Cuarto Acto)

Quinto Acto

(Aparece la casa de Doña Comepoco, en la recámara de Cornelio)

Mozo.– (Toca y Cornelio dice: «pasen». Entra el mozo y dice:) Aquí está el periódico. (se va.)

Cornelio.– A ver qué hay de nuevo o un trabajo, no tengo un centavo; a ver qué chamba para sacar algo, aunque me las echo de torero porque tengo el vestido, pero no he visto ni torear siquiera. ¡Ay, ay! ¿qué dice aquí? Que descubrieron a un falsificador y una falsificadora de billetes, y ya pensé. Voy a ir a la cárcel a pedirle un favor al falsificador: (Se alista y se va).
(Fin del Quinto Acto)

Sexto Acto

(Aparece la cárcel, un enrejado, el falsificador, una mesa y un banco)

Cornelio.– (Entra y va a ver al preso y le dice:) Estamos solos. Le propongo un negocio.

Pitus.– Cuál, dígamelo pronto.

Cornelio.– Usted está condenado a veinte años de prisión. Le propongo esto: lo saco de la cárcel y me da cinco mil pesos.

Pitus.– Aceptado.

Cornelio.– Bueno, ahorita vengo. (Se va. Al rato vuelve con el carcelero y dice: «¡Abrale!» Se va el carcelero y dice Cornelio:) ¡Vengan esos cinco mil pesos.

Pitus.– Téngalos. (Se van)
(Fin del Sexto Acto)

Séptimo Acto

(Aparece la sala de la señora Comepoco. Entra Cornelio y se sienta a fumar. Llega la señora Comepoco, y Natalia y dicen:)

–Buenos días. ¿A dónde salió tan temprano?

Cornelio.– A un negocio que tengo en mis propiedades en Mauro-Taquia. Me quieren comprar un ganado de quinietas cabezas de ganado en veinte mil pesos.

Comepoco.– Véndalas; en este mundo se necesita dinero y no ganado.

Cornelio.– Lo venderé.

Natalia.– ¿Va a torear el domingo?

Cornelio.– Sí, como no; a los toros no les tengo miedo. Le voy a traer mi capa y le daré unos pases.

Comepoco.– Es rico el chico ese y haz lo posible porque se case contigo.

Cornelio.– (Entra con una capa). Mire qué pases (y hace como que torea un poco. Entonces entra un señor con un perrito y lo ve, y dice Cornelio: «un toro, ¡ay!,» y corre.)

Comepoco.– No se alarme, Cornelio, es mi perro.

Cornelio.– (Viene asustado y para disculparse dice:) Fue un ataque nervioso, y se van.
(Fin del Acto Séptimo)

Octavo Acto

(Otra vez la sala de Comepoco)

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

Cornelio.— (Entra y dice): Hoy me voy a un viaje de un día (Se va).

Comepoco.— (Se pone a leer y al rato llega un mozo con una carta para el señor Cornelio. Comepoco dice:) es «urgente». La abriré y si es giro me quedo con él; ya tendré con que pagar la renta. (La abre y cuál no es su sorpresa al leer esto:)

Valencia, 5 de junio de 1926.— Para Cornelio Quiroz.— Mi muy querido amigo: Te mando decir que te vengas mejor, porque no eres ni torero ni rico como te las echas: no tienes ni un centavo, mejor vente.— Tu amigo. «El pobre de Valencia».

Comepoco.— Natalia, ven.

Natalia.— Mande usted, mamá.

Comepoco.— Ven pronto. El rico Cornelio no tiene ni un centavo: le voy a esperar con su trampa.

Cornelio.— (Entrando). Le vengo a pedir la mano de su hija.

Comepoco.— Qué mano de mi hija, ni qué nada. No tiene ni un centavo y ni siquiera es un becerro simple. Largo de aquí y desde ahora te pondré en vergüenza con el apodo de «El torero mentiroso».

FIN.

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

Cuando su inquietud literaria se nutría de lecturas y comenzaba a soltar la pluma, en mayo de 1935 Valadés publicó el siguiente fragmento de novela en la revista Relox, *órgano de la Coalición de Estudiantes Socialistas de la Escuela Normal y Preparatoria de Tamaulipas. En un texto de presentación, su amigo Horacio Quiñones describe a Edmundo como «uno de los mejores escritores de México que aún titubean ante la vida» y cuyo «espíritu sensible» hace «una maravillosa excursión interior sobre el mar de esperanzas» que se advierten en el México de entonces. Tras calificar al texto de poético, paradójico, escéptico y estrambótico, Quiñones concluye: «pese a la ensoñación que parece revelar, es una vorágine.»*

Viaje del pensamiento

Capítulo Primero: «Equipaje»

«Es necesario perderse para poder encontrarse.» —Fennelon.

Voy ahora viajando sobre el mar de mis esperanzas, con un baúl lleno de recuerdos y tristezas por equipaje. Igual que con las mujeres, dejo una ola para encontrarme otra más, como a las que a la zaga dejé; todas han sido saladas y amargas, fatalmente amargas. ¿Hallaré al fin la ola agradable y dulce a mi ser? Las gaviotas, cual mis ilusiones, se posan en los mástiles de mi barco y me acompañan corto trecho de la ruta; después vuelan y se van, quizás para no volver nunca.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

En los atardeceres nostálgicos, mientras la luz postrera del día se hunde en el mar para ser carne de los peces voraces, me cubro con la ropa de mis recuerdos; pero a pesar de todo, siento frío en el corazón. Para reanimarme, con el anzuelo de mi angustia me dedico a pescar las estrellas reflejadas en el agua, y ante la inutilidad del afán, he llorado pensando en lo que creí hallar y no hallé. Sólo me resta seguir bogando con los remos del silencio y del olvido, mientras mi nave se desliza sobre las ondas de este mar como mis manos se deslizaron sobre las curvas de toda mujer que amé.

Pero, ¿ha de consumir a mi alma esta desilusión perenne? ¿Ha de anularme este precoz escepticismo que desgarra mis sentimientos? ¡Qué importa que haya prendido la mirada en el cielo queriendo ver lo que soñaba y nada más haya visto las nubes negras que pasaban! He de conformarme con lanzar al mar mi canto propio. Aunque sirva de pasto a los tiburones, ¡una nota ha de llegar a los oídos de una sirena y, al renacer en sus labios, hará que un perdido marino goce al oírla y sueñe con lo que yo soñé!

Soñar.

Forjar tantas ilusiones que la brújula no sepa qué rumbo marcar, sin importarnos que por dejar los ojos en el infinito nuestro barco choque contra una roca.

Voy de viaje sobre el mar de mis anhelos tristes con un delirio de llegar al fin. En el tedio de la hora vulgar, cuando el bostezo rebota de boca en boca, estiro los brazos queriendo alcanzar aquello que no se sabe. El deseo llega hasta la punta de los dedos gritando sus ansias, y el grito se va corriendo hasta que los ojos lo pierden.

El surco que va dejando mi nave, es blanco mientras dura la espuma; luego todo es igual que siempre. Pero yo he de seguir adelante, en tanto la inmensidad atrae la mirada y mis manos se cierran a atrapar lo que aún ignoro, cual a una mariposa de azogue.

¡Mar sólo mío porque en tu grandeza me pierdo: enséñame el secreto de tu canto para poder encontrarme; enséñame el misterio de tu hondura para saber quién soy! ¡Oh, dolor, al silencio respon-

deré matando mis interrogaciones de fuego! Seguiré bogando sin descanso, y si llego, arrojando todas las palabras que sé, al mar, únicamente me quedaré con una: tu nombre. Diciéndola sentiré todo lo que se puede sentir, y pasearé con mi curiosidad la maravilla de aquello que soñé, mientras San Juan susurra a mi oído: «Sólo aquel que pierda la cabeza se salvará.»

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

A continuación se reproduce quizá uno de los primeros cuentos de Edmundo Valadés. Por el legajo en el cual se halló, se presume que pudo haber sido escrito antes de 1935. Nótese, desde entonces, su interés por el habla popular y por la experimentación metafórica.

Mal Agüero

Los rayos del sol se pelean con la sombra y les sirve de *referee* el poste de la esquina. La sombra corre y se mete en las casas, pero los rayos la siguen a través de los cristales. El silbato grita y la chimenea escupe humo que cae en la cara del viento. Las manecillas del reloj juegan a las carreras y se detienen cuando el badajo, íntimo amigo de la campana, le da ocho palmadas a ésta. Los obreros —máquinas humanas que manejan máquinas *made in U.S.A.*— entran a la fábrica por la puerta que bosteza, mientras sus labios se desatan con las contundentes interjecciones. Enfrente, dos viejas venden café caliente: noventa y nueve por ciento agua, uno por ciento café.

La oscuridad ha puesto nocaut al sol. Salen de la fábrica los obreros, entre risotadas y palabras de esas mal sonantes.

—Oye, Pedro, disque es mal agüero pasar debajo di una escalera.

—no siás tarugo, son puras habladas.

—Bueno, nomás no me regañes, yo creiba quera verdá, y como pasé debajo diúna...

Las estrellas juegan a las escondidas, y los focos las miran con envidia de no poder hacer lo mismo. La luna ríe...

—Oye, manito, me trai agorzomado lo de la escalera; no sé por qué me late que me va a pasar algo.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

—No siás tan buey, no sé quien fue el animal que te metió esas cosas.

—Pos quen sabe! No miacuerdo, pero adevino que me va a pasar algo.

—Tarugadas.

Los forcitos sudan de cansancio y su autor cae en el pavimiento; los tranvías se bambolean de sueño y bostezan las ventanas...

Juan camina cabizbajo. No lo deja tranquilo lo de la escalera.

—No ti'aguites, Juan, son meras papas; cansado de pasar debajo d'ellas y nunca miá pasao nada.

—..Pos no sé, Pedro, pero me late...

Choque de dos cuerpos. Estruendo, gritos, gemidos, humo, olor a aceite y gasolina, aglomeración de gente. Las cruces llegan. Los policías luchan por despejar a los curiosos. El tránsito se interrumpe, y de ello se aprovechan los tranvías para medio dormitarse.

—Oiga, ¿pos qué pasó?

—Pos un choque entre un tranvía y un camión.

—¿Hay heridos?

—Sí, y dicen que también un obrero que atravesaba la calle fue aprensado.

Los tranvías roncan. La multitud de curiosos ha crecido y se oyen aquí y allá los comentarios sobre la forma del choque. Las cruces remueven los escombros sacando a los heridos y muertos.

Una mujer del pueblo llega con los ojos desencajados y se abre paso.

—¡Mi viejo! ¡Mi viejo! Déjenme buscarlo.

El policía no la deja pasar.

—Ándele, vecinito, no siá malo, déjeme buscarlo.

—No se puede.

Forcejea, y por fin se mete y llega hasta los escombros. Allí busca y gime.

—Juan, mi Juan, ¿ondestás?

El tranvía seguramente estaba en una pesadilla, pues se despertó con un sobresalto. La vía estaba libre. Se puso a andar con bamboleos.

Los cirios lloran y sus lágrimas manchan el piso de ladrillo.

—¿Y usté iba con el difunto cuando lo machucaron, don Pedro?

—Sí, y afigúrense que él presentía quiálgo le iba apasar, porque me lo dijo. De verdad que es mala suerte pasar debajo di'una escalera.

El ataúd baja al fondo del sepulcro y sobre él echan tierra. La esposa llora y gime y los demás también. Luego ponen una tosca cruz de madera, se persignan y se van.

En el espacio, la luna le coquetea al sol, pero éste anda buscando a la sombra. El poste de la esquina ríese del viento, que está enojado porque la chimenea le escupió humo; las manecillas del reloj siguen jugando a las carreras. Sólo la humilde cruz de una pobre tumba, permanece callada, quieta, meditando, ¿o acaso riéndose?

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

LETRAS PERIODÍSTICAS

El martes veinte de junio de 1933, el pueblo de México aguardaba expectante la llegada del «Cuatro Vientos», primer avión en cruzar el Atlántico bajo el comando de los aviadores hispanos Mariano Barberán y Joaquín Cóllar.

Luego de realizar la hazaña de atravesar el océano sin escalas en un tiempo de cuarenta horas, desde Sevilla hasta Cuba, los pilotos ibéricos volarían de la isla a la Ciudad de México, donde recibirían un homenaje. Sin embargo, las más de sesenta mil personas que acudieron al Aeródromo de Balbuena para darles una cálida recepción, esperaron durante horas sin éxito.

Ante la angustia y expectación del pueblo mexicano y, en particular, de la colonia española, la Armada Militar rastreó por aire, tierra y mar las zonas de Tlaxcala, Huamantla, Orizaba, Guerrero, Cuernavaca, La Malinche, Puebla, Tabasco y Chiapas, donde según los rumores habría caído el «Cuatro Vientos». Al no hallar nada, la búsqueda se intensificó: treinta y dos aviones y diez mil soldados exploraron diversas zonas del territorio nacional, pero tampoco encontraron rastro alguno de los heroicos aviadores españoles ni del artefacto. Se los habían tragado los misteriosos aires del sur mexicano.

El suceso volvió a las primeras planas de los diarios cuando, en septiembre de 1941, la revista Hoy, *dirigida por Regino Hernández Llergo, decidió costear una expedición hacia las intrincadas selvas del norte de Oaxaca y del sur de Puebla, por donde se aseguraba habrían de localizarse los restos del famoso avión y de sus infortunados tripulantes.*

Edmundo Valadés, entonces jefe de redacción de ese semanario, se ofreció encabezar y cubrir los acontecimientos de esta emocionante misión con la euforia de sus veintiséis años. Así, durante poco más de

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

tres meses, junto con dos colaboradores de Hoy, *guías y varios hombres, Valadés se sumergió en las profundidades de la selva para contar, semana a semana, su aventura a los lectores. A continuación se publica una versión abreviada del total de esos reportajes en cuya sustancia y ritmo ya se anunciaban los genuinos visos de un escritor.*

La investigación hemerográfica corrió a cargo de Verónica Trinidad Martínez.

En busca del «Cuatro Vientos»

Con un pie en los últimos vestigios de civilización y otro donde se inicia el tremendo misterio de la selva, la expedición de *Hoy*, después de una aventurada jornada remontando la sierra hasta la primera parte del viaje, se prepara para la incursión definitiva tras la pista del más sensacional misterio de la aviación ocurrido en el mundo: la tumba de los dos aguiluchos españoles que hace ocho años, después de atravesar el Atlántico, cayeron en lo más boscoso de la sierra de Oaxaca y Puebla.

El recibimiento que nos hizo la sierra fue impresionante. Habíamos recorrido varios días una dura jornada a lomo de caballo, entre senderos abiertos a través de la tupida maleza; atravesando ríos de corriente impetuosa y traicionera, que corren desaforadamente; pasando desfiladeros donde una pisada en falso arroja a uno hasta el fondo de simas cuyo fin no se presiente. Tras horas y horas de interminable caminata bajo un sol que incrusta sus diez mil rayos en el cuerpo, o recibiendo feroces chaparrones que calan hasta los huesos, nuestro guía, Manuel Reyes, Jr., simpático y cordial ranchero muy conocedor de todos los atajos, nos llevó hacia Río Sapo, la ranchería enclavada a la mitad de la sierra: el fin de la primera jornada. Las bestias arreciaron el paso y todos lanzamos un suspiro de satisfacción a la vista del caserío arbitrariamente desparramado.

El gordito Enrique Díaz (fotógrafo estrella de *Hoy*), sobre el *Huevito*, su caballo, lanzó un revolucionario grito de júbilo:

—¡Aquí vienen y son muchos! ¡Y que viva Pancho Villa!

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Humberto Olguín (redactor de la revista), en *la Tecolota*, su activa mula que siempre nos llevó la delantera, le hizo eco con interjecciones enciclopédicas; mientras yo, sobre el bueno de *Lucero*, ni siquiera alcé la vista, pues estaba *envarado* por lo corto de los estribos.

A una vuelta del camino divisamos a la gente que venía a recibirnos. Don Julio Díaz Ordaz y un piquete de indígenas. La cosa fue como a unos diez metros antes de encontrarnos. Con la vista en el suelo por la fatiga del viaje, la vi a un lado, enroscada sobre sí misma, con la cabeza al aire, amenazadora, lista para el ataque. Era una enorme víbora que empezó a deslizarse hacia los caballos enseñando diabólicamente la mortífera lengüeta. Tratamos de recular, pero ya estaba sobre nosotros. Yo creo que no hay nada más emocionante, más espeluznante para una gente de la ciudad como nosotros, que toparse con una víbora en el campo, sobre todo cuando en la región abundan las especies más venenosas y terribles. Pero la gente que venía se había dado cuenta y había corrido con los machetes en la mano. La víbora, sin decidirse por fin, pasó entre las patas de los caballos y se metió en un montículo. Todos se fueron tras ella, y con una tranquilidad asombrosa, se pusieron a escombrar hasta dejarla a la vista, enroscada entre las piedras.

—Acérquense —nos dijeron—, es muy bonita. Tienen ustedes suerte: encontraron víbora en viernes...

Con una horqueta le pescaron la cabeza y pudimos observarla. Hasta nos animamos a tocar su tersa piel, mientras Díaz, repuesto del susto, se puso feliz sacando fotografías. Estábamos en la sierra y la sierra nos había recibido con honores.

***

Julio C. Díaz Ordaz, el autor de la carta revelando los sensacionales hechos sobre el «Cuatro Vientos» y que fue publicada en *Hoy* junto con la narración del viaje del fotógrafo Díaz, es el tipo clásico del hombre campero: hospitalario, malicioso, buen conversador, conocedor de todos los secretos de la tierra en que vive. Flaco,

nervioso, con su revólver al cinto, nos dio amablemente la bienvenida cuando arribamos al rancho de su padre, «El Palomar», enclavado en la ranchería denominada Río Sapo, en la villa de Chilchota, Oaxaca.

Como buen oaxaqueño, ama su tierra y conoce hasta los dialectos indígenas de la región. Gran cazador —su diversión favorita—, recorre los cerros de la región y en sus correrías ha robustecido su versión original acerca del trágico fin de los aviadores españoles. Sentados muellemente en uno de los corredores de la casa que dan al patio en que se asolea el café, a un lado de la molienda, mientras al fondo se yerguen majestuosos los inconmesurables cerros por los que hemos de trepar, me fue contando cómo se decidió a escribir la carta a *Hoy*, en su deseo de aclarar el denso misterio que, despedazado en toda la región, se ha regado en mil partículas, formando desde las más lógicas versiones hasta las más absurdas.

—Mire —me dice— esto del «Cuatro Vientos» ha dado origen a las más descabelladas versiones. Hubo quien afirmara que unos indios habían atrapado a los aviadores, y que habían escondido el avión en su casa, donde lo tenían todavía. La primera noticia que yo tuve del asunto fue a raíz de la pérdida de los aviadores, cuando yo estaba en Oaxaca. Mi madre le escribió a mi padre una carta diciéndole que por acá habían oído el ruido del avión y que todo mundo afirmaba que había caído por estos cerros.

Después de chupar su cigarro, mientras se acomoda la pistola jalando la funda, prosigue:

—Mi padre le leyó esa carta al piloto León, pero no le dieron importancia, pues creían tenerlo localizado por otro lado. Dos años después, una vez que arreglé unos asuntos con Julio Avendaño, que vive por la región donde estoy seguro que cayeron, me señaló con un brazo hacia un punto de la serranía y me dijo: «Allí, en ese cerro de Tlacotepec, es donde cayó el aparato. Nosotros lo vimos». Poco después, don Antonino Avendaño me confirmó lo mismo: «Sí, vea usted (señalando el mismo rumbo), por allí cayó. Yo llevo un diario donde tengo apuntados todos los pasos de los aviones

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

por la región y mis apuntes concuerdan con la fecha en que debió haber pasado el «Cuatro Vientos». Poco después, un señor, Lorenzo de León, creo que patrocinado por miembros de la colonia española en Puebla, llegó por acá buscando los restos del avión. Pero ciertas gentes lo desviaron premeditadamente del rumbo y lo abandonaron en el cerro, en donde estuvo a punto de morirse de hambre. Cuando pudo regresar milagrosamente, se desanimó mucho y dejó la cosa pendiente, pues además le robaron el dinero.

Una vez —agrega don Julio—, por interpósita persona de mi confianza, supe de un indio que afirmaba que él había oído el ruido que rezumbaba recio de repente y luego se apagaba. «El avión cayó en un lugar muy feo que le dicen La Guacamaya. Allí los mataron a los dos. Al más flaquito le dieron un balazo y luego al otro le dieron de machetazos. Despedazaron el avión y lo metieron en un agujero con los cadáveres, que luego llenaron de piedras.»

Más tarde otras versiones me confirmaron lo anterior, nada más que recaen sobre un tal Bonifacio, concordando en el sitio y en los principales detalles.

Don Julio continúa su plática. Cuando él oyó todas estas versiones y confirmó que dos o tres coincidían; con la cosa de que su familia y muchos del pueblo oyeron el motor; cuando uno de sus peones le afirmó haber visto al aeroplano que volaba como los «zopilotes cuando hay viento», y cuando a otras personas que saben —y quién sabe por qué razones han callado— les sacó más cosas, su certeza fue absoluta. Él espera confirmarlo ahora que iniciemos la búsqueda.

***

El asunto del «Cuatro Vientos» es todo un lío complicado por las diferencias y las disputas de los distintos bandos que existen en la región. Mientras no aclaremos la verdad, no podemos saber cuál es el hilo de toda la maraña que a través de los años se ha enredado más y más, convirtiéndose en parte, por un lado, en cosa política,

en la que han tratado de mezclar a altos funcionarios públicos. Pero de todo lo que hemos averiguado, lo más lógico son dos cosas: que hay gentes interesadas en ocultar a los que se presume fueron los asesinos, y otros que quieren ganar el asunto por simple codicia de obtener dinero que suponen darían los españoles cuando se encuentren los despojos de quienes fueron sus paisanos. Pero de toda la maraña, día a día, en nuestro ánimo se afirma la conjetura de que efectivamente el «Cuatro Vientos» cayó por aquí, y de que Barberán y Cóllar fueron asesinados. Aquí a la mano tengo una carta recién llegada de Antonino Avendaño —quien junto con Julio Díaz Ordaz, va a ayudarnos en la expedición— donde comunica que después de la venida de Díaz, gente de Mazatzongo, Zacatepec, Ovatero y Cayomeapam —lugares entre los que está el sitio donde cayó el avión— ha tomado medidas para impedir que nadie vaya por allá. Avendaño asegura que habrá necesidad de pasaportes oficiales para evitar que la expedición sea recibida por la mala. Parece que la gente de por ahí quiere ser la que localice el avión antes que nadie, y están dispuestas a evitar, como sea, que se entremetan otros.

***

Mientras el calor y los mosquitos se dan gusto con nosotros, tendidos en cómodas sillas de campaña, recordamos todo lo que nos ha sucedido desde la salida de México. Fue un miércoles por la noche. Había que tomar el Ferrocarril Mexicano hasta Córdoba; allí trasbordar al del Istmo hasta Tezonapa para seguir a caballo hasta Río Sapo, en la sierra de Oaxaca y Puebla; proseguir otra jornada a pie y a caballo más arriba de la sierra, para adentrarse allí en la jungla, hasta el lugar en que según todos los indicios cayó el «Cuatro Vientos».

Nuestra odisea empezó cuando arrancó el tren. Íbamos equipados perfectamente con todo lo necesario: bagaje de excursionistas, medicinas, armas y una decidida voluntad.

Amanecimos en Córdoba. Un cafetín en la fonda de la estación, y ya estábamos a bordo del Ferrocarril del Istmo, rumbo a Tezonapa.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Empezamos a meternos en donde esplende la vegetación, profusa, rica; pero la gente es pobre. Medran a la sombra de tanta riqueza, malbaratándola. Todo se da allí: café, cacao, maíz, todas las frutas. Por todas partes la tierra germina generosamente y por todas partes abunda la miseria, el paludismo, un nivel de vida bajísimo. Olguín, expresando su asombro ante tan generosa tierra, exclamó:

—¡Aquí uno arroja piedras y nacen árboles con mangos!

A Tezonapa llegamos en unas horas. Un pueblo como todos los pueblos fuera de la ciudad de México: un caserío desparramado, gente de huaraches...

Nos recibió don Samuel Alonso, un español con quien Díaz había hecho contacto, y que fue el primer signo de la hospitalidad que nos ha seguido en todo el viaje. Había que partir hasta Monte Alto y el hombre, en un gesto que sólo quien haga este viaje puede comprender su valor, nos había arreglado que un camión nos llevara hasta Monte Alto, por los malísimos caminos, evitándonos hacerlo a caballo. El gordito se puso feliz y sin más trámites nos arrastró a que subiéramos. Dejamos a Díaz con el chofer, y Olguín y yo nos fuimos en la plataforma platicando con un ayudante. A nuestra vista seguía una vegetación exuberante.

—Ya ve usted todo esto —nos empezó a decir nuestro acompañante—, quién sabe cuándo se podrá aprovechar como se debe. La tierra es buena, pero no hay quien la trabaje. Sí, repartieron las tierras, pero los agraristas no tienen con qué. De nada les sirven las tierras. Si antes tenían las tiendas de raya que no los dejaban liquidar sus cuentas, al menos no les faltaba qué comer. Ahora el Banco los explota y cuando llegan a recoger su cosecha, siempre quedan debiendo más. La vida es muy dura y hay que ganársela a punta de balas. Y cuando repartieron tierras, a éste porque le tocó menos, a aquél porque le tocó más: empezaron las disputas y no tienen fin. Y mientras, la tierra pudriéndose. Quién sabe qué vamos a hacer. Cuando hay elecciones, vienen los políticos con grandes cartelones y nos echan discursos, prometen el oro y el moro. Y cuando salen electos, nunca más los volvemos a ver. Mire amigo,

lo que se necesita es que den garantías: al que trabaje, que lo apoyen; al que no, que lo echen fuera. Así habría trabajo, riqueza... ¡pero eso no lo vamos a ver!...

Una violenta sacudida cortó su palabra: las mismas palabras de todas las gentes del campo. El carro se había atascado en el infernal camino, lleno de lodo. Nos bajamos a ayudar. Al filo del mediodía, cuando hacía un calor infernal, llegamos a Monte Alto, a la tienda de don Ignacio Hernández, un simpático jarocho, otra de las amistades del ya muy conocido por la región, Enrique Díaz, y que tenía preparadas las bestias para llegar a Río Tonto.

En dos famélicos caballos y dos mulas llenas de mataduras arreglamos nuestros arreos, nos despedimos y, acompañados de un silencioso ranchero, *El Güero*, don Ricardo Castillo, tomamos el camino a Río Tonto, para atravesarlo y seguir rumbo a la sierra.

En casa de don Manuel Reyes pasamos toda la noche. Nos despertó al amanecer la sinfonía campirana que tanto detesta el gordito: el mugir de las vacas, el kikiriki de los gallos, los ladridos de los perros, las mujeres en la cocina platicando a media voz. En el cielo todavía se habían quedado traspapelados algunos luceros. La mañana estaba húmeda.

Nos ensillaron las bestias y acomodaron nuestros equipajes sobre las cabezas de las sillas. Y como aquella mañana en que salieron don Quijote y Sancho Panza, así salimos nosotros con el bachiller Humberto Olguín y el simpático guía, el hijo de don Manuel, Manuel Jr., rumbo a Río Sapo, donde don Julio Díaz Ordaz nos esperaba con impaciencia, temeroso de que fueran a ganarnos la delantera para hallar el «Cuatro Vientos».

A la tumba del «Cuatro Vientos»

El hombre desciende lentamente por la pequeña cuesta. Amarillo, seco, de baja estatura, con una nariz extraordinariamente aguileña, ojillos rasgados y astutos, lacios bigotillos sobre labios prominentes.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Un cotón oscuro sobre el cuerpo, que apenas deja ver la punta de los pantalones enrollados a los tobillos. Caminando pausadamente se acercó al grupo, que lo contempla en silencio. Saluda con su voz atiplada, dulce, y nos tiende la mano leve, blanduzca, con que saludan los indios. Estamos al fin en la cumbre de la sierra, frente al hombre que, según todas las versiones, sabe de la suerte final de Barberán y Cóllar: Bonifacio Carrera.

Pero algo pesa sobre el ambiente, que callan todas las bocas. Enrique Díaz, el dinámico fotógrafo de *Hoy*, siempre oportuno a la instantánea, está inmóvil con la cámara. Humberto Olguín, locuaz, jurisperito, que funge de fiscal, está mudo. Julio Díaz Ordaz, tan dicharachero, tan conversador, está silencioso. Los Avendaño –don Julio y don Antonino– nada dicen. Yo, siempre curioso, siempre preguntón, tengo liada la lengua. Nos ha enmudecido la misma punzante interrogación clavada en todos los cerebros: ¿es este el hombre que encontró el «Cuatro Vientos» y lo empujó a un «sótano» de la montaña con la ayuda de varios secuaces?, ¿fue él quien asesinó bárbaramente a Barberán y Cóllar, despojándolos de todo lo que traían?

Ahí está frente a nosotros Bonifacio Carrera. Ahí está, inmóvil, esperando que lo interroguemos. Ahí está, ahí puede estar el secreto de lo que buscamos. Y sin embargo, ya lo sabemos porque ya vamos conociendo a los indios: él no nos dirá nada. Nada, porque además una fuerza secreta que se mueve misteriosamente, ha empezado a estorbar nuestra labor. Porque mientras nos hemos ido acercando más y más al lugar donde debe estar el «Cuatro Vientos», las gentes no quieren decir nada. Nos han mirado con desconfianza, con miedo. Y en esa confesión tácita de que hay algo pero que no puede decirse, no podemos pescar el dato preciso, la confesión certera de este impresionante misterio.

***

La expedición tomó forma definitiva hace ya como dos semanas. Después de dos amables días en Río Sapo, abrumados por las gentilezas de la familia Díaz Ordaz –vive repartida en las dos fincas cafetaleras de don Julián, el tronco de esta hospitalaria gente, que ha hecho de la hospitalidad un culto: Río Sapo y Cataluña–, llegaron los personajes que esperábamos para decidir la salida, para estudiar la ruta, para arrojarnos de una vez entre la selva a buscar el «Cuatro Vientos».

Estreché primero la mano cordial, generosa, de ese gran caballero, que es don Julián Díaz Ordaz. Gordo, robusto, sanguíneo, con sus espejuelos montados en la frente, conversador infatigable, benefactor de la comunidad, padre de una familia ejemplar. Siguió don Julio Avendaño, macizo, retraído. Luego el tipo más pintoresco de toda la región: Antonino Avendaño. Con su enorme pistolón, pantalones cafés enfundados en unos recios tacos de cuero, un mechón de pelo hirsuto sobresaliendo en la cabeza, y un vozarrón, que junto con la pistola, atemorizan a todos los indios, don Antonino había explorado ya, poco antes, la región, y estaba seguro de que el avión estaba en El Boludo.

–Mire amigo –me dijo más tarde–, tenemos que encontrar el avión, porque no hay duda que está por aquí. Yo llevo un diario de todas las cosas que veo y oigo todos los días, desde hace veintitantos años, y tengo el paso del avión el 20 de junio de 1933. (Más tarde me lo mostró y tuve ocasión de verlo, efectivamente, anotado.) Yo estoy muy interesado en el asunto y sé que de las versiones que corren hay mucho de verdad. Mire, yo pienso mucho las cosas y lo que más me ha convencido siempre, es que si fueran gentes como usted, civilizadas, que saben lo que es un avión, cómo son los aviadores, etcétera, las que hubieran dicho que habían visto a los aviadores, que traían guantes largos, velices aplastados, en fin, todo lo que se dice, no se lo hubiera creído, porque podrían inventarlo. Pero me lo han dicho indios que no hablan el castellano, que nunca han visto un avión, que no saben leer, que jamás supieron del vuelo de Barberán y Cóllar. Cuando a mí me lo dijeron hombres que nunca han salido de la sierra, pues paré la oreja y me dije:

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

aquí hay algo escondido. Desde entonces me he hecho el propósito de averiguarlo todo, y vamos a resolverlo; ya verá.

Después de comer, la conversación entró de lleno en el asunto de la expedición. Don Julián explicó que su único deseo era que la expedición tuviera éxito, que todo en lo que él pudiera ayudar, lo haría con mucho gusto.

La cosa se puso caliente cuando alguien señaló que el asesino era Bonifacio Carrera. Don Julio Avendaño protestó diciendo que eran calumnias. Que todos esos chismes los habían inventado sus enemigos para perjudicarlo. Que Bonifacio era inocente, que él estaba seguro de ello. Que ya habían perseguido a Bonifacio y que él había tenido que sacarle un salvoconducto del mayor Rábago para que lo dejaran tranquilo y no fueran a matarlo.

—No porque sea mi pariente es por lo que digo esto. Yo sé bien que él no tiene nada que ver en el asunto, y si no, ustedes lo verán.

Nosotros —Díaz, Olguín y yo— aclaramos que no íbamos como policías. Que nuestro interés era localizar los restos del avión, y que si había culpabilidades en el asunto, ya las autoridades competentes se encargarían de ello.

***

Al fin, salimos. Había que subir hasta Cataluña, la otra finca de don Julián, para surtirnos allí de todo lo necesario: machetes para los peones que irían abriendo la maleza, los cables para atravesar y descender a los profundos «sótanos» de la sierra donde se supone arrojaron o cayó el avión; lámparas de mano, frazadas, bastimentos, cigarros y otras muchas cosas. La ruta fue trazada de antemano. De Cataluña al rancho de don Julio Avendaño, donde recogeríamos a la gente que nos acompañaría. De allí, atravesando el río Tezapa, que limita a Oaxaca con Puebla, internarnos en este segundo estado, hasta Mazotzongo. Por último, ascender al cerro de La Guacamaya, ya cerca del sitio señalado como la tumba del «Cuatro Vientos». Allí, la búsqueda, tenaz, hasta donde fuera humanamente posible.

Después de trepar la empinada cuesta, atravesando «El Voladero», un tramo cortado casi a pico donde con frecuencia se desbarrancan las bestias, llegamos a Cataluña, donde nos recibió la esposa de don Julián con las mismas atenciones, la misma hospitalidad que señorea las propiedades de la familia Díaz Ordaz.

***

Don Julio Avendaño salió esa misma tarde a su rancho «Unión Cinco Señores», a preparar a la gente. Acordamos que lo alcanzaríamos al día siguiente. Efectivamente, un día después salimos por la mañana. Aparte de los representantes de *Hoy*, iban don Julio C. Díaz Ordaz, su cuñado Fernando Cienfuegos, su tío Jorge Aquino, el hombre impasible de la expedición y dos peones de la casa. También don Antonino Avendaño y su hijo Artemio, que nunca se despega de su padre para velar por su seguridad. Emprendimos la caminata por el pedregoso camino, a lomo de bestias, a paso descansado.

Empezamos a rodear cerros y más cerros. A subir tendidas cuestas. El buen humor nos contagiaba a todos, y se sentía un ambiente de optimismo. Seis horas de jornada y llegamos, bastante cansados, hasta el rancho «Unión Cinco Señores», llamado así porque está en un gran terreno que el padre de los Avendaño repartió por partes iguales entre sus cinco hijos. Nos recibió don Julio. Comimos en su casa un sabroso mole oaxaqueño. Después del mediodía, agregados ya los peones que se habían contratado para acompañarnos, continuamos la marcha hasta los márgenes del Río Tezapa.

Un primitivo puente colgante de setenta metros de ancho comunica a Oaxaca con Puebla. Pasamos al otro lado, y como el río estaba crecido, sólo fue posible pasar una bestia con muchos trabajos, para que llevara los bagajes. A Mazotzongo continuamos a pie, subiendo una dura cuesta que nos hizo sudar a chorros. Luego de tres horas de marcha forzada, extenuados, agotados por la ruda jornada, al atardecer, penetramos en Mazotzongo, el último poblado

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

antes de llegar a la selva. Al fondo del pueblo, altivo, amenazador, se alzaba el cerro de La Guacamaya, escondiendo su secreto. ¿Podríamos arrebatárselo?

***

En la casa edilicia nos prepararon alojamiento a Olguín, al gordito y a mí, sobre las mesas del síndico, del juez y del secretario. Los demás se tendieron en el suelo. A pierna suelta dormimos, a pesar de estar sobre mesas venerables de la justicia. Nos levantamos temprano y salimos al corredor, donde había una animación extraordinaria en el pueblo. Se habían acercado los curiosos y presenciaban los preparativos de la expedición. Pero había algo raro en todo el ambiente y no me agradaron mucho las miradas con que nos veían. Don Julio había agregado a la expedición a tres tipos de Mazotzongo quienes, dijo, eran de los que acusaban a Bonifacio. Que los iban a llevar para que allá, frente a frente, dijeran lo suyo.

Después de un suculento desayuno, emprendimos el viaje rumbo a La Guacamaya. Al salir, incidentalmente, me enteré de una noticia que me dejó asombrado: alguien, muy poderoso, había enviado órdenes a Mazotzongo para que nadie hablara con nosotros, y si lo hacía, «que no fuera a decir nada». Esa noticia hizo que mi corazón diera un vuelco, pero estaba tan entusiasmado, tan lleno de ganas, como mis compañeros, que no le hice aprecio para que no aminorara mi euforia. Y preferí arrojarme con decisión a paso rápido tras el angosto camino que subía hasta La Guacamaya, hacia el misterio apasionante del «Cuatro Vientos».

Íbamos a entrar en la selva. La vereda hecha en la falda del cerro por los naturales del lugar, se empinó hasta trepar con la fiera maleza del cerro, abrupta, amenazadora. La expedición hizo alto y se repartió en tres grupos. En el primero caminaban tres indios al frente —con la moruña (así le dicen al machete) lista para abrir la brecha— y les seguíamos don Antonio, don Julio Díaz Ordaz, Humberto Olguín, Fernando Cienfuegos y yo. En el segundo iban

los indios que llevaban los bagajes. El tercero, que iría más lentamente porque allí iba el gordito Díaz y dada su corpulencia tendría que ir despacio, estaba compuesto por todos los demás. A una orden, la marcha se inició. Otros hombres habían recorrido antes el mismo camino y estaban las huellas, casi perdidas por la feroz vegetación, de un sendero abierto a la orilla de un continuo precipicio. Había piedras y mucho lodo. Era necesario poner toda la atención en cada pisada, pues un descuido podría a uno arrojarlo ladera abajo, a la muerte segura. Escuadrones de mosquitos voraces se agregaron a la comitiva, sin darnos un momento de paz. Caminábamos entre una de las más extrañas plantas, árboles gigantes, lianas retorcidas, enredaderas por todos lados, que daban la sensación de ser víboras acechando el paso del hombre para lanzarse sobre él. No veíamos el cielo, tapado por la abundante vegetación, y sólo sentíamos el impresionante rumor de la selva, compuesto de todos los sonidos.

Un profundo misterio empapaba el ambiente y el corazón, latiendo apresuradamente, quería salirse del pecho. Nadie hablaba. Cuando el hombre penetra en la selva, se enmudece: se vuelve puro sentido. Los tres indios al frente usaban el machete con presteza, de un lado a otro, y la marcha se fue acelerando, hacia arriba. Olguín y yo, no acostumbrados a tan rudas caminatas, empezamos a desfallecer, a sentir que las piernas no respondían, que la vista se ponía turbia y las pulsaciones se aceleraban fantásticamente. Estábamos empapados en sudor y sólo por un excesivo amor propio, como si hubiéramos hecho un pacto mutuo, nos resistíamos a pedir un descanso. Adelante, adelante. Primero un pie, luego el otro. Otro. Otro. Empecé a sentir un profundo deseo de arrojarme a la orilla, de rodar por la ladera hasta abajo, para descansar, para sentirme tendido en el suelo, sin movimiento, aunque me destrozara. A pesar de ello, seguía caminando como un autómata. Mi cerebro había perdido la noción del movimiento, y sin embargo, el instinto, que se aguza en el peligro, movía mis piernas precisamente poniendo mis pies dentro del senderillo, nunca a un lado.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

Habíamos perdido la noción del tiempo y parecía que hacía siglos que estábamos caminando. Adelante, adelante. Primero un pie, luego el otro. Subir aquí, bajar, subir, siempre adelante, siempre hacia arriba... La voz de don Antonino dio orden de alto. Un descanso. Nos arrojamos al suelo, nos untamos a la tierra, chorreando sudor que quemaba la piel.

El esfuerzo había sido tremendo. Los demás se habían quedado atrás y no los veíamos. Comimos unas naranjas y dimos unos tragos de toronjil: ¡qué sabroso!

Proseguimos la jornada entre la selva, hora tras hora, uno tras otro, siempre por el pequeño sendero a un lado de la empinada cuesta, sorteando los troncos atravesados, las lianas que se nos enredaban en la cabeza, evitando las ramas espinosas que nos rasgaban la ropa, saltando las lajas resbaladizas, impacientes por llegar a la cumbre, hasta la Joya de La Guacamaya, el cafetal escondido en plena selva, en la cumbre, donde vivía Bonifacio Carrera.

Habíamos hecho ya varios descansos, y por fin, de repente, como si hubieran cortado de tajo todo un pedazo de la selva, salimos a un claro fantástico, como una cuenca de ensueño, que allá al fondo, llegaba a la orilla del cerro y se perdía en el vacío. Allí estaba el cafetal. A los lados se veía la salvaje vegetación de la selva, como rodeando en un abrazo a todo el cafetal, hasta perderse arriba, de un lado y de otro, en los pequeños montes del cerro abierto por enmedio. Se nos olvidó el cansancio, respiramos a pulmón lleno, y con una nueva energía penetramos adentro, hasta allá abajo, en una pequeña choza levantada al centro. ¡Estábamos en la cumbre de La Guacamaya! Era un lugar de fantasía. Parecía que allí el tiempo se había detenido. Como si en ese sitio hubieran vivido gentes hacía muchos siglos y todo de repente se hubiese paralizado para dar paso al misterio, a la ilusión.

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

Un jurado en la expedición

Don Julio Avendaño tenía interés en que les preguntáramos a todos para que, como él decía, nos convenciéramos de que todo eran patrañas inventadas por enemigos de Bonifacio para perjudicarlo. Habíamos llegado a La Guacamaya después de oír, allá abajo, una serie de versiones que variaban en los detalles, pero que coincidían en un punto: que Bonifacio era el asesino. Y como cosa curiosa, nos enteramos de que las versiones habían tomado fuerza a últimas fechas, a tal grado que de los pueblos cercanos a las tierras donde como fiera acosada ha vivido Bonifacio y su familia, se habían organizado ya tres expediciones que quisieron saber la verdad, usando la fuerza.

Las dos primeras, una en diciembre y la otra en enero, no habían podido pescar a Bonifacio. Le pudieron agarrar en la última, que fue en febrero de este año. Pero la presa se les había escapado, y del hermano y de la madre, aunque por ahí decían que cuando les aplicaron tormento, la anciana clamaba: «ya digan dónde están esos fierros para que nos dejen en paz». Al fin no sacaron nada y tuvieron que regresar sin resolver el misterio. Por eso don Julio Avendaño, cuando Bonifacio llegó con él después de haberse escapado, le había sacado un salvoconducto del mayor Rábago para que sólo pudieran aprehenderlo con una orden de las autoridades competentes.

Una de las cosas que más pensativo me dejaron, cuando oí a tantas personas que evidentemente estaban convecidas del asesinato de los pilotos hispanos, fue la de que hasta después de ocho años empezaban a darle importancia al suceso. Hasta mucho después pude explicármelo. Sucede que por estas regiones la vida humana no tiene precio. Se mata y se mata por esto o por aquello, y ya el saber que alguien ha sido asesinado, no provoca asombro. La costumbre es que se muera así. Es difícil oír, cuando hablan de algún difunto, que digan que murió de esta o aquella enfermedad. Siempre dicen: «cuando a Fulano lo mataron», «cuando mataron a Zutano», etcétera. Y el asesinato de Barberán y Cóllar entraba dentro de esa bárbara visión

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

de la vida que impera por acá. Eran nada más dos hombres asesinados, a dos que les tocó la de morir, y ya. Claro, porque la ignorancia, la incivilización que medran adonde no hay escuelas —aquí no las hay—, que fructifica donde no hay caminos —aquí no los hay—, sepultó para las entendederas de los indios que Barberán y Cóllar eran dos hombres que habían realizado una proeza heroica, y que por ese solo hecho sus vidas eran sagradas. La noticia adquirió importancia cuando llegó hasta las gentes civilizadas. Pero ya habían pasado muchos años, y entonces sucede lo que aquí ha ocurrido: que la versión original es deformada, agrandada, cambiada.

Nosotros oímos muchas cosas. Llegamos a oír hasta a alguien que decía —y nos hubiéramos reído si no hubiera nacido probablemente de un drama tremendo— que el que había venido en el «Cuatro Vientos» era Azaña, y que a él era a quien habían asesinado. Pero siempre estaba latente un asesinato. Y en el noventa y nueve por ciento de los casos, Bonifacio era señalado como el autor principal. Pero sobre todo, era imposible desasirse de la certeza de que el «Cuatro Vientos» cayó por aquí.

Para tratar de sacar algo de este desconcertante misterio, fue para lo que, ayudados más bien por las circunstancias que por una idea premeditada, se erigió el extraordinario jurado en el que acabamos de oír a los señalados como personajes centrales de este drama cuyo fin aún ignoramos. Fue hecho sin pretensiones de llegar al fondo de la verdad, porque había elementos contrarios, fuerzas opuestas contra las que hubiera sido inútil luchar. Sobre todo, el principal estorbo: que casi nadie habla o finge no saber el español.

***

—Por eso tener yo miedo, soy ignorante. Si me matan por ahí, puro monte —exclamó Bonifacio después de contar cómo en enero, después de dos veces fallidas, lo habían aprehendido.

Sentados junto a su hermano Andrés, al frente de nosotros que estábamos alrededor en una tosca mesa de madera, nos observó atentamente. Le preguntamos qué sabía del «Cuatro Vientos». Bonifacio dijo no saber nada, absolutamente nada, pero que lo habían secuestrado para que dijera dónde lo había escondido. Que qué iba a decirles, si no sabía nada. Que todo eran cosas de sus enemigos, que habían corrido la versión para perjudicarlo, para sacarle dinero. Que habían ido tres veces, y la vez que se escapó, a su hermano le habían tirado un balazo que le rozó la cara y le perforó el sombrero. Que a su madre y a su mujer las habían colgado y que él había llegado hasta la casa de don Julio Avendaño a pedirle ayuda. Repitió que era inocente y que estaba dispuesto a entregarse a las autoridades. Que don Julio Avendaño, seguro de su inocencia —y de que todas las versiones que lo acusaban eran de gentes que le tenían envidia y querían sacarle dinero—, lo había ayudado. Acusó a Sixto Carrera (con quien no lo une parentesco alguno), allí presente, de haber sido el guía de la última expedición que había invadido sus terrenos.

Interrogamos a Sixto que, nervioso, escuchaba a Bonifacio con una mezcla de temor y desconfianza. Aceptó que había venido las tres veces, en diciembre, enero y febrero, pero que lo habían traído a la fuerza, pues suponían que él sabía el camino. Que él no sabía si el avión había caído aquí, pero que sí lo había oído decir.

Volvimos a Bonifacio. Le rogamos nos dijera todo lo que supiera anteriormente a la fecha de las últimas expediciones, desde que todos oyeron pasar el avión. Se aferró insistentemente a que nada sabía, que él no escuchó el avión. Lo ayudó su hermano en mazateco —así se llama el dialecto que hablan— reafirmando, en síntesis, que lo único que sabían era que tres veces habían ido tres expediciones a buscar el avión y los cadáveres a sus tierras. Que los habían amenazado, torturado, pero que no sabiendo nada, nada podían decir. Que las dos últimas incursiones habían sido guiadas por Sixto Carrera y Luis Rico, ambos allí presentes. Que Luis Rico se había casado con una muchacha, Crescencia Carrera, que había adoptado la mamá de Bonifacio y que la había abandonado. Preguntado Rico, aceptó haber ido, pero también aseguró que lo habían llevado a la fuerza. Y que no sabía nada más, absolutamente.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Y todo mundo igual. Nadie sabía nada más. Preguntamos más y más, y nadie quiso salir del tema de las expediciones. Después de largo tiempo en que vimos que todos nuestros interrogatorios eran inútiles para sacar más datos, suspendimos la sesión.

Creo que en ese momento, Olguín, Díaz, Díaz Ordaz y yo, tuvimos un gran desaliento. Por ese instante, todo nuestro enorme entusiasmo por localizar al «Cuatro Vientos» se vino abajo. En un medio hostil, después de pasar privaciones sin cuento, acabamos de comprender una situación que no conocíamos: «El Cuatro Vientos» no sólo estaba sepultado por el tiempo; también por una raza que todo lo esconde y que sabe el secreto de callar. Había que sondear no sólo la selva voraz, sino también el corazón de sus moradores. Y en la primera tentativa, habíamos salido derrotados.

Fue cuando apelamos a don Julio Avendaño, desconcertados, abatidos, y no porque aparentemente Bonifacio resultara inocente, pues no llevábamos ningún deseo premeditado de que lo fuera, no, sino porque había en el ambiente, en toda la gente allí presente, un algo impreciso, un no sé qué, que sin previo acuerdo, nosotros pudimos observar: había mucho oculto que no se nos había dicho, y era desesperante sentirlo y no poder agarrarlo.

—Yo hablo poco —contestó don Julio Avendaño a nuestra petición de ayuda para que nos orientara—; hablo poco, pero en serio. Yo siento mucho que hayan tenido que pasar tantos sufrimientos a los que no están acostumbrados para tener que venir hasta acá para convencerse de lo que yo estaba convencido. Pero yo no podía evitarlo, porque hubiera parecido que, como dicen, yo estoy tapando este asunto. Creo que lo mejor es que se regresen, pues la mera verdad, aquí no hay nada, como ustedes ya se habrán convencido. Déjense de dificultades que se están buscando sin necesidad.

Alegamos que todo eso debió habérnoslo dicho allá abajo. Que el compromiso era buscar el avión, y que si habíamos venido, era porque todos estábamos de acuerdo en que por aquí estaba. Que sí

—y qué podíamos decir en aquellas circunstancias— estábamos aparentemente convencidos, pero no lo suficiente para abandonar el asunto por completo.

Él estimaba que ya era suficiente, que no tenía más que hacer sino regresarse. Ahora, que si nosotros queríamos seguir por nuestra propia cuenta y riesgo, que «allá nosotros», que él no quería cargar con las responsabilidades de todos los peligros que podían venírsenos encima.

Sabíamos bien que regresándose él y su gente —casi la totalidad de los peones contratados para acompañarnos—, nosotros tendríamos que hacer lo mismo, por lo inútil de correr el peligro de quedarnos solos, atenidos a nuestras propias fuerzas, incapaces para salir con vida de aquellos sitios y sin deseo de hacer sacrificios estériles. Como única salida para quedarnos un poco, le pedimos que se quedara unos días más, mientras buscábamos por todo el cafetal, donde se decía que habían sido enterrados los pilotos. Así por lo menos sí podíamos llegar a convencernos de que las versiones eran fábulas.

Después de largos convencimientos sólo aceptó quedarse un día más y salir la mañana siguiente. A pesar de que un solo día para buscar en la grande joya rodeada de tupida maleza, de salvaje vegetación, era absolutamente nada para hacer una búsqueda completa, la expectativa de que algo inusitado nos ayudara y la ventaja de contar con un día más, levantó un poco nuestra esperanza.

Le explicamos que queríamos absoluta libertad para buscar en todas partes. Como una de las versiones que más corrían era que los cadáveres estaban enterrados debajo de un asoleadero que Bonifacio había hecho después de la tragedia, más abajo del cafetal, dijimos que era necesario escarbar allí.

Él nos dijo que podíamos buscar donde quisiéramos. Que Bonifacio aceptaba que el asoleadero fuera levantado.

Con una febrilidad inusitada, esperanzados de nuevo, pusimos todo en movimiento. La mañana estaba ya entrada y el tiempo era precioso. Había que aprovecharlo. Jamás en mi vida he sentido tanta impaciencia, tanta emoción, como aquella vez. ¿Cuál iba a ser el

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

resultado de nuestra exploración? ¿Lograríamos encontrar algo? ¿Regresaríamos derrotados? Eso fue lo que todos corrimos a averiguar, con el alma en un hilo. Un hilo cuyas horas estaban contadas...

Un instinto desconocido nos empujó a todos abajo del cafetal, hasta donde la selva había logrado apoderarse nuevamente de gran parte del terreno en que la desalojaron alguna vez. En un sitio no muy grande, había un claro, en el cual estaba una choza, y enfrente, separada por una maleza huérfana, junto a un pozo ya tapado estaba el famoso asoleadero.

El mismo don Julio comisionó a los peones efectuar la excavación. Indios macizos, sudorosos bajo el sol, empezaron la tarea con rudimentarias herramientas. Bonifacio Carrera llegó poco después, silencioso, y frente a nosotros, observó impenetrable, impasible, la destrucción del asoleadero. Yo lo observé atentamente, tratando de descubrir algo en sus ojos, en su actitud. Pero no pude vislumbrar nada. Mientras la tierra excavada iba dejando un gran hueco, nos dimos cuenta de que estábamos perdiendo el tiempo. Había que aprovecharlo buscando por otro lado.

En ese momento fue cuando Sixto Carrera, silenciosamente, sin avisar a nadie, dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la tupida maleza, donde se alzaban árboles gigantes, plantas extrañas, lianas. Todos nos hicimos la misma pregunta: ¿adónde iba? ¿Quería llevarnos a algún sitio determinado, sin avisarlo, para no comprometerse?

Olguín se acercó a mí y me dijo que la cosa estaba sospechosa, que iba a seguirlo. Quedamos en que yo me quedaría vigilando los trabajos de excavación en el asoleadero. Vi cómo Sixto se perdió entre la maleza, y detrás de él don Antonino, su inseparable hijo Artemio, Julio Díaz Ordaz y uno de los peones que él había traído. Mis ojos se fueron tras ellos, mientras el corazón se me salía del pecho. Los peones, entretanto, seguían escarbando, ante la mirada de don Julio Avendaño y de Bonifacio. Habían llegado también su hermano Andrés y otros peones de los Carrera. Todos estaban inmutables, tranquilos. Un ansia me devoraba y no pude vencerla. Corrí hasta la maleza, por donde habían desaparecido los que seguían a Sixto Carrera.

Orientándome por las huellas de la maleza destrozada por los machetes, me adentré también en lo que ya era pura selva. Con una agilidad desesperada, caminaba lo más aprisa posible. Al rato oí voces. Un momento después los había alcanzado. Estaban todos en derredor de un hoyo ancho, que a tres metros de profundidad tenía varios troncos de árbol atravesados de un lado a otro. Abajo, a los lados, se abrían dos negros agujeros cuyo fin no se presentía. Ramas y troncos más pequeños estaban a los lados, como aventados a propósito. Arriba se veía cómo habían sido cortados varios arbustos. En las caras de todos se sugería la creencia de que allí había algo. Sin decir nada, nos contagiamos de la misma idea: ¿habrían arrojado los cadáveres allí y luego habían tapado con árboles derribados a hachazos?

Los murmullos expresando la sospecha de que allí había algo, crecieron, tomaron forma en don Antonino Avendaño. Hombre nervioso, impulsivo, arrojado, sin más ni más se amarró de la cuerda que había sido llevada con ese fin, pues ya se había hablado de la gran cantidad de pozos —sótanos les dicen por acá— perdidos en los alrededores del cafetal, y bajando hasta los troncos atravesados en el centro, como punto de apoyo, con una lámpara de mano, pidió que soltaran la cuerda.

En realidad, la situación era impresionante. La nerviosidad que nos envolvía a todos, hizo que su hijo Artemio, con voz sobresaltada, le dijera:

—¡Papá, no baje usted, eso está muy feo y le va a suceder algo!

Don Antonino, con su vozarrón, insistió en que se le soltara la cuerda. Así pudo acercarse a los agujeros de los lados. Todos seguíamos desde arriba, ansiosos, expectantes, sus maniobras. Pero los resultados fueron negativos, no podía hacerse más.

Cuando don Antonino estuvo otra vez arriba, nuevamente la desilusión se había apoderado de nosotros. Pero una fuerza interior nos impelía a seguir adelante, aunque fuera por desesperación. Y pasando de una emoción a otra, de la sensación de la victoria a la de la derrota, de la desesperanza a la del optimismo, sin nin-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

gún acuerdo previo, hechos todos un grupo que había crecido con la presencia del gordito Díaz, de Fernando Cienfuegos y de don Jorge Aquino, seguimos adelante, entre la feroz maleza siempre tratando de obstruccionarnos el camino. Se habló de que por allí cerca había más pozos, y tras su búsqueda caminábamos ansiosos, deseando alargar el tiempo.

Llegamos a una cueva, oscura, sombría. Nuevamente don Antonino se amarró la reata a la cintura y con la lámpara en una mano y el machete en la otra, se adentró, mientras nosotros, en la boca del sótano, prendidos de la cuerda, íbamos escuchando sus palabras que expresaban lo que iba viendo. Tampoco nada. La desesperanza se apoderó otra vez de nosotros. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir?

Sixto Carrera y Humberto Olguín habían desaparecido, metiéndose más adentro de la maleza. Los demás, a la puerta de la gruta, nos sentamos a descansar un poco. El desaliento cundía. Alguien habló de regresar al asoleadero. Como autómatas, todos nos pusimos en pie y empezamos el retorno, despacio, como no queriendo llegar nunca.

Atrás de nosotros, por un rumbo impreciso, sonó el silbato de Humberto Olguín. Habíamos llevado silbatos para esa contingencia: avisar dónde estábamos, pues la vegetación por lo cerrada, no dejaba ver a un metro de distancia. Grité inquiriendo qué sucedía. El silbato sonó de nuevo. Destanteados, sin saber qué pensar, regresamos sobre nuestros pasos tratando de seguir el camino de Sixto Carrera y Olguín. El silbato volvió a sonar, pero por otro lado. Pronto pudimos oírlos hablando en voz alta. La voz de Humberto, sonora, nos indicaba el sitio por donde estaban. Al fin, los localizamos.

Se intensifica la búsqueda

¿Tenemos acaso, en nuestras propias manos, los restos de los infortunados pilotos españoles? ¿Son los despojos de Barberán y

Cóllar estos vestigios óseos que Olguín encontró a veintidos metros de profundidad, en un «sótano» escondido en plena selva, y al que nos llevó, sin decirnos nada pero extraordinariamente nervioso, Sixto Carrera? ¿Son la prueba del abominable crimen estos huesos a cuya vista, evidentemente, Bonifacio Carrera trató de desviar sus miradas? Ninguna de estas peligrosas y tremendas interrogaciones hemos podido resolver todavía. Y, sin embargo, nadie nos podrá quitar de la cabeza que allá en la punta del cerro de La Guacamaya se esconde el secreto sobre la desaparición de los tripulantes del «Cuatro Vientos».

Cuando Humberto Olguín fue sacado del tenebroso antro y mostró los huesos que con grandes dificultades pudo extraer de un socavón hecho dentro del mismo pozo, todos los reunidos alrededor de la grieta miraron lo que parecía comprobar sus pensamientos, sus sospechas íntimas, sus propias versiones. Hubo, en ese aplastante silencio que recibió a Olguín, como una acusación colectiva, muda, expresiva, contra «alguien» cuyo nombre no podía decirse; sobre «algo» que no podía contarse.

Nadie pareció darse cuenta de que teníamos encima un violento aguacero y de que hacía muchas horas que no habíamos comido. Aunque todos los ojos hablaban y todas las miradas eran interrogaciones nerviosas, asustadas —y todas las actitudes eran sintomáticas de un profundo deseo de hablar, de hacer confesiones, de hacer preguntas—, nadie se resolvió a desembarazarse de esa cosa que pone nerviosos, intranquilos, a todos los hombres que palidecen cuando se les habla del «Cuatro Vientos» y tiemblan cuando pregunta uno si fueron asesinados Barberán y Cóllar.

***

Toda la tarde estuvo lloviendo. Tuvimos que encerrarnos en una choza sin poder proseguir los trabajos de exploración. Pero como si hubiera habido un acuerdo colectivo, nadie quiso tocar el tema que nos había llevado hasta allá, y menos referirse al sorprendente

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

hallazgo de los huesos. Ni una sola palabra. La conversación giró sobre temas muy distintos, y nosotros, viendo que era inútil tratar de desviarla por otro lado, nos dejamos llevar por la corriente. De todos modos, se notaba una nerviosidad general, como consecuencia de que los pensamientos íntimos de todos los que estábamos allí, eran en verdad sobre el asunto del «Cuatro Vientos».

Humberto Olguín y el gordito Díaz, con gran asombro de los indios que no podían comprender qué cosa era, se pusieron a jugar ajedrez, el mismo ajedrez que el gordito no olvidó nunca llevar consigo.

Yo estaba rendido, tanto por las caminatas como por las emociones pasadas, y me tendí sobre un petate, somnoliento, torturado por mil ideas, tratando de desenmarañar toda la maraña en la que estábamos metidos.

En un rincón, Julio C. Díaz Ordaz, Fernando Cienfuegos, Jorge Aquino y Artemio Avendaño se pusieron a jugar «conquián» con una baraja que alguien había llevado. Antonino también se había recostado, quejándose de un dolor que no lo dejaba en paz. Don Julio Avendaño, sentado en un cajón, cerca del marco de la puerta, permanecía silencioso, a ratos mirando la partida de ajedrez, a ratos hablando en «la idioma» con este o aquel indio. Ni una palabra nos había dicho acerca del suceso del día.

Así anocheció sin que la lluvia cesara. Después de cenar, todos nos acomodamos, repartidos en el estrecho espacio de la choza. A un extremo dormíamos Olguín Díaz y yo, y al otro los demás. De nueva cuenta, un silencio total había enmudecido todas las bocas.

Nosotros hicimos un cónclave, mascullando las palabras entre dientes para que se quedaran entre nosotros. Decidimos hablar con don Julio Avendaño y ponerlo en conocimiento del hallazgo, aunque él ya lo sabía, a ver qué pasaba.

Lo llamamos y se acercó hasta nuestros petates, muy interesado. En voz baja, mientras todos los demás, al otro extremo, guardaban gran expectación, empezamos por advertirle que se había presentado una situación muy delicada de la que queríamos enterarlo. Que

Olguín había hallado huesos humanos (debo advertir que aunque nosotros no teníamos la seguridad de que fueran humanos, pues para eso era necesario un examen científico, lo suponíamos por nuestras deducciones) y que eso complicaba la situación extraordinariamente. Que nosotros tendríamos que poner eso en manos de las autoridades, pues era necesario que se aclarara por qué estaban en el fondo de un «sótano», lo cual era muy sospechoso. Que nosotros creíamos que Bonifacio sabía más de lo que decía saber, y que creíamos que él, don Julio, aprovechando su influencia y el respeto que le tenía Bonifacio, debería interrogarlo seriamente.

Él empezó un poco destanteado, diciendo que le habían contado lo de los huesos. Bonifacio le había comunicado que una vez su mamá había arrojado a ese «sótano» *dos perros muertos*, hacía ya tiempo.

—Pues sí, ¡pero lo grave de la situación es que estos son huesos humanos! —afirmamos nosotros, mientras don Julio fruncía el ceño dando muestras de gran desconcierto y perdiendo su acostumbrada calma, cosa inusitada en él.

Meneando la cabeza de un lado a otro, invadido por la preocupación, aceptó que a lo mejor Bonifacio lo había engañado, que volvería a hablar con él; pero que... quién sabe, que a ver, en fin, que la cosa estaba seria, que él no entendía, que la situación parecía grave, que quién sabe qué iba a suceder, y así por el estilo: una serie de frases deshilvanadas, muestras de un estado de ánimo que no pudo ocultar.

Se retiró a su sitio y observamos que contra su costumbre de quedarse dormido prontamente, continuó mucho tiempo despierto, fumando con nerviosismo, sin decir palabra. De igual forma todos los demás, que parecían estar dormidos. Nosotros nos acostamos silenciosamente, sin hacer comentarios, esperando con ansia que llegara el día siguiente.

Fue una noche en que la misma nerviosidad no nos dejó dormir tranquilos. En la madrugada, accidentalmente, vimos cómo don Julio Avendaño salía con Antonino, con sigilo, y alejados de la choza, sostenían una plática que debió haber sido muy larga.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Al despertar, todavía un poco adormilados, don Julio se paró en el umbral de la puerta, con el sombrero puesto, en una actitud que difería notablemente de su intranquilidad nocturna, para decirnos, a boca de jarro, sin más explicaciones y con un gesto rudo, que estuvo a punto de ser violento:

—Bueno señores, como he notado que hay un gran ambiente de desconfianza hacia mí; como veo que se me toma como uno de los que quieren tapar este asunto, y no quiero adquirir más responsabilidades, ¡en este mismo momento me marcho con toda mi gente!

El baño de agua fría que recibimos fue tan intempestivo, que de pronto no entendimos qué sucedía.

—Además, no quiero que las gentes de Mazotzongo me vayan a tomar como un chismoso y vayan a creer que yo he sido el que ha organizado todo este lío. Eso de los huesos no tiene importancia: son huesos de unos perros que arrojaron allí. No voy a permitir que traten de vejar a mi raza. Yo soy hombre que anduve en la revolución y no me da miedo. ¡Estoy dispuesto primero a que me lleven al paredón!

Y presa de un exaltamiento inesperado, don Julio Avendaño nos hizo ver que su decisión era inquebrantable: había que regresar. Había que regresar a medio camino, cuando cada minuto que pasaba era una prueba más de todo lo que se nos estaba tratando de esconder. Había que regresar. Bien. Regresaríamos, pero no derrotados. Habíamos visto demasiado. ¡Ya volveríamos más tarde por el «Cuatro Vientos»!

***

Bonifacio aceptó saber del «Cuatro Vientos» a los quince días de su desaparición, en 1933. Estaba de policía en Mazotzongo y dijo que llegó una orden superior para que todos los vecinos hicieran búsquedas entre la abrupta serranía, por si el avión había caído por esos rumbos. Bonifacio no participó en ninguna. Ha oído las versiones que lo acusan de ser el asesino de Barberán y Cóllar y

recuerda lo de las expediciones a su cafetal, en una de las cuales fue secuestrado y pudo escapar. Esa vez, cuando él se lanzó a correr por el monte, los hombres que le habían pescado cogieron a su hermano Andrés y lo colgaron de los dedos cerca de una hora. Lo soltaron y, como no decía nada, lo volvieron a colgar, hasta que quedó privado por el dolor.

Fueron entonces por la madre y, arrastrándola de las trenzas, se la llevaron abajo del cafetal, diciéndole que su hijo había muerto por callar lo que sabían, que dijera mejor dónde estaba el aparato. Ella, al callarse, o al explicar que nada sabía, fue colgada, con las manos cruzadas, mucho tiempo, hasta quedar desmayada.

Todos estos acontecimientos nos fueron narrados por los Carrera y su madre, en el segundo interrogatorio que pudimos hacerles.

Pero ni una palabra más acerca del «Cuatro Vientos». Fue cuando saqué los huesos encontrados en el «sótano» y los puse ante la vista de Bonifacio, preguntándole si sabía de quién eran. Él negó, pero dio síntomas de nerviosidad al verlos. Se aclaró lo de los perros muertos arrojados en el «sótano», pues la viejecita dijo que ella sólo había tirado uno, y no en un pozo sino en la maleza.

Hacia un triunfo periodístico

Cuando regresamos a Río Sapo, después de la primera incursión hasta el cafetal de Bonifacio Carrera, nos apalabramos con don Antonino Avendaño, quien había mostrado muy buena voluntad de ayudarnos y aceptó levantar la gente suficiente para reiniciar la marcha hasta la región de los hechos, así como para comandarla. Nuevamente recorrimos el mismo camino, hasta llegar al rancho «La Paz», situado cerca del río Tezapa, donde tendríamos que cruzar el puente colgante de setenta metros que une a Puebla y Oaxaca. Una mañana montamos las bestias de la comitiva, y a una orden de don Antonino, iniciamos la marcha. Pero apenas saliendo de su

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

rancho, vimos venir a nuestro encuentro a don Julio Avendaño, que en la ocasión anterior había encabezado la expedición y que al fin había cortado de golpe la búsqueda en La Guacamaya.

Nos dijo que sentía mucho venir a darnos una mala nueva, pero que esa mañana, por lo crecido del río, la hamaca o puente colgante, había sido arrastrado por la corriente y no había manera de cruzar. Aquel contratiempo era tremendo. Eso nos obligaría a perder una semana en bajar otra vez de la sierra para atravesar el río en balsa. Nos regresamos a la casa de don Antonino, y fue allí donde ya las sospechas nacidas acerca de que fuera Julio Avendaño el hombre que no quería que el asunto fuera revelado, tomaron más fuerza, pues dos compañeros que fueron hasta el río se convencieron, por sus propios ojos, de que la hamaca había sido tirada adrede, como podía verse por la forma en que estaba cortada. Este dato lo confirmamos más tarde, por otros sitios, cuando un arriero contó que él había visto cómo gente de Julio Avendaño había tirado la hamaca precisamente el día en que íbamos a pasar por ella.

Julio Avendaño insistió mucho en que dejáramos hasta allí las cosas. Nos hizo ver que corríamos grandes riesgos y que él sabía de gente armada que trataba de perjudicarnos. Todo esto, siendo él nada menos que el amo de la región. Aún más: se disgustó profundamente con su hermano Antonino porque estaba dispuesto a acompañarnos y ayudarnos.

Pero Antonino, que sabe cumplir su palabra, a pesar de todo, nos acompañó. Regresamos tras una dura jornada, hasta un punto llamado Dolores, donde haciendo varias balsas de jonote –un árbol de extraordinaria ligereza– pudimos pasar al otro lado, y remontar el río hasta subir a La Guacamaya.

La llegada a La Guacamaya fue impresionante, pues el cafetal enclavado en la punta del cerro, adonde habíamos erigido unas semanas antes aquel jurado inusitado, estaba vacío de gente: todo el mundo se había ido, dejándolo en un completo abandono, al saber la noticia de nuestra llegada. Así pues, nos instalamos en el lugar, repartidos por grupos, en tres chozas de las que hay allí.

Al día siguiente, iniciamos la más frenética y ruda búsqueda por todos los alrededores. Siguiendo todas las versiones sobre el sitio en que había caído el avión, buceamos desesperadamente, hora tras hora, lugar por lugar. Lo mismo por entre la selva que se extiende al fondo, como por aquellos lugares de escabrosa vegetación, rebelde al paso del hombre. Cincuenta machetes se movieron sin tregua, fieramente, abriendo brecha por todas partes, dejando al descubierto lo que era estrecha espesura.

De un sitio al otro, nos movimos afanosamente. Todo fue *buceado*, atravesado. Por las tardes, regresábamos rendidos, agotados, hambrientos, muchas veces heridos. Por una semana entera, día tras día, sin cejar, buscamos infructuosamente, hasta el punto en que grandes dudas empezaron a apoderarse de nosotros.

Fue cuando decidí hacer una pequeña expedición a Mazotzongo, adonde han vivido los principales personajes del terrible drama. Mazotzongo está en el estado de Puebla, frente al límite con Oaxaca que es el río Tezapa. Del otro lado es donde vive Julio Avendaño, cuya autoridad se extiende hasta Mazotzongo, pues las autoridades de allí, insignificantes y débiles, no tienen más remedio que plegarse a su voluntad. De este lugar salieron las primeras versiones del asesinato de Barberán y Cóllar, y es allí donde ha habido graves amenazas para los que digan una palabra del asunto.

Acompañado de Mancilla, de Sixto Carrera, así como de dos ayudantes que pedí a Antonino para un caso de emergencia, bajamos la estrecha vereda que sube hasta La Guacamaya. Después de varias horas de ruda jornada, llegamos hasta el minúsculo lugar donde han vivido los intérpretes del horrible drama.

Nos acercamos a las autoridades, encarnadas en el regidor Moisés Martínez. Después de explicarle que desechara sus temores acerca de las amenazas que ha recibido, se prestó a ayudarnos. Fue cuando, teniendo en nuestras manos los nombres de los peones que habían vivido allá en La Guacamaya y que seguramente debían saber algo, solicitamos que fueran traídos a nuestra presencia, así como los Carrera: Bonifacio y Paula, y la madre de ambos.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Pero cosa curiosa: Bonifacio Carrera, Paula Carrera, Crescencia Reyes y Encarnación Olivares habían atravesado el río y estaban en casa de Julio Avendaño. ¡Y hasta el mismo Reynaldo Palancares había ido a visitar, después de nuestro regreso anterior, a Julio Avendaño!

Nos enteramos además de cómo la vez anterior en que pasamos por Mazotzongo, Julio Avendaño había insinuado que el que nos dijera algo del asunto iba a tener que vérselas con el mayor Rábago. Que nosotros sólo íbamos a causar daños y que era mejor que no hablaran. Ello explica aquel inusitado silencio de todas las personas que interrogamos antes.

Imposible, pues, interrogar a los Carrera. Sólo nos quedaban los nombres de algunos de los peones, quienes fueron llevados a nuestra presencia. Después de estrechos interrogatorios en que tuvimos que usar toda nuestra astucia, obtuvimos la confesión de Maximiano Acosta, peón durante seis años en La Guacamaya, cuyos datos los obtuvo de Agustín Reyes, uno de los participantes en el asesinato de Barberán y Cóllar, y quien lo contaba ¡porque sólo le habían dado diez pesos!

Maximiano empezó por decir que él sí le había visto a Bonifacio Carrera un reloj de pulsera, hacía como cuatro años, dato muy interesante, porque nadie por allá lo usa. Alegaba que no sabía nada más. Pero al fin, acorralado por nosotros, no tuvo más remedio que hablar. Fue así como hizo una notable confesión, que es prueba contundente y definitiva del asesinato y de que es positivamente cierto que el avión está enterrado en el cerro de La Guacamaya.

Maximiano dijo que hace como cuatro años, Agustín Reyes le había contado que, cuatro años antes, andando un día de cacería con Bonifacio Carrera, oyeron el ruido de una máquina que volaba sobre La Guacamaya. Horas después, escucharon varios tiros en la espesura, y luego de caminar abriéndose paso entre la maleza llegaron a un sitio donde estaba el «Cuatro Vientos» de cabeza, pero intacto. Junto a él estaban con las manos juntas (Maximiano unió sus manos en actitud de rezar) dos hombres —Barberán y Cóllar— vestidos raramente. Al verlos, los españoles les explicaron quiénes

eran, y tomando una maleta de la cabina del avión, sacaron un fajo de billetes diciéndoles que si los llevaban con las autoridades, les darían la mitad. También les habían pedido alimentos.

Se regresaron él y Bonifacio hasta el cafetal, a unas dos horas de camino por la dificultad para caminar entre la salvaje vegetación. Allí Bonifacio habló con su suegro Reynaldo Palancares, que en esos días había ido con sus dos hijos a sembrar una milpa. Palancares, cuando vio el dinero y escuchó las palabras de Bonifacio, pidió que lo llevaran hasta allá. Habían ido, además de Palancares, sus dos hijos, así como la esposa de Bonifacio, su hermana Paula y su hermanastra Crescencia Reyes y Luis Rico. Ya cerca de los aviadores, Palancares dispuso que los mataran y que se repartieran el dinero. Los dos aviadores, cuando se dieron cuenta de que estaban perdidos, pidieron clemencia y viendo que no la había, se abrazaron uno al otro. Después los habían rematado a machetazos. Con hachas habían tratado de destruir completamente el avión; le habían cortado las dos alas grandes, sin poder hacer lo mismo con las pequeñas; habían destruido la cola y arrancado el fuselaje; habían sacado todo de la cabina, y tras escarbar por abajo del avión, con muchos trabajos lo empujaron hasta el «sótano» más cercano. Echaron mucha tierra y palos. A los cadáveres les quitaron dos anillos, dos relojes, dos pistolas y algunas prendas de vestir.

Cuando le preguntamos a Maximiano, por medio del intérprete, pues no habla español, cómo eran las pistolas, le fuimos mostrando varias, hasta que al ver una escuadra española, dijo inmediatamente que así eran. Reveló que Palancares se había quedado con una maleta que traía monedas doradas. Que Bonifacio se había quedado con la que traía los billetes y sólo le había dado diez pesos a Agustín Reyes, por lo que estaba enojado y se lo había contado, estando dispuesto también a contárselo a las autoridades.

Que cuando regresaron al cafetal, la madre de Bonifacio, al saber que habían matado a los aviadores, se enojó mucho y les reclamó. Lo mismo hicieron Paula y la esposa de Bonifacio. Pero que Palancares, poniéndose la mano en su pistola, había dicho que eso lo

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

tenía para el que no le gustara, y que quien dijera algo, se iba a morir. Maximiano dijo que no supo quién se quedó con las pistolas, pero que sí había visto que Bonifacio se había quedado con un reloj.

Esta confesión fue hecha enmedio de un ambiente extraordinario. Mientras de su boca salía su secreto, fue perdiendo su mutismo para —animándose con su propia osadía al revelar lo que a nadie había confesado— volverse locuaz. Sonreía viendo el efecto que de la traducción de sus palabras causaba en quienes lo oíamos. Y así lo contó todo, mientras a nosotros se nos iba secando la garganta, y el corazón quería salírsenos del pecho. Su confesión conmovió todas las más secretas fibras de nuestros sentimientos. Así fue rasgando con sus palabras y descubriéndolo, poniéndolo a nuestra vista, el más espeluznante crimen cometido por la ignorancia y el salvajismo: ¡El trágico fin de los dos héroes que cruzaron el Atlántico hace ocho años!

Columnas Literarias

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

✧✧✧✧✧✧✧✧✧

Como periodista, Edmundo Valadés fue autor de dos leídas columnas: «Tertulia Literaria» y «Excerpta», en las cuales comentaba novedades editoriales o restituía textos, ora curiosos, ora insólitos, ora reveladores. Aquí una probadita.

Vademedicum de Cantón

El argentino Darío Cantón —poeta, ensayista y editor de la revista *Asemal*— es autor de uno de los más insólitos e ingeniosos diccionarios: el *Abecedario Médico Cantón*. Él tomó, de una guía de especialidades medicinales, ochocientos nombres de productos médicos, y como si se tratara de un vocabulario, da un curioso significado de cada uno de ellos. En sus definiciones, algunas desternillantes, hace gala de un pródigo e incansable humor, al convertir los nombres de esas ochocientas medicinas en otras tantas sorprendentes definiciones.

Recorramos este «vademedicum poeti-lógico». ACILUM: institución del derecho de gentes, muy capuleada en los últimos tiempos. ANAUS: baño finlandés escrito al revés. ANUSOL: sol que sale por detrás. ARKA: de Noé, primer conservador de las especies animales. ASCORIN: orín fétido. También seudónimo de José Martínez Ruiz, escritor español de la generación de 1898. ATEROIDE: corpúsculo celestial cuya órbita se halla comprendida entre las de los planetas Marte y Júpiter. AVAPENA: tristeza de Ava Gardner después de su separación de Frank Sinatra. AZOMAN: por el alféizar de la ventana dos mozaz senzacionales: zon las hijas de González (Ramón del Valle Inclán). BERDI: autor de Haída y otras célebres óperas. BILOLITOL: amante que juega a dos lolitas simultáneamen-

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

te. BUSCOPAX: fórmula de Henry Kissinger al subir o bajar de cualquier avión.

BUTACETIL: Mención a la madre en turco. FATIGAN: forma verbal propiedad de Jorge Luis Borges. JAQUEDRYL: Bouvier, esposa de John F. Kennedy, presidente estadunidense, y de Aristóteles Onasis, filósofo griego. Ocasionó más de una cefalea a ambos maridos y dio jaque mate a los dos. METROFREN: de emergencia en los subterráneos de París. MINISTA: 1. feminista que ha perdido la fe; 2. acérrima defensora de la pollera mini, ya pasada de moda. MONOMOR: *Hiroshima...* película de Resnais. OBESIN: gordito simpático muy suelto. ORGESTRIOL: director de la orgestría. OVOLANDO: 1. ovulación aérea; 2. ovulación «en el aire», o que no se ha producido a pesar de que correspondería, esto es, amenaza o esperanza de embarazo. PITOCIN: castrado. PORTAGEN: cómodo estuche para el transporte de genes y su más fácil manejo. Permite su conservación, intercambio y mezcla. Viene en varios colores. PRELUDIN: pequeña introducción a una obra, generalmente musical. Por antonomasia, obras juveniles de Mozart. SALENA: Anales de la Sociedad de Homosexuales Disléxicos. SULFOIDAL ROBIN: leal compañero del Sulfoidal Batman. SUMAL: calculadora multiuso (para perjudicar al cliente, para hacer declaraciones falsas de réditos, para disimular años, etcétera). SUPLIGOL: angustia del hincha ante el gol que no viene. TETABULIN: corpiño mistongo.

UNGEL: ángel malo, protervo, viscoso o de las tinieblas. UNIFAG: Fondo de las Naciones Unidas para la Homosexualidad (masculina) –del inglés «fag», marica. Hasta el presente. URALGICO: punto más alto de los Montes Urales. UROMANDELIN: instrumento musical caído en desuso. VAK-ORAL: primer programa radiofónico dirigido a las vacas, buscando su más rápido crecimiento y engorde (auspiciado, anónimamente, por el Mercado de Liniers, República Argentina). ADRENOPLASMA: mujer a la que le falta algo para cuajar como madre. AVENABIL: moro de Granada, cuyas desventuras canta el romancero español. CARISOMA: «queridísima», dicho a una gorda. GLUTEST: test de los glúteos, utilizado en los

teatros de revistas para probar a las aspirantes a ingresar en el coro. Se toma percutiendo la zona en cuestión mediante un martillito y contando las vibraciones por segundo. LESCOT: d'Isabel (Sarli). REGENERON: programa de rehabilitación, intentado sin éxito, de Nerón y sus inclinaciones piromaniacas. TESTERGON: prueba ergométrica de los testículos, efectuada para detectar fallas en la procreación. Es fama que antiguamente algunos piratas la hacían valiéndose del palo mayor. SIRBEN: a veces estos comprimidos y a veces no. TOSIRIS: o no tosiris, igual moriris, HOLOPON: u holosaca, pero lo tiene que jugar, le advirtieron a quien vacilaba.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Intervalo para malicias

El maestro José Sabre Marroquín, que tiene fino oído no sólo para la música, sino para atrapar ingeniosidades del habla coloquial, oyó esto: «No hace nada, pero desde muy temprano».

En tertulia de amigas, una de ellas, hablando de una consulta con el ginecólogo, les confió: «Después de la biopsia que me hicieron en el ovario, ¿saben lo que siento? Como si mi matriz estuviera enojada».

De una chica atractiva: «Me está doliendo la cara de bonita que la tengo»

Después de largo recorrido en plan de compras, al regresar a casa la señora se descalza de inmediato y le dice al marido que la contempla: «Cuando me quito los zapatos, es como sentir un orgasmo».

Expresión de alguien dueño del ocio: «No tengo nada que hacer hasta noviembre en la tarde».

Galdina, ceremoniosa sirvienta oaxaqueña, me advierte que baje a componer el reloj eléctrico que da las horas sobre un muro de la cocina, «porque con el apagón de luz se desorientó».

Exclamaciones de turista local cursi, después de estar en Europa a las carreras, según Jorge Mejía Prieto en *Nosotros los cursis*: «¡Padrísimo! ¡Divino! ¡No te imaginas! ¡Lo máximo! ¡Fabuloso!»

Esta es quizá la ofensa más desalentadora: «¡Tú ya ni friegas a tu madre!»

El arquitecto sonorense Guillermo Rodríguez Campillo quedó asombrado –y aceptó la excusa sin trámites– cuando al reclamarle a uno de sus albañiles porque había faltado durante un mes, él le arguyó: «Porque se me puso negra la realidad».

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Escuchada por Raúl Prieto en el Metro: «Pues sí, maistrín, ¡estamos joviales pero contentos!»

Recuerda el pintor Feliciano Béjar que hace incontables años, en pueblos de Michoacán como Jiquilpan, recién llegadas, a las sinfonolas les decían *madrolas*.

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Una pausa con la señora de cultura enrevesada

Al describir un violento pleito con su esposo, la señora de cultura enrevesada dijo: «Se puso furioso; se puso hecho un *argumento*».

Al explicar a Hero Rodríguez Toro por qué había tenido que sacar de la escuela a su hijo, la señora de cultura enrevesada precisó que fue porque se burlaban de él debido a que se *dilapidaba* las cejas.

A veces le ocurre que por decir «me dio el soponcio», exclama: «Me dio el *simposio*».

Y otras veces, víctima de algún colapso, cuenta que le dio el *calipso*.

Otto-Raúl González escuchó que en rueda de amigos les preguntaba: «¿Y no han ido ustedes al festival *serpentino*?»

La señora de cultura enrevesada se impresionó profundamente por el japonés que se había aplicado el «*quiquiriquí*».

Le confió a Jenie Ostrosky que se extasía con «*Las sífiles* de Chopin».

Yolanda Villamil supo que le había explicado a uno de sus hijos que Luis XVI fue *gelatinado* durante la Revolución Francesa.

No acaba de saber por qué todavía siguen siendo tan famosas las *meninges* de Velázquez.

Está persuadida de que las esposas de los apóstoles fueron las *epístolas*.

Narrándole sus viajes a Sergio Pitol, le contó que había cruzado el *mingitorio*, a lo cual su hija le aclaró: «No, mamá, no, fue el Orinoco».

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

Antonio Ibarra, modelo de gentileza y amistad, se enteró de que en cierto momento pidió que no la interrumpieran, porque estaba en un acto de *contracción*.

Contó que rehusó entrar en una *pedagoga*, porque ella pertenece al rito católico.

Prefiere el coñac «*génesis*» porque es tan antiguo como *La Biblia*: ya allí lo anuncian.

Le encantó, en su viaje a España, el *Dante jondo*.

RETROSPECTIVA

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Durante casi cuatro lustros, Edmundo Valadés vivió en matrimonio con Adriana Quiroz, quien dulcemente rememora, en las siguientes líneas, lo que significó haberlo conocido como amigo, maestro y esposo.

¿Qué me dio Valadés?

Adriana Quiroz

Valadés fue mi maestro, mi compañero, mi padre, mi amigo, mi amante, mi cómplice y, a veces, hasta mi hijo.

Yo tenía veintidós años cuando nos conocimos, y cómo me gustaría decir que me raptó en un brioso caballo blanco de largas crines al aire. Aunque Juan Rulfo no se cansaba de contar esa historia, yo, la mera verdad, no la recuerdo. Lo que sí sé es que un ocho de noviembre, seis meses después de conocernos, nos casamos. Él y yo enamorados y seguros de lo que hacíamos; los demás aterrados y completamente seguros de que era una locura. Y sí, fue una locura, pero una locura maravillosa que nos duró por casi veinte años, hasta su muerte.

¿Qué me dio Valadés? Tantas cosas que no acabaría de decirlas. Me enseñó a cultivar la amistad; me adentró en el placer de escuchar su música: Debussy, Rabel y Mahler nos acompañaron durante largas tardes; me reveló el secreto de la vida; con él compartí la magia de las palabras; compartió conmigo su amor a Proust; me enamoró leyéndome en el teléfono los poemas a Lou de Apollinaire; me regaló, envuelto en hilos de oro, el misterio de las *Mil noches y una noche*; descubrimos juntos a Oliverio Girondo y lo adoptamos como libro de cabecera; nos dejamos seducir por la ciudad de Buenos Aires; nos juramos amor ante el mar de Guaymas, ese mar

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

que lo vio nacer, ese mar que lo dejó ir; comimos, abrazados, helados de fresa en Coyoacán; nos echamos clavados en las librerías de viejo de la calle de Donceles, felices de encontrar ediciones raras e inconseguibles, para rematar, después, en «El Cardenal» de Palma.

Brindamos cada año nuevo por nosotros, por nuestra vida juntos, por nuestro amor. También me regaló el brillo intenso de niño soñador que siempre conservó en sus ojos. Con su voz pausada me contó más de una vez que cuando él tenía alrededor de treinta y ocho años, una noche llena de estrellas fijó la mirada en una, y pidió un deseo: en esos momentos yo estaba naciendo. Valadés nunca se cansó de repetirme que yo había nacido para él, a la medida de sus manos y de ese deseo.

¿Qué más me dio Valadés? Me dio su mundo: rico, generoso, lleno de sorpresas. Me contagió su capacidad para el asombro. Tal vez era yo muy joven, tal vez muy ingenua, pero al acercarme de su mano a tanta gente maravillosa, me llené de azoro. Los creí personajes salidos de la ficción. Traté a escritores de la talla de Rulfo, Arreola, Henestrosa y Del Paso. Todo era nuevo para mí...

¿Qué le di yo a Valadés? Le regalé, a cambio, mi vida, mi juventud, mis primeras miradas de la mañana, mis verdes hojas, mis brazos, siempre dispuestos a abrazarlo, a protegerlo. Lo arropé con todo mi amor, lo cuidé en su enfermedad con devoción. Y sabiendo que él estaba de vuelta de muchos caminos de la vida, quise ofrecerle, al menos, un sitio cálido adónde llegar. Ahí lo esperaban sus perros, su gato, yo y su sopa de fideos.

Bajo su amoroso apoyo y su amplia sombra, empecé a escribir mis primeros cuentos, y él fue siempre solidario y entusiasta conmigo.

Sus dotes de maestro se extendieron en otras direcciones. Creo que es bien sabido su deleite por el baile, y él quiso arrastrarme a éste; pero no pasé el examen. Pese a la diferencia de edades, era Valadés quien podía bailar toda la noche. Tenía un extraordinario sentido del ritmo, sabía conducir muy bien; yo, por mi parte, era torpísima. Él era un buen bailarín, yo no.

Lo que sí me llenó de orgullo algunas veces fueron tantos domingos, no solitarios, sí a solas, cuando él y yo nos dedicábamos a resolver crucigramas y en más de una ocasión, yo encontré esa palabra que a él se le escapaba. Por lo general, nos sentábamos uno frente al otro en la mesa de la biblioteca y podíamos pasar del primer café con leche al último güisqui. Los dos éramos avaros con nuestros domingos, que no queríamos compartir con nadie. No era así el resto de la semana. Porque para Valadés siempre fue un placer recibir a sus amigos en casa, y porque volara la mosca o porque no volara, invariablemente hubo una buena razón para tener la casa llena.

Por ella pasaron gente entrañable como Aline Pettersson, Aceves Navarro, Silvia Molina, Jimmy Fortson, Avilés Fabila, José Luis Cuevas, Marta Chapa, Eduardo Matos y tantísimos más.

Estar con Valadés representó para mí una profunda enseñanza de alguien enamorado de la literatura y de la vida y tan lejano de la envidia, dispuesto siempre a apoyar a los demás. Estoy segura que hay muchos jóvenes y otros, ahora no tan jóvenes, que podrían atestiguar lo que digo.

Edmundo sembró muchos amigos, y ellos, los verdaderamente amigos, seguirán cerca de mi corazón junto con su memoria, para mí siempre tan presente.

Hoy con dolor sanado, busco su recuerdo; su sonrisa me acompaña; su tierna mirada me guía hacia mi nuevo futuro. Dejo atrás un pasado: llevo dentro un cuento hecho realidad.

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/

EN ESTADO DE GRACIA.

CONVERSACIONES CON EDMUNDO VALDÉS

Forma parte de la Colección Periodismo Cultural. Se empleó en su composición el tipo Veljovic. La impresión consta de 1000 ejemplares. Lo terminó de imprimir la Dirección General de Comunicación Social, en los talleres de Comunicación Gráfica y Representaciones P.J., S.A. de C.V., ubicados en Arroz No. 226, Col. Santa Isabel Industrial, C.P. 09820, México, D.F., en el mes de noviembre de 1997.

Viejo reportero, beneficiario de un querido maestro, exfuncionario de comunicación social, amigo de sus amigos, hiperactivo presidente de la Fundación Manuel Buendía, tertuliano de corazón, actual conductor radiofónico, Aries atrapado por un amor: su hija Ana Rebeca, escritor que titubea salir del clóset... Ese es Miguel Ángel Sánchez de Armas, quien hace cuatro lustros conoció al cuentista, divulgador literario y periodista Edmundo Valadés y ambos recorrieron caminos fraternos que hicieron germinar el presente libro ♦ *En estado de gracia* es un rescate de las conversaciones sostenidas entre ellos dos a mediados de los años ochenta, en donde Valadés relata deliciosamente sus andanzas por el continente de las letras periodísticas y la república literaria; por sus senderos vivenciales, atizados de búsquedas, amigos, mujeres, inseguridades, amor, lecturas; por su mundo interno, preñado de esperanzas, frustraciones, proyectos, remembranzas; por caminos sembrados de todo lo imaginable y lo increíble y lo fantástico y lo simplemente absurdo ♦ Sánchez de Armas logra una semblanza –quizá la más completa sobre este singular escritor y periodista– fiel al espíritu del propio Edmundo. En otras palabras: pese a las iniciales resistencias, supo hacer brotar nostalgias y esperanzas, aflicciones y alegrías, senderos y laberintos ♦ La ricura con que se lee esta obra radica justamente en la íntima naturalidad vertida por Valadés gracias a la empatía e intereses afines con su interlocutor, pero, sobre todo, gracias al derrumbamiento de un muro: el de la edad. Treinta y cuatro años de diferencia nunca significaron dique alguno para tan amistoso engarce ♦ Para aderezar y redondear el libro, su autor reproduce varios textos periodísticos, apuntes sobre temas literarios y esbozos narrativos –algunos ya conocidos y otros inéditos– pergeñados en diferentes épocas por el propio escritor y gracias a los cuales es posible internarse aún más en los múltiples espejos de su personalidad.

Omar Raúl Martínez

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

9 789682 993411 01

Created with Print2PDF. To remove this line, buy a license at: http://www.software602.com/